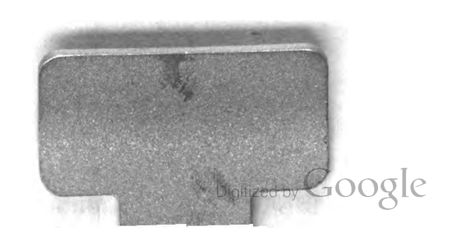



VE
RI
TAS

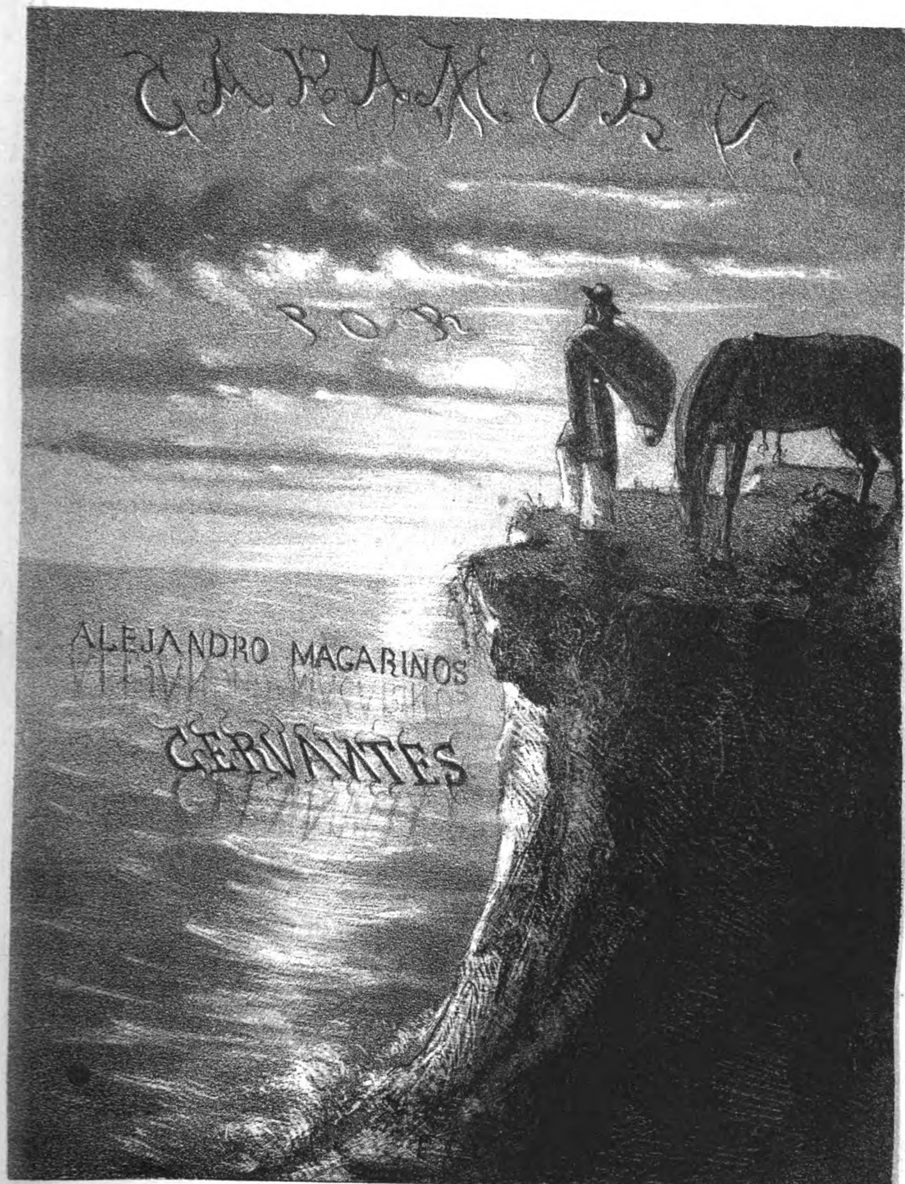


BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA.

NOVELAS

DE

Alejandro Magariños Cervantes.


CARAMURU.
POR
ALEJANDRO MAGARIÑOS
CERVANTES
Elie Duteil, inv. lit.
Teodomiro Real y Prado editor.
Lit: "SAN MARTIN" Nº 1.

BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA.

NOVELAS

DE

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES:

ÇARAMURÚ,

NOVELA HISTORICA ORIGINAL;

LA VIDA POR UN CAPRICHO,

EPISODIO DE LA CONQUISTA DEL RIO DE LA PLATA.

CUARTA EDICION.

Teodomiro Real y Prado, Editor.

BUENOS AIRES.

Imprenta del Orden, Victoria 203—Libreria de Real y Prado, Bolivar 77.

1865.

INTRODUCCION.

Sr. D. Alejandro Magariños Cervantes.

Mi estimado amigo: La lectura de su *Caramurú* me ha proporcionado la satisfaccion de ver cumplido un deseo que hace tiempo tenia: y era que alguno intentase sacar provecho de los infinitos portentos naturales de América y de las interesantes costumbres de sus habitantes para la composicion de la novela descriptiva ó de carácter, á que tan adecuada y admirablemente se prestan las unas y los otros, sin mas trabajo por parte del autor que ver bien lo que á su vista se ofrece, y pintar con naturalidad y sóbrio gusto lo que ha visto; trabajo grande, atento que pocas cosas puede haber mas difíciles que trasladar al papel con el imperfecto y limitado instrumento de las lenguas lo que el corazon y la mente, instrumentos menos limitados é imperfectos de la sensibilidad y de la inteligencia, tienen las mas veces por superior á sus fuerzas, pero para el cual son comunmente aptos los que han visto la luz en aquellas sorprendentes regiones; mayormente si á las congénitas dotes del cuerpo y del alma, que deben á su próvido cielo, han sabido unir las que solo pueden adquirirse por medio del estudio y del libre ejercicio de una razon sana y vigorosa.

Muchos y recientes ensayos, de que aqui, por desgracia se tiene escasa noticia, ó se hace poco aprecio, prueban que la juventud americana empieza á conocer los grandes recursos que ofrece su pais á la poesía de todos géneros, y con especialidad á la lírica, en que tanto han sobresalido Olmedo, Bello, Plácido y Heredia; y á la popular ó de romances que Echeverria y otros paisanos de V. cultivan felicísimamente hoy dia. Y, sin embargo, *Caramurú* es el primer trabajo de su especie que he visto hecho por un americano, siendo asi que (á lo menos en mi sentir) hay de presente para la novela en América mas rica mina de materiales que para cualquiera otra obra de literatura: aserto de todo punto evidente para cuantos han estudiado la historia de las repúblicas americanas, y que, considerando á estas á cierta luz, y en ciertos determinados aspectos, reconocen de cuanta utilidad pueden y deben ser para la fábula el portento de su descubrimiento y conquista; la vida casi monástica de sus hijos en el dilatado período de su union con la madre pátria; las sorprendentes peripecias de su guerra de independencia; y, lo que es mas, la lucha permanente de sus razas, y la misteriosa progresiva marcha de ellas hácia la unidad de legislacion, costumbres y naturaleza.

Repito, pues, que me alegro de ver seguir á V. un camino, en mi concepto llano, y cuanto llano y descampado, ameno y deleitoso. Si por ventura, y como yo lo espero, lo recorre V. con felicidad y gloria, la patria natural le agradecerá el lustre que dé á su nombre y á sus cosas, y la adoptiva el presente de las novelas en que le ofrezca la pintura de aquellas bajo la forma mas agradable que ha dado el ingenio humano al maravilloso arte de la palabra escrita!

Soy su afectísimo amigo.

R. MARIA BARALT.

Madrid y Mayo 3 de 1850.

mas arriba, en pró del arte y de nuestros jóvenes compatriotas, haremos un breve análisis del argumento, del carácter de los personajes, de la accion dramática, de la trama, y, en fin, del espíritu y tendencias del libro que nos ocupa.

Antes de pasar adelante creemos conveniente trasladar algunos párrafos de un concienzudo artículo del apreciable y jóven escritor D. Antonio Cánovas del Castillo. Hé aqui como se espresaba al hacer la crítica de la *Estrella del Sud*, otra novela del Sr. Magariños Cervantes, inferior á la presente:

«Magariños es de los jóvenes escritores americanos el que pone mas color local en sus obras: acaso el que lleva mas fé patriótica en el corazon: acaso tambien el que mas se deja arrastrar de los vicios de la sociedad en que ha vivido, por lo mismo que sabe retratarla bien, y comprende como pocos las bellezas poéticas que ella encierra.»

Y mas adelante, indagando con suma sagacidad el orígen de sus defectos, que encuentra en el desquicio social y en la vida fatigosa que arrastran aquellos pueblos en las fértiles y malhadadas orillas del Plata y en las cuestas riquísimas de los Andes, añade el Sr. Cánovas:

«¿Qué podia hacer un jóven de veinte años, en cuya frente ardía la inspiracion, cuya alma se levantaba á la noble ambicion de la gloria, del amor íntimo de la patria y del fanatismo por el vago eco de la libertad? ¿Qué podia hacer, decimos, Magariños Cervantes en medio de ese torrente desbordado, de tanta tiniebla por un lado, de tan siniestros resplandores por otro? Nada mas que marchar al frente del movimiento, ya que detenerlo no estaba en su mano: no otra cosa que dejar sembrada su carrera de admirables rasgos de ingenio, de pensamientos originales, de gotas de fé, de relámpagos de esperanzas: únicamente escribir *La Estrella del Sud* y las *Brisas del Plata*.

«Ya lo dejamos dicho en otro párrafo: ese jóven escritor tiene talento, instruccion y entusiasmo; imaginacion encendida en el sol de las *pampas*, y la pólvora siempre humeante de los cañones de Rosas; espíritu incierto que se eleva y vaga entre mil reminiscencias diversas y entre mil principios contradictorios; buen hijo, en fin, de esa América desgraciada, sigue el torrente que le señalan su pátria y su siglo, sin pensar en otra cosa que en caminar delante de ellos.»

Veamos ahora si este juicio del Sr. Cánovas se encuentra confirmado en la presente novela.

La época en que el autor coloca la accion no puede ser mas dramática y nacional. El pais arrebatado á la dominacion española por Artigas y sus compañeros, enflaquecido por la guerra civil y la anarquía, acaba de ser incorporado al imperio del Brasil. Las ciudades, divididas en banderías y parcialidades, siguen el movimiento general, y de grado ó por fuerza, se adhieren al nuevo órden de cosas. Las campañas solamente resisten, las hordas pastoras, el elemento semi-salvaje cuyos instintos bélicos é ingénito amor á la independencia ha despertado la lucha con la madre patria, protesta y se levanta contra el usurpador. Oscuros guerrilleros, caudillos sin nombres salidos de sus filas se ponen al frente del movimiento, y se atreven á desafiar el poder colosal de D. Juan VI primero, y luego de su sucesor, el esforzado D. Pedro de Braganza. Débiles en número, pero fuertes y enaltecidos por el santo amor de la patria, combaten con desesperado aliento. Vencidos mil veces, acosados en todas direcciones, puestos fuera de la ley, nó desmayan por eso. Puede decirse de ellos lo que Byron decia de los españoles de 1808:

"¡Back to the struggle, baffled in the strife,
"War, War is still the cry, War even to the knife!"

La proscripcion, la miseria, el cadalso no les intimidan.

CRITICA LITERARIA.

CARAMURU (1)

NOVELA ORIGINAL DE D. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

En medio del infortunio que hoy pesa sobre la noble raza española en la mitad del continente americano; en medio de las contiendas civiles que lo devastan y ensangrientan; en medio de esa eterna lucha que, como el fénix de la fábula, renace de sus propias cenizas, y lleva en pos de sí la desolacion y la muerte, es grato para el que ha visto la luz del sol bajo su espléndido cielo, oir de vez en cuando un eco perdido, una voz melancólica y doliente que evoque con los recuerdos de la infancia el dulce recuerdo de la patria. Es grato para el que desde las remotas playas de la Europa sigue la marcha de la inteligencia en el hemisferio de Colon, divisar al través de tanta oscuridad, algun fugitivo destello que ilumine, aunque sea por breves instantes, la negra noche

(1) Publicamos con el mayor gusto el siguiente juicio crítico que el Sr. Orgaz nos ha remitido acerca de la primera novela del Sr. Magariños. Nuestro amigo el Sr. Orgaz, como americano y escritor ventajosamente conocido, es sin duda una de las personas mas competentes en Madrid para juzgar las producciones hispano-americanas que revisten el carácter de *Caramurú* y *La Vida por un capricho.*—Nota del Editor, en la 2.ª edicion de esta novela hecha en Madrid por la Biblioteca del *Siglo* en 1850; que es la que nos sirve para la presente con algunas ligeras correcciones del autor.

que va atravesando. Muy grato y consolador es para el literato que comprende las dificultades inmensas que todavia por muchos años se opondrán en el nuevo mundo al desarrollo de la inteligencia, y con las que hoy tienen que luchar los que, con mas ó menos talento, con mas ó menos fortuna, se sienten llamados á la grande obra de crear una literatura propia, americana, que refleje su vírgen, sin igual naturaleza; que pinte sus dolores, sus costumbres, sus creencias, sus necesidades; que armonice el pasado con el presente; que se eleve al porvenir en brazos de la Providencia, y creyendo ciegamente en ella y en la libertad, fecundice y busque sus inspiraciones en la democracia... Es muy grato, muy consolador, repetimos, para nosotros los americanos, los hijos desventurados de aquella tierra desventurada, al mas débil rumor que modula su nombre, á la mas débil lucecilla que asoma en su pálido horizonte, prestar el oido, volver con ánsia los ojos y tender una mano amiga al poeta ó al escritor que ofrece trasladarnos, y nos traslada con la imaginacion á nuestro perdido paraiso.

Hé aquí las reflexiones que nos asaltaron al leer las primeras páginas de la novela del Sr. Magariños Cervantes, escritor americano, ya ventajosamente conocido en su patria y en las repúblicas vecinas.

Sin dar á este trabajo mas importancia que la que debe tener, considerado como novela, y examinándolo únicamente bajo ese punto de vista, creemos que se recomienda y que honra á su autor por mas de un título. Juzgamos que aparte de algunos ligeros defectos, que el Sr. Magariños Cervantes corregirá por poco que lo desee con empeño, este trabajo revela en él dotes no comunes; y como somos enemigos de sentar ninguna proposicion sin probarla, y como, por otra parte, deseamos poner en relieve lo que dejamos consignado

¡ Viva la patria! repiten á cada nuevo desastre, y asi luchan y reluchan por espacio de doce años contra sus opresores, hasta arrebatarles su presa.

Amaro es el tipo que ha escojido el Sr. Magariños Cervantes para idealizar cuanto hay de noble y grande en esa resistencia heróica. *Gaucho,* intrépido, valiente, generoso, fanático por la libertad, con mas corazon que cabeza, dejándose llevar siempre de sus primeros impulsos; espíritu indómito, nacido con todas las dotes necesarias para salir de la esfera humilde en que la suerte le ha colocado; voluntad de hierro, que se estrella contra los obstáculos ó los anonada: Amaro simboliza al hombre de las soledades americanas, que, sin tener los vicios de la civilizacion, reune á muchas de sus ventajas la primitiva espontaneidad que engendran costumbres, hábitos é ideas mas en armonia con la naturaleza, y que permiten se desarrollen con mas vehemencia los afectos que nacen del corazon. Por eso nos inspira tanto interés: disculpamos sus errores; simpatizamos con sus esfuerzos, y anhelamos verle salir triunfante de los multiplicados peligros que le rodean.

La necesidad de concretar nuestras observaciones á un círculo muy limitado, no nos permiten estendernos como deseáramos sobre los demas caractéres. Diremos, no obstante, que el de Lia nos ha parecido bello é interesante; bien sostenidos los del conde y D. Cárlos; perfectamente bosquejados los del *Cambueta* y Tapalquem; débiles comparados con los anteriores los de doña Petra y el del comerciante brasileño.

La accion dramática que nace del choque de estos encontrados caractéres lleva al lector agradablemente entretenido de capítulo en capítulo hasta el fin de la obra. Amaro, impetuoso, ardiente, loco de amores, dominado por una idea fija, la salvacion de su patria, hace aparecer mas tierna, mas

apasionada, mas pura y candorosa á Lia, *ángel de trece primaveras, que rayaba apenas en esa edad dichosa en que la infancia se confunde con la pubertad, y en que la fisonomía refleja la candidez del adolescente y los hechizos de la mujer; Lia, cuya belleza, sin haberse desarrollado del todo, producia esa magnética influencia, ese vago é indefinible embeleso que atrae las miradas de los hombres y les obliga á volver involuntariamente la cabeza, si pasa por delante de ellos, para seguirla con la vista como á una aparicion ideal como el trasunto de la mujer que se han forjado en sus ensueños de amor y poesía.*

La hidalguía y generosidad de Amaro, que deja ir libre dos veces á su rival cuando le basta una palabra para deshacerse de él, contrastan con el odio que le profesa el conde, prometido esposo de Lia: y el carácter tímido del comerciante D. Nereo, que pudiendo salvar á su hermano con una palabra, no se atreve á pronunciarla por temor de incurrir en su enojo: la bondad estrema de D. Cárlos, que perdona á Amaro el rapto de su hija, y le abraza apenas descubre quièn es; la astucia del *Cambueta*, la leal amistad de aquel feroz cacique ante quién todos tiemblan, y que compromete su poder y su vida por retribuir al caudillo patriota los favores que le debe, aumentan el interes de la narracion por grados y nada dejan que desear. La trama que eslabona unos acontecimientos con otros está bien urdida: el estilo es fácil, vehemento, rico de imágenes y sentimiento. Hubiéramos deseado, sin embargo, que á veces el autor hubiese limado mas algunos períodos y les hubiese dado un giro mas castizo. Se conoce que escribe con gran facilidad, y que suele abusar de esa ventaja.

Pero donde mas campea la rica imaginacion del Sr. Magariños Cervantes es en las descripciones y episodios locales, y en el colorido especial con que sabe engalanarlos. Hay algunas descripciones escritas con las tintas de la inspiracion

poética. Citaremos entre otras, las de los capítulos I, X y XII. Los episodios que se refieren á América participan en general de las mismas cualidades, y son sin disputa lo mejor que hay en la novela. El combate del *enchalecador* con Amaro en la *pulpería*; la escena del *Yacaré*; el robo del caballo; la entrevista con el *Cambueta*; el cuadro de las carroras, y algunos otros que no recordamos, pertenecen á un género nuevo, característico, especialísimo, al que desearíamos se dedicasen con preferencia nuestros jóvenes compatriotas, convencidos como estamos de que para las obras de la imaginacion solo en el estudio de nuestra naturaleza, de nuestras costumbres nacionales, en el de la vida de nuestros campos, sorprendiendo en el fondo de los bosques la lucha de la civilizacion con la barbarie, y de la inteligencia con la materia; lejos, en fin, del círculo de ideas en que se ha educado el espíritu europeo, conseguirán imprimir á sus producciones un sello de originalidad y vida que les asigne un puesto distinguido, no solo en la naciente literatura americana, si no tambien en la europea.

En este concepto el autor de *Caramurú* merece todos nuestros elogios. En el género que él cultiva no conocemos en prosa ninguna produccion de los escritores hispano-americanos que revista el carácter de las suyas. Bello, Olmedo, Echeverria, y Abigail Lozano, han escrito bellísimas composiciones en verso, destinadas principalmente á describir los accidentes físicos del suelo. El jóven poeta del Uruguay aspira á penetrar en la vida íntima del pueblo hispano-americano, á marchar por una senda no esplorada por nadie todavia, sin que le arredren los obstáculos ni desconozca las dificultades que tendrá que vencer, y el escaso premio que tal vez aguarda á sus loables esfuerzos, como él mismo indica en una de sus composiciones poéticas:

"Es muy largo el camino y no trillado,
La realidad difícil cuanto hermosa,
Doblados los obstáculos y grande
La constancia y teson de cada hora;
Pero no importa: ¡trabajar debemos
Sin esperanza de adquirir mas gloria
Que arrojar á las plantas de la patria
Aunque sea en silencio una hoja sola;
Que tal vez algun génio se levante,
Y con esas humildes, pobres hojas,
En las siénes de América triunfante
Una guirnalda *americana* ponga!"

En cuanto al espíritu y tendencias de esta novela, creemos que el Sr. Magariños Cervantes llena cumplidamente el principal objeto que deben proponerse los escritores americanos hasta en las obras de mero pasatiempo, y que acaso son las que mas influencia ejercen en las creencias populares, por cuanto son las que mas se leen. El amor á la patria, la pureza en los afectos, la recompensa de la virtud, resaltan en su libro. Amaro, que había jurado morir ó libertar al suelo que le vió nacer; Amaro, que perdona por dos veces á su rival, pudiendo impunemente deshacerse de él; Amaro, que pudo abusar de la inocencia y del cariño de Lia; Lia que, arrancada contra su voluntad del hogar paterno, supo conservar la flor de su honestidad, aun en medio del *vértigo* de su pasion, reciben al fin el premio que merecen. El lector asiste con melancólico placer á la patética escena con que finaliza su historia y sus amores, cuando el conde, herido de muerte por la mano de la Providencia, une sus diestras, pronuncia algunas palabras, y espira en brazos de los dos amantes, que le ruegan ¡ay, en vano! que viva para coronar su ventura.

Tal es la novela del Sr. Magariños: la hemos juzgado tal como la comprendemos, y si este artículo no fuese ya tan estenso y nuestras ocupaciones nos lo consintiesen, con gusto

hubiéramos hablado de otras dos obras suyas; el *Ensayo histórico-político* y *Las Brisas*, que tambien hemos leido, aunque no con la detencion que la presente. En la imposibilidal de hacerlo como deseáramos, trasladamos á continuacion el siguiente párrafo del artículo del señor Cánovas, en que se ocupa de las dos obras mencionadas:

«El Sr. Magariños se distingue entre sus compatriotas por ese amor á las verdaderas fuentes de su literatura nacional. Hijos de los conquistadores, de los libros de estos deben partir sus esfuerzos literarios, ya que no quieran someterse á la inspiracion de Garcilaso ó Herrera. Magariños ha desenterrado del polvo los antiguos poemas de la conquista, los romances y cánticos con que aliviaban sus fatigas los soldados del descubrimiento. Las crónicas é historias españolas de aquellos sucesos toman por lo comun bajo su pluma un colorido local que nada tiene que ver con el estilo de Pulgar de Mendoza ó de Coloma. Aquellos hombres, tan lejos de su pais, renuncian, por decirlo asi, á los sentimientos europeos enaltecidos por la inmensidad de los Andes, por la grandeza del Niágara, por la riqueza del Potosí, por la maravilla de aquellos bosques primitivos, de aquellas flores ignoradas, de aquellas serpientes desconocidas, de aquellos desiertos inesplorables. El Sr. Magariños sabe aprovecharse de todo esto, y lo deja traslucir en sus escritos al través de esa erudicion estranjera, bastante estensa, si no siempre bien escogida, que caracteriza á los escritos de la nueva generacion americana. Hemos visto por acaso una obra suya harto importante por el objeto, que se intitula, si no estamos trascordados, *Ensayo histórico y político sobre las repúblicas del Rio de la Plata;* libro escrito con admirable conciencia, que su patria debiéra imprimir á ser menos desdichada, y que quisiéramos verlo á la luz en España.»

Unimos nuestros votos á los de nuestro apreciable amigo el Sr. Cánovas, porque nosotros considerámos como un deber estimular á todo jóven que revele las felices disposiciones del Sr. Magariños, y mucho mas si reune á su talento la circunstancia de haber nacido bajo el mismo cielo que nosotros. Cualquiera que sea, pues, nuestra importancia literaria y el valor de nuestros juicios, deseamos que las anteriores líneas le sirvan de estímulo para que persevere en sus trabajos y justifique algun dia las fundadas esperanzas de sus amigos y de los que se interesan en el lustre y progreso de las letras en América.

Entre tanto no olvide nunca el Sr. Magariños Cervantes que nosotros los americanos, los hijos desventurados de aquella tierra desventurada, al mas leve rumor que modula su nombre, á la mas débil lucecilla que asoma en su pálido horizonte, prestamos el oido, volvemos con ánsia los ojos y tendemos una mano amiga al poeta ó al escritor que ofrece trasladarnos, y nos traslada con la imaginacion á nuestro perdido paraiso.

FRANCISCO ORGAZ.

ADVERTENCIA.

Aunque esta no sea una novela histórica ni tenga las pretensiones de tal, sus personages no pueden considerarse absolutamente como hijos de la imaginacion.

Nos daremos por muy felices, no obstante, si á favor de una fábula que interese agradablemente al lector y escite sus nobles sentimientos, conseguimos bosquejar algunos rasgos del pais, de la época y de los personajes que figuran en este libro.

A. Magariños Cervantes.

Madrid--1848.

CARAMURÚ.

I.

El rapto.

Lóbrega y pavorosa noche estiende sus alas sobre el mundo, como una inmensa lápida mortuoria. No se descubre una solá estrella al través de su ennegrecido velo: la luna yace oculta bajo un pabellon de nubes, y solo lanza á intervalos un rayo de luz tibio y desmayado, que brilla y se apaga al punto, cual fuego fátuo que se levanta del seno de las tumbas. Do quiera la luz es absorbida por la sombra, y se diria que á la voz del génio de las tienieblas los astros huyen y se esconden espantados de tanta densa oscuridad.

El *pampero*, ese viento terrible que, naciendo en las nevadas cimas de los Andes, donde no se ha estampado la planta del hombre, recorre los desiertos de la Pampa argentina, cruza el Plata, y va á espirar en los confines del Brasil ó en las inmensidades del Atlàntico, arrancando de raiz en su tránsito árboles que cuentan siglos, haciendo salir de madre los rios, y derribando cuanto intenta detenerle.... el *pampero* brama ahora, abriéndose paso por entre el tupido

ramaje de vírgenes bosques tan antiguos como el mundo, y se oye en lontananza, mas profundo y violento á medida que se acerca, el grito que exhalan los corpulentos *molles*, los espinosos *guaviyús* y férreos *ñandúbays*, al caer tronchados por su poderosa mano.

Y en verdad que no le falta espacio donde ejercer su saña; si pudieran nuestros lectores trasladarse con el pensamiento á las floridas riberas del *Uruguay*, sin duda les encantaria el bellísimo paisaje que presenta el lugar donde comienza nuestra historia, ora le contemplasen á la radiosa claridad del sol, ora iluminado por el rocío de plata que vierte la luna del cielo americano.

Figuráos una dilatada planicie cortada al horizonte por una cadena de montañas, é interrumpida apenas en el centro por una que otra pequeña eminencia, ó sea *cuchilla*, como las llaman en el pais: á la derecha un gran rio, y á la izquierda una selva impenetrable. Colocad en medio de aquel desierto, solitaria y aislada, á unos quinientos pasos del rio y media legua de la selva, una gran casa de material edificada sobre una de las citadas *cuchillas*, y flanqueada por largos galpones de madera (1) y de varios *ranchos*, ó sean chozas de barro y paja, parecidas á las de algunos pueblos de la Mancha y de Castilla, y acaso os forméis una idea aproximada de la localidad adonde deseáramos conduciros; es decir, á una *Estancia*, á una posesion rural sita en la provincia de Paisandú, á seis leguas de la poblacion de su nombre, villa y cabeza de departamento.

No cumple á nuestro objeto entrar ahora en detalles

(1) Almacenes de depósito para las salazones y cueros.

sobre lo que entendemos por *Estancia*. En la série de cuadros característicos y locales que nos proponemos reseñar, nos sobrarán ocasiones de describirla con la detencion que merece. Entre tanto, conténtense nuestros lectores con la anterior ligera indicacion, indispensable para la perfecta inteligencia de los hechos que vamos narrando.

A poca distancia de la casa de que hablábamos no ha mucho tiempo, elévase como avanzado centinela un *ombú*, árbol jigantesco, de enorme tronco y pobladas ramas, que brota espontáneamente en nuestras interminables soledades, aislado y sin compañeros, y que sirve de punto de reunion á los habitantes de la *Estancia*, á los viajeros y á los *gauchos* estantes y traseuntes de la provincia.

Ahora bien; en esta noche tan lóbrega y tempestuosa, á favor del resplandor fugitivo que de vez en cuando vertia la luna, hubiérase podido distinguir un hombre montado en un brioso corcel, que seguía á galope la estrecha senda que conducia desde el rio á la *Estancia*.

A los primeros amagos, al rumor lejano que precede á la venida del *pampero*; el desconocido trató de guarecerse bajo el *ombú*.

El viento cada vez mayor, apenas le dió tiempo para echar pié á tierra y acostarse cuan largo era al pié del árbol accion que instintivamente imitó su caballo.

Entonces; á merced de los fugitivos resplandores de que hemos hecho mencion, se dibujaban en la sombra los rasgos de su fisonomía y de su caprichoso traje.

Era un jóven como de veinte y ocho años; alto, de tez morena y vigorosa musculatura. Cubria su espaciosa frente un sombrero portugués de copa redonda y ancha ala, ador-

nado con algunas plumas de pavo real, entre las que se distinguia un ramito de flores silvestres ya marchito y atado en la cinta del sombrero con otra de seda. Abundantes cabellos negros, tersos y relucientes, flotaban sobre sus robustas espaldas, en agradable desórden: su larga y poblada barba, que le llegaba hasta el pecho, caía sobre la botonadura de plata de su *poncho*, especie de capa cerrada que se mete por la cabeza; sus ojos rasgados y brillantes, coronados por espesas cejas que se unían en forma de herradura, tenian una indefinible espresion de arrogancia y de orgullo, templada por cierto aire régio é imponente que subyugaba ó predisponia á su favor. La nariz aguileña, la boca grande, pero muy delgados los lábios, revelando la desdeñosa altivez del que se cree superior á cuanto le rodea.

Cuando el viento levantaba el halda de su *poncho*, distinguíase debajo de él una chaqueta de grana bordada con trencilla negra: un pañuelo de espumilla formaba el *chiripá*, liado por la cintura á guisa de saya, recogidas las puntas entre los muslos para poder montar á caballo, y sujeto al cuerpo por un *tirador*, especie de canana de piel de gamuza, de la cual pendía un enorme puñal de vaina y cabo de plata: anchos calzoncillos de finísimo lienzo, adornados en los estremos con un gran fleco ó *crivao*, resguardaban sus piernas, y descendiendo hasta los tobillos, ocultaban á medias unas espuelas de plata colosales, y las blanquecinas botas de potro formadas con la piel sobada de este animal. Dichas botas, partidas en la punta, dejaban al descubrimiento los dedos de los pies para asegurarse mejor en los estribos, de forma triangular y tan pequeños, que apenas daban cabida al dedo principal.

Basta esta descripcion para conocer que es un *gaucho* el héroe de nuestra historia, porque solo ellos visten de esa manera.

—¿Y qué es un gaucho? preguntarán algunos de nuestros lectores, que probablemente no habrán oido en su vida pronunciar ese nombre.

—Un *gaucho* es un hombre que se ha criado vagando de estancia en estancia, que vive y tiene todos los hábitos, inclinaciones é ideas de la vida nómada y salvaje, amalgamadas con las de la civilizacion. Espíritu indómito, audaz, lleno de ignorancia preocupaciones, pero valiente hasta el heroismo; carácter escéntrico y original que no conoce mas leyes que su capricho, ni anhela mas felicidad que su independencia; que desprecia al hombre de las ciudades y cifra su ventura en los azares, en los peligros, en las violentas emociones de su existencia errante y vagabunda. Eslabon que une al hombre civilizado con el salvaje, sin ser una cosa ni otra, como ha dicho perfectamenre el Sr. Aguilar en una nota que puso al pié de un fragmento de una de nuestras leyendas, titulada *Celiar*.

Decíamos, pues, que el personaje, cuyo nombre ignoramos aun, se había guarecido bajo el *ombú*, buscando un refugio á los furores del *panpero*.

Allí permaneció largo rato, mientras el viento, bramando cada vez con mas ímpetu, vino á estrellarse en las cimbradoras ramas del árbol protector, que se inclinaron hasta tocar el suelo, irgiéndose y humillándose alternativamente, no sin perder en las furiosas embestidas del huracan sus mas lozanas hojas.

El jigante de los aires y el jigante de las selvas lucha-

ban cuerpo á cuerpo como dos vigorosos atletas, hasta que, fatigado el primero, escapóse de los brazos de su rival, y tendió su vuelo en otra direccion, lanzando un prolongado alarido, semejante al estruendo de las embravecidas olas, cuando se azotan contra un banco de piedra enmedio del Océano.

El *gaucho* alzó tranquilamente la cabeza, y, al través del ramaje, miró al firmamento. Un escuadron de negras y apiñadas nubes volaba delante del *pampero*, dejando despejado el espacio por donde aquel cruzaba; volvian á relucir las estrellas, y la luna asomaba su disco amarillento, ceñido de una aureola encarnada. De modo que la mitad del cielo ofrecia el aspecto de una plácida noche de verano, y la otra mitad el de la mas fria y nebulosa noche de invierno.

Púsose de pié el desconocido, ató su caballo á las ramas del *ombú*, se levantó las espuelas para que no sonasen las cadenillas y la estrella de los espigones al rodar por la yerba doblóse el poncho sobre los hombros, desenvainó el puñal, y paseando la vista en torno suyo, encaminóse paso á paso á la casa, que, como hemos dicho, quedaba á poca distancia del *ombú*.

Detúvose delante de una ventana baja, defendida por anchos barrotes de madera, y apoyado contra el muro, remedó por dos veces ~~veces~~ el lúgubre acento del *aguard*, pequeño animal de nuestros bosques, que solo de noche hace oir su voz, triste y melancólica, como la postrer plegaria de un moribundo.

Nadie respondió á esta señal; pero, en cambio, un oido muy atento habría percibido á intérvalos el casi impercep-

tible ruido de un pasador de hierro que alguna mano muy trémula descorria: luego la ventana se fué abriendo poco á poco, y una mujer, bella como la esperanza, graciosa como la primera imágen de amor que cruza por la frente de un adolescente, asomó tímida y ruborosa su infantil cabeza, y con voz entrecortada y apenas inteligible, murmuró:

—Todavia no....

La ventana volvió á cerrarse lentamente, y trascurrieron dos horas mortales de angustia é incertidumbre para el desconocido. Por vez tercera, el doliente clamor del *aguará* fué á resonar eu los oidos de la hermosa y á recordarle el cumplimiento de una promesa que acaso se olvidaba ó se arrepentia de haber hecho.

Esta vez se abrió del todo la ventana, y se entabló á media voz el siguiente diálogo entre la dama y el galan:

—¡Valor alma mia!....Ha llegado el momento solemne....

—Todavía es temprano.

—No, que va á despuntar el alba.

La jóven como si luchase con encontrados sentimientos, fijó irresoluta sus bellos ojos en los de su amante.

—Vamos, ¿qué dices? continuó este.

—¡Ay, tengo miedo!....

—¿Ahora te arrepientes? ¿Y de qué tienes miedo?

—No sé....pero me parece que no todos duermen.... van á sorprendernos, Amaro; mas vale que lo dejemos para mañana.

—¡Mañana! ¡Imposible, imposible! repitió el *gaucho* con acento sombrío; mañana vendrá tu padre á buscarte. Lia, es preciso que me sigas ahora mismo.

--Mira, repuso la pobre niña medio turbada por el modo imperativo con que se le exigia una obediencia que no estaba acostumbrada á prestar á nadie: mira, no he podido ganar al esclavo que debia favorecer mi evasion, y..

—¡Y bien!....esclamó Amaro, centelleándole los ojos de ira.

—No tengo por donde salir, contestó Lia humildemente, fascinada por aquella terrible mirada y dejando caer una lágrima sobre la mano de su amante, que tenia cojida entre las suyas.

—¿No es mas que eso? preguntó este trocando en alegria su enojo; ¿si tuvieras por donde salir, me seguirias?..

—Sí, murmuró ella volviendo atrás la vista como para cerciorarse que nadie los observaba.

—¡Pues sal!

Al decir estas palabras apoyó el *gaucho* su hercúlea diestra sobre un estremo de los barrotes de madera que hacian las veces de reja, y los clavos que lo sujetaban al marco saltaron cual menudas astillas.

Lia, mas blanca que un cadáver, retrocedió al medio del aposento, y haciéndole una señal para que huyese, apagó la luz, é inmóvil, roto el aliento y desencajada la faz, esperó que se abriese la puerta que comunicaba á la habitacion inmediata y acudiesen en tropel los que dormian en ella, despertados por aquel ruido estraño y alarmante en las altas horas de la noche.

Pero fuese efecto del letargo profundo en que yacian, ó lo que parece mas probable, que lo atribuyesen entre sueños á alguna ráfaga perdida del huracan que momentos antes se habia desencadenado, nadie se levantó á inquirir su causa.

Despues de algunos instantes, Lia, sacando fuerzas de flaqueza, se acercó de nuevo á la ventana, y tornó á suplicar á Amaro, que habia permanecido tranquilo en su puesto, resuelto á partirle el corazon de una puñalada al primero que se acercase que difiriese su fuga hasta el dia siguiente.

Sardónica risa resbaló por los delgados lábios del *gaucho;* sus dientes rechinaron de rábia é indignacion, y en vez de poner un beso de despedida, como solía, en la pura frente que su amada le presentaba, frenético la cogió bruscamente de un brazo, y con resuelta y amenazadora voz, le dijo:

—¡Me sigues ahora mismo, ó te mato!

Lia vió resplandecer á dos pulgadas de su pecho la acerada hoja del puñal que hasta entonces Amaro habia tenido oculto bajo el *poncho*, y acobarda y trémula, inclinóse llorando sobre el hombro de su amante, que la cogió velozmente por la cintura, y la arrancó de su hogar con la misma facilidad que el vendabal la hoja seca de una rosa.

Lia perdió el conocimiento.

El raptor llevóla en brazos desmayada hasta el pié del *ombú*, montó con ella á caballo, partió á galope hácia el monte cercano, y á poco se perdió entre su lóbrego ramaje.

II.

Puñaladas.

Al anochecer del siguiente dia en que acaecieron los sucesos narrados en el capítulo anterior, se encaminaba el personage, que por ahora conocemos con el nombre de Amaro, al vecino pueblo de *Paysandú*.

A una bala de cañon del pueblo, había, allá por lôs años de 1823, una *pulpería*, ó lo que es lo mismo, un ventorrillo ó taberna *sui generis*, donde se espendia detestable vino, aguardiente, miel, tortas, *flores de maiz*, tasajo ahumado y otros comestibles.

A pesar de la mala calidad de sus artículos de consumo, ninguna *pulpería* en todo el departamento gozaba de una popularidad tan envidiable. Allí se reunian por la mañana y al caer la tarde, *á echar un trago*, todos los gauchos de diez leguas á la redonda. Hablaban de las próximas carreras, hacian apuestas, se concertaban para una batida de tigres ó de *guanacos* (venados), improvisaban los *palladores* (cantores) tocando la guitarra, y si habia en la reunion algun forastero, se le obligaba á contar *sus trabajos, fatigas y peregrinaciones por media América enterita, errante de pago en pago y de*

tapera (casa derribada en medio del campo) *en galpon, perseguido por la tierra y por el cielo, pensando solo en sus aparceros y en su china* (querida).

Con las indicaciones que hemos hecho sobre el carácter de los gauchos, fácil es suponer cuán frecuentes serían las disputas, y el resultado que tendrian. A la menor palabra indiscreta, á la menor alusion que lastimara su nimia susceptibilidad, los puñales salian á relucir y no volvian á la vaina sino teñidos con la sangre de uno de los contendientes. Los espectadores, tranquilos é impasibles, se levantaban de los cráneos de caballo que les servian de asiento, y formando un ancho círculo en torno de los dos combatientes, les dejaban acuchillarse á su sabor hasta que corria la sangre. Entonces se interponian y les obligaban á darse las manos, á menos que alguno hubiese muerto, lo que rara vez acontecia, porque existen ciertas reglas de nobleza entre aquella gente desalmada, que les veda matar á su contrario por causas triviales. Les basta únicamente con *señalarlo*, *marcarlo en la geta*, como ellos dicen, *para que aprenda en adelante á que pingo* (1) *echa el pial* (2).

Amaro, que se dirijia al pueblo, tenia forzosamente que pasar por delante de la pulpería, en cuya *tranquera* (3) se veian atados mas de cuarenta caballos; tal vez estaba muy lejos de su pensamiento el detenerse, pero oyó al acercarse ciertas palabras de una conversacion muy interesante para él; contuvo el galope de su alazan, escuchó un momento, y

---

(1) Caballo medio domado.

(2) Lazo escurridizo.

(3) Una viga atravesada en dos postes.

confirmándose en sus dudas, apeóse, se caló el sombrero hasta las cejas, y entró en la pulpería.

La discusion versaba sobre el rapto verificado la noche antes. Un hombre de faz torba, ceguijunto, de mirar oblícuo y voz áspera é imperativa, apoyado negligentemente sobre el mostrador, con un vaso de aguardiente en la mano y un enorme cigarro en la boca, se dirijia medio ébrio y con aire de perdona-vidas á un grupo que le rodeaba y parecia escucharle con marcadas muestras de deferencia.

—*¡Ay juna!* (1) decia el valenton, á quien en vez de su nombre patronímico daban el de *Enchalecador*, aludiendo sin duda al oficio que desempeñaba en el ejército del célebre *Artigas*, caudillo americano, que acostumbraba á hacer coser á sus prisioneros españoles dentro de la piel de un novillo recien muerto, dejándoles solamente fuera la cabeza y esponiéndolos encima de una *cuchilla* á los ardientes rayos del sol, hasta que morian de hambre y de sed: suplicio atroz que el implacable guerrillero llamaba *enchalecar*, y á los que lo practicaban *enchalecadores:*—¡Ay juna! decia el valenton: han de saber ustedes que anoche, ¡vive el diablo!.... han robado de la *Estancia* de la Cruz alta, ¡vaya un lance! á aquella niña, ¡hide p!.... que vino de Montevideo.... ¡ja, ja, ja! hace tres meses, enferma.... ¡crach!.... á tomar las aguas del Uruguay....

---

(1) No usamos completamente el lenguaje, ó mas bien jerga, de los gauchos, porque necesitariamos, para que la entendiesen nuestros lectores escribir á cada momento una larga nota: trabajo ingrato y fastidioso que ni ellos nos agradecerian, ni, aun cuando quisiéramos, nos lo permitirian las cortas dimensiones de esta novela. Imitaremos no obstante su manera de espresarse cuanto nos sea posible.

—¿Y no se sabe quien ha sido el robador? preguntó uno de los circunstantes.

—¡Ca! respondió otro, reforzando su esclamacion con una doble interjeccion que la pluma se resiste á trazar.

—¡Pues sepa usted, so bruto, continuó el orador, que á mí nada se me escapa, ¡mal rayo! y ando á la pista de ese tunante *morao* (1) y ruin!

—¿Le conoceis acaso?....

—Sí, contestó el enchalecador; ¡buena alhaja! Y sé.... ¡voto vá! donde se oculta.

Al oir estas palabras, Amaro, que hacia dos minutos que habia entrado y colocádose á su espalda en un grasiento banquillo con honores de mesa, se estremeció y perdió el color, no sabemos si de ira ó de temor de verse descubierto.

—Vamos, aparcero, esclamaron algunos de los interlocutores; eso lo decís por alabaros. ¿Cómo en tan poco tiempo habeis podido averiguarlo?

—¿Cómo? ¡Bah! ¿Os habeis olvidado, *sonsos* (2), que yo tengo quien me lo cuente todo?

Los gauchos se miraron unos á otros con ojos espantados: el enchalecador tenia en la comarca fama de *brujo*, y mas de una vieja aseguraba haberle visto en las altas horas de la noche hablando con el diablo en la puerta del cementerio.

Demás está decir que él, como todos los embaucadores de profesion, sabía esplotar hábilmente esta creencia popular, á la que prestaba todos los visos de la realidad la manera cómo se manejaba para saber los sucesos antes que nadie; lo

[1] Cobarde.
[2] Necios.

cual, á fuerza de repetir una y otra vez, había impresionado de tal modo la imaginacion crédula y supersticiosa de sus iguales, que no había uno solo que no le tuviese por adivino y hechicero.

— Sí, debe saberlo, murmuró uno de ellos al oido de su compañero; tiene pacto con el diablo.

—Pues harias bien en contárnoslo, dijo este último en voz alta; así nos proporcionareis ocasion de ganar la magnífica recompensa que ha ofrecido el comandante de *Paysandú*, que segun parece es pariente de la *pueblera* (1), al que descubra su paradero, porque en cuanto al raptor, se ignora todavia quién es.

—*¡Oigalé!* Eso es lo que tú quisieras, *ñandú* (2), para engordar á mis costillas, *¡ay mi cielo!* tienes todavia la leche sobre los lábios para engañar, *¡tararira rira rira!* á un *reyuno* (3) tan *maestrazo* como yo....

— Pero, en fin, repuso otro; decinos al menos el nombre del robador.

—Así como así, continuó el interpelado, presentando el vaso al pulpero para que se lo de aguardiente llenase por la décima ó duodécima vez; poco importa, ¡Satanás! que os lo diga, porque ninguno de vosotros, *¡quiá!* es capaz de atravesar el caballo para cortarle el paso si le encontrase en su camino.... *¡Pafs!*

—¿Pues quién es? preguntaron todos llenos de admiracion.

---

[1] Habitante de la capital.

[2] Avestruz.

[3] Caballo á que cortaban una oreja por malo, ó por pertenecer al rey ó á la patria.

—¿No recordais aquel *alarife*, ¡buen *mándria!* que vino, *¡puñaláa!*.... de.... de.... ¿qué sé yo?.... ¡de los infiernos!.... Naide sabe qué burro lo ha pario, diantre, ni qué viento lo trajo por acá!....

—¿Calibar?.... esclamaron todos con vivísimo interés, que al punto se trocó en manifiesta incredulidad: ¡eh! no puede ser, hace mas de quince dias que partió para la Rioja.

Calibar no era otro que Amaro; ya esplicaremos en lugar oportuno su verdadero nombre y el orígen de la creencia de que no se hallaba entonces en Paysandú.

—¡Ira de Dios! gritó el perdona-vidas, descargando un fiero puñetazo sobre el mostrador, echando mano al puñal y sacudiendo su cerdosa y encrespada cabellera: ¡repito que ha sido él, Calibar, ¡traidorazo!.... el robador de esa hembra! ¡Yo, yo le he visto, mal rayo!.... yo le he visto con estos ojos que se han de comer la tierra.... *¡ach!* ¿Y quién es el *quiebra* (1) que se atreve á dudar de la veracidad de mis palabras?....

— ¡Yo! contestó á su espalda una voz varonil y resuelta.

Volvióse rápidamente el enchalecador cual autómata tocado por un invisible resorte, y se encontró solo, frente á frente con el personaje que acababa de nombrar, porque sus demás compañeros retrocedieron á una prudente distancia apenas le vieron apoyar la mano sobre el pomo de su montante.

Amaro se habia echado atrás el sombrero, y sus negras pupilas, brillantes como dos brasas encendidas, chispeaban

---

(1) **Valiente.**

con el resplandor rojizo y fascinante de los ojos del *surucucú* (1); un lijero temblor nervioso hacia vacilar su mano y entreabría sus lábios como para dejar salir el aliento de fuego que se escapaba de sus pulmones abrasados, y á una palidéz mortal sucedíase alternativamente el carmin de la ira, que coloreaba su tez morena, y derramaba uu barniz satánico sobre su imponente y avallasadora fisonomía....

Solo el enchalecador, entre todos los que allí estaban, le miró con rostro sereno, y acabando tranquilamente de apurar su vaso, le pusó con mucha flema sobre el mostrador, añadiendo en seguida con la misma calma:

—Voy á matarte.

—Lo mismo iba á decirte, respondió Amaro con insultante menosprecio; veamos si eres tan valiente en obras como en palabras; defiéndete bien, porque es preciso que uno de los dos no salga de aquí sino para ir al campo santo.

Ambos contrarios se sacaron el poncho y se lo arrollaron en el brazo izquierdo; las dos puntas de sus piés se tocaron, y al mismo tiempo brillaron en el aire como dos relámpagos, describiendo círculos y espirales, dos largas hojas de acero tan afiladas como navajas de afeitar.

Diestros ambos, y animados por el mismo ardiente deseo de esterminarse, engendrado en el maton por la envidia y méngua que empezó á sufrir su fama de valiente desde la llegada de su rival, y en éste por la necesidad de enterrar en la tumba su secreto, puesto que por su desgracia aquel hombre habia llegado á sorprenderlo, lucharon por espacio de media hora con igual maestría y fortuna. En vano era in-

(1) Serpiente del Brasil en estremo feroz: su veneno es de los mas activos que se conocen.

clinarse, amagar al brazo y tirar al pecho, hacer falsos ataques á un punto reiteradas veces, y caer de repente sobre otro con la velocidad del rayo; en vano clavar una rodilla en tierra para herir al contrario por debajo, ó retroceder intencionalmente, girar como una rueda, serpear como un buscapié, cambiar á cada momento de posicion como una ardilla.... ¡en vano!.... En vano dejar correr el puñal á lo largo de la hoja buscando los dedos ó la muñeca. En vano asestarse sin parar quince ó veinte golpes seguidos para fatigar la vista del contrario, y deslumbrarle en las rápidas evoluciones del acero mas veloz que el pensamiento.... ¡todo era inútil!.... Siempre el hierro rechazaba al hierro, despidiendo azuladas chispas, siempre el poncho recibia el golpe mortal, y el tajo no llegaba á la piel, gracias á la celeridad y presencia de ánimo de los combatientes. Parecia que tenian una armadura oculta, ó que una mano invisible, en el momento crítico, desviaba las certeras y al parecer inevitables puñaladas que uno y otro se dirigian....

Una circunstancia casual vino á decidir la lucha cuando menos se esperaba, ya por el igual valor y destreza de los gauchos, ya por la llegada de varios *celadores* (1) que acudieron del pueblo, prevenidos sin duda por alguno: la hoja del puñal del enchalecador saltó en el mismo instante que Amaro le asestaba un golpe al corazon; el desgraciado arrojó el mango de su arma inutilizada, y se llevó las dos manos juntas al pecho como para resguardarse, pero el hierro de su enemigo iba dirigido con tal fuerza, que le atravesó ambas palmas y asomó por la espalda.—*¡Me ha muerto! ¡Voto al!....*

(1) Soldados de policía.

fueron las únicas palabras que pronunció al caer sin vida, partido el corazon en dos pedazos.

Amaro, blandiendo el puñal ensangrentado, tendió la vista en torno suyo, y divisó á los celadores que defendian la puerta con sus sables desenvainados.

—¡Dése preso el asesino! dijo el sargento tendiendo su espada á la altura de su pecho, y haciendo seña á los que allí se encontraban para que lo sujetasen por detrás.

Los gauchos se alzaron de hombros, y ninguno se movió. Aun cuando hubiera sido su padre ó su hermano el muerto, muerto lealmente, segun sus reglas, no habrían prestado su apoyo á la justicia para prender al matador.

—¡Paso! gritó Amaro, atropellando audazmente al sargento, é hiriéndole en la cara, lo mismo á un soldado que tuvo la imprudencia ó el arrojo de cogerle por el cuello del poncho; ¡paso, canalla imbécil!

Y mientras se rehacian los agentes de proteccion y seguridad pública á la voz del sargento, avergonzados de retroceder ante un hombre solo, cortaba él las riendas á su caballo, no teniendo tiempo para desatarlas, montaba y partía á escape con direccion al rio.

A poco resonó en sus oidos el rumor de la tropa que galopaba tras él.

El fugitivo se encontraba en el declive de una cuchilla, y pasaba junto á unos espesos *sarandíes* y *guayacanes* que se estendian á lo largo del camino.

La luna no habia asomado aun.

Picó espuelas á su cabalgadura, y al pasar junto á los árboles, sin pararse, se agarró con las manos y encaramóse en las ramas de uno de ellos, descargando con los pies un

golpe en las ancas de su potro, y gritándole con voz vibrante *¡jahá! ¡jahá!* palabra *guaraní,* que significa *¡vamos! ¡vamos!* y cuya importáncia en la presente ocasion comprendió el inteligente animal á las mil maravillas, porqué redobló su carrera y se perdió muy pronto de vista.

Diez minutos despues vió Amaro desde las ramas del *guayacan*, cruzar á los ocho soldados que iban en su persecusion.

—Bien, se dijo, bajándose del árbol, y tomando una senda estraviada, que conducia á la villa; mientras ellos persiguen á mi caballo creyendo que yo voy encima, tengo tiempo de sobra para llegar al pueblo y hablar con el Sr. de Abreu, ya que es indispensable que sea esta noche, por que mañana y en estos dias estarán ya en acecho los esbirros y me atraparían sin remedio. En cuanto á mi caballo nada tengo que temer, está *aquerenciado* y es *parejero*; con lo que queria significar que en cualquier parte que soltase su corcel, aunque fuese á doscientas leguas de distancia, se volvería al paraje donde se habia criado ó cobrado aficion con el trascurso de los años, lo que ejecutaría en menos tiempo que otro cualquiera, por ser *parejero*, es decir, adiestrado desde pequeño á la carrera y acostumbrado á salvar grandes distancias en pocos minutos.

Embebido en tales ideas, llegó al pueblo á las nueve de la noche, y entró por la parte opuesta al sitio de la catástrofe. Oyó por las calles hablar del suceso, y ni siquiera se le ocurrió la idea de retroceder. Detúvose en la plaza, y llamó á una sobérbia casa cuya fachada indicaba la riqueza de su dueño.

Allí residía el acaudalado propietario y comerciante

brasileño, D. Nereo Abreu de Itapeby, el cual no bien supo su venida, abandonó al punto su escogida tertulia compuesta de las primeras personas del pueblo por su posicion política y fortuna, para encerrarse con él en su gabinete, con él, oscuro y humilde gaucho, cuya vida era un misterio y que en el corto espacio de veinte y cuatro horas habia robado una mujer contra su voluntad y muerto á un hombre.

¿Qué vínculos podian unir á estos dos seres, colocados el uno en la primera y el otro en la última grada de la escala social?..Francamente, este capítulo es ya muy estenso, y solo podrémos aclarar tus dudas, lector carísimo, en el siguiente, cuyo título estamos seguros te agradaría muchísimo ver en tu poder de otro modo que en letras de molde, como, por ejemplo convertido en buenas doblas mejicanas ó en billetes del banco de San Fernando, magüer sufriesen estos un descuento de veinte por ciento, como sucedió en el año de gracia de 1848.

III.

¡¡¡Cien mil patacones!!!

En un espacioso gabinete, alhajado con esquisita elegancia, tendido muellemente en una cómoda butaca el Sr. de Abreu, y á poca distancia Amaro, sentado con las piernas cruzadas, como los turcos, sobre una magnífica piel de *jaguar* (1), prepáranse á interrogarse mútuamente, prévios los cumplimientos y frases de costumbre entre antíguos amigos que no se han visto en algunos años.

La postura del opulento brasileño revelaba la indolencia habitual de los ricos, y característica de los que habitan en aquel hermoso pedazo del Eden americano, que riega el Amazonas y fecundiza el sol de los trópicos; y la del gaucho, la insolente arrogancia del bárbaro que desprecia las comodidades y el lujo de la civilizacion, y que no sacrifica sus hábitos ni aun en el seno de otra sociedad diversa de la suya.

Y sin embargo, á pesar de esta circunstancia, que parecia marcar el orígen de cada uno y establecer entre ellos

(1) Variedad del tigre.

6

diferencias radicales, la persona menos fisonomista, á poco que se fijase, habría notado en su semblante rasgos marcadísimos que estaban indicando ocultas y misteriosas afinidades

Diferenciábanse únicamente en la estatura, en la edad, en la manera de espresarse; el brasilero era mas jóven y delicado: los áridos vientos del Norte no habian calcinado su rostro ni desarrollado su enfermiza complexion largos viajes á caballo, luengos dias y menguadas noches pasadas en vela y á la intemperie, y á veces los rudos aunque cortos trabajos de una *Estancia*; pero su fisonomia, fuese efecto de la casualidad ó de otro motivo que todavia ignoramos, sin tener la misma espresion altiva y amenazadora que la de Amaro, vista aisladamente, y salvo las modificaciones producidas en la de aquel por las causas mencionadas, ofrecia tantas semejanzas con la del gaucho, que cualquiera los hubiera creido hermanos, ó cuando menos parientes.

El comerciante sacó una petaca de esa finísima paja llamada *jipi-japa*, que con tan singular destreza tejen los peruanos y chilenos, y ofreció un habano á su compañeros.

Amaro cogió tres; encendió uno, y puso los restantes á su lado, para irlos tomando á medida que se le concluyese el que tenia en la boca.

—Ante todas cosas, Amaro, dijo D. Nereo dando principio á la conversacion, quiero que me espliques qué diablos has hecho en Minas (1) para andar oculto y con otro nombre, y por qué no has venido á verme cuando hace mas de un mes que estoy aquí, y cuando te necesitaba y podías prestarme un señalado servicio

(1) Uno de los departamentos de la República del Uruguay.

—Señor, contestó Amaro: la razon de haber salido de Minas es muy sencilla: vuestros compatriotas, como no ignorais, hace tiempo que se han apoderado de nuestro territorio, y como tengo enemigos muy poderosos desde aquel desgraciado asunto del que me salvó vuestro tio, el Sr. de Niser, el nuevo comandante me ha perseguido á instigacion suya, y....

—¿Te ha parecido conveniente tomar las de villadiego y con un nombre supuesto buscar refugio en otra provincia donde no te conociesen?....

—No me quedaba otro recurso, estoy calificado de *montonero,* y ya sabeis cuán inexorables son vuestros paisanos con los que no se plegan á su dominacion.

—¿Acaso formarias tu parte de la gavilla de ese demonio á quien llaman *Caramurú*, de ese gaucho, mestizo, mulato ó indio, que tan implacable ódio nos ha jurado, y que segun dicen ha sido últimamento muerto en una celada con todos los suyos en el departamento de Tacuarembó, teatro de sus crímenes?

—Caramurú no ha muerto, Sr. D. Nereo, respondió el gaucho con aspecto sombrío: la traicion ha podido arrojarle de aquel Departamento; pero á Dios gracias vive todavia, y mientras él viva siempre tendrán vuestros compatriotas quien les dispute su presa: ¡está resuelto á hacerles una guerra de esterminio hasta morir.

—Veo que eres su amigo, repuso el comerciante, disgustado de semejante respuesta, y en verdad, lo siento, Amaro, porque si te echan el guante, nadie en la tierra podrá salvarte del anatema que pesa sobre todos los que siguen sus banderas....

—Sea en buen hora, añadió el gaucho con arrogancia; ¡moriremos si Dios asi lo quiere; pero moriremos libres! ¡No hemos arrojado á los *godos* (1), para dejar que los portugueses ni nadie venga á esclavizarnos otra vez!

Conviene advertir que por aquella época, en 1816, el gobierno portugués, al cual estaba el Brasil sujeto entonces á pretesto de sostener los derechos de Fernando VII, é impedir que la propaganda revolucionaria penetrase en sus colonias, pero en realidad, con el plausible objeto de apoderarse del territorio comprendido entre las cabeceras del *Cuarehim*, el Atlántico y la márgen izquierda del Plata, que hoy forma la república Oriental del Uruguay, había invadido nuestras fronteras con un ejército que se apoderó en breve de todo el pais. Divididos y estenuados los *patriotas*, es decir, los jefes americanos que habian arrojado á los españoles, encontráronse impotentes para resistirles en batallas campales, y se organizaron en guerrillas, haciendo cada uno por su cuenta y riesgo la guerra de *montonera*, llamada asi, porque sus fuerzas se componian de pequeñas divisiones de caballería, sin disciplina, sin armas casí, sin sueldo ni retribucion de ninguna clase, formadas en un dia para disolverse al siguiente, y sin mas ley que la voluntad del caudillo que las rejia.

El gobierno portugués y mas tarde el Brasilero emplearon inútilmente para esterminarlas cuantos medios estaban á su alcance: la persecucion, el soborno, la intriga, la traicion..los gauchos, cuyos instintos bélicos é ingénito amor á la independencia había despertado la lucha con la

(1) Españoles.

madre pátria, seguian espontáneamente al primero que se levantaba contra los *rabudos*, como calificaban á los lusitanos victoriosos; y estos, en justa represália, fusilaban en el acto y sin forma de proceso á cuantos montoneros caían en sus manos.

Se vé por esta ligera esplicacion cuán poderosas razones asistian á Amaro para haber emigrado del teatro de sus hazañas, no á causa del *desgraciado asunto* de que nos ocuparémos á su debido tiempo, sino porque él, aparentando ser un simple partidario del célebre montonero, era nada menos que el mismo Caramurú, cuya biografía habia hecho en pocas palabras el Sr. de Itapeby.

El motivo de no conocerle este por ese nombre, á pesar de ser antíguos amigos, consistia en que se lo habian dado posteriormente los invasores al comenzar la lucha, á consecuencia de muchas y horrorosas crueldades que le atribuyeron, y que él aceptó por suyas sin haberlas cometido, lo mismo que el odioso epíteto con que le calificaban, y que no podia simbolizar mejor la guerra de esterminio que se propuso hacerles desde un principio, pues *Caramurú* significa *el hombre de la cara de fuego*, ó lo que es lo mismo, *Satanás*, y tuvo orígen en uno de los caudillos lusitanos en los primeros tiempos de la conquista del Brasil, á quién por sus inauditos crímenes dieron los indígenas ese nombre.

Retirado en el departamento de Paysandú, donde nadie, á escepcion de Abreu, le conocia personalmente, los bosques que se estienden á lo largo del Uruguay le ofrecieron un asilo impenetrable; estaba acostumbrado á vivir en las selvas, y únicamente salía de ellas para asistir á las carreras,

á las *trillas* (1), á las *yerras* (2), á las festividades religiosas de los pueblos, ó para reunirse en las pulperias con sus iguales....

—Y ahora, ¿què piensas hacer? le preguntó el comerciante, ya enterado de los graves motivos que le obligáran á alejarse de Minas, ó mejor dicho de *Tacuarembó.*

—Ahora pienso irme á *Catamarca* (3) pero necesito dinero, y por eso se me ha ocurrido haceros esta visita.

¡A Catamarca!.... ¡Diablo!....esclamó apresuradamente el Sr. de Itapeby incorporándose en su muelle asiento; hombre, ¿estás loco? ¿No te he dicho que ahora te necesito?....

Señor, respondió Amaro con la gravedad de un hombre que no acostumbra repetir dos veces las cosas: ya os he manifestado que tengo que irme, y me iré....

—¿Pero por qué?

—Porque he muerto á un hombre.

El comerciante se levantó del sillon, y dió dos vueltas por el gabinete:—¡Amaro, Amaro! esclamó paseándose cada vez mas agitado; ¡ya van dos con esta! Acuérdate de lo que tuvimos que trabajar mi tio y yo para salvarte la vez primera....

—¿Qué quereis? repuso el gaucho con la misma indiferencia que si se tratase de enlazar un potro salvaje, ó de otra cosa insignificante. Ese hombre me espiaba hace dias, y llegó á sorprender un secreto que nadie me arrancará sino con la vida; ¡era preciso que él ó yo dejase de existir!

(1) Fiesta que tiene lugar en la campaña cuando se recoge el trigo.

(2) Reuniones para marcar el ganado.

(3) Ciudad capital de la provincia de su nombre en la república Argentina.

Le he muerto lealmente y cara á cara....No tiene de qué quejarse.

—Lo mismo decías del otro: le he muerto cara á cara.. ¡Insensato! ¿No temes que la espada de la justicia caiga al fin sobre tí?

—¡Tal dia hizo un año! respondió Amaro con desden, atusándose los vigotes y haciendo girar sobre la píel de *jaguar* la estrella de sus grandes espuelas de plata.

—¡Y ahora que tanta falta me hacia! continuó Abreu hablando para sí y juntando las manos en señal de profunda tristeza.

—¡Pues hablad, con mil.... santos! contestó el gaucho.

D. Nereo, por toda repuesta, volvió á arrellenarse en su cómodo sillon, y permaneció algunos minutos abismado en sus reflexiones. Su huésped inclinó á un lado la cabeza, apoyó en el muslo el codo, y la sién en la palma de la mano; bostezó dos ó tres veces, y para despertar de su meditacion, que ya empezaba á fastidiarle, á su protector, amigo ó lo que fuese, se puso á silbar, imitando el silbido suave y armonioso de los monos cuando llaman á sus hijuelos.

El comerciante, que sin duda estaba acostumbrado á sus estravagancias, comprendió lo que significaba aquel estraño modo de traerle á la cuestion.

—Ya es inútil todo, mormuró: ¿cuánto necesitas para tu viaje?

—Una letra de diez mil pesos, pagadera á la vista.

—¿Qué dices? preguntó D. Nereo creyendo no haber oido bien.

—Una letra de diez mil pesos, pagadera á la vista, repitió el demandante acentuando las palabras.

El comerciante le contempló fijamente un buen rato juzgando que se burlaba; pero sus ojos tropezaron con la mirada fria y desdeñosa del gaucho, y conoció que hablaba de veras.

—Es mucho dinero, no puedo dártelo, contestó con timidez.

—Ved, señor, que os lo pagaré, dijo Amaro poniéndose de pié y con un metal de voz en el que iba envuelta una terrible amenaza.

Abreu vaciló.

—Vamos, ¿me los prestais, ó no? preguntó el amante de Lia acariciando el pomo de su puñal.

—Hombre, si....yo quisiera servirte....ya ves.... pero ¡que diablo!....Tengo una apuesta de cien mil patacones, y aunque yo no pago sino la mitad, es indudable que la perderemos....Mas....está empeñada mi palabra.... y un hidalgo, el hijo del noble conde de Itapeby, no se desdice jamás....replicó D. Nereo con voz entrecortada por el miedo, casi tartamudeando.

—Si, he oído hablar de eso, y teneis razon, murmuró Amaro: este año, como el pasado, perdereis vuestros *vintenes* (1) tontamente.

—Detesto á ese orgulloso *estanciero*, por lo mismo que la suerte le favorece tanto. ¡Todas las carreras me las gana!....Nadie ha podido *sacar la oreja* (2) hasta ahora á su

[1] Moneda de cobre imaginaria, equivalente á cuatro cuartos.

[2] Adelantar un caballo á otro algunas lineas.





renombrado *Atahualpa* (1). No sé qué daría para humillar su orgullosa fatuidad. Mira, yo te aguardaba en esta ocasion con ánsia, para que me hiciéses un favor en cambio de los muchos que te he prodigado en otro tiempo ...

—Hablad, señor, repuso friamente el gaucho previendo lo que iba á decirle.

—Si tú quieres, podemos ganar la carrera.

—¡Imposible! Vuestro *parejero* es muy inferior al contrario.

—Pero....

El hijo del noble conde se detuvo con cierto embarazo é indecision, que hicieron asomar á los lábios de Amaro su habitual irónica sonrisa.

—¿Pero qué?

—Pero si tú quieres, tú, que éres el primer jinete del Rio de la Plata, tú que sábes todos los ardides que en ocasiones semejantes deciden la victoria á favor no del mejor *parejero*, sino del mejor corredor, *tú podrías* fácilmente *calzarle*....

—¡Eh! esclamó Amaro interrumpiéndole entre ofendido é indignado; yo sé matar, ¡pero no sé robar! Eso es una estafa infame, y me admira que siendo tan rico como sois, y conociéndome como me conoceis, me la propongais.

No era fingido el enojo del gaucho: esta accion se mira entre ellos como una de esas raterías bajas y mezquinas que en la sociedad deshonran y llenan para siempre de ignominia al que las ejecuta. Esplicaremos lo que significa.

Nuestros *parejeros* corren cuando van juntos, echándose

---

[1] Nombre del rey que ocupaba el trono del Perú cuando lo invadió Pizarro.

el uno sobre el otro; el jinete que obra de mala fé, y tiene la destreza suficiente para hacerlo sin que lo noten, mete una de sus piernas en los encuentros del corcel de su contrario, y al llegar cerca de la meta, vuelve el pié y le golpea con el talon en el costado ó en los encuentros, y mientras el animal, al sentir el golpe, se aparta á un lado, se encalabrina ó retrocede, él pisa triunfante la raya, señalada por los jueces como término de la carrera.

La circunstancia de galopar juntos, la facilidad de esconder la pierna entre los pliegues del *chiripá*, y sobre todo, la habilidad del corredor en el momento decisivo, hacen poco menos que imposible el justificar luego si ha habido *calzada* ó no.

Solo el amor propio humillado, el ódio y la envidia; amor propio, ódio ó envidia que no se comprenderán sino recordando lo que sufren las personas dominadas por una manía, cuando se ven imposibilitadas de satisfacerla, pueden esplicar el proceder tan poco digno de un hombre como Abreu, heredero, aunqne segundon, de un apellido ilustre y de una fortuna colosal.

—De todos modos, continuó éste, deseando dar otro giro á la conversacion, vista la negativa terminante de su protegido; es una necedad que hablemos de eso.

—¡Y tanto!....

—Necedad, y mas que necedad, porque aun quetú quisieras, no podrías asistir á las carreras.

—¿Quién os ha dicho eso? preguntó el gaucho en tono de burla, inclinando á un lado la cabeza, y jugando con la botonadura de plata de su poncho.

—Sería una locura, añadió el comerciante con hipó-

crito recelo, venir tú mismo á ponerte en manos de tus enemigos.

—Vaya, hagamos un convénio, respondió Amaro sonriéndose; puesto que teneis perdidos los cien mil patacones, ofrecedme, ó mas bien firmadme, ahora mismo un documento que importe el valor de esa suma, y me comprometo á haceros ganar la carrera legalmente, como Dios y nuestros estatutos mandan.

El comerciante se sonrió á su vez; creia que el *gaucho* trataba de burlarse de él.

—Eso es imposible, dijo, despues de reflexionar un instante; no hay en todas estas provincias un caballo capaz de competir con el de mi adversario.

Amaro, con aquel acento irresistible é imperativo ante el cual se humillaba todo, contestó con lacónica aspereza:

—Hay uno, uno solamente.

Aquel hombre fascinaba, la incredulidad de Abreu, se desvaneció al punto.

—En efecto, murmuró golpeándose la frente y evocando confusamente sus recuerdos; he oído hablar de un *parejero* muy superior á Atahualpa....segun dicen; pero pertenece á los indios....no sé á qué tríbu....¡Ah! si....ya recuerdo....á la de los *Tapes.*

—No; os es infiel la memoria, ó estais mal informado, Sr. de Itapeby, dijo el gaucho gravemente; pertenece á otra tríbu aun mas feroz que esa.

—Entonces, repuso D. Nereo con doble amargura que antes, tú te burlas. Por valiente que seas, sería mas que insensatéz ir tú solo á sacarlo de manos de esos caribes.

—¿Me dareis los cien mil patacones?

—¡Dios eterno, Dios eterno! esclamó el comerciante asombrado; ¡sería capaz de dejarse matar antes que recoger una palabra indiscreta!

—Vamos, ¿os decidís? Si ó no, repitió Amaro impaciente.

—Pero....

—No hay pero.

—Te matarán....

—Eso no es cuenta vuestra.

—Hombre....

—Por última vez, Sr. de Itapeby: ¿sí ó no?

—¡Si!

—Bien: desde hoy podeis doblar la *parada* (1) sin miedo: el triunfo es vuestro, á menos que yo....me quede por allá, lo que no será muy difícil, refunfuñó Amaro entre dientes.

El comerciante no cabia en sí de gozo:

—Te juro, bajo mi palabra de honor, esclamó, que si ganamos la carrera, son tuyos los cien mil patacones de mis contrarios.

—¿Y vuestro socio?

—Mi socio hará lo que yo le diga.

—Firmadme, pues, el documento....

—¡Oh, eso no!....Te entregaré el valor de la apuesta en el mismo momento que los jueces declaren la derrota de Atahualpa.

—Basta: dentro de ocho dias estaré de vuelta; voy á traeros el único parejero de estas provincias capaz de pro-

[1] Apuesta.

porcionaros el triunfo que anhelais; pero si despues de conseguirlo os olvidais de vuestra promesa....

Los ojos del gaucho se animaron con un resplandor sombrío, y un relámpago de cólera desprendiéndose de sus negros párpados, cruzó por sus enarcadas cejas y dilató su espaciosa frente.

El brasileño retrocedió preguntándole con voz temblorosa:

—¿Qué me harias?

—Nada, contestó Amaro sacando el puñal, y con un leve tajo haciéndose una cruz en la yema del dedo pulgar de la mano derecha, cruz sangrienta que besó, uniendo el index con el dedo herido: nada, os mataré donde quiera que os encuentre, de noche ó de dia, dormido ó despierto, en la ciudad ó en el campo, solo ó acompañado. Ahora vengan esos cinco.

Tendióle el comerciante su trémula mano mas pálido que la cera, escapándosele un ¡ay! sofocado, al sentir crugir sus huesos entre los férreos dedos de su pacífico amigo.

—Hacedme ensillar vuestro mejor caballo, y por lo pronto facilitadme veinte *gateadas* (1), añadió Amaro preparándose á partir.

Abreu, pensativo y silencioso, salió, y á poco volvió con un cartucho de oro en la mano, y se lo entregó diciéndole:

—El caballo te espera en la puerta falsa del jardin.

—Gracias, contestó el futuro vencedor de Atahualpa echando el dinero en uno de los bolsillos de su tirador de piel de gamuza, y encendiendo el tercer habano.

[1] Onzas de oro.

—Adios, dijo por despedida; cien mil patacones, ¿eh?

—¡Cien mil patacones! repitió maquinalmente el Sr. de Itapeby, todavia azorado por el estraño juramento y la aterradora amenaza del feroz gaucho.

IV.

Lia Niser.

Tiempo es ya de qne informemos á nuestros lectores de la jóven robada y de las relaciones que mediaban entre ella y su raptor.

Lia era hija de un ricó y distinguido abogado *oriental* (1), y habia nacido y educádose en Montevideo, en aquella hermosa ciudad que se levanta en la ribera izquierda del Plata, como un *mburucuyá* (2) silvestre á la clara márgen de un riachuelo.

Rayando apenas en esa edad dichosa en que la infancia se confunde con la pubertad, y la fisonomía refleja la candidéz del adolescente y los hechizos de la mujer, su belleza á los trece años, sin haberse desarrollado del todo, producía esa magnética influencia, ese vago é indefinible embeleso que atrae las miradas de los hombres y les obliga á volver involuntariamente la cabeza, si pasa por delante de ellos, para seguirla con la vista como á una aparicion ideal, como al tra-

[1] Asi llamamos á los hijos de la república del Uruguay.

[2] Pasionaria.

sunto de la mujer que se han forjado en sus ensueños de amor y de poesía.

Imposible nos sería decir á punto fijo en qué consistia este prestigio, prestigio que se escapaba al ojo mas perspicaz al querer analizarlo, semejante á un fluido inmaterial. No se limitaba á una parte determinada de su físico ó de su alma; estaba derramado en todo su ser; lo mismo en su cútis sonrosado y trasparente, aunque moreno, que en sus ojos pardos, espresivos y voluptuosos, como en su aéreo talle mas flexible que las ramas del *sarandí* (1), lo mismo en su reluciente cabello, sedoso, negro y ondeado, en sus manos tornátiles y reducidos pies dignos del cincel de Phidias, como en su boca de ángel que semejaba el temprano capullo de de una rosa, entreabierto con el rocío de la noche y esponjándose con los primeros rayos del sol.

¿Y qué diremos de la gracia inimitable de su andar voluptuoso y reposado? ¿Qué del timbre argentino de su voz armónica que se insinuaba en el alma y la hacía estremecerse de gozo y de embriaguéz. ¿Qué de la espresion purísima y al par seductora de su mirada infantil, que si evocaba algun recuerdo amoroso alejaba de la mente todo pensamiento mundano, toda idea que tendiese á despojarla de su aureola divina?

Angel en forma de mujer, al verla en el mes de abril cruzar los sábados á la tarde por la magnífica calle que hoy llaman *Veinte y cinco de mayo*, vestida de celeste y blanco, dulces colores de nuestra bandera, para dirigirse á la *quinta de las Albacas* (2), y volver con las primeras sombras del

[1] Arbol que crece á la márgen de los ríos.

[2] Posesion de campo á un cuarto de legua de la capital.

crepúsculo, deshojando por el camino los ramilletes de preciosas flores con que la habian abrumado sus numerosos adoradores, al verla subir y bajar por las pintorescas serrezuelas y quebradas que rodean á la ciudad, cualquiera hubiera creído, no que hollaba la tierra con su planta, sino que flotaba en el aire y se remontaba al cielo.

No era su belleza lo que mas encantaba, no. Envolvíala una nube de idealismo, un perfume de castidad, suavísimo como el hálito aromado que se escapaba de sus lábios de clavel, puro como el carmin de sus mejillas, mas tersas que la piel del armiño ó las hojas del *jacarandá*.

Su familia, los amigos de su casa, y hasta los estraños, la idolatraban. Su padre especialmente, que habia visto morir uno tras otro á todos sus demas hijos, la queria con una especie de delirio. Los menores deseos de Lia eran para é órdenes que ejecutaba antes que los espresase; y acaso por esta circunstancia, su madre, injusta en demasia como suelen ser algunas madres, por espíritu de contradiccion ó envidia, nutria contra su hija sino resentimientos de severidad, que no bastaban á desipar el respeto, el cariño y las contínuas demostraciones de aprecio que la prodigaba ella.

Pero aunque D. Cárlos Niser amase tanto á su hija, no por eso dejaba siempre de plegarse en último resultado á las caprichosas exigencias y al despotismo de su esposa. El buen anciano tenia un carácter harto débil, y la Sra. Petra, su consorte, era un demonio con faldas. Fea, murmuradora, intrigante, irascible, taimada, envidiosa, vengativa y maniática.

Lia tenia una aficion loca por los bailes, y su madre la llevaba á todos. En vano trataba de oponerse D. Cárlos, ma-

nifestando que su salud y delicada complexion no podian soportar aquellas contínuas noches de cansancio y locura. La colmilluda señora se reía con una risa especial suya, propia, característica, y le contestaba que no fuese aprensivo y nécio, que se marchase á ojear sus mamotretos, á embrollar y á volver blanco lo negro, como buen abogado, y la dejase en paz, porque ella sabia demasiado bien lo que convenia á su *queridita niña*.

No es creíble que esta escelente señora llevase su perversidad hasta el estremo de allanar á su hija el camino de la muerte; pero sí estamos autorizados para pensar que su loca pasion al juego la cegaba, y deseosa de satisfacerla, acudia con ánsia á todas partes, llevando consigo á Lia, mas que por complacerla, por vanidad y por tener un pretesto que la disculpase á los hojos de su marido, que por hábito é ideas no asistia á ninguna tertúlia y abominaba el juego.

Los temores del anciano no eran infundados. Lia, en cuyas venas corria la sangre andaluza mezclada con la americana, se moria por el baile, y como todas las criollas, era incansable, y siempre estaba pronta á tender su preciosa mano al primer pisaverde que se le acercaba. Jóven, hermosa, instruida, con natural ingénio, de carácter festivo y benévolo, rica y única heredera... ¿la dejarian alguna vez consumirse de tédio solitaria y olvidada en su silla?

¡Nunca! porque ella sabia todos los bailes antíguos y modernos, y los bailaba con una gracia particular. En la sociedad escogida, contradanzas, rigodones, gavotas, minuets, walses: en los de menos etiqueta ó mejor dicho en los muy íntimos, entre sus deudos, ó amigas por estravagancia, boleras, *cielitos*, *mediacañas*, y algunos otros inventados por

el génio alegre de los americanos de todas las zonas aficionados á solazarse con amenos ejercicios corporales mas de lo que seria conveniente.

Agradábanle sobre todo á Lia las *boleras* y el *wals*, y era digno de verse y admirarse su gracia y perfeccion en una y otra danza.

El erguido *coronilla* de nuestros valles no inclina con mas languidez su enhiesto tallo, el tímido *caycobé* (1) no se repliega y esconde mas pronto sus hojas al sentir el roce de una mano estraña, ni la *serpiente de cascabel*, persiguiendo al escuerzo, que se le escapa entre los raquíticos arbustos y tupída maleza de los pantanos, ondea, salta, vaga y gira con mas velocidad; ni el indolente *quezal*, en cuyas plumas se reflejan los colores del íris, entreabre sus álas con mas abandono y se deja caer muellemente sobre la copa de los *tamarindos* en flor, como Lia resbalando sobre la alfombra, semejante á una ondina.

Entre el turbio vapor de ancha laguna. [2]

Entonces no era la vírgen pudorosa é inocente; era la amorosa odalisca, la ardiente bayadera del Indo, sedienta de placer, ébria de voluptuosidad y delirio. Sus bellos ojos, ora se cerraban á medias, ora se animaban de repente lanzando vívidos destellos; su pecho se levantaba y bajaba acelerado, se entréabrian sus lábios purpúreos cual si mendigasen un ósculo de amor, y sus brazos, siguiendo las rápidas ondulaciones de su cuerpo, parecian invitar á algun amante invisible á arrojarse en ellos... hasta que rendida por la fatiga,

---

[1] Sensitiva.
[2] Zorrilla.

trémula y palpitante, se detenia al estruendo de los aplausos en medio del salon, inclinando la frente con encantadora modéstia, y se encaminaba paso á paso á su asiento sin alzar la cabeza, fingiendo no apercibirse del murmullo de admiracion, de los elogios y de los bravos que resonaban á su alrededor.

Esa famosa bailarina á quien el público de Madrid tributa hoy (1) tan espléndidas y merecidas ovaciones en el teatro de la Cruz; esa sílfide andaluza, que apenas aparece arranca tan estrepitosos aplausos y provoca con su gracia inimitable tan férvidas y espontáneas demostraciones de entusiasmo; la ideal, la bella, la encantadora *Nena* no es acogida por sus admiradores con mas delirio y alborozo que Lia por la numerosa y escogida concurrencia que se agolpaba en torno de ella no bien se presentaba en cualquier reunion, suplicándola que la embelesase con alguno de sus bailes favoritos, en cambio de las flores y guirnaldas que llevaban de antemano para tapizar la alfombra donde estampase sus alados piés.

Triunfos eran estos que debían halagar el amor propio de la mujer menos vanidosa, y sin embargo, Lia no lo era. Mas que los aplausos de los hombres, buscaba un desahogo á su naturaleza ardiente, ávida de trasportes, amiga del bullicio y del movimiento. Cándida paloma del Eden, peregrino en la tierra, que devoraba el espacio con la vista, y recordando sus perdidos jardines, necesitaba para poder vivir en nuestro mundo prosáico animacion, luz, aromas y armonias.

Pero está escrito que todo placer esconde en sí un gér-

(1) Téngase presente que esto se escribió y publicó en 1848, época en que la célebre Manuela Berbea (a) la *Nena* hacia furor en Madrid.

men de dolor; una espina envenenada que primero punza y luego convierte en cancerosa llaga la herida que ocasiona. Lia, cuya complexion era muy delicada, no pudo resistir á las violentas y repetidas emociones del baile. Empezó á resentirse del pecho, y juzgando que seria una ligera indisposicion, en vez de declararlo á su madre, temerosa de que la privase de su diversion favorita, continuó bailando todas las noches con el mismo ardor, hasta que la fiebre vino á revelar el peligro que la amenazaba.

Consultados al punto los médicos, declararon que estaba afectada del pecho, y que presentándose su enfermedad con síntomas alarmantes, era indispensable enviarla sin pérdida de tiempo á tomar las aguas del Uruguay, aguas que no solo tienen una virtud particular para trasmutar en piedra cuanto se arroja en ellas, si que tambien para curar sin el auxilio de otras medicinas varias enfermedades que no nos place, y otras muchas que no queremos enumerar.

Por desgracia en aquella época el padre de Lia estaba empeñado en un pleito de grande importancia que debia fallarse en breve, y no podia, por ningun pretesto, ausentarse de la capital.

En cuanto á la Sra. Petra, hablarla de salir de Montevideo era lo suficiente para granjearse su enemistad. ¡Ella! ¿Cambiar su residencia por la de una *Estancia*? Figuraos la espantosa catadura de una de vuestras elegantes madrileñas, si la propusiérais en el mes de enero irse á encerrar en un cortijo de estremadura. Seguramente que os enviaria en sus adentros á los infiernos, ó cuando menos juzgaria que os chanceábais, que estábais locos, ó que os habeis *escedido* algo en el almuerzo ó la comida.

Aquella cariñosa madre, protestando que la enfermedad de su hija era ocasionada por una cosa muy natural en las personas de su sexo al llegar á la pubertad, se negó rotundamente á acompañarla, y D. Cárlos, siempre complaciente y bonachon, por evitarse disgustos con su amable mitad, cuyo génio no era el mas á propósito para las lídes parlamentarias, porque al instante apelaba á las vias de hecho, espidió un *chasque* (1) á una hermana suya que se hallaba en Paysandú casada con el comandante de aquel punto, para que, no bien recibiese su carta viniera á llevarse á Lia á la *Estancia* de su esposo, la cual, como saben nuestros lectores solo distaba seis leguas de aquella ciudad.

La hermana, que profesaba á D. Cárlos un verdadero afecto fraternal, aunque de opiniones políticas contrarias á las suyas, se puso en marcha el mismo dia que recibió su misiva, y antes de dos semanas se encontraba de vuelta en la Estancia con su encantadora sobrina, que salió llorando de Montevideo, como llora un niño mimado cuando le arrebatan de las manos el arma con que puede inadvertidamente poner término á sus dias.

Lloraba la pobre niña de tan buena gana, y se asomaba con tanta frecuencia á mirar desde la portezuela del coche, que volaba como una exhalacion, las pardas torres de la *Matriz* y los mil blancos edificios que se estienden en anfiteatro á lo largo de la costa, que su tia doña Eugenia, enternecida de su dolor, no pudo menos de preguntarle:

—Vamos, Lia, ¿por qué lloras de esa manera? ¿Acaso has dejado allí una parte de tu corazon?

---

[1] Propio.

—No, señora, contestó ella con una candidez infantil, que no estaba exenta de coqueteria: ¿habia de querer á nadie estando comprometida? ¿No sabeis que dentro de poco voy á casarme?

—Es verdad... no me acordaba. ¿Y cuando vendrá tu futuro?

—No sé: papá me dijo el otro dia que dentro de dos meses.

—¿Con que serás condesa?

—Sí, de Itapeby.

—Vamos, cuéntame eso, repuso doña Eugénia, finjiendo que nada sabia, á fin de que la inconsolable jóven se distrajese refiriéndole lo que estaba cansada de saber, pero que juzgaba, como mujer de esperiencia, que produciria en su imaginacion el efecto de un tónico bastante eficaz para secar las lágrimas en sus ojos y hacer asomar la sonrisa á sus lábios, pues siempre las que están próximas á trocar la guirnalda de azahar por otra de mirtos, aunque aparenten lo contrario, hablan y oyen hablar con placer de su futuro enlace, salvo en los casos en qué éste se realiza contra su voluntad.

—El año pasado, dijo Lia, vino á Montevideo mandando la division *Rio-Grandense* (1) el conde D. Alvaro Abreu de Itapeby, pariente cercano de mi madre, y se hospedó en casa.

—Eso lo sé; adelante.

—A los pocos dias, sin haberme dicho una palabra, pero con anuencia de mi madre, me pidió en casamiento, para mas adelante, porque...pues...

---

[1] La provincia de Rio Grande pertenece al imperio del Brasil y está fronteriza á las nuestras.

—Comprendo, contestó la tia sonriéndose del embarazo de su sobrina. Lia continuó:

—Mi padre, manifestándose agradecido al favor que nos dispensaba el conde, le insinuó que no pensaba contrariar nunca mi voluntad, y que si entonces, cuando estuviese en estado de casarme, era yo gustosa, él no se opondria.

—¿Cómo? ¡Pues Petra me habia escrito lo contrario!

—Escuchad: con este motivo, luego que se retiró D. Alvaro, trabó mi madre un acalorado debate con papá, que contra su costumbre se mantuvo firme, y no quiso ceder. ¡Mi madre se incomodó mucho, muchísimo!... y estuvieron algunos dias sin hablarse.

—Hija, ignoraba esos detalles, esclamo doña Eugénia, con creciente curiosidad; ¡oh! Cárlos es un babieca, un pobre hombre, y su mujer le maneja como á un chiquillo... Continúa, continúa....

—Una noche, al volver del teatro, mi madre me llamó á su cuarto, y despues de besarme y acariciarme, cosa que nunca hacia, y repetirme en un largo y enfadoso sermon, ininteligible para mí, que la dicha se cifraba en las riquezas, que la mujer habia nacido para ser la compañera del hombre, y que solo anhelaba mi bien y mi felicidad, me preguntó si me casaria con el conde.

Aquí se detuvo la candorosa Lia, quién sabe si de rubor ó despecho, y se volvió para mirar por última vez la ciudad que se perdia en el horizonte lejano, bañada por la luz crepuscular. El carruaje bajaba la empinada cuesta del *Cerrito* (1).

---

[1] Pequeña montaña á dos leguas de Montevideo.

—Y bien, ¿qué respondistes? dijo su compañera, conociendo por el ligero sonrosado que asomaba en las mejillas de la narradora, que habia llegado al punto difícil, al nudo gordiano de la cuestion.

—¿Yo? preguntó Lia con aturdimiento; ¿qué habia de responder? Dije primero que *no*; y como mi madre, sin poder contenerse, levantase la mano para darme una bofetada, respondí en seguida mas que de prisa: *si, si, si*.

Doña Eugénia soltó una estrepitosa carcajada, y Lia imitó su ejemplo.

—Pero, mujer, añadió la primera cuando hubo pasado aquella mútua esplosion de hilaridad; ¿acaso es feo el conde?

—No, no es feo: al contrario, es un arrogante mozo.

—¿Y entonces?

—No sé, repuso la futura esposa, empujando con desden hácia adelante el lábio inferior, y encongiéndose de hombros; no sé....pero no me gusta.

—Pues yo conozco á su hermano D. Nereo, que vive en nuestro pueblo, y te aseguro que es un jóven recomendable bajo todos conceptos. Vamos, picarilla: tú tienes algunos amoríos; algun maniquí de rizadas melenas y voz melosa y enflautada te ha *engatuzado*....

—¡Ya, ya! repitió Lia en tono de burla golpeando con su piececito en la portezuela del coche; me fastidian, me empalagan, me revientan los hombres de esa clase. ¡Jesus y que tontos son! ¡Dios me libre de ellos!

—¿Será entonces algun poeta lloron y meditabundo, cuya sensibilidad, á prueba de caramelo, haya simpatizado con la tuya?

—Idem, contestó ella volviendo pausadamente la cabeza con aire de reina.

—¿Será por ventura alguno de los altos magnates que no ha mucho han llegado de Rio-Janeiro?

—Idem, idem, murmuró la jóven con mas desden todavia

—¡Ah, ya caigo!....continuó doña Eugénia, cada vez mas deseosa de arrancarle su secreto. ¿Será algun jóven patriota perseguido, uno de esos locos, estúpidos, ambiciosos que pretenden con un puñado de bandidos contrarestar el poder colosal de nuestro amado monarca D. Juan VI?

—No, tampoco, replicó tristemente la interesante enferma, como si la ofendiese á su pesar la manera de espresarse de su tía: y no os canseis, señora, porque os juro por lo mas sagrado que haya; que no he amado á nadie todavia.

—¿Y vas á casarte?

—Tantas cosas me ha dicho mi madre, y la tengo tanto miedo, que me resigno á ser tal vez desgraciada el resto de mi vida para evitar á mi querido y buen padre los males que le amenazan. D. Alvaro es muy poderoso, y seria capaz de todo por vengarse....

La conversacion iba tomando un sesgo triste y enojoso, que no cuadraba con el objeto que se propusiera doña Eugénia al entablarla; y para cortarla, nada le pareció mas oportuno que volver al tema que habian dejado.

—Pero no me has esplicado aun cómo mi hermano otorgó su consentimiento.

—Mi madre hizo de modo que me interrogase un día, estando ella en acecho en la pieza inmediata, y yo repetí como una cotorra lo que me habia enseñado. Papá se mostró

satisfecho, y en consecuencia, empeñó su palabra á D. Alvaro de que le otorgaria mi mano, no bien estuviese en disposicion de casarme.

—Y el galan, ¿qué tal? ¿Se mostró digno de esta prueba de aprecio y confianza que le dabas?

—Asi, asi....cuatro meses despues partió para la corte con una mision especial del gobernador.

—Y ha escrito recientemente diciendo que volveria dentro de dos meses?

—Sí.

—Ya para entonces estarás restablecida y mas hermosa que ahora, dijo doña Eujénia con dulzura al notar la sombrìa nube de tristeza que se difundió en el rostro de la pobre niña.

—¡Ah, querida tia! esclamó ésta tomando sus manos y estrechándolas con efusion; ¡plegue al cielo que se dilate ese momento cuanto sea posible!....

El carruaje se detuvo para mudar caballos, y la conversacion se interrumpió. Por lo tanto, mientras se cambia el tiro, nosotros, que tambien estamos fatigados, suspenderemos nuestra narracion imitando su ejemplo.

V.

El Yacaré.

Trasladada con su tia á la *Estancia* nuestra jóven enferma, solo se ocupó en restablecerse lo mas pronto posible para volver cuanto antes á la capital. Acostumbrada á vivir en el seno de los placeres, el campo, por mas que la agradase, debia serle muy pronto insoportable.

Sin mas sociedad que la de doña Eugénia y la muger del *capataz* (1), los dos en el último tercio de su vida, y por consiguiente incapaces de adaptarse á sus ideas, á sus sentimientos y á su manera de ver y concebir las cosas, no era estraño que echase de menos á cada instante á sus jóvenes y bulliciosas amigas, y á los festivos tertulianos que frecuentaban su casa.

Mediaba además otra circunstancia para que fuese mas grande este vacío. Las dos señoras, que frisaban ya en los cuarenta y cinco abriles, eran frenèticas *realistas*, pertenecian al partido de los intrusos, é intolerantes hasta el esceso, no consentian que prevaleciese sobre el particular otra opi-

(1) Administrador de la Estancia y encargado de hacer ejecutar las faenas rurales.

nion que la suya, y Lia, hija de un hombre que se habia distinguido entre los mas decididos patriotas en la lucha contra España, simpatizaba ardientemente con los pocos *orientales* que, fieles á sus principios, se negaban á plegarse al yugo de los usurpadores, y rechazan con desden las riquezas, las distinciones y honores que les brindaban en cambio de su apostasía.

El marido de doña Eugénia pertenecia al número de los que desde un principio, traicionando á sus amigos y abandonando vilmente al partido que los habia sacado del polvo y dádoles importancia personal y valor político, se adhirieron al nuevo gobierno. Vileza que la córte de Rio Janeiro recompensó generosamente, como todos los gobiernos débiles y menguados, confiriéndole el mando, ó sea la *comandancia general* del departamento de Paisandú. Los camaleones políticos en todas partes y en todos tiempos.... el buen juicio del lector completará el período.

Ya hemos visto en el anterior capítulo cómo su esposa calificaba á los patriotas, sin acordarse que su propio hermano lo era. El diccionario de la maledicencia se agotaba en us lábios cuando se hablaba de ellos.

Lia, con su carácter franco, con su ingenuidad de niña, cuyo corazon simpático é imaginacion de fuego se entusiasmaba por todo lo que era bello y noble en sí, no podia oir tranquila que se calumniase en su presencia á aquellos heróicos proscriptos, que, seguidos de un puñado de valientes, desnudos, sin armas, sin recursos, perseguidos en todas direcciones, sin mas amparo que su fortaleza, sin mas aliados que la desesperacion, sin mas esperanza que encontrar una muerte gloriosa en las lanzas de sus opresores, cuando

no en un cadalso convertido en el lecho de su gloria, todavia hacian estremecer los desiertos y las ciudades, las montañas y las llanuras, los rios y los bosques con su formidable grito de guerra:

—¡Libertad ó muerte!

Las hazañas de los intrépidos guerrilleros llegaban en álas de la fama hasta la capital, magnificadas por la distancia, y engrandecidas por el misterio que los rodeaba. Tan pronto era un destacamento de mil hombres batidos por cien, como una division prisionera y pasada toda á cuchillo, ó la toma de un pueblo, ora la sorpresa de un campamento. Luego, los vencedores desaparecian como por encanto, y no se volvia á hablar de ellos hasta que un nuevo rasgo de valor, que rayaba en fabuloso, venia á esparcir la alarma y á poner en movimiento las numerosas tropas lusitanas y brasileñas desparramadas por todo el territorio y dueñas únicamente del suelo que pisaban.

Acaso creerán algunos que mentimos ó exageramos; pero llegaron á infundirles tal espanto las partidas de *montoneros*, que huian de ellos los usurpadores al solo amago. Por regla general, no aceptaban el combate sino veinte contra uno.

De esta manera las filas de los patriotas se fueron engrosando, y á no ser por la mala inteligencia y rivalidades de los jefes, es indudable que hubieran acabado con los intrusos, sin necesidad del refuerzo que mas tarde les envió Buenos Aires.

Los hombres, egoistas y mezquinos por lo comun, ó si se quiere, mas espuestos á comprometerse, guardaban una prudente reserva, esperando ver mas despejado el horizon-

te; no así el bello sexo, que acogia con el mayor entusiasmo las noticias favorables á los rebeldes, las propalaba, mantenia correspondencia con ellos, y los proclamaba en voz alta *beneméritos de la patria.*

Entre estos caudillos, modelo casi todos de audácia y heroísmo, Amaro, bajo el nombre de Caramurú, ocupaba talvez el primer lugar. Su fama se habia estendido, no solo por los departamentos de Tacuarembó y Salto, teatro de sus primeros hechos de armas, si que tambien por las dos riberas del Plata y estados limítrofes.

Los rumores que circulaban acerca de él eran muy estraños y contradictorios. Unos decian que era índio, otros mestizo ó mulato, y no faltaba quien asegurase que era bastardo y que pertenecia á una distinguida familia de *Rio-Grande;* pero lo cierto es que todos ignoraban su verdadero orígen, y solo sabian que era un gaucho, en toda la estension de la palabra, que habia despreciado por tres veces el grado de general y una crecida suma de dinero que le prometió el gobierno portugués con tal que se sometiese, y que no pudiendo conseguirlo, habia puesto á precio su cabeza ofreciendo cien *contos de reis* (1) al que se lo entregase muerto ó vivo.

Lia habia oido hablar muchas veces de aquel hombre estraordinario, y muchas veces se habia llenado de entusiasmo y admiracion al escuchar las cosas inauditas que se contaban de su arrojo, de su presencia de ánimo, de su indomable fiereza, de su desinterés, y del juramento que hiciera de sacrificar su vida en áras de la patria ó libertarla de sus

[1] Cien mil duros: hoy el *conto* en el Brasil solo asciende á quinientos.

opresores. Su viva imaginacion se lo pintaba con los mas alhagüeños colores, y estaba persuadida que le conocería en cualquier parte que le viese y le distinguiría entre mil personas antes que le dijeran su nombre. Lisonjera ilusion que la realidad debía desvanecer muy pronto....

Como el médico le tenia recomendado el ejercicio por la mañana, se levantaba muy temprano, y se iba á pasear con un libro en la mano por las márgenes del rio, que quedaba á unas quinientas varas de la casa.

Una vez, distraida con una novela que le interesaba en estremo, se alejó mas que de costumbre, y sintiéndose fatigada, se sentó en el tronco de uno de los sauces que crecian á las orillas, y continuó su lectura sin acordarse de la prevencion que la habian hecho de no encaminarse nunca por aquel lado, cubierto de tupidas enredaderas, juncos altísimos y espesos cañaverales.

Cuando mas engolfada estaba, oyó á poca distancia un ruido seco y áspero, acompañado de un quejido lastimero que erizó sus cabellos y heló la sangre en sus venas. Estallaban las cañas huecas y se doblaban los crugientes juncos como si rodára por encima de ellos una pesada mole de bronce.

Lia, pálida y temblorosa, trayendo á la memoria las aterradoras palabras de precaucion que habia olvidado, dejó caer de las manos el libro, y clavó sus espantados ojos en el paraje de donde parecia venir el ruido, que iba en aumento.

Poco duró su incertidumbre; un grito desgarrador se escapó de su pecho, y sin saber lo que hacia, echó á correr, no para la estancia, sino en direccion á la selva.

Un enorme *yacaré*, anfibio, de la misma forma que el cocodrilo y tan feroz como él, seguia sus huellas, ora gimien-

do como un niño, ora exhalando un sordo rujido, semejante al rechinamiento de una sierra cuando tropieza con un clavo ú otro cuerpo que no puede partir.

Este ruido, indicio de la cólera del animal cuando se le escapa su presa, es ocasionado por el choque de sus mandíbulas, armadas de una triple hilera de dientes, tan afilados como los del tiburon.

A los clamores de Lia, un hombre que parecía venir de la selva cerró espuelas á su caballo, y gritándole:—«¡Corred á derecha é izquierda.... serpeando!» sacó sin pararse un pañuelo, y se lo ató por los ojos á su corcel, como acostumbran los picadores cuando su rocin, no sabemos si de hambre ó de flaqueza, se empeña en retroceder ante el toro.

La aparicion, y sobre todo, la advertencia del desconocido, no pudo ser mas oportuna. El yacaré ganaba terreno por instantes, y la jóven, oyendo cada vez mas cerca el rumor de sus escamas al arrastrarse por el suelo, y el chasquido de su gruesa cola que se movia á un lado y á otro como la pala de una canoa, sentia que se le agolpaba la sangre al corazon, que inundaba su frente un sudor frio, y que una rijidez mortal paralizaba sus miembros y derramaba en todo su cuerpo el hielo de la muerte.

—¡Corred á derecha é izquierda.... serpeando! repitió por segunda vez el desconocido, ya á cincuenta pasos, y haciendo girar por encima de su cabeza el arma de los gauchos, cuando quieren matar á un animal ó á un hombre sin bajarse del caballo; la terrible *bola perdida*. (1)

---

[1] La bola perdida es una esfera de bronce, hierro ó piedra del tamaño del puño, forrada en piel de vaca, sujeta á un cordel para arrojarla hasta á doscientos pasos de distancia, ó dar el golpe mortal sin soltarla. Es increible la fuerza que lleva con el girar del brazo y la carrera del caballo.



Lia, al verle, hizo un postrer esfuerzo, y obedeció instintivamente á aquella voz vibrante y poderosa, que le infundia nuevo aliento, resonando en sus oidos como el éco de un ángel que bajase del cielo para salvarla.

Y la salvó en efecto, porque el *yacaré*, como todos los animales de su especie, corre con bastante rapidéz en línea recta, pero teniendo que volver el cuerpo, es tardo y se le burla con facilidad variando al huir de direccion.

No obstante, Lia estaba tan fatigada, que probablemente habria sido víctima al fin del espantoso reptil, á no interponerse entre ella y él su libertador.

Pasó este á escape, y sin detenerse se inclinó y descargó un tremendo golpe en la cabeza del yacaré; pero la férrea bola, en vez de herirle en una de las concavidades de la frente, como pensó el gaucho, chocó en el capacete del cuello, y rechazada, resbaló á lo largo del espinazo.

Al mismo tiempo el caballo, volviéndose de pronto, olfateó al caiman, y acometido de un temblor nervioso, se replegó sobre sus cuartos traseros, crispadas las piernas delanteras, enhiesto el cuello, erguidas las orejas, erizada la crin, y aspirando y despidiendo el aire con un ardiente y prolongado resoplido, insensible á la espuela y aun á los golpes de bola que le descargaba el ginete, cual si hubiera echado raices en la tierra.

El yacaré, que estaba hambriento, fijó en él sus pequeños ojos de serpiente inyectados de sangre, se incorporó velozmente, y le clavó en el pecho sus dos garras, armada cada una de cinco puñales, porque no merecen otro nombre las aceradas púas que las defienden.

Caballo y caballero rodaron sobre la yerba: Lia dió un grito, alzó las manos al cielo, y cayó desmayada.

Entonces tuvo lugar una de aquellas escenas horrorosas que solo se ven en los bosques de América.

El caballo quedó muerto en el acto, y á esto debieron su salvacion Lia y el desconocido. El terrible anfibio le habia abierto en el pecho una ancha puerta, por donde salia un raudal de negra sangre, que él bebia ávidamente sin reparar en los dos desgraciados que, tendidos á veinte pasos, sin conocimiento el uno y atontecido el otro por la caida, habrían podido pasar de su letargo á la eternidad sin oponerle la menor resistencia.

Cuando el reptil se hartó de beber, metió su larga y aplastada cabeza por el pecho del caballo para devorarle las entrañas. El gaucho se levantó, y conceptuando inútil la *bola perdida*, vista la imposibilidad de herirle en la cabeza, se le fué acercando cautelosamente, y con mano firme y certera le escondió en la juntura de una de las patas delanteras la hoja de su puñal hasta el pomo, revolviéndosela dentro el breve instante que tardó el yacaré en sacar la cabeza de los encuentros del caballo.

El agresor, impasible y sereno, retrocedió dos pasos, y volvió á esgrimir la bola perdida.

Esta vez el golpe fué mas certero: la metálica esfera se hundió toda en una de las concavidades de la frente, y los sesos del animal asomaron al través de la rasgada concha.

Iba el valiente gaucho á ultimarle con nuevos golpes, cuando el reptil comenzó à dar vueltas, desatentado y furioso, escarbando la tierra y arrojando sangre por la boca; de repente se detuvo, dió un rugido, acompañado de un fuerte

sacudimiento, y agitándose con las ánsias de la muerte, cayó de espaldas, encogió las patas, y espiró. Tenia partido el corazon.

El vencedor corrió donde estaba Lia desmayada, la tomó en sus brazos, y la contempló algunos minutos con el embeleso de una jóven madre que acaba de salvar á su primer hijo de una enfermedad mortal.

Un pensamiento indigno del desconocido cruzó por su frente.

—¡Qué bella es! murmuró; intenciones me dan de llevármela....

Y giró la vista á su alrededor, como para cerciorarse de que estaban solos y podia impunemente realizar su intento.

—¡Pero es tan jóven, continuó, tan delicada....y su aire, su traje, todo indica que pertenece á otra clase muy distinta de la mia....y sin embargo!....

El gaucho la seguía mirando irresoluto y dudoso; por fin, se dijo:

—No, ¡sería una infamia!

Lia abrió los ojos, y al verse en los brazos de un hombre, al tropezar con sus miradas fascinantes y abrasadoras, por un involuntario impulso de pudor se cubrió el rostro con las manos, y trató de ponerse de pié.

Comprendió él su deseo, y se apresuró á satisfacerlo. Lia le dió las gracias, y despues de informarse muy minuciosamente de los pormenores que ignoraba y preguntarle si estaba herido, le suplicó la acompañase á la estancia, por que deseaba presentarlo á su familia.

—Gracias, hermosa niña; mil gracias, contestó él tristemente; y si de algun modo quereis recompensarme el

corto servicio que he tenido la suerte de haceros, guardad el mas profundo silencio acerca de nuestra aventura.

—¿Por qué? preguntó Lia sorprendida.

—Por dos razones: la primera, porque os privarán en adelante de salir sola; y la segunda, porque no me conviene llamar aquí la atencion de nadie.

—¿Seríais acaso uno de esos valientes que andan errantes y perseguidos por su noble amor al suelo que les vió nacer?

—Tal vez, respondió el interpelado, sonriéndose del calor y entusiasmo con que se espresaba la jóven republicana.

—Pues entonces....

—¿Qué?

—Veo que teneis razon; seguiré vuestro consejo.

—¿Y no vendreis á verme alguna vez?

—¿Por qué no? repuso Lia con afabilidad. Me habeis salvado la vida, y no soy ingrata....Ademas, el motivo que os obliga á ocultaros es un título que os hace mas digno de mi aprecio.....

Un relámpago de alegría iluminó el semblante varonil y melancólico del proscripto.

—¡Ah! esclamo; que no sea en esta, sino en otra parte del rio. Este es un paraje muy peligroso, y no sé cómo os habeis atrevido....

—Me lo habían dicho, contestó Lia moviendo la cabeza; pero lo olvidé distraida con la lectura.

Y dándose un golpecito en la frente, sacó del seno un pequeño reloj del tamaño de medio duro embutido de perlas, y añadió con el infantil candor y ligereza de una niña:

—Ya son las diez, y me estarán aguardando para al-

morzar....Con qué hasta mañana, ¿eh?....No vaya á venir alguno y nos encuentre juntos.

El gaucho la acompañó en silencio, y cuando llegaron á los últimos cañaverales, se detuvo y estrechô y besó la mano que Lia le tendió con una sonrisa angelical y un afectuoso:

—Adios: hasta mañana á las seis.

—¡Adios! respondió él, y siguió mirándola hasta que se perdió de vista en el pequeño declive que formaba la cuchilla sobre que estaba edificada la casa de la Estancia.

— ¡Qué hermosa, qué ingénua, qué inocente es! decia él al retirarse, mientras ella por su parte añadía:

—¡Qué gallarda presencia y qué aspecto tan agradable tiene! ¡Qué valiente es! ¡Cuánto me gusta!....De buena gana le trocaria por mi insulso conde....

Y en verdad que no iba desacertada, porque Amaro, pues no era otro el personaje que ha figurado en todo este capítulo, aunque gaucho, valía mil veces mas, física y moralmente, que el egregio y elegante D. Alvaro Abreu de Itapeby.

VI.

Amor vírgen.

Esa noche por la vez primera de su vida huyó el sueño de los párpados de Lia. Estraños pensamientos se levantaban en su pecho; esperimentaba el desasosiego y la inquietud fébril que se apoderan de nosotros cuando un objeto nos preocupa fuertemente el ánimo. La imágen del desconocido la perseguía vagando en torno de ella: cerraba los ojos para no verla, y la sentia aproximarse y resbalar como un céfiro suave por sus sienes palpitantes....

Recordaba su aspecto melancólico y lleno de majestad, sus facciones varoniles, la espresion arrogante y avasalladora de su mirada, la proscripcion que pesaba sobre él, y cada vez le encontraba mas interesante; cada vez su ardorosa imaginacion se empeñaba en rasgar con mas ánsia el misterioso velo que le envolvia.

—¿Quién era? ¿Qué esperaba? ¿Cuáles serían sus proyectos?

Hé aquí lo que ella se preguntaba mil veces sin hallar una respuesta satisfactoria á sus dudas; hé aquí el enigma que se proponia, sin acertar á descifrarlo.

Y era que Lia, sin saberlo, habia encontrado al hombre

de sus ensueños, al tipo que reflejaba sus delirios é ilusiones de mujer; hombre antes que todo gallardo, intrépido, valiente, con aires de rey destronado, y perseguido por una noble causa, ¿qué mas se necesitaba para insinuarse en el corazon y. electrizar la fantasía de una tierna niña, entusiasta por las ideas democráticas, y harto propensa, como la generalidad de las mujeres, á impresionarse por todo lo que se presentaba á sus ojos con el irresistible prestigio de una verdadera superioridad física y moral?

¿Qué estraño era esto? Su alma, como la cuerda de un instrumento sonoro, que solo aguarda el arco que ha de hacerla vibrar, estaba predispuesta de antemano á favor de Amaro, y para comprenderlo solo esperaba una mirada suya que encendiese el fuego que en ella se escondia, un acento que sacudiese la fibras de su corazon, modulando suavemente su nombre.

Y lo mismo le sucedia al proscripto: habian nacido el uno para el otro; su alma era una sola, que la Providencia en sus juicios impenetrables habia dividido en el cielo para que volviesen á unirse en la tierra. Amaro no había amado á mujer alguna antes de conocer á Lia.

Por eso cuando la vió en sus brazos, la primer idea que se le ocurrió, el primer indomable y vehementísimo deseo que le asaltó, fué llevársela al fondo de los bosques, y allí de grado ó por fuerza, conquistar su cariño sin abusar de su debilidad. Encerraba demasiado nobleza el alma del gaucho, y le conmovian demasiado los pocos años, la hermosura y la inocencia de Lia para cometer tal infamia.

¡Ah, no lo acuseis por su conducta, al parecer tan poco caballeresca! Vosotros, con vuestros hábitos é ideas euro-

peas, difícilmente comprenderéis la primitiva espontaneidad del hombre de los desiertos, cuya enérgica voluntad no se ha plegado jamás á la de nadie; al hombre que obedece ciegamente á sus instintos, y que marcha de frente al fin que se propone, y se estrella contra los óbstáculos ó los anonada, sin buscar para ello estraviadas sendas ó largos rodeos, como hacemos nosotros los hijos de la civilizacion.

Fué necesaria toda la nobleza de que era susceptible Amaro, y toda la juventud é inocencia de Lia, para que aquel no se dejase arrebatar de su primer impulso. Accion sobrehumana en el gaucho, y mucho mas en el *montonero*, acostumbrado á imponer la ley á cuantos le rodeaban. Veamos ahora si tuvo motivos para arrepentirse de su noble proceder.

A la mañana siguiente, Lia, fiel á su palabra, acudió á la cita en el paraje convenido.

Aquella parte, como toda la márgen del rio, estaba cubierta de árboles y de un basto *pajonal* (1), que se estendia á la derecha de un radio de cuatro mil varas.

Difícilmente se concebiria una localidad mas á propósito para una discusion erótica, ó llámese de contrabando; al través de los àrboles se veia desde lejos á los que cruzaban por los alrededores ó venian de la Estancia, los cuales necesitaban trasponer la cuchilla, y en tanto el galan, la dama, ó los dos juntos si asi les conviniese, podian resguardarse de sus impertinentes miradas en el *pajonal*, aunque al entrar buscasen refugio en sus pantorrillas ó brazos alguna araña descomunal, mas negra que el hollin, algun alacran, lagarto, gato de monte, perro *cimarron*, tábano venenoso,

[1] Yerba que crece hasta la altura de un hombre.

hormiga idem, víbora de coral, ú otro inofensivo animalito por el estilo, de tantos como Dios crió en la tierra americana sin duda para que sus habitantes aprendan prácticamente la historia natural.

Pero estos pequeños percances y otros que no mencionamos por no fastidiar al lector con digresiones inútiles, eran flores para Amaro, como para el protagonista de cierta comedia *los silbidos arrullos, y los vituperios alabanzas.* Lo que aquel buscaba era la seguridad de Lia, y que nadie pudiese sorprenderlos. ¿Qué importaba lo demas?...El era quién habia de esconderse en el pajonal, y ya sabría precaverse de las picaduras de los insectos y de las mordeduras de los cuadrúpedos y reptiles.

Cuando Lia llegó, encontróle apoyado contra el tronco de un tala, siguiendo con la vista la corriente de las cristalinas aguas, y tan abismado en sus tristes pensamientos, que no se apercibió de su aproximacion.

---¡Amigo mio!...dijo la jóven con timidez.

El gaucho alzó rápidamente la cabeza, y se descubrió, preguntándola como habia pasado la noche.

---No muy bien, contestó; me he desvelado pensando en el *yacaré.* ¿Y vos?

Amaro se sonrió; pero guardó silencio.

—¿No quereis contestarme? Bien, añadió Lia, interpretando á su favor la sonrisa del proscripto.

—Pues yo tampoco he dormido....dijo este despues de un instante.

—Pensando en el *yacaré?*....Preguntó la jóven encendida como una grana, temiendo y deseando que le respondiese lo que confusamente preveía.

—No: en un ángel que Dios me enviaba para librarme de la muerte.

Al pronunciar Amaro estas palabras, clavaba sus centelleantes ojos en los de Lia que inclinaba los suyos teñida la frente de púdico rubor y sin poder soportar la fulgurante radiacion de su mirada.

Los dos bajo la impresion de una misma agradable idea, permanecieron en silencio algunos minutos. Por fin Lia se atrevió á romperle: su corazon latia con violencia.

—Amigo mio, le dijo con un timbre de voz que revelaba su profunda emocion, ¿podré saber á quien tengo la dicha de deberle la vida?

Amaro la miró enternecido.

¡Ah! os interesais por el desventurado proscripto, esclamó: tal vez cuando sepais su nombre os cause horror....

—No: ¿por qué?.....

—Porque mis enemigos, mis cobardes enemigos me han calumniado atribuyéndome los crímenes mas atroces... ¡Villanos!... ¿No habeis oido nunca hablar de un indio, de un mestizo ó mulato, renegado de nuestra santa religion, que tala los campos, incendia los pueblos, pasa á cuchillo á los prisioneros, no respeta el pudor de las mujeres, y hasta se atreve á profanar los templos y á poner sus impías manos en los ungidos del Señor?....

—Pero por Dios, ¿quién sois? tornó á preguntar la jóven con doble interés y curiosidad.

—¿Me jurais no huir de mí cuando os lo diga?

—¡Si!

El gaucho se acercó á ella, giró la vista en torno suyo, y casi al oido, con voz apagada, murmuró:

—Me llamo Amaro, y los intrusos me apellidan.... ¡Satanás! ...

¡ Caramurú!!! esclamó Lia con un grito de sorpresa, que Amaro creyó producido por el espanto; pero su recelo se desvaneció al punto, al ver la inefable delectacion que bañó el rostro de la jóven.

Lia, ébria de gozo, le miraba de arriba abajo con avidéz, como si dudase de lo que veia. Aquel hombre vivía en su imaginacion hacía tiempo, y le profesaba ella ese afecto vago y misterioso que suelen inspirar los génios á sus admiradores.

Amaro, no sabiendo á que atribuir aquel escrupuloso exámen, dijo sonriéndose.

—Sin duda, con los rumores que circulan acerca de mí estaríais persuadida que era un demonio en figura de hombre.

—Al contrario, muchas veces al oír hablar de vos me formé una idea que la realidad confirma, y me admiro únicamente de no haberos conocido desde el principio....

—¿Y ahora tendré derecho á preguntaros vuestro nombre? añadió el gaucho.

—Me llamo Lia, contestó ella, callando intencionalmente su apellido. Presentía que Amaro iba en breve á ser dueño de su corazon, y no quería que llegase á saber que estaba comprometida, y que este corazon tan puro y virginal ya no le pertenecía.

Un nuevo horizonte de felicidad se descorria ante sus ojos, y fuese admiracion, entusiasmo, gratitud ó amor, el deseo de conquistar su aprecio y cariño se despertaba en su alma, vehemente é irresistible. Hasta entonces habia visto,

sin comprenderlas, las miradas abrasadoras de los hombres, y escuchado sus alabanzas con la mas completa indiferencia. Ahora las tiernas miradas del proscripto la llenaban de una dulce agitacion, y sus lisonjeras palabras dilataban su pecho y henchían su alma de placer.

La hora de separarse llegó pronto, mas pronto de lo que ellos desearan.

Para los dichosos, el tiempo no corre, sino que vuela, Amaro estrechó dulcemente la mano de Lia, y creyendo inútil encargarle la mayor reserva sobre el secreto que acababa de confiar á su amor, se contentó con rogarla que no faltase al dia siguiente.

—No, no faltaré, contesto ella, retirando la mano que su libertador se olvidaba de soltar.

Amaro tomó el camino de la selva y ella el de la Estancia; pero á los pocos pasos volvieron ambos á un tiempo la cabeza, y se saludaron con la sonrisa en los lábios, casualidad que se verificó mas de una vez, y que solo se esplica por ese magnetismo, ó sea *doble vista* del amor, que adivina los movimientos é ideas de la persona amada aun cuando estén separados por largas distancias.

—Ella me amará, se dijo Amaro al sorprender una de aquellas miradas furtivas de la hermosa, que se alejaba repitiéndose llena de rubor y orgullo:

—¡El me ama!...

Lia, con el instinto propio de las mujeres, había conocido, á pesar de su inesperiencia, lo que su futuro amante no habia hecho mas que vislumbrar. El vacilaba apelando al porvenir: ella medìa de una ojeada el tesoro de pasion que escondía el pecho del proscripto, y se decía apoderándose de él:

—¡Ya es mio!

De este modo continuaron viéndose por espacio de tres semanas: al cabo de este tiempo Amaro declaró su amor á Lia, y oyó de sus lábios la ingénua confesion de que era correspondido, y que antes de conocerle por ningun hombre habia sentido lo que por él.

Entonces mediaron esplicaciones muy dolorosas para ambos. Lia le declaró, firme en su plan de ocultar la verdad, que era hija de un comerciante de Guadalupe (1); y como él, al saber que era amado, le manifestase su intencion de ir á verle para pedirla en matrimonio, la pobre niña, arrepintiéndose demasiado tarde de su mentira, pensó descubrir la verdad para disuadirle de su intento.

—Has de saber, le dijo bañada en llanto, que mi padre ha empeñado su palabra de honor y ha ofrecido mi mano á otro hombre....

—¡Dime su nombre, su nombre!....repitió el gaucho con reconcentrada ira.

Lia leyó en sus ojos la sentencia de muerte del desgraciado cuyo nombre pronunciáran sus lábios.

—Es un primo mio, contestó friamente, y harías muy mal en matarle, porque yo no le quiero.

—Pero te casarás ó te casarán con él, continuó Amaro en el mismo tono.

¡Jamás!....¡Tuya, ó de Dios!....replicó Lia con un acento tan veráz y arrojándole una mirada tan llena de ternura y sublime resignacion, que su amante no pudo menos de creerla.

---

(1) Villa cabeza del Departamento de Canelones.

Otros quince dias trascurrieron, como quince minutos. Lia guardó su secreto, y Amaro, empeñado en dar cima á sus planes de preparar una sublevacion general en el Departamento, lo esperó todo del porvenir y del síncero afecto de su amada. Sus ilusiones no debian durar mucho.

Una mañana se presentó Lia llorosa y abatida: la tarde anterior había recibido una carta de su padre en que le anunciaba que estaría en la Estancia dentro de cuatro dias, para llevársela á Montevideo, ya que felizmente se hallaba restablecida del todo. Y no era esto lo peor, sino que añadia á renglon seguido que D. Alvaro, el odioso conde, había vuelto de Rio Janeiro y tendria el gusto de acompañarle, junto con su madre, que solo por esta circunstancia había podido resolverse á salir de la capital.

Lia estrujó la carta entre sus manos, la rasgó en mil pedazos, y maldijo la hora y el momento en que se habia tomado aquella resolucion.

—¿Qué tienes, alma mia? le dijo tiernaménte Amaro al verla tan triste.

—¡Ay! ha llegado el momento de separarnos, respondió ella deshaciéndose en lágrimas.

—¿Separarnos?....¡Jamás! replicó su amante con fiereza; ¿quién, quién en el mundo puede separarnos?

—Mi padre, que vendrá dentro de cuatro dias.

—¡Ah, tu padre!....

El proscripto inclinó la cabeza sobre el pecho como abrumado por el tropel de ideas que afluian en torbellino á su mente. Los rizos de su larga cabellera, agitados por el viento de la mañana, ondeaban sobre su rostro como un espeso velo que recatase su mortal angustia, mientras ella

con palabras entrecortadas por el llanto, procuraba en vano disipar su pena.

—¡Amor mio! le decía, créeme por lo que mas ames en la tierra....ni nada ni nadie me harán ser infiel á mis juramentos....Mi corazon, mi vida, mi alma son tuyos.... y antes que pertenecer á otro, dejaría de existir....¡Sin tí nada quiero....ni la gloria eterna!

Amaro, al oirla, se estremeció, semejante á un corcel guerrero cuando escucha el estrépito de los tambores, atabales y clarines que dan la señal de acometer, y alzando rápidamente la cabeza, se echó atras con ambas manos sus ondeantes cabellos, y esclamó:

—Lia, ¿me amas?

—¿Si te amo?....¡No!....¡Te adoro, te idolatro! contestó ella con toda la vehemencia y pasion de que es susceptible una mujer locamente enamorada.

—Pues si me amas, añadió él acentuando las palabras, ¡es preciso que lo abandones todo por mí!

—Te seguiré, respondió la inesperta niña sin saber lo que decía; pero apercibiéndose al punto de la gravedad de su compromiso, añadió sollozando:

—¡Ah! ¡no puedo....no puedo, no!....Mi padre.... mi pobre padre se moriria de pena!

—Tienes razon, contestó friamente el gaucho en ademan de retirarse, y enternecido á su pesar por las lágrimas de Lia; tienes razon. Al fin yo no soy otra cosa que un despreciable gaucho *sin Dios ni ley*, como decís vosotros los de la ciudad, y tú éres rica, hermosa y de elevada cuna.... ¡Conmigo serías muy desgraciada! ¿Qué podría yo brindarte en cambio de la felicidad que me sacrificarias?....

¡Nada!....Nada, Lia; solo un nombre infamado, y la miseria, los azares, los contratiempos y penalidades de mi borrascosa existencia....¡Adios! ¡El te haga tan dichosa como yo deseo! Si alguna vez oyes decir que he muerto, no derrames ni una lágrima por mi memoria. Olvida para siempre al desventurado proscripto. ¡Adios!

—¡No, no te irás! esclamó Lia asegurándole de un brazo.

Amaro volvió el rostro, y entonces Lia pudo notar dos gruesas lágrimas que rodaban á lo largo de sus mejillas. Aquel hombre terrible, á quien llamaban sus enemigos Satanás, acaso por la vez primera sentia humedecidos sus ojos por el llanto.

—¡Adios! tornó á repetir, insensible á los ruegos de su amante.

—Te seguiré, ingrato; te seguiré.... haré lo que quieras, dijo Lia estrechándole ciega entre sus brazos.

—Reflexiónalo bien.

—La infamia, el deshonor, la misma muerte, ¡todo lo acepto por tí!

Los lábios del gaucho estamparon el primer beso en la púdica frente de su amada.

—No: de hoy en adelante, éres mi esposa; no faltará quien bendiga nuestro enlace: yo conquistaré gloria y riquezas para tí. Algun dia se ha de eclipsar la negra estrella que me persigue: entre tanto el desierto es grande, y en él encontrarás siempre una choza donde guarecerte y servidores fieles que te acaten como á su reina. ¿Ves ese dilatado bosque que se pierde de vista, donde nadie se atreve á penetrar temiendo á las fieras que en él se escon-

den? Pues allí, allí hay mas de cuatrocientos *montoneros*, que solo esperan una palabra mia para alzar el estandarte de la rebelion en este punto; pero todavia no ha sonado la hora de recomenzar la lucha.... Somos muy pocos, y no tenemos ni armas, ni pólvora, ni balas.... Allí vivirás hasta que caiga el odiado pendon portugués de los muros de Paysandú, y ondee en su lugar la bandera azul y blanca.

Una vez resuelta Lia, concertaron el modo de llevar á cabo su evasion, la cual no podia verificarse sino de noche, porque antes de llegar al bosque tenian que atravesar un gran trecho ocupado por los rebaños de la Estancia, y podían ser detenidos ó vistos por los *peones* que los guardaban; y á Amaro en aquella circunstancia le interesaba, como habia indicado antes, no despertar la mas leve sospecha, y mucho menos dar márgen con una imprudencia semejante á que entrasen en la selva buscando á Lia y descubriesen á sus amigos.

Convinieron, pues, en que ella ganaría al esclavo que cuidaba de las puertas, para que cerrase una en falso á fin de que pudiese salir á media noche, al oir la señal acordada que era el *canto del Aguará*, y aplazaron su ejecucion para dos dias despues.

Pero no bien se separó Lia de Amaro, no bien la fria calma de la reflexion sucedió al vértigo fébril de las pasiones, y se vió libre de la avallasadora é incontrastable fascinacion que aquel hombre ejercia en todo su ser, Lia retrocedió ante las consecuencias de su estravío, se arrepintió de su debilidad, recordó enternecida la desesperacion de su buen padre que tanto la quería, y despues de una obstinada lucha entre su amor y su deber, en la que triunfó por

fin éste, se propuso engañar á su amante con plausibles pretestos hasta la llegada de D. Cárlos....

Hemos visto en el capítulo primero cómo la agreste impetuosidad del gaucho desbarató sus planes, y cómo, á pesar de sus buenos deseos, á pesar de su heróica resistencia hasta el último momento, fué robada de la Estancia de su tia y conducida.... ¿donde?.... el título del siguiente capítulo os lo está diciendo.

VII.

La guarida de Amaro.

El brillante lucero precursor de la mañana, como la primera centella de un volcan que ilumina la cúspide de la montaña que le sirve de base, trepaba de *cuchilla* en *cuchilla*, dejando en pos de sí un rastro luminoso, cuando Lia y su raptor penetraban en el bosque.

El fresco ambiente de la noche y el rápido movimiento del caballo despertaron á la hermosa de su letargo. Los latidos de su corazon se confundian con los de su amante, y mas de una vez los cabellos de este, flotando á merced del viento, rozaban sus mejillas y garganta.

Amaro la llamaba por su nombre, la estrechaba contra su pecho, y prodigándole las mas tiernas espresiones de cariño, procuraba hacerla volver en sí. ¡Empeño inútil! Lia, aunque despierta, permanecia con los ojos cerrados sin responder á sus apasionadas palabras.

Encontrábase en una de esas mil situaciones en que la razon es impotente para hacernos superiores al sentimiento que nos domina, por mas que pretendamos vencerlo, conociendo el perjuicio y los males que va á ocasionar-

nos. Lia, arrancada violentamente de su hogar, obligada contra su voluntad á sellar con el baldon de la infamia las venerables canas de su padre, hubiera deseado tener la entereza suficiente para hechar en cara á Amaro su desleal proceder, y rogarle que la dejase libre ó la matase, pues prefería la muerte á envenenar la existencia del autor de sus dias, y esponerle ademas á la venganza de D. Alvaro, y acaso, acaso verse luego abandonada por el mismo que deshojaría la flor de su honestidad en cuanto quisiera, porque ella, inesperta y candorosa niña, que le amaba con todas las fuerzas de su alma, ni sabría ni podría resistirle; pero una voz mas fuerte se levantaba de su pecho en favor del proscripto.

—El te ama, le decia; él te adora; su conducta es hija de su violenta pasion, de los celos y de la certidumbre de perderte. Confía en su palabra: no será tan vil que abuse de tu debilidad y de tus pocos años. Serás su esposa, no su concubina, y cuando luzcan dias mejores, tu padre que tanto te quiere, te perdonará el haberte unido sin su consentimiento al primero de los libertadores de su patria.

Así raciocinaba Lia, sujeta ya á la fascinadora influencia de su raptor, cuyas dulces protestas escuchaba en tanto con el mismo embeleso que Eva las palabras de la serpiente. ¡Ay! ¡Es tan difícil á una mujer amante y amada no perdonar los arrebatos que su beldad inspira! ¡Es tan difícil en los primeros albores de la vida, cuando la felicidad nos ha sonreido desde la cuna, no verlo todo al través de un prisma encantador!

¿Cómo comprenderá un alma vírgen, que no ha bebido áun en la amarga copa de la esperiencia, que tras ese cielo

de purísimo azul, que admiran sus ojos, se oculta la tempestad y el rayo? ¿Cómo querrá creer que las aves de rapiña, ó aleves cazadores, acechan á esos hermosos é inofensivos pajarillos, que, saltando de rama en rama, la encantan con sus gorjeos? ¿Cómo le asaltará la idea de que bajo ese manto de verdura que cubre el suelo bordado de mil flores, á cual mas bella y fragante, se arrastran ponzoñosos reptiles é inmundos insectos, que se nutren y forman su veneno de ellas? ¿Cómo se imajinará, en fin, que el caudaloso rio, que corre impetuoso á confundirse con el mar, agotado por los ardores del estío, se convertirá en fétido pantano?

Los fugaces temores de Lia se desvanecieron, y si no la alegría, la confianza volvió á su pecho. Si algun triste recuerdo involuntario, si alguna idea fatigosa, si algun fatal presentimiento venian á intérvalos á preocupar su espíritu, ante la radiante llama de su amor, recuerdos tristes, ideas penosas, fatales presentimientos, depurábanse variando de forma y de color, como varían de forma y de color en el laboratorio de un alquimista varios fragmentos de metal, reducidos al estado de fusion, y trocados en una sola masa compacta y brillante.

La marcha mas lenta del caballo, que en breve caminó al paso, y el ruido de las ramas, indicaron á Lia que entraban en el bosque.

No había en él senda alguna: el corcel, guiado por el instinto, se habría camino por entre los arbustos, enredaderas y plantas parásitas que ligan unos árboles con otros, y forman un muro de verdura bastante espeso para que no se distingan dos personas á una vara de distancia.

13

A medida que adelantaban, la selva se hacía mas impenetrable, el caballo retrocedia frecuentemente; tomaba á la derecha, luego á la izquierda, metía la cabeza entre los matorrales, husmeaba la yerba, y así, variando á cada momento de direccion, anduvo como dos leguas, hasta que llegó á una especie de pradera en medio del bosque, formada recientemente por el incendio de los árboles y de la maleza, cuyas cenizas cubrian todavía el suelo como una capa de menuda arena.

El caballo tomó el trote lleno de alegría, y Amaro respiró tranquilo. Hasta entonces el sobresalto de tropezar con alguna de las muchas fieras que tambien tenian allí su guarida, le habían hecho temblar mas de una vez, no por él, sino por su compañera, que ignorante del riesgo que corría, continuaba con los ojos cerrados, como si estuviese desmayada.

Un prolongado y confuso alarido, tan lúgubre como espantoso, resonó á lo lejos, semejante al estruendo de una jigantesca mole que se desploma de una montaña, rodando de roca en roca, y rompiéndose en pedazos al chocar contra ellas. Diríase, enmedio de la soledad y pavoroso silencio que allí reinaba, que se había abierto la tierra, y los demonios, presididos por Satanás, acudian en tropel á celebrar algun diabólico festin.

Mil voces, ó mas bien ahullidos distintos, formaban una algarabía verdaderamente infernal. Lia, trémula y azorada, se abrazó fuertemente al cuello de su amante, encomendándose á todos los santos del cielo.

Amaro se sonrió, y tomando el galope, la dijo:

—No te asustes, ángel mio; son los *mastines* de mis

montoneros que me han sentido..ya están aquí; míralos...

Un centenar de perros, la mayor parte barcinos, y algunos casi tan grandes como los de Terranova, aunque mas flacos y desnudos del abundante vellon que adorna á aquellos, salian á su encuentro ahullando y ladrando á la vez.

Silbó el gaucho tres veces, llamó á algunos por su nombre, y reconociéndole ellos, cesó al punto su atronador clamoreo, y se le acercaron en tumulto meneando la cola y dando saltos de alegria.

—¡Míralos, alma mia, añadió Amaro riendo del pueril temor de Lia, que temblaba como una hoja; míralos qué bonitos son!

—Serán muy bonitos, pero me dan miedo, contestó ella sin volver la cabeza y siempre abrazada á su cuello.

En efecto, aquellos animales, aunque domesticados, ademas de ser muy feos, tienen algo de selvático y feroz que impone, debido sin duda al oficio que desempeñan cerca de sus amos. Son sus guardadores, sus centinelas de noche y de dia: sin su auxilio sería imposible vivir en nuestros bosques. Al menor descuido, los salvajes, un tigre ú otro animal cualquiera sorprenderían al que osase internarse en ellos. No así cuando una buena trahilla defiende la localidad que ocupan los que por su oficio, como los leñadores, ó por necesidad, como los que andan ocultos, escojen para fijar su residencia á veces por largos años.

A los ladridos de los perros salieron de sus ranchos unos cuatrocientos gauchos blancos, negros, indios y mestizos, acompañados de algunas mujeres.

Eran los *montoneros* de Amaro, los emigrados de Tacuarembó y Salto.

La mayor parte estaban casi desnudos: apenas un *chiripá* de jerga ó un raido *vichard* (1) cubría sus miembros ennegrecidos por el sol y por la pólvora; pero en su porte altivo, en su arrogante mirada, en la satisfaccion que demostraban al inclinarse delante de su jefe, se conocia que eran *voluntarios* y que soportaban con gusto las penalidades y la miseria á trueque de alcanzar con su constancia mas tarde ó mas temprano el prémio de sus afanes, el triunfo de la noble causa que defendían con tanto arrojo como tenacidad.

Lia contemplaba con asombro aquellos rostros varoniles, tostados por el sol y por los cierzos, aquellas miradas fijas é imponentes, aquellas crinadas cabelleras, aquellas anchas espaldas y levantados pechos, señalados algunos por el sable y las balas de los iberos y lusitanos, ó por las flechas y las lanzas de los infieles, y se admiraba interiormente del respeto y del gozo con que recibian á su amante. Mucho debia valer este, en muy alto concepto de esforzado debian tenerle, muy grande, muy lejítima y digna debía ser su fama, para que tales hombres reconociesen su superioridad, le prestasen obediencia, abandonasen sus hogares por seguirle, y aceptasen la proscripcion, el esterminio que pesaba sobre los que militaban bajo las banderas de los *montoneros*.

Amaro se apeó, entregó el caballo al que estaba mas inmediato, atravesó en silencio por medio de ellos, y se

(1) Poncho de lana fabricado en el pais.

dirijió con su amada á un *rancho* que quedaba en el centro y que sobresalia entre los cuarenta ó cincuenta que formaban aquella errante colonia, como descuella el *camalote* (1) entre las algas y plantas marinas que las corrientes y remolinos arrancan del fondo de un rio.

Este rancho estaba adornado con todo el lujo que el desierto permitía, y sin embargo, no había allí nada que recordase á la elegante montevidiana la esplendidéz de la casa paterna. Las paredes eran de barro y cañas; el techo de forma angular, de una paja larga y compacta, llamada *totora*: la puerta se componia del cuero seco dé un novillo. No cubrian el suelo ricos tapices de Persia, sino frescas hojas de laurel, *yerba mora y salsafrás* entremezcladas con el aromático *trébol* y la odorosa *gramilla*. En vez de cuadros, flores silvestres colocadas en toscos jarrones de tierra. Un grueso tronco, cubierto con la piel de un leopardo, servia de mesa; el de una palmera de sofá, y otros menores de butacas, todos resguardados por magníficas y variadas pieles. En fin, una preciosa hamaca, tejida con las plumas de las aves mas estimadas por su brillo y hermoso colorido, arrollada y pendiente á falta de clavos, de la cornamenta de un *venado*, ofrecia un cómodo lecho al que quisiera estenderla de una pared á otro para descansar en ella.

Lia inventarió de una ojeada el menaje de su nueva habitacion, y fuese por la novedad, ó bien por que su imaginacion revistiese con un barniz de magnificencia la poética sencillez de aquella morada, no hizo gesto alguno

(1) Islas flotantes, formadas de los árboles y plantas que en sus grandes crecientes llevan tras sí los rios al retirarse. El Paraná ofrece muy á menudo este fenómeno.



por el cual se pudiese inferir que algo la desagradaba; pero cuando notó, encima de lo que llamaremos mesa, varios libros, un costurero pequeño, un escritorio, un estuche para la boca y otros utensilios de señora, comprados en Paisandú por Amaro, se sintió agradablemente conmovida por esta delicada prevision de su amante, y le dió las gracias con una de esas miradas que solo pueden lanzar los ojos de una mujer bella y enamorada.

—Lia, ahora que nadie puede separarnos, dijo su amante, aprovechando la favorable disposicion de ánimo en que se encontraba ella, quiero no disculparme, sino pedirte perdon por mi brutal arrebato.

La jóven no contestó.

—Si, perdóname, mi encanto, porque solo el amor, el ardiente y ciego amor que te profeso, pudo prestarme fuerzas para amenazarte de ese modo. ¿Crees tú, por ventura, que si me hubieras dicho *no*, amándote, como te amo, ángel mio, crees tú que hubiera sido capaz de asesinarte?

—¡Quién sabe! murmuró Lia: antes me habías dicho que quisiéras verme primero muerta que en brazos de otro.

—Pero....considera....

—No, Amaro; has sido injusto; has dudado de mí: no me has creido bastante fuerte para resistir á la voluntad de mis padres, y por eso....

—¡No! esclamó él interrumpiéndola: me habias empeñado solemnemente tu palabra y creí, acostumbrado como estoy á que nadie me falte nunca á ella, creí que tenia ya sobre tí los derechos de un esposo.

—¿Qué dices? preguntó Lia palideciendo.

Amaro la vió apoyarse sobre la mesa, y notó la palidez

que oscurecía el carmin de sus mejillas. Comprendió el alcance de la frase que acababa de soltar, y como la habia dicho sin segunda intencion, procuró enmendar su falta, añadiendo con veráz y rendido acento:

—Ahora y siempre haré lo que tú quieras. Manda, dispone, ordena....pídeme hasta la vida, y me atravesaré el pecho á tus pies por oirte decir:—«¡Estoy contenta!»

Tan apasionada protesta, pronunciada con la vehemencia de un amante que anhela justificarse, bastó para que la bella ofendida le absolviese generosamente de su anterior indiscreta alusion.

—Te perdono, Amaro, y acepto con gusto el porvenir, bueno ó adverso, que á tu lado me reserve el destino.. Solo espero de tu lealtad que un sacerdote bendiga nuestra union.

—Será mañana mismo si quieres........

—¿Dónde?

—Aquí.

—¡Ah, no! repuso Lia como recelosa y turbada por la precipitacion de sù amante; es preciso que sea en una ciudad, en un pueblo, en un paraje donde todos lo sepan y llegue á noticia de mi familia.

—Procuraré complacerte, respondió el gaucho vacilando.

—Empéñame tu palabra de honor, júrame que así lo harás, añadió Lia llena de angustia.

Amaro, haciendo un penoso esfuerzo, contestó con voz pausada y grave:

—¡Te lo juro!....

Y sin aguardar respuesta, cubrióse el rostro con el

poncho, y salió del rancho para devorar sin testigos su aguda pena.

Imaginábase el desgraciado que Lia no le amaba, ó si le amaba era muy tibiamente, cuando desconfiaba de él y se empeñaba con sus pueriles temores èn levantar una barrera que en largo tiempo no podria él salvar, y acaso moriría antes de conseguirlo.

Juzgando á Lia por sus propias ideas, con su despreocupacion y soberano desprecio á la opinion agena, no alcanzaba á comprender sus fundados escrúpulos.

—Si me amase, se decia, todo lo olvidaria por mí, me lo sacrificaría todo. Yo sería para ella cuanto existe en el mundo....

Dominado por este pensamiento, resolvió inquirir si eran ciertas ó no sus dudas, y para ello, aprovechando la circunstancia de tener que ir á Paysandú con el objeto de solicitar de Abreu algunos fondos, se valió de un ardid, al que muchas veces apelan los amantes que desean esperimentar la constancia de su adorada; fingièndose indiferentes, y alejándose de ellas el tiempo necesario para poner á prueba su fidelidad. La ausencia es la piedra de toque de los enamorados.

Esa misma tarde pasó á su antigua morada, convertida ahora en retrete de Lia, y despues de informarse si habia descansado y si necesitaba algo, le insinuó que se veia obligado á ausentarse por algunos dias.

—Asi estarás mas tranquila, añadió, observando con encubierta avidéz la impresion que sus palabras producían en su amante; conviene, por ahora, que estemos juntos lo menos posible....

—¿Y á donde vas? preguntó ella con voz trémula y húmedos los ojos por dos lágrimas, que, á pesar de sus esfuerzos para contenerlas, enturbiaban el claro resplandor de su mirada, pugnando por escaparse de sus párpados. ¿A dónde vas?

—¡Lejos, muy lejos! replicó Amaro.

—¡Por Dios, vuelve pronto, pronto! y sobre todo, amor mio, no espongas tu vida, no vayas á desafiar los peligros únicamente por el placer de aumentar tu fama..¡Ah! Si acaso soy yo la causa de esa resolucion, perdóname el mal que involuntariamente he podido ocasionarte, y no medejes, Amaro mio, no me dejes..quédate aquí.... yo te exinjo..

Iba á decir *de tu juramento*; pero la voz espiró en su garganta, y ardientes lágrimas empaparon su rostro.

Amaro empezaba á enternecerse, y como no quería variar de resolucion, manifestóla en pocas palabras que un asunto indispensable le llamaba á Paysandú; pero que volvería tan pronto como lo evacuase.

Había pensado, en efecto, ver al Sr. de Itapeby y pedirle prestado algun dinero para proveer de armas y vestuario á sus montoneros. Su mala estrella quiso que, al pasar por la pulpería, oyese las palabras del *enchalecador*, el cual, estando en relaciones con una mestiza de la Estáncia, se hallaba oculto entre unos *cardales* la noche del rapto, y le había conocido cuando cruzó á escape con Lia dirigiéndose al bosque.

Sobre el resultado que esto produjo, y lo que despues acaeció en casa del comerciante, escusamos insistir habiéndolo consignado detenidamente en los capítulos segundo y tercero.

A ellos remitiremos al lector olvidadizo, suplicándole recuerde el pacto y las condiciones del gaucho y la formal promesa de Abreu de darle los *cien mil patacones* de la apuesta siempre que le trajese un parejero capaz de vencer al renombrado Atahualpa.

VIII.

El Tubichá.

No há muchos años existía en nuestro pais una esforzada tríbu, aunque pequeña, la mas belicósa é indómita del Plata, y acaso de toda la América, inclusos los célebres araucanos.

Esta tríbu era la de los *charrúas*, quienes figuran en primera línea desde los primeros tiempos de la conquista, y han vertido ellos solos mas sangre Ybera que los ejércitos de los Incas y Motezuma, si hemos de creer á Azara.

Por espacio de tres siglos disputaron palmo à palmo su territorio á los españoles y á sus descendientes, combatiendo con indomable constancia hasta hundirse en la tumba.

Su lucha empezó con Solis, á quién devoraron en una isla frente á la *Colonia* (1515), y concluyó en el primer tercio de este siglo (1833), siendo esterminados en una celada por el general Rivera, en las cabeceras del *Cuarehim* y del *Ibirapitámini*.

Encerrados en la confluencia de los dos rios, es fama que no escaparon veinte individuos, y que fueron inmolados sin piedad hombres, niños y mujeres.

Sus depredaciones, el estado de contínua alarma en que tenían á la campaña, á pesar de su reducido número, pues no llegaban á mil; su atroz perfidia con D. Bernabé Rivera, hermano del general, jóven de altas esperanzas, á quien asesinaron con su comitiva, y otros muchos atentados, hicieron necesaria esta medida, inícua si se quiere, pero disculpable hasta cierto punto, tratándose de unos hombres tan crueles y tan pérfidos como los *charrúas*.

Su carácter dominante era un ódio profundo contra los cristianos, cualquiera que fuese su procedencia, lo mismo á los españoles que á sus descendientes; pero obligados á defenderse tambien de otras parcialidades con quiénes estaban en perpétua guerra, solían entablar con los primeros negociaciones de paz, que rompìan con insigne mala fé en cuanto pasaba el peligro.

Sus aduares eran el refugio de todos los que por sus delitos, ó por huir de la esclavitud, vagaban por los bosques. El que queria ingresar en su tríbu se presentaba al *Tubichá*, esto es, al jefe superior, al cacique de los caciques, acompañado de algun truchiman que le servia de padrino, y esponía en breves razones el motivo por el cual andaba errante, y su firme intencion de separarse para siempre de los *perversos y traidores cristianos, y consagrarse en cuerpo y alma al servicio de la gente mas valerosa, mas valiente é ilustre que existía debajo de las estrellas*.

El cacique convocaba á los ancianos y les proponía la admision del catecúmeno, el cual, si tenía la desgracia de ser rechazado por ellos, considerándole sospechoso ó espía, era degollado en el acto junto con su acompañante.

Una vez admitido en la tríbu, renegaba de su religion

y adoptaba el traje, los ritos y las costumbres de los salvajes; se le daba otro nombre, y por via de ensayo se le sometia á distintas pruebas, de las que no siempre salía victorioso.

Algunos de estos aventureros, dotados de una inteligencia muy superior á la de los indios, y de un temple de alma á propósito para granjearse su aprecio halagando sus ruines instintos, secundando sus planes de esterminio y vandalismo, y escediéndoles en ferocidad si era posible, al cabo de algunos años adquirían tal prestigio y consideracion entre ellos que los *capitanejos* (1) los elejían para el mando supremo á la muerte del *Tubichá*.

En la época que abraza nuestra historia, un mulato liberto mandada la tríbu de los *charrúas*.

Escapado de la Estáncia en que trabajaba, sita en la campaña de *Tucuman* (2), por el asesinato del capataz, ideado y dirigido por él en union con varios esclavos, á fin de apoderarse de una crecida suma de dinero, producto de la venta de cincuenta mil cueros, emigró á la Banda Oriental con sus cómplices, para de allí trasladarse al Brasil, donde esperában gozar impunemente el fruto de su crímen.

Sorprendidos al atravesar el *Yaguaron* por una partida de facinerosos, se resistieron á entregarles la ropa y las armas que aquellos les exijian, y los que no murieron peleando, se refujiaron á un monte inmediato, donde estaban acampados los *charrúas*.

Presos y conducidos á presencia del *Tubichá*, llevóse éste sin hablar la mano abierta á la garganta, indicando que los degollasen.

---

[1] Caciques inferiores.
[2] Provincia de la Confederacion argentina.

Había entre las concubinas del cacique una *Zamba* (1), su favorita á la sazon, que conocía al mulato por haber tenido relaciones amorosas con él en una de las Estáncias próximas á la suya, antes de caer prisionera con sus amos, viniendo de viaje para *San Cárlos.*

Conocióle al pasar por delante de su tienda, y ordenando á los que le conducían que se detuviesen corrió al *Tubichá*, bañada en llanto, y le rogó que le perdonase, porque era su hermano.

Creyóla cándidamente el buen indio, y accedió á su deseo con las condiciones antedichas. Alentada ella, quiso salvar igualmente á los demas; pero no pudo conseguirlo.

El mulato que era de perversa índole, audaz, desalmado, y que no carecia de talento, adquirió en breve inmensa popularidad entre los salvajes, y cuando se creyó con bastante prestijio para disputar el poder á los afamados capitanejos, de acuerdo con su antígua querida, al retirarse de una *malocca* (2), en la que fueron rechazados con pérdidas considerables y perseguidos por algunas leguas, en medio de la confusion pasó por detras con su lanza de parte á parte al viejo cacique.

Hecha la eleccion del nuevo jefe, prévias las formalidades de costumbre, el asesino fué proclamado *Tubichá* casi por unanimidad.

El nombre de Tapalquem, *el del brazo de hierro*, que le habían dado los indios al recibirle en sus filas, se hizo muy pronto sinónimo de todo lo mas malo que imaginarse puede.

---

[1] Hija de mulato y negra, de india y negro, ó vice-versa.
(2) Escursion para robar.



Ahora bien, Tapalquem tenía el caballo que Amaro iba á buscar, y lo que es mas estraño, Tapalquem, el asesino, el incendiario, el bárbaro y feroz cacique que todo lo llevaba á sangre y fuego, aquel cuyo nombre pronunciado de noche en la cocina de una Estáncia hacía estremecer y erizar los cabellos de horror á la numerosa concurrencia, que sentada en ancha rueda en torno del hogar, saboreando el líquido de aromática yerba *mate*, desleida con agua hirviendo en una pequeña calabaza que pasa de mano en mano, oía embelesado el relato de las íncreibles aventuras, patrañas y mentiras de los que tenian la palabra....Tapalquem respetaba y quería á Amaro, y le habia ofrecido por varias ocasiones el apoyo de sus ochocientos jinetes. Oferta que el orgulloso jefe de los *montoneros* habia despreciado siempre, creyendo degradar su noble causa aliándose con aquellos beduinos, á quiénes despues de la victoria ni sus mismos caudillos eran capaces de impedir que se entregasen al saqueo, á la violencia, al pillaje, á la embriaguez y demas escesos que son consiguientes.

Sus relaciones databan de muy antíguo. Viajando Amaro por la provincia de Buenos Aires acompañado de otros tres gauchos, llegó una tarde á una Estáncia, y como es costumbre, se acercó á la casa á pedir posada por aquella noche, en los momentos que cuatro vigorosos negros estaban amarrando á una ventana, para azotarle, á un esclavo que habia osado levantar la mano contra el capataz. Audacia ináudita por la cual las leyes antes de 1810 autorizaban al amo para quitar la vida á sus siervos.

—¡Te he de matar á azotes, perro mulato! decía el capataz furioso, blandiendo un enorme zurriago.

Amaro y sus compañeros descendieron de sus cabalgaduras, y entraron en el patio donde tenía lugar la escena referida.

La serenidad del esclavo contrastaba con la cólera del administrador, que, lívido de ira, descargaba sendos latigazos sobre los negros para que anduviesen mas listos; y tan ciego estaba, que en vez de responder como debia á las urbanas frases con que el primero le pidió hospitalidad para él y sus amigos, contestó á gritos con palabras obscenas y en estremo ofensivas.

—¡No hay posada; idos á los infiernos! ¡Esta casa no es guarida de vagos ni de ladrones!

Los tres gauchos echaron á un tiempo mano á sus puñales, y bien cara habría pagado el insolente su grosería, si Amaro, siempre generoso y noble, no los hubiera detenido diciéndoles:

—Yo he sido el principal agraviado; dejadme que le exija la satisfaccion y le imponga el castigo que merece.

El capataz se dirigió á la puerta para llamar á los *peones;* pero mas rápido el gaucho, le cogió por el cuello de la veste y le arrojó á diez varas en medio del patio, como arroja un niño una pelota ó una varilla de mimbre.

—Si levantais la voz, le dijo clavando en él su terrible y avasalladora mirada; si dais un solo grito, os degüello lo mismo que á un ternero.

El miserable comenzó á temblar como un azogado, y tartamudeando soltó algunas palabras vagas, ininteligibles, sin enlace ni conexion; por último, pudo hablar, se arrodilló, y pidió perdon á los agraviados.

Amaro, sin responderle, se encogió de hombros, se

acercó al mulato, y cortó con su puñal el *maneador* (1), que lo sujetaba á las rejas de la ventana.

—Ya éres libre, le dijo: anda y toma el primer caballo que encuentres ensillado para venirte con nosotros.

El esclavo cayó de hinojos, hiriendo el suelo con la frente, y puso sus lábios en las blancas botas de *potro* de su libertador.

—*¡Paisano! ¡paisano!*.... (2) esclamó el capataz, luchando con el miedo que le infundian sus huéspedes y el temor de perder al esclavo; considerad por piedad que soy un desgraciado, que nada tengo, y me veré obligado á satisfacer su valor.

—¡Miserable!. ¿Y no querías matarle á azotes?

—Es verdad; mas....

—Mas entonces, continuó Amaro con creciente indignacion; te habrías escudado con las leyes, ó para evitar indagaciones, habrías dicho que había muerto de enfermedad.

—Considerad que tengo cuatro hijos.....

El gaucho le echó una mirada de desprecio.

—¿Cuanto vale? preguntó.

—Cuatrocientos pesos; ni un *cinquiño* (3) menos.... os puedo mostrar la carta de venta.

—Veamos esa carta.

Corrió el capataz á una pieza inmediata, seguido de su interlocutor, y sacó de un pequeño escritorio un legajo de

[1] Soga de piel de vaca, desde diez á treinta varas, que sirve para atar á los caballos.

[2] Equivale á *señor* entre la gente del campo.

(3) Cinco reis.

papeles, los hojeó, y como tardase intencionalmente en encontrar el que buscaba, sin duda para dar tiempo á que viniesen algunos de los *peones* que estaban ocupados á la sazon en la *matanza*, Amaro se los arrebató de las manos, diciéndole con un ceño y un metal de voz que le hizo estremecer de los piés á la cabeza:

—Andad con tiento, porque ya se me va acabando la paciencia.

En seguida desdobló la escritura, y le ordenó que estendiese debajo el recibo de la cantidad espresada.

El capataz vaciló; Amaro levantóse tranquilamente el poncho, y llevó la mano á uno de los bolsillos del tirador; creyó el primero que iba á sacar el puñal, y esclamó hablando y escribiendo á toda prisa:

--¡Por Dios, amigo mio; por Dios! Tened mas calma... . voy á concluir. ¿A nombre de quién pongo el traspaso?

—A nombre del propio esclavo.

Los gauchos y los negros, que desde el patio presenciaban esta cómica escena, se reían, los primeros abiertamente, y los otros en sus adentros, de la pusilanimidad de aquel hombre que tenia fama en toda la comarca por su crueldad desmedida con los esclavos sujetos á su dominio, y ahora se mostraba tan menguado, tan cobarde y rastrero.

Cuando hubo firmado, Amaro llamó al mulato, que volvía de cumplir sus órdenes, y le entregó la escritura.

El administrador, cabizbajo y contrito, los acompañó hasta la puerta donde estaban los cinco caballos, los vió montar, y no atreviéndose á reclamar de nuevo directamente el pago de los cuatrocientos pesos, comenzó á lamentarse de las muchas pérdidas que había sufrido aquel año, y dijo:

—Espero de vuestra jenerosidad que....si os es posible y esto no ocasiona ningun perjuicio de consideracion... tan pronto como os lo permitan las circunstancias....os dignareis remitirme...si no toda, al menos una parte de la cantidad que tendré que abonar de mis sueldos, ¡ay de mi!

El gaucho, sin mirarle á la cara, le tiró á los piés una bolsilla de cuero que habia zacado en vez del arma que aquel se imaginó y partió á galope, seguido de sus compañeros.

Recogióla friamente el administrador, figurándose que seria alguna nueva burla; pero ¿cual seria su sorpresa al encontrarse con veinte y dos flamantes medallas de Cárlos III, en las que se leía la encantadora leyenda de *D. Felix Utroque*?....

Imposibilitados por este motivo de dormir en la Estancia, hicieron noche en un villorro que distaba cuatro leguas.

Al dia siguiente, antes de partir, Amaro, que se dirijía á la capital; indicó al mulato que hiciera lo que mejor le pareciese, porque era enteramente libre.

Quiso este en prueba de su gratitud quedarse á su servicio; pero el generoso gaucho le dió las gracias, diciéndole que no le necesitaba, y le aconsejó que se fuese á trabajar y procurase con su laboriosidad y buena conducta captarse la voluntad de sus futuros *patrones*, para que á la vuelta de algunos años le *habilitasen*.

En consecuencia, su protegido enderezó el rumbo á Tucuman, donde, abusando muy pronto de su libertad, perpetró el crímen de que hemos hablado, que le obligó á huir de aquel país y le arrojó entre los *charrúas*, abriéndole un nuevo crímen el camino de la fortuna.

Sin entrar en los anteriores detalles no se comprendería á la verdad la ilimitada confianza del proscripto en el afecto que le profesaba Tapalquem. Un servicio de tal magnitud, bien merecía para un corazon agradecido, no el préstamo, sino el regalo del mejor caballo, por grande que fuese su valor.

No obstante, á pesar del síncero agradecimiento del cacique y de su empeño en complacerle, fué necesaria toda su buena voluntad y el arrojo é intrepidéz de ambos para conseguir una cosa al parecer tan sencilla. Diremos dos palabras sobre esto, para la mejor inteligencia de lo que vamos á esponer en seguida.

Los indios, como los árabes y los tártaros y todos los pueblos nómades, aprecian en estremo sus corceles, sobre todo á los que despuntan por su belleza y agilidad.

Existen sobre este particular mil preocupaciones entre ellos, que si no temiéramos fastidiar al lector con digresiones inoportunas, las enumeraríamos, seguros de que tal vez le divertirian por lo raras y estravagantes....

La tríbu que tiene buenos caballos, en su concepto no puede ser cobarde: el mejor bridon pertenece de derecho al cacique, y en él se vincula el honor y la gloria de la parcialidad que capitanea: perderlo en la batalla ú de otro modo, es señal de mal agüero, presagio de calamidades y desgracias para la tríbu.

Veamos ahora de qué medio se valió Amaro para arrancar á los charrúas su famoso *parejero*, y si los peligros á que se espuso valían los cien mil *patacones* que debían recompensar su audacia.

IX.

Añang.

El tubichá recibió á Amaro con las mas ardientes muestras de aprecio y deferencia, é hizo con él lo que no hacía con nadie: se puso de pié, y se sacó el triple rodete de plumas, símbolo de su dignidad, que cubría su cabeza, accion que llenó de escándalo á los viejos caciques.

Su descontento se aumentó al ver que Tapalquem les ordenaba retirarse para hablar á solas con el *huinca* (1).

—¿Qué quereis, señor? ¿Puedo seros útil en algo? preguntóle no bien se alejaron aquellos, con la afabilidad del que desea que lo ocupen.

—Sí; vengo á pedirte prestado tu célebre *parejero* por ocho dias.

—¿Daiman? preguntó el mulato con angustia.

—Daiman.

—¡Ah! Pedidme todos mis demas caballos, dinero, mujeres, todo lo que querais.... pero ese caballo.... ¡ira de Dios!.... ese caballo no puedo dároslo.

---

[1] Cristiano.

—Entonces nada he dicho y me retiro.

Amaro se encaminó á la puerta con la sonrisa del desprecio en los lábios y el fuego de la indignacion en los airados ojos.

—Oid, le dijo Tapalquem.

Volvióse el gefe de los montoneros, y le miró frente á frente con toda la arrogancia de que él era capaz, é inmóvil, esperó dos minutos á que hablase.

—Aun cuando yo quisiera prestarme á vuestros deseos, sería esponeros á una muerte casi segura permitir que os lleváseis á Daiman, pues....

El gaucho, sin aguardar á que concluyese la frase, le volvió las espaldas, y pisó el umbral.

—*¡Caramurú!* gritó el cacique apretando y mordiéndose los puños hasta hacerse sangre; si otro hombre fuera el que se atreviese á inferirme tal agravio, le mandaria cortar la lengua y arrojársela á mis *ñanduses.* (1)

El gefe de los montoneros por única respuesta se atusó el bigote, y le miró con la calma insultante del que desprecia las amenazas de un inferior suyo, y ni siquiera le hace el honor de contestarle.

—Aunque mi poder es ilimitado, continuó Tapalquem, los charrúas no verían tranquilos que un cristiano se llevase su mejor caballo, el caballo de su tubichá, al vencedor de los mas célebres parejeros del Rio de la Plata....

El gaucho meneó la cabeza impaciente.

—¡Oid, con mil rayos! se me ocurre un medio que tal vez surta el efecto apetecido. Deseo serviros á todo trance.

(1) **Avestruces. Los indios crian estos animales para aprovechar sus huevos; que son muy buenos quitándoles la clara.**

CARAMÚRU



Elie Duteil, inv. lit. Teodomiro Real y Prado editor. Lit. "SAN MARTIN" Nº 1.

El jefe de los montoneros, por única respuesta se atusó el bigote.

Esta promesa desarrugó la faz sombría de Amaro, que se adelantó al medio de la tienda dispuesto á escucharle.

—Permaneced aquí hasta las dos de la mañana.

—¿Me llevaré á Daiman?

—Lo espero.

—¿Sí, ó no?

—Hombre, sí; suceda lo que Dios ó el diablo quiera.

—No esperaba menos de tu generosidad, repuso el gaucho, radiante el rostro de alegría y tendiéndole afectuosamente la mano.

—Os debo la vida, y quiero probaros lo que os he repetido mil veces. Soy vuestro en cuerpo y alma.

El mulato se acercó á la puerta de la tienda, y tocó un silbato que llevaba al cuello.

Un indio se presentó.

—Que venga al momento Yictabicay, dijo.

Y volviéndose á Amaro, añadió:

—Por fortuna entendeis el idioma de estos bárbaros, y vais á convenceros de que obro con toda lealtad.

Una india vieja y de deforme aspecto, cuya pequeña estatura estaba compensaba por una obesidad monstruosa, apareció en el umbral y se detuvo hasta que el tubichá, con un gesto imperativo, la indicó que pasara adelante.

Era esta la hechicera de la tríbu. Venia cubierta con una grosera manta de lana, y traía al cuello un collar de dientes humanos: cerdosos y enmarañados cabellos coronaban su aplastada frente; sus pequeños ojos de fuina, desnudos de párpados, desaparecían en sus órbitas amoratadas, hundidas y cavernosas; su gruesa nariz, chata como la del tigre, y sus abultados lábios prolongándose hasta cerca de

las mandíbulas, carnosas y vueltas hácia afuera, dejaban entrever unos dientes largos, puntiagudos y separados. La piel de un gato montés servíale de delantal, y en sus siénes, muñecas y tobillos ostentaba con orgullo una triple sarta de cascabeles, petrificaciones y cuentas de colores que producian un ruido agradable aunque monótono siempre que se movia. Por último, faltábanle, como á muchos de sus compatriotas, en los dedos de los piés y de las manos algunas falanjes, pues los charrúas acostumbraban cortarse una cada vez que se les moria algun deudo ó persona muy estimada.

—Te he mandado llamar Yictabicay, dijo el cacique, para que hoy mismo anuncies que has visto á *Añang* (1), que lo has visto, ¿entiendes? y que esta noche vendrá.

La india miró á hurtadillas al cristiano, y movió la cabeza con gravedad.

—Ahora te irás al monte, y no volverás hasta bien entrada la noche. Ya sabes tu obligacion; ténlo preparado todo. Yo iré á tu tienda, y te avisaré cuando has de anunciar la llegada de Añang. Toma.

El cacique sacó dos cartuchos de pólvora, y se los dió, prometiéndole un buen prémio si le servia con la fidelidad y el acierto que otras veces.

—¿Me darás aguardiente, mucho, mucho? preguntó la india con estúpido alborozo.

—Lo suficiente para que te emborraches cuatro dias.

La hechicera exhaló un aullido de alegría, y haciendo contorsiones y gestos, dió una vuelta por la tienda, ejecu-

---

(1) Génio del mal.

tando una pantomima cuya significacion comprendió Amaro perfectamente. Representaba el espanto que se apoderaba de ella á la vista del espíritu maligno; y salió, tarareando una cancion en renglones cortos mas bien que versos, cuyo estribillo era:

¡Anoche, anoche he visto á Añang!
Añang va á venir: ¡ay del que agarre!

Los indios acudían en tumulto y corrían tras ella al oir este cántico, precursor generalmente de alguna calamidad.

—¿Habeis oido? se decian unos á otros llenos de congoja. ¿Habeis oido á Yictabicay? Anoche vino Añang, y hoy volverá. ¿Cuál será la causa?

En breve la tríbu entera se puso en conmocion, y la embaucadora se vió rodeada de un enjambre de hombres, niños y mujeres, cuyas facciones, horribles en su estado natural, descompuestas ahora por el terror y la curiosidad, parecian de demonios mas bien que de seres humanos.

La vieja estrechada por la multitud, tomó la palabra y les dijo con misterioso acento, y como horrorizada de lo mismo que contaba:

—Anoche, hijos mios; anoche Añang vino á mi tienda, y tomando por las cuatro puntas el cuero en que dormia, me hizo voltear por el aire como una bola.

Una esclamacion general de espanto cubrió la voz de la oradora.

—Por fin, me arrojó furioso contra el suelo, y poniéndome el pié en la garganta, me dijo:

—Tú no velas por tu tríbu, Yictabicay. Los enemigos la amenazan. ¡Mañana nos veremos!

Y desapareció, dejando en la tierra donde apoyó su planta una faja de fuego, y en el aire un olor de azufre que mareaba.

Levantóse entre los salvajes un sordo murmullo que, aumentándose por grados como los mugidos de un volcan á medida que se aproxima la lava al cráter, estalló en un solo grito:

—¡Tú eres adivina; dínos la causa de su venida!

—Todavia la ignoro....

—¡Mentira!

—Voy al bosque á consultar á los espíritus....

—¡Mentira! La causa es la llegada del *huinca*, dijo uno de los caciques, antiguo rival de Tapalquem, y que no desperdiciaba ninguna ocasion para desconceptuarle.

—¡Sí, sí! repitieron en coro otras cien voces, iluminados los que la proferían por una suposicion que, segun sus creencias, tenía todos los visos de la realidad.

—¡Qué muera el *huinca*; que muera! gritaron otros sin hacer caso de las amonestaciones de la hechicera y dirigiéndose á la tienda del Tubichá, capitaneados por el cacique, causa de aquel motin.

A los gritos de *¡muera el huinca y los que le defiendan!* los dos caudillos que hablaban muy tranquilos concertando los medios de llevar á cabo su arriesgado intento, se pusieron de pié, resuelto el uno á vender cara su vida, y el otro á sucumbir primero que ver menoscabada en lo mas mínimo su autoridad.

Tapalquem se armó de un acerado machete, y colocándose en la puerta se preparó á arengar á su grey rebelde, mientras Amaro, cediendo á sus ruegos, se retiraba á un

lado para no escitar mas el encono de los indios con su presencia.

—¿Qué quereis? preguntó aquel con voz tremenda y amenazadora; ¿qué significan esos gritos insidiosos? ¡Locos, ladrones, hijos del diablo! ¿Cómo os atreveis á venir así á la tienda de vuestro Tubichá?

—¡Muera el huinca! ¡Muera el huinca! tornaron á repetir los salvajes.

—¡Ea, retiraos!

—Tapalquem, dijo el cacique, que de *motu-propio*, y con la idea de destronar al mulato se habia puesto al frente de la rebelion; entréganos al cristiano para que le matemos, á fin de aplacar á Añang....

—Ven á sacarle de aquí si te atreves, *Bagüal* (1), respondió Tapalquem blandiendo el machete.

—¡Ea, muchachos, adelante! gritó el indio precipitándose al umbral, seguido únicamente de veinte ó treinta de los mas fanáticos; los restantes, intimidados por el conocido valor y el aspecto imponente de su jefe, permanecieron quietos.

El mulato levantó el brazo y dejó caer su terrible machete.

La ensangrentada cabeza del cacique rebelde rodó por el suelo separada de su tronco.

Y rápido como una flecha, antes que los sublevados se recobrásen del pánico que semejante rasgo de audacia les infundiera, precipitóse en medio de ellos, descargando mandobles á derecha é izquierda; lo cual aunque no duró

(1) Sinónimo de *estúpido*.

arriba de diez minutos, fué el tiempo suficiente para bajar un hombro á este, bendir el cráneo á quel, abrir el pecho á uno, tronchar un brazo á otro y herir á ocho ó diez.

Los amotinados se dispersaron como una bandada de torcaces al avistar á un *carancho* (1), ó como un enjambre de *gaviotas* disputándose la sangre de un toro recien muerto, al aproximarse el desollador que viene á descuartizarle.

Entonces el mulato, para contrarestar el daño que los descontentos podían ocasionarle entre los que se habían conservado neutrales, hizo á estos una corta arenga, manifestándoles que el huinca era nada menos que delegado del gobierno de Montevideo, el cual pensaba enviarles, celebrada la paz, doscientas pipas de aguardiente, cien fardos de paños y bayetas, y cincuenta cajas de bisutería.

No recibirían con tanto placer los fabricantes catalanes una ley en favor de la tan cacareada cuestion de aranceles, como los charrúas las halagüeñas palabras de Tapalquem. A trueque de embriagarse diariamente por espacio de un par de semanas, renovar sus raidos ponchos y *chamales* (2), y tener *alhajas ricas* para sus mujeres y queridas, no les parecía ya tan temible la cólera de Añang. Así fué que se alejaron dando vivas al huinca y al gran Tubichá que lo mandaba.

—Vamos, por ahora todo se ha acabado felizmente, dijo Tapalquem entrando en la tienda: me he deshecho de ese tunante que no hacía mas que intrigar y tenderme ocultos lazos; pero, ¡ay! Amaro, nuestro negocio se complica. Conociendo vuestra valentía escuso preveniros que,

(1) Ave de rapiña muy voráz y muy fea.
(2) Chiripás.

si nos sale mal, nos asesinan estos bárbaros al momento.

—Moriremos matando, contestó el gaucho con la mas glacial indiferencia.

La noche desplomó sus sombras sobre el mundo. Los indios se retiraron á sus tiendas, escepto los que estaban de guardia y los que cuidaban del *potrero*. (1)

El campamento quedó en profundo silencio. Todos dormían, menos Amaro, Tapalquem y la hechicera.

A las dos de la mañana se ocultó la luna: los cien jinetes que recorrían el campo fueron reemplazados por otros, que se dividieron en cuatro pelotones tomando cada uno, segun la costumbre de los salvajes, una direccion contraria, al Norte, al Sur, al Oriente y al Occidente, para reunirse luego en un punto dado.

No bien sintió el Tubichá que se alejaban, dijo al proscripto:

—Llegó el momento decisivo. ¡Ahora!

Amaro desnudó el puñal, estrechó la mano de su compañero, y salió marchando de puntillas, prestando el oído á cada paso, deteniéndose y resguardándose á espaldas de las tiendas al menor rumor que percibía.

Detrás de él caminaba el mulato, armado con su machete y mirando á todas partes.

Aunque la tienda de Yictabicay distaba cincuenta pasos, tardaron media hora en llegar á ella. Entraron.

Tendió el gaucho la mano temiendo caer en la oscuridad, y tropezó con otra mano que le arrastraba al fondo de la tienda. Sintió que le quitaban el sombrero, el poncho y

---

[1] Especie de corral para encerrar de noche los caballos del servicio.



el chiripá; que le envolvían las piernas y brazos con largas tiras de cuero de lobo; que le echaban encima un manteo, formado con dos pieles de tigre con un cinturon de colas de mono y de yegua, y que le acomodaban en la cabeza un enorme cucurucho de piel de carnero, del cual pendia una especie de antifáz ó careta, tambien de cuero, que le ocultaba enteramente el rostro.

—En verdad, debo parecer el mismo diablo, pensaba él á medida que le iban endosando las distintas piezas de aquel peregrino traje.

Cuando la vieja, ayudada de Tapalquem, concluyó su tocado, el del cacique y el suyo propio, comenzó á exhalar unos quejidos tan lúgubres y lastimeros, que toda la tríbu despertó azorada.

De repente un resplandor brillante iluminó ltəia nda, y una bocanada de negro humo se escapó por sus hendiduras, arrojando fuera al génio de mal, al terrible Añang.

Los salvajes, al verle, lanzaron un espantoso grito, y cayeron de hinojos, hiriendo el suelo con la frente.

—¡Déjanos! ¡Déjanos! ¡Vete, vete; llévate lo que quieras ó á quien quieras, y déjanos en paz! murmuraban temblando de miedo, y sin atreverse á abrir los ojos.

El gaucho, imitando el rugido de la pantera, cruzó lentamente por en medio de ellos, seguido del Tubichá y de Yictabicay; el primero ladraba como un perro, y la segunda mugía como un toro.

Los tres se encaminaron al *potrero*.

Los indios que guardaban los caballos, al verlos que se dirigían hácia allí, echaron á correr con la pasmosa celeridad que presta el espanto.

Adelantóse el mulato, y llamó á su parejero.

El corcel, despues de vacilar un momento, se le acercó reconociendo su voz.

Su amo le cogió la cabeza y lo besó con el trasporte de un amante á su querida; luego le pasó dos veces la mano por sus largas y ondeantes crínes, le palmoteó suavemente, y por fin, no sin soltar mas de un suspiro, púsole el freno que llevaba oculto debajo de su disfraz de demonio.

Amaro tomó las riendas y parte de la crin con la siniestra mano, apoyó la diestra en el anca, y de un brinco se encaramó encima del noble animal.

—¡Adios, Daiman, adios! murmuró Tapalquem con las lágrimas en los ojos. ¡Adios, Amaro! Solo por vos podía yo hacer este sacrificio........

—Gracias. Conserva este recuerdo mio, mas bien que como precio de tu inestimable caballo, como una débil muestra de mi aprecio y gratitud, dijo el jefe de los montoneros dándole su puñal de vaina de plata y cabo de oro, que había comprado en Paysandú con el dinero de Abreu:—Adios. Si alguna vez me necesitas, acude á mí.

Y cerró piernas á su indómito alazan, que partió como un rayo, tomando el mismo rumbo que traía la columna de salvajes que vigilaba aquella parte del campo, y que acudía alarmada por los gritos lejanos que se oían del campamento.

—¡Añang, Añang! esclamaron los indios, huyendo en dispersion no bien le divisaron, mientras él seguia tranquilamente su camino, y Tapalquem y la hechicera se escondían en un *pajonal* cercano para volver á sus tiendas cuando todos durmiesen.

X.

Vértigo.

El rey del dia brillaba en medio del zenít, lanzando á plomo sus ardientes rayos; no se movían las hojas de los árboles, ni murmuraba el césped, ni gorjeaban los pajarillos, ni el zéfiro mas leve rizaba las tranquilas aguas de los dormidos arroyuelos.

Los rebaños tendidos sobre la yerba parecían aguardar á que pasasen aquellas horas de abrumante calor; solo interrumpía el majestuoso silencio de vez en cuando el áspero zumbido del *mangangá* (1), el rechinante y monótono canto de las chicharras, el vuelo de una perdiz, el mugido de un toro acosado por las picaduras de los tábanos, el silvido de una serpiente, el grito de las *viscachas* (2), ó el relincho de alguna yegua salvaje que cruzaba á escape por las empinadas lomas, perseguida por ocho ó diez potros, tendida al viento la crin, encendidos los ojos, las narices humeantes, bañada en sudor, cubierta la boca de blanquísima espuma, despidiendo coces y dentelladas á los que

[1] Insecto parecido al abejorro.
[2] Especie de conejo.

17

osaban acercarse á ella y detenerla, clavándole los dientes en las ancas ó en el cuello ensangrentado...

Las incultas florecillas se inclinaban lánguidamente sobre su tallo ó se adherían á la seca tierra; los arbustos encogían sus hojas, mústias y cubiertas por una capa de finísimo polvo, y los *cardales*, doblando sus floridos penachos, los escondían entre el follaje, cual si temieran que el sol marchitara sus brillantes colores.

Anchas nubes de peregrina forma, esmaltadas de oro y plata, ora agrupadas é inmóviles en el confin del horizonte, ora dispersas y resbalando perezosamente por la azulada esfera, se detenian ondeando como lágrimas de metal en la cumbre de los montes. Diríase que eran mónstruos aéreos, cuyas ardientes bocas, al arrojar su aliento de fuego, producían la atmósfera tíbia y recargada de electricidad que se respiraba á la sazon.

Y aunque la brisa no agitaba sus álas, aunque no se movía ni una hoja siquiera, venían por momentos ráfagas impregnadas de los mas suaves perfumes. Emanacion purísima de las selvas vírgenes del Nuevo Mundo, en la que se confundía el aroma de las rosas, violetas y claveles, con la esencia de los nardos, jazmines y *diamelas*, mezcladas con la el ambiente de mil gomas y resinas olorosas, de mil plantas aromáticas, de mil arbustos y vejetales, cuya esquísita fragancia embriagaba los sentidos y estasiaba el alma....

Muelle abandono, lángido y dulcísimo desmayo se infiltra en las venas del viajero que recorre en tal estacion y á tales horas aquellas risueñas campiñas, donde Dios estampó su planta para volar al cielo despues de formado el mundo.

Sujeto, pues, á la fatal influencia de tantas causas, que conspiraban de consuno á evocar los recuerdos mas gratos de su vida, Amaro volvía á entrar en los bosques del Uruguay, despues de una semana de ausencia, pensando en Lia, pensando en el tesoro de gracias y de amor que encerraba aquel ángel en sus catorce primaveras.

Engolfado en tan agradables pensamientos, se internó en la selva: la algarabía de una bandada de papagayos, oculta entre el frondoso ramaje de un naranjo, le despertó de su meditacion.

Al fijar la vista en el árbol, notó, por casualidad, una doble cruz hecha recientemente en su tronco, señal infalible de que allí se escondía algun secreto que le convenia aclarar.

Acercó su caballo, separó las ramas, y en efecto, halló entre ellas una carta clavada en una de las púas de que están cubiertos dichos árboles.

La carta no tenía sobre, pero iba dirigida á él, y en términos misteriosos, que no comprendería nadie á menos de estar iniciado en las costumbres y usos de los gauchos, se le citaba para ese mismo dia y en el mismo paraje á las cuatro de la tarde.

Acostumbrado á recibir frecuentemonte tales misivas, ninguna sorpresa causó á nuestro protagonista la presente, aunque no dejó de inquietarle en las actuales circunstancias, pues sospechó con razon que sería algun mensaje de los parientes de Lia.

—No puede ser otra cosa, ¡voto á brios! se dijo despues de recapacitar un buen rato; en fin, allá lo veremos... y apresuró su marcha cuanto la densidad de la selva permi-

tía, anheloso de llegar cuanto antes á la presencia de su amada.

Nada tenía de estraño que le asaltase semejante reflecsion. Es una costumbre tradicional entre nuestros campesinos, cuando se quiere hablar á alguno que anda oculto llamar á un *vaqueano*, á un buscador, y encargarle que ponga en su conocimiento lo que se desea que llegue á su noticia.

El *vaqueano* se ingénia de modo que al cabo de un plazo mas ó menos largo sabe con toda seguridad dónde se halla el fugitivo; pero como no es fácil encontrarle, ni prudente internarse en bosques que cuentan leguas de estension, le deja una carta en un árbol con una señal que lo indique, y acude diariamente á saber el resultado.

El que anda oculto, toma sus medidas por si tratan de hacerle alguna *mala partida*, y se presenta ó no, segun le parece. Rara vez los buscadores van de mala fé; es decir, con ánimo de entregarle á sus enemigos sin salir del monte; pero si tal acontece y se descuida, ya puede contarse entre los difuntos.

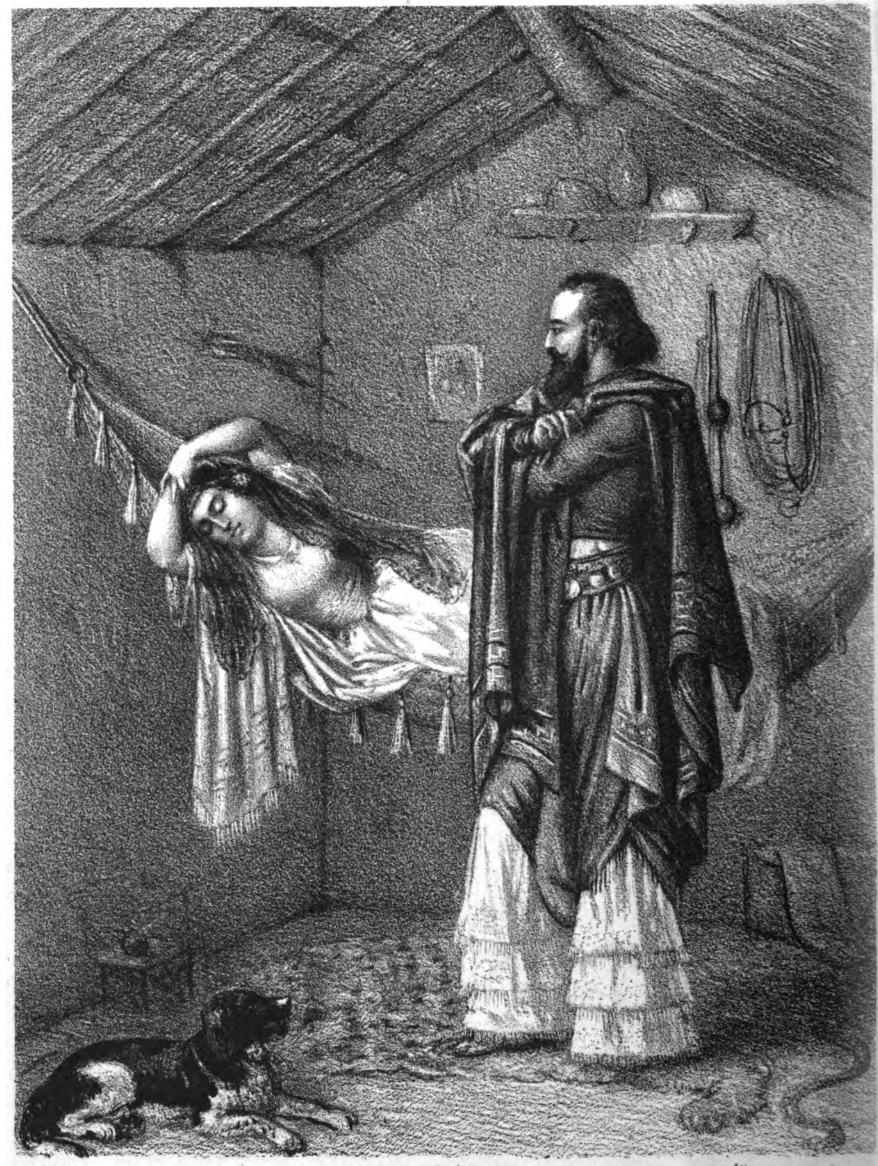
Son tan diestros, emplean tales precauciones los gauchos, la naturaleza y sus conocimientos especiales les favorecen tanto, que es casi imposible sorprenderlos.

Cerca ya de su guarida, encontró Amaro, á algunos de sus *montoneros*, que salían á proveerse de víveres; esto es, á *enlazar* por lo pronto la primera vaca *alzada* (1) ó no que se les presentase, llevarla al pié de una *cuchilla* y matarla, y despues arrear al bosque las que se pudiera.

---

(1) Se llama ganado *alzado* al que se escapa de alguna Estancia y se vuelve silvestre.

CARAMÚRU



Elie Duteit, inv: lit: Teodomiro Real y Prado editor. Lit: "SAN MARTIN" Nº1

Dormía la encantadora jóven con la calma de la virtud y el abandono de la inocencia.......

El gaucho se alegró de esta circunstancia. Así, dejando el caballo, y yéndose á pié hasta los ranchos, evitaba los ladridos de los perros, y podría sorprender agradablemente á Lia, como deseaba.

Sus cálculos le salieron exactos; llegó, y entró en su rancho sin ser sentido. Lia estaba acostada en la hamaca.

Dormía la encantadora jóven con la calma de la virtud y el abandono de la inocencia. El deshabillé de muselina con que estaba vestida se le había deshabrochado, y dejaba ver, sobre la graciosa tabla de su pecho de marfil, medio ocultas entre los encajes de su camisa de batista, dos ligeras ondulaciones, nacaradas y tersas como dos manzanas de bruñido jaspe: uno de sus piés, cruzado sobre el otro, asomaba por la revuelta falda hasta mas arriba del tobillo; pié tan mono, tan bien hecho, tan bien ajustado en su elegante botin de seda, que era muy difícil, por no decir imposible, detener la imaginacion donde el vestido detenia á los ojos, á la mitad de la media....

Favorecidas por aquella postura voluptuosa, sus acabadas formas que envidiarían una georgiana, destacábanse en la curva de su flotante lecho. La mente adivinaba sin trabajo la artística perfeccion de sus encantos.

—¡Oh! era imposible contemplarla y no sentir en el acto hervir la sangre en las hinchadas venas, agolparse con violencia al corazon: del corazon sáltar á la cabeza, de la cabeza refluir otra vez al corazon, y derramarse en seguida por todo el cuerpo como gotas de bronce derretido.

Tal fué el sentimiento galvánico que sintió Amaro al acercarse á la hamaca; al verla con la cabeza inclinada á un lado, apoyada la mejilla en una mano, los negros bucles de

su rizada cabellera esparcidos en desórden sobre sus blancas espaldas; sonriente, pudorosa, tímida, inundado el rostro de inefable gozo y bañado por ese ligero tinte de rosa con que los espíritus vitales del sueño colorean el semblante de los niños y de las hermosas.

Tal fué la impresion fulmínea que sintió, al ver que entreabría sus rosados lábios, y llamándole por su nombre le tendía los brazos con amorosa inquietud.

Lia soñaba, y soñaba con Amaro, con el ídolo de su alma.

Inclinóse éste para recoger los sonidos confusos é incoherentes que se escapaban de su boca, y pudo percibir entre otras frases sin conexion ni enlace, las siguientes:

—¡Ven!.... ¡Ven!.... ¡Te adoro, ingrato!..? ¡Soy tuya.... toda tuya!.... ¡Ah, no.... sí!.... ¡No me olvidarás?.... ¿Nunca, nunca?....

Amaro, sin advertirlo, se había aproximado tanto á ella, que la respiracion de ambos se confundía: la bella somnámbula hizo un movimiento para variar de posicion, y sus lábios rozaron suavemente á los lábios de su amante.

El caminante que, próximo á sucumbir en los arenales de la Arabia, devorado por la sed, encuentra una fuente donde aplacarla, no se precipita á ella con mas ánsia que el gaucho á la boca de la jóven.

Lia despertó.... y fuese efecto del sueño amoroso que todavía la dominada, ó de su inocencia que no la permitía sondear la profundidad del abismo que se abría á sus plantas, ora de su vehemente pasion, ya del gozo de volver á verle, ó bien de la incontrarestable fascinacion que él ejercía en sus sentidos y en su alma, ó lo que parece mas

natural, de todas estas causas reunidas, Lia, la pura y candorosa niña, en vez de rechazarle, se incorporó en la hamaca, le atrajo cariñosamente á sí, y rodeó su cuello con sus desnudos brazos.

A la dulce presion de su cuerpo, al suave contacto de sus mejillas, Amaro cerró los ojos, próximo á desfallecer bajo el peso de su dicha. Zumbáronle los oidos, dilatáronse las arterías de su frente, latiendo aceleradas como las cuerdas del arpa en el momento que estallan, no pudiendo resistir las violentas pulsaciones del rápido tañedor: vacilaron sus rodillas, y poco faltó para que perdiese el conocimiento.

Pero aquella primera emocion, demasiado intensa para que durase mucho, pasó como un relámpago. Sus ojos se abrieron, y la luz volvió á iluminar su avara pupila; sus oídos tornaron á escuchar el tiernísimo acento de su amada; lúbricas y voluptuosas imágenes brotaron en su cerebro abrasado; sus músculos y sus nérvios adquirieron doble rigidéz, doble vigor del que tenían en su estado natural.

Un minuto mas, y la aureola celeste de la vírgen se convertía en el letrero infamante de la mujer, arrojada de su elevado pedestal, del trono de luz en que Dios la colocára, al fango del envilecimiento. ¡Centella divina apagada en el cieno; flor picada por un gusano antes de abrirse; pura gota de rocío que pudo ser perla y se trocó en asqueroso insecto, brillante caído del sólio del Eterno, y recogido por los impíos para adornar la diadema de Satanás!

Ya el ángel custodio de Lia, se alejaba de la cabecera de su lecho, cubriéndose el rostro con sus áureas àlas, y ya vertiendo raudales de llanto, finalizada su mision en la

tierra, las abría para ir á implorar del Altísimo el perdon de la culpable.

Empero todavía ella no lo era, todavía estaban blancas todas las blancas pájinas del libro de su vida....

Aviso, inspiracion del cielo fué sin duda la que la impulsó á desasirse de los brazos de su amante en aquel momento solemne, y á rechazarle con súbita energía saltando velozmente de la hamaca, trémula y agitada, cual si hubiese tocado un áspid escondido entre sus traidoras plumas.

Tan rápido y simultáneo fué este hábil movimiento estratégico, que el burlado amante, aunque quiso, no pudo evitar que se pusiera de pié, si bien consiguió asegurarla de un brazo.

Pugnó Lia para que la soltase, y en esta corta lucha, estando desabrochado el deshabillé, dejó escapar un medallon de oro sujeto al cuello por una cadena de pelo.

La presteza con que la jóven se apresuró á esconderlo escitó la curiosidad y los celos del gaucho.

—¿De quién es ese retrato? le preguntó con voz ahogada por la cólera, oprimiendo su delicado brazo entre sus dedos de acero, sin advertir, ¡tan ciego estaba! la dolorosa contraccion que desfiguraba las facciones de Lia.

—Me haces daño, Amaro, respondió esta, queriendo en vano dar una espresion agradable á su fisonomía y una inflexion dulce á su angustiado acento.

—¿De qnién es ese retrato? volvió á preguntar el gaucho soltando el brazo y asegurándola por la cintura.

Lia bajó los ojos, y no respondió.

—¡Dámelo!



—¡No!

—¿No me le das?

—¡No!

—¡Ah, pérfida, te comprendo! esclamó aquel rechazándola furioso; ese retrato es el de mi rival, de ese miserable á quién amas, á pesar de todas tus falaces protestas y mentidos juramentos. Anda, corre y entrégale tu corazon cobarde; para dármelo á mí sería preciso que rebosase de amor y nobleza. Y tú, nacida entre esa gente imbécil que cuando mira á su pátria esclava, en vez de imitar nuestro ejemplo, se prosterna y presenta las espaldas al azote y el cuello á la cuchilla de sus verdugos, con tal que la dejen vejetar vilmente en las ciudades; tú, educada entre el lujo y los placeres, acostumbrada á cifrar tu ventura en un vestido de moda ó en una joya, no puedes, no, comprender mi sublime pasion. No puedes, no, valorar el sacrificio inmenso que te hago robando el tiempo á mi pátria para consagrártelo á tí!.... ¡Loco he sido en poner mi cariño en un ser tan.... no sé cómo calificarte! ¡Loco he sido en presumir que abrigaba tu alma el candor y la pureza de tu semblante!....

—¡No mas, no mas! esclamó Lia sacando el retrato y dándoselo; mira, y desengáñate.

Cogió rápidamente el gaucho la imágen que le ofrecia, y la acercó á sus ojos, contemplándola con la avidéz de un avaro, que encuentra el talego de oro que creía perdido.

—Mira esa venerable frente, esos blancos cabellos, continuaba entre tanto Lia enjugándose las lágrimas que las injúrias y sarcasmos del irritado galan la hicieran verter; obsérvalo bien, y díme si es asi el retrato de un amante.

El gaucho no la escuchaba; fija la vista en la imágen, analizaba una á una sus facciones, y parecía reluchar con una espantosa pesadilla; sus manos temblaban, se contraían sus lábios, y una palidez mortal borraba hasta las últimas huellas del encendido carmin con que no ha mucho la fiebre del amor animára su semblante.

Convencido que no se engañaba, miró á Lia de hito en hito, y sus sospechas se trasformaron en evidencia. Con todo, quiso persuadirse de que tal vez se engañaba, y la interrogó con la ansiedad del que desearía ignorar lo mismo que pregunta.

—¿De quién es este retrato?

—De mi padre.

—¿De tu padre?

—Sí.

—¡Dios eterno! lo había adivinado, esclamó el proscripto golpeándose la frente con su pesada mano. ¡Ah! ¿Por qué no me lo has dicho desde un principio?

—El temor ...un capricho....¿qué se yo?....quería que ignorases el nombre de mi familia, contestó la jóven.

Amaro, inquieto y agitado clavó la vista en el suelo, presa de dos sentimientos que con igual violencia, despedazaban su alma; pero era esta demasiado fuerte, demasiado grande para que durase mucho tiempo su incertidumbre.

—¡Sí, es necesario, murmuró; Lia, luz de mis ojos! perdóname y abrázame: abrazame sin temor porque pronto debemos separarnos, tal vez para siempre.

El dolor prestaba un colorido tan grave, el heróico sacrificio que voluntariamente se imponía sublimaba tanto al

que pronunciaba aquellas palabras, que la jóven se arrojó en sus brazos sin vacilar.

Frenético estrechóla él contra su pecho, apoyó su rostro en su espalda alabastrina, dejándola húmeda con sus lágrimas; y como ella correspondiese á sus transportes con otros iguales, la apartó suavemente, y salió con paso acelerado en busca del incógnito de la carta, cual si temiese si permanecía allí un momento mas, ofuscarse, perder el juicio y sucumbir de nuevo, ceder otra vez, sin advertirlo, al delirio, á la embriaguéz, al vértigo de su mútua pasion volcánica, y, ¿cómo no temerlo, si él la fascinaba y ella le enloquecía?

Hay impresiones que son como la pólvora, que la menor chispa enciende: nacen y crecen contra nuestra voluntad, nos arrastran al borde de un abismo y nos precipitan en él, sin que la mayor parte de las veces nos sea dado conocerlo hasta que rodamos en sus profundidades insondables. ¡Ay! la llama del amor mas puro esconde siempre un destello terrenal engendrado por la arcilla de que fuimos formados; y ese destello se convierte en devorante hoguera que lo absorbe todo, desde que el espíritu vencido en tenáz pelea y rechazado do quier por los sentidos, se oculta, huye, desaparece, se anonada por un instante, avergonzado acaso de su derrota.

XI.

El Cambueta.

Conforme anunciára á su hija en la carta de que dimos cuenta en el capítulo VI, D. Cárlos Niser babía venido á la Estáncia acompañado de su esposa y del conde. Llegó cuatro dias despues del rapto de Lia.

En su impaciencia por abrazarla, no había querido detenerse en Paysandú, ni ver á su cuñado, que le habría informado de la catástrofe.

El mas impenetrable misterio envolvía aun la desaparicion de la jóven: en la Estáncia nada se sabía. Doña Eugénia había indagado en vano dónde se ocultaba. Estaba persuadida que ella había huido de la estancia solo con el objeto de substraerse á su compromiso con el conde; y ni siquiera se le pasaba por la imaginacion que estuviese apasionada de otro hombre.

Los gauchos que presenciaron la escena con el *enchalecador*, constantes en su sistema de no traicionar jamás á un compañero suyo, nada habían declarado: y como por otra parte estaban en la falsa creencia de que Amaro en aquellos dias no se hallaba en la provincia, pues él había tenido la

precaucion de esparcir antes la voz de que partía para la Rioja, y no le habían visto por espacio de tres semanas, no dieron grande importancia á las palabras del muerto, y luego, si hemos de hablar con franqueza, todos y cada uno en particular temían su venganza. En el poco tiempo que conocían á Amaro, bajo el supuesto nombre de Calibar, habían cedido sin advertirlo á la influencia y prestigio que ejercen siempre los hombres superiores sobre los ánimos vulgares, cualquiera que sea la situacion en que la suerte los coloque.

El *pulpero* tampoco declaró nada, por la misma razon, y por otra concluyente para él. El crédito del establecimiento estaba basado en su reserva y circunspeccion. El dia que por causa snya prendiesen á alguno, todos sus parroquianos le abandonarían, y, ¡ay de él, si los parientes ó amigos del agraviado le encontraban lejos de la ciudad, en alguna encrucijada ó camino solitario!

Las pesquisas, pues, de doña Eujénia y de su esposo fueron de todo punto inútiles. En vano sus emisarios recorrieron todas las Estáncias circunvecinas y pueblos del departamento. Nada pudieron indagar, nadie les dió la menor noticia por la cual pudiesen seguir el rastro de la fugitiva. Doña Eujénia estaba inconsolable.

Entre tanto llegó D. Cárlos á la Estáncia, y figuraos cuál sería su dolor al no encontrar allí á su hija idolatrada.

Su hermana le abrazó llorando, y se lo dijo sin rodeos, puesto que no había medio de ocultarle la verdad.

Momento terrible fué aquel para todos los de la familia. El anciano se dejó caer sobre un sillon, pálido como

la muerte, el rostro desencajado, inmóvil, trabada la voz, sin acertar á quejarse ni á prorrumpir en llanto. Sus apretados dientes no permitían que saliesen los ahogados suspiros que exhalaba su alma, y sus yertas pupilas se negaban á dar libre curso á las lágrimas de fuego que en ancho raudal brotaban de su corazon despedazado. Doña Petra por el contrario, en vez de imitar su ejemplo y el de su cuñada, montó en cólera, se desató en injurias é improperios contra Lia, y no encontrando en el diccionario de la maledicencia voces bastantes duras para calificar su conducta, llegó hasta maldecirla: mientras el conde, pensativo y silencioso, con los brazos cruzados, inclinada la cabeza sobre el pecho y los ojos fijos en tierra, parecía reflexionar sobre lo que probablemente ninguno de los circunstantes se acordaba á la sazon, porque la angustia de aquellos y la ira de esta no se lo consentían. Parecía reflexionar, y reflexionaba en efecto, sobre las causas que motiváran la evasion de su futura esposa, y un fatal presentimiento le decía no que ella no le amaba, de eso estaba convencido desde mucho tiempo atrás, sino que otro hombre mas feliz conquistára su cariño durante su ausencia, y puestos ambos de acuerdo, la habría seguido desde Montevideo con ánimo de robarla en la primera coyuntura favorable....

A las imprecaciones de su esposa, cada vez mas furibundas, D. Cárlos volvió de su enagenacion, é informándose apresuradamente de los resortes que se habían puesto en juego para descubrir el paradero de Lia, meneó la cabeza en señal de desaprobacion, ordenó que le ensillasen otro caballo, y no bien estuvo pronto, sin descansar del largo viaje que acababa de hacer, ni decir á dónde se encamina-

ba, partió solo en busca del tio Chirino (a) *Cambueta* (1), que residía á cuatro leguas de allí en una Estancia de un amigo suyo.

¿Y quién era el tio Chirino, ó mas bien *Cambueta*, por cuyo sobrenombre le conocían generalmente? ¿Era acaso adivino?... Poco menos.... ¡Era *vaqueano*!

Para esplicaros carísimos lectores y amadísimas lectoras, todo lo que esta palabra significa, necesitaríamos algo mas que los estrechos límites de un capítulo. El *vaqueano* es un tipo especialísimo de nuestras provincias, que desarrollarémos en otra novela de menores dimensiones que la presente, y que formará parte de los cuadros característicos y locales que nos proponemos reseñar, como ya hemos tenido el honor de preveniros antes.

Ahora nos bastará saber que el personaje que nos ocupa era un hombre que conocía palmo á palmo todo el territorio de la Banda Oriental y á los gauchos de todos sus departamentos. Buscaba á las personas que se le indicaban donde quiera que estuviesen, mediante una retribucion mas ó menos crecida, segun la distancia y el tiempo que necesitaba invertir para conseguirlo, y siempre, si no habían muerto ó emigrado á otro pais, en un plazo mas ó menos largo descubría su paradero, por mas recóndito é ignorado que este fuese.

Era el único que en Paysandú sabía que los montoneros ocultos en el bosque habían venido de Tacuarembó y Salto y y que Caramurú se hallaba entre ellos.

D. Cárlos llegó al caer la tarde á la Estancia donde

---

[1] Patizambo.

vivía, y preguntando al capataz si estaba en su rancho, supo con gran disgusto que no había venido aun de la pulpería que acostumbraba frecuentar, y que era la misma donde acaeció la muerte del *enchalecador*.

Esperóle con creciente impaciencia por mas de tres horas, y cuando juzgaba que ya no vendría, un canto gutural y prolongado que resonó á lo lejos, y galope lejano de caballos, le anunciaron que volvía acompañado de algunos *peones* y *aparceros* (1), unos completamente ébrios y otros alegres nada mas.

El deber de historiadores concienzudos é imparciales nos obliga á declarar que el Cambueta pertenecía á los segundos, pues la dignidad de su grave ministerio le impedía embriagarse nunca en público, lo cual no obstaba en manera alguna para que cuando se veía solo en su rancho, en las altas horas de la noche, tomase sus *trancas* (2) muy decentes al son de la guitarra y de los *cielitos*, canciones populares que cantaba con una voz de búfalo capaz de ahuyentar á los mismos diablos.

—Chirino, vengo á verte, le dijo D. Cárlos apénas pasó el dintel, para un asunto de grande importancia. Deseo hablarte á solas.

El Cambueta se inclinó en señal de asentimiento, y juntos se encaminaron al rancho.

—Vamos, Sr. de Niser, ¿qué quereis? le preguntó no bien llegaron, finjiendo el muy tuno que ignoraba el objeto de su visita.

---

[1] Amigos.

(2) Borracheras.

—Mi hija ha desaparecido hace cuatro dias de la Estancia de la Cruz alta.

—¿Sí?.... ¡Vaya un desastre! esclamó el vaqueano abriendo tamaños ojos; ¿con qué ha desaparecido?.... ¡Dios nos asista!

—Sí, amigo mio, y deseo que avérigües dónde se halla.

—Dificilillo es, Sr. D. Cárlos.

—Vamos, te recompensaré generosamente.

—He oído decir que se han practicado infructuosamente las mas esquisitas diligencias, contestó el Cambueta deseando magnificar el servicio que se le exijía, para aumentar su precio.

—Te daré diez onzas de oro si descúbres dónde se oculta y me traes cuatro renglones de ella.

El vaqueano lanzó con desden un *¡schs!* sobrado espresivo, cuya significacion comprendió azás su interlocutor.

—Serán veinte.

El Cambueta se alzó de hombros.

—¡Treinta, cuarenta, cincuenta!.... murmuró D. Cárlos.

El tio Chirino se puso á tararear á media voz una de sus canciones favoritas:

Arrorró mi ñato,
Arrorró mi sol,
Vamos á la *yerra*,
Trae mi *redomon*.

Tanta avaricia exasperó al abogado, que no comprendía cómo, por un servicio al parecer insignificante, no se contentaba con la respetable suma que le ofrecía.

—¡Y bien! esclamó: ¿qué significa esa estúpida cantinela?

—Significa, señor mio, que por cincuenta onzas no puedo comprometer mi reputacion.

—¿Pues cuánto quieres?

—Lo menos cien.

—Las tendrás.

—Vengan cincuenta por lo pronto.

—¡Tunante! ¿Dudas de mí?....gritó D. Cárlos, ofendido de semejante desconfianza.

—Yo no dudo, señor; pero estoy acostumbrado á que me paguen adelantado.

—¿Y si no me cumples tu palabra?

—En ese caso, muy estraordinario á la verdad, os devolvería íntegro el dinero que me hubieseis anticipado.

Niser había traido un bolsillo abundantemente provisto pero que no alcanzaba en mucho á la cantidad pedida; sacóse, pues, un magnífico alfiler de brillantes que llevaba en la camisa, y reunido al bolsillo se lo ofreció como prenda ó fianza de la deuda que contraía.

—El vaqueano, con gran sorpresa suya, en vez de tomarlos, soltó una carcajada, y los rechazó con la mano. El taimado aparentaba burlarse del buen viejo, despues de haberle marcado el alto precio en que estimaba sus servicios.

—Os conozco, Sr. D. Cárlos, y sé quién sois; había querido únicamente esperimentaros. Nada, me dareis lo que os parezca justo. Ahora, oíd mis condiciones, y juradme por vuestro honor que una vez aceptadas no faltareis á ellas.

—Te lo prometo.

—En primer lugar guardareis el mas profundo secreto acerca de la comision que me habeis dado.

—¿Por què?

—Ahí está el busilis.

—Risible es tu pretension, cuando nadie ignora que ganas la vida de ese modo.

—Es una precaucion... ya veís... podría fracasar... y ante todas cosas conviene poner á cubierto el honor del pabellon.

Sonrióse el abogado de la astucia del Cambueta, recordando involuntariamente las advertencias que en casos idénticos, por via de precaucion, solía él hacer á sus clientes.

—En segundo lugar, continuó aquel, es de absoluta necesidad que por ningun pretesto, ni ahora ni mas tarde, intervenga la justicia en este asunto.

—Concedido.

—En tercer lugar, seguireis ciegamente mis instrucciones al pié de la letra y sin pedirme esplicaciones acerca de ellas.

—Bien.

—Y por fin, me concedereis diez dias, contados desde esta noche, para practicar las diligencias necesarias y poderos dar una respuesta definitiva.

D. Cárlos accedió á todo, encargando al vaqueano que evacuase su comision lo mas pronto posible.

Este, que había presenciado el combate á muerte con el enchalecador y oído sus palabras, estaba convencido de que Amaro y no otro era el raptor de Lia: toda la dificultad estribaba en verle y arrancarle diestramente su secreto.

Escribió la carta, y la puso en el paraje indicado; por tres dias acudió en vano á ver si la habían recojido; al cuarto no la encontró; el jefe de los montoneros había vuelto de su escursion al campamento de los charrúas, y ya sabemos la impresion que causára en él dicha misiva, y el modo cómo salió de la habitacion de su amada con ánimo de apersonarse con el portador ó autor de ella.

El gaucho, media hora antes de llegar al paraje convenido, ató su caballo á las ramas de un árbol, y marchó á pié, no en línea recta, sino describiendo un ángulo; cerca ya del naranjo, trepó encima de un corpulento *seibo*, que dominaba aquella localidad, y tendió la vista alrededor; luego dió una vuelta en torno del árbol donde le esperaba el vaqueano, prestando el oído por si distinguía rumor de hombres y caballos, y examinando con ojos de lince la tierra para cerciorarse por las huellas de que solo aquel había entrado en el bosque.

Persuadido de que no le armaban ningun lazo, se aproximó cautelosamente al naranjo: apartaba con tal tino las ramas y pisaba tan suavemente, que, á ser de noche, se le hubiere tomado por un espíritu de la selva. Sus *botas de potro* resbalaban sobre la yerba sin producir el mas leve rumor

Apartó el ramaje con la diestra mano armada de su puñal, cubriéndose con la siniestra el rostro que, á escepcion de los ojos, desaparecía bajo el halda del poncho, y con voz vibrante y avasalladora, gritó al Cambueta:

—¡Vuélvete!

El vaqueano obedeció esta órden cual manequí movido por una cuerda. El paso no era para menos; le iba en ello la vida.

Amaro sacó un pañuelo, le vendó los ojos, le arrebato las pistolas de que iba provisto, le cogió de la mano y se lo llevó á unos quinientos pasos de allí.

—Siéntate, le dijo, y esplícame en pocas palabras el objeto de esta cita.

—¿No os acordais ya de mí, señor? preguntó el tio Chirino, acomodándose lo mejor que pudo sobre un monton de hojas secas, obedeciéndo al impulso que le comunicaba la mano de su acompañante.

Hasta entónces el gaucho no se había fijado en él; el timbre de su voz le hizo contemplarle con detenimiento. Súbito recuerdo vino á desvanecer sus dudas.

—¡Voto al diablo! esclamó arrancándole la venda: tú éres el Cambueta. No te había conocido.

—Gracias, Sr. Amaro; mas vale tarde que nunca.

—Díme, continuó éste con visible recelo, ¿alguien mas que tú sabe que yo estoy en este departamento?

—Nadie; os lo aseguro: yo mismo lo ignoraría á no haberos reconocido en la sobérbia puñalada con que despachásteis á ese maldito brujo en la pulpería á que asisto diariamente. ¡Oh! cuando os ví luchar con él os reconocí, porque nadie se le atrevía por acá, y era necesario ser tan valiente y diestro como vos para osar combatirle frente á frente y cuerpo á cuerpo. Al fin pagó las muchas muertes que debía ese *malévolo*.

—Chirino, no insultes á los muertos, respondió Amaro con grave melancolía; ¡ya no existe!.... ¡Dios haya tenido piedad de su alma!

—Francamente, señor; no merece que se le tenga compasion....



—Basta.... Esplícame el objeto que te obliga á solicitarme.

—¿Lo ignorais? preguntó el vaqueano con una sonrisa maligna y burlona que no dejó de desagradar á su interpelante, el cual ni aun en broma consentía que nadie se le riesé en sus barbas.

—Míra, le dijo, te prevengo que contestes lisa y llanamente á lo que te pregunte, sin interpretar lo que te diga ni comentar mis razones. ¿Has oído?

Pronunció el gaucho estas palabras mirando de arriba abajo con ceño y menosprecio al zumbon, recordándole así la distancia inmensa que mediaba entre ambos.

—¡Eh!.... si tomais á mal una chanza insignificante, repuso el tio Chirino un tanto cortado, me callaré como un perro, quiero decir, no hablaré hasta que me interrogueis.

—Eso es lo que deseo.

—Podeis empezar.

—¿Quién te envía?

—El Sr. D. Cárlos Niser.

—¡Niser! ¡El Sr. D. Cárlos Niser! repitió Amaro con amargo acento de tristeza y reconcentrada pena ¿Acaso sabe él?....

El gaucho se detuvo acordándose de repente que el vaqueano no estaba iniciado en su secreto, y que él iba á revelárselo antes de tiempo con sus imprudentes preguntas. Conocióllo aquel y se apresuró á sacarle de su error, diciéndole con la seguridad é impavidez que acostumbraba en casos tales.

—No os aflijais; ignora completamente que la señorita

Lia ha sido robada por vos y se halla en el fondo del bosque en vuestro propio rancho.

—¿Y tú, cómo lo sabes? preguntó el gaucho sorprendido por aquella brusca insinuacion.

—Por una casualidad.... que sería muy larga de contaros.... y ahora estamos los dos de prisa.... pero estad persuadido que solo el enchalecador y yo hemos podido sorprender vuestro secreto.

—Pronto se habrá remediado el mal que involuntariamente la he ocasionado, murmuró el noble cuanto infortunado amante. Continúa:

—¿Qué he de continuar?

—La narracion de lo que te pasó con don Cárlos.

—¡Eh! Estuvo á verme hace cuatro dias, y á ofrecerme hasta doscientas onzas si se descubría el paradero de su hija y le llevaba cuatro renglones escritos pos ella.

—¿Y qué pretende?

—¿Qué se yó? Me dijo que solo anhelaba saber que estaba buena y que no corría ningun peligro. ¡Oh, la quiere mucho el buen viejo! Lloraba al hablar de ella, y me repitió mas de cien veces que á trueque de saber eso la perdonaría su locura y los pesares que le ocasionaba, correspondiendo tan mal al cariño con que siempre la había distinguido.

—Escucha: nada exigirás al Sr. de Niser por tu trabajo....

El vaqueano tosió, cual si quisiera por este modo indirecto preguntar quién se encargaba de pagarle, pues los tiempos no estaban para servir grátis, ó para fiar, que en

último resultado la mayor parte de las veces viene á ser lo mismo.

—Yo me encargo de satisfacer esa deuda, continuó el gaucho clavando en él su fascinante mirada de águila; yo me encargo de pagarte, ¿entiendes? Y si llegó á saber que has recibido un solo centavo del Sr. de Niser, te *estaqueo* (1) apenas caigas en mis manos.

—¡Oh! descuidad, señor; descuidad replicó el tio Cambueta apresuradamente; la echaré de generoso, y nada, nada tomaré.

—Le dirás que has visto á su hija, que está buena, y le llevarás la carta que desea. Por mas súplicas que te haga, no le descubrirás nuestra guarida ...Cambueta, sé que éres leal, y sobre todo amante de tu patria; confío que no me traicionarás.

—Moriría primero.

—Mañana á las doce de la noche acompañarás á D. Cárlos á las tápias del cementerio: yo estaré allí aguardándoos. Es un paraje solitario y respetado del vulgo. Allí nadie irá á interrumpirnos. Le dirás que un antiguo amigo suyo, que te ha ayudado eficazmente en tus investigaciones, desea hablarle; pero por Dios que no pronuncien tus lábios el nombre maldecido que me han obligado á aceptar los intrusos: para él yo no soy Caramurú; soy únicamente Amaro. Ahora monta á caballo y ven conmigo.

El vaqueano retrocedió hácia el naranjo, tomó su alazan, y volvió al mismo punto á incorporarse con Amaro,

(1) Llámase *estaquear* á un suplicio inventado por los indios, y que consiste en clavar cuatro, estacas en tierra y atar fuertemente á ellas por los cuatro remos con un lazo, de modo que quede suspenso en el aire, al infeliz condenado á ese bárbaro castigo.

que saltó en ancas y marchó con él en busca de su parejero, que había dejado atado bastante lejos del lugar de la cita, temiendo ser sentido por los que acompañasen al Cambueta, caso que este procediese de mala fé.

Poco despues de anochecer llegaron á los ranchos. Lia estaba sentada á la puerta del suyo, pensativa y triste, vacilante, dudosa, reluchando á un tiempo con su amor y la voz de su conciencia, que le ordenaba exijir de la caballerosidad de Amaro que la devolviese á su familia....

Su amante mandó que trajesen luz, y entró seguido del vaqueano.

Una pequeñuela, hija de uno de los montoneros, corrió y trajo una especie de hacha formada con pequeñas ramas atadas en un haz é impregnadas del sebo de los animales que mataban diariamente.

Amaro abrió el pequeño escritorio y rogó á Lia que escribiese lo siguiente:

«Querido papá: Estoy buena, y pronto espero abrazaros: creed, por lo que mas ameis en la tierra, que todavía soy digna de llamarme hija vuestra. Perdonadme.»

«Lia.»

El gaucho dobló esta carta, llamó á cuatro de sus montoneros, y ordenándoles que acompañasen al vaqueano hasta la salida del bosque, le entregó el billete y le apretó la mano, diciéndole con efusion:

—¡Hasta mañana á las doce!

XII.

Protector y protegido.

Era una hermosa noche de verano: brillaba la luna llena en el zénit, y el oscuro azul del firmamento, salpicado de rutilantes estrellas, semejaba un inmenso pabellon de tisú bordado de plata, que algun arcángel hacía tremolar en el espacio, envolviendo al mundo con su sombra protectora. Noche de amor y poesía iluminada por el melancólico fulgor de los astros que se destacaban en el fondo del cerúleo velo como chispas refuljentes que iba dejando en su camino el carro del Hacedor al cruzar la ancha red del universo. Noche de indefinible embeleso, en la que suspiraba el alma contemplando al cielo, cual si anhelase romper los grillos que la sujetaban á la tierra, y en álas de la fé y la esperanza volar hasta el trono radiante del Altísimo....

Apacible calma, misterioso silencio cubrían la vasta estension del campo solitario; calma y silencio que al perturbarse le prestaban nuevo hechizo, nueva majestad y encanto. Tal vez una ráfaga perdida pasaba murmurando por encima de los bosques y sacudía las gallardas copas de millares de árboles, que se iban inclinando unas en pos de

otras, semejantes á las olas del Océano cuando la brisa las empuja suavemente y las derrama sobre la arenosa playa; acaso los tristes gemidos del *ñacurutú* y de otras aves nocturnas resonaban de vez en cuando, interrumpidas por el espantoso ahullar de los *cimarrones* (1), que, hambrientos, vagaban por las fragosidades de la sierra; acaso se estremecían los pajonales y ondeaba el césped bajo los ájiles piés de los *hurones*, que buscaban su presa á los trémulos rayos de la luna; ó el pesado *Anta* se revolvía en el fango de algun riachuelo, dejando escapar por su pequeña trompa un áspero resoplido, indicio del placer que esperimentaba; tal vez alguna aleve tríbu asomaba por las empinadas lomas tendida al viento la larga cabellera, y descendia al llano haciendo retemblar el suelo bajo el sonante casco de sus veloces potros, inclinada sobre su cuello, para que á la distancia la confundiesen con alguna manada de caballos ó novillos silvestres; y en fin, quizá un rumor lejano, parecido al bullente hervor de una gran caldera que rebosára y se derramase apagando las llamas que la envolviesen, anunciaban que algun rio jigantesco salía de madre y se dilataba por los campos vecinos, sin estrépito ni violencia, pero imponente, arrollador, incontrastable, como el tiempo en el océano de las edades, tragando y vomitando siglos...

El reloj de la parroquia de Paysandú dió doce lúgubres campanadas: largo rato hacía que Amaro se paseaba por el cementerio aguardando á sus amigos.

La luna reflejaba sus rayos en las blancas osamentas amontonadas en un estremo de la mansion de los muertos;

---

(1) Perros salvajes.

gemía el crecido césped de las tumbas, y los sauces y cipreses se doblaban á intérvalos con doliente murmullo; fugitivas exhalaciones cruzaban allí y aquí; se oía clara y distintamente dentro de los nichos el ruido de los dientes y los chillidos de las alimañas que se nutren con los frios despojos de los cadáveres; el éco repetía en el cóncavo suelo las pisadas y voces misteriosas, tristes ayes y quejidos parecían salir del seno de la tierra, de las losas de los sepulcros, de los árboles, del césped, de las osamentas, y hasta de los pajizos y derruidos muros.

Empero Amaro, á pesar que creía, como todos los gauchos, en duendes y aparecidos, paseábase impasible y tranquilo de un estremo á otro del osario. Fijaba sus ojos en el paraje donde habían enterrado al enchalecador, y se sentía capaz de volver á matarle si se levantase de nuevo de su tumba. Nada había en el mundo que le hiciera temblar; ni los vívos ni los muertos. Su alma, inaccesible al miedo, podía ser aniquilada; pero mientras permaneciese en su cuerpo, prestaría aliento á su brazo hasta para luchar como Luzbel contra su mismo Hacedor.

Sacóle de sus meditaciones la aproximacion de D. Cárlos Niser, que venía acompañado del vaqueano.

Al verlos, saltó por las tápias del cementerio, y salió á su encuentro.

D. Cárlos y su acompañante retrocedieron llenos de pusilánimes aprensiones; es indudable que á no estar prevenidos y á no haberles él gritado que era el que aguardaban, hubieran echado á correr, sin detenerse hasta llegar al pueblo.

Sr. D. Cárlos, dijo Amaro, quitándose el sombrero: mi

amigo Chirino ya os habrá informado del empeño que tengo en serviros.

—Sí, y te doy por ello las mas espresivas gracias, contestó el abogado trémulo aun, y mirando en torno suyo con ojos despavoridos. La repentina aparicion del gaucho, envuelto en su poncho, por la parte del campo-santo donde estaban apilados los huesos y calaveras, le había asustado en términos que no le conoció, á pesar de ser la fisonomía de Amaro una de aquellas que no es posible confundir con otra alguna.

—Vengo á ayudaros á recobrar vuestra hija, añadió èste cubriéndose, persuadido de que ya le habría reconocido.

—¡Ah, sí, mi hija, mi querida hija! esclamó don Cárlos, recordando de pronto el objeto de la cita que tambien se le había olvidado. Habla, dí, ¿qué recompensa quieres?

—¡Recompensa! replicó el gaucho con amargura: yo no os exijo nada; tengo que pagaros una deuda de honor.

A estas palabras, Amaro se sacó por segunda vez el sombrero, cuyas anchas álas impedian que la luz del astro de la noche iluminasen su semblante.

D. Cárlos, preocupado con otras ideas, le miró, y aun que le pareció que aquella cara no le era desconocida, no cayó al punto en quién era.

—¿Me harás el favor de decirme cómo te llamas? le preguntó; tengo idea de haberte vísto en otra parte.

—¿No recordais, Sr. de Niser, un viaje que hicisteis al departamento de Minas?

—¿Cuándo? ¿En 1810?

—No: en 1815.

—Tambien estuve en esa época.

—¿Y no os acordais, señor, de un jóven de veinte años que estaba en capilla y debía ser fusilado al dia siguiente por haber muerto en desafío sin testigos al único hijo del mas rico y considerado propietario de aquel departamento?

—Sí.... me acuerdo.... pero confusamente.

—¿No os acordais, señor, que á ruego de vuestro pariente D. Nereo, interpusisteis vuestra poderosa mediacion con el comandante, á quién estaba confiado el mando de aquel pueblo, y partísteis esa misma tarde para el campamento del general Artigas, volviendo cuatro dias despues con el perdon que me otorgó, gracias á vos?

D. Cárlos se acercó al gaucho, le miró con avidéz y dando un grito de gozo:

—¡Ah, tú éres Amaro! esclamó; ¡gracias, gracias, Dios mio! Ahora recobraré á mi hija.

—No contento con eso, continuó el amante de Lia, que necesitaba enumerar uno á uno todos los beneficios que debía á su padre, á fin de tener fuerzas para hacerle por completo el heróico sacrificio que deseaba; no contento con eso, me disteis un cinto de onzas, cartas de recomendacion para Buenos Aires, y por fin, me salvasteis por segunda vez la vida, desbaratando una celada dispuesta por mis enemigos para asesinarme al pasar el Uruguay.

—Es verdad....me interesaba por tí como por un hijo; pero tú, tú no has correspondido á mi afecto como debías. Ni una vez sola has procurado verme en el espacio de ocho años.

—¿Habeís necesitado de mí alguna vez?

—No. Ahora únicamente.

—Pues ahora estoy aquí.

—Y tanto confio en tí, que solo al verte he creido que volvería á recobrar á mi hija, porque sabiendo tú dónde se oculta, por grado ó por fuerza la traerás á mis brazos, aun que te costase la vida, ¿no es verdad?....

Al espresarse de esta manera, muy lejos estaba D. Cárlos de valorar todo el alcance de sus espresiones; no hacía mas que manifestar su ciega confianza en las promesas del gaucho. Sabía que ellos son esclavos de su palabra, que mueren antes de quebrantarla, sin retroceder ante sacrificio alguno, cuando se le exige su cumplimiento.

—Acaso nunca sepais, Sr. de Niser, repuso dolorosamente Amaro, vos, que me acusais de ingrato, ¡cuán caro me cuesta retribuiros vuestros beneficios!

—No te comprendo, respondió D. Cárlos admirado.

—Ni es necesario que me comprendais....decidme: ¿teneis presente, por ventura, lo que os dije el dia que recibí mi perdon?

—Me jurasteis que en cualquiera situacion, y en cualquiera parte donde te hallases, acudirías á mí en cuanto yo te lo indicase, y fuese cual fuese el favor que te pidiéra, lo ejecutarías en el acto sin vacilar.

—Héme aquí por lo tanto esperando vuestras órdenes.

—Quiero ver á mi hija, si es posible recobrarla.

—Pasado mañana, Dios mediante, la tendreis en vuestra casa.

—¿A qué hora?

—Despues de las carreras.

—¡Ah, por la Vírgen, no me engáñes, Amaro, repitió el anciano con recelosa alegría; no me hagas consentir en

tamaña ventura, que luego debe hacer mas amarga la triste realidad.

—Os repito que pasado mañana, suceda lo que suceda, cueste lo que cueste, abrazareis á vuestra hija.

El tono avasallador del gefe de los montoneros no dejaba lugar à dudas. D. Cárlos cedió á la influencia que dominaba á los demas. Inútil era reflexionar: Amaro subyugaba por la fuerza del sentimiento. Convencía sin amenazar. Su porte, su ademan, su acento hablaban con mas elocuencia que sus palabras.

—Si acaso yo mismo no os la entrego, prosiguió, salíd de Paysandú, y muy cerca de sus trincheras encontrareis mi cadáver sangriento....

—¿Qué dices? ¡Esplícame ese misterio! ... esclamó D. Cárlos azorado.

—¡Nada me pregunteis; nada!....porque nada puedo deciros, respondió el gaucho con voz solemne, lenta y resignada; ¡cúmplase la voluntad de Dios!

Grande era la curiosidad y el ánsia del amoroso padre; pero convencido como estaba de que por mas instancias que hiciera al gaucho no le arrancaría una sola palabra, habiendo manifestado que nada diría, guardó silencio, y se dispuso á marchar.

—Hemos concluido, dijo; adios, Amaro; descanso en tí.

—Dos palabras, señor, si gustais, replicó este deteniéndole del brazo.

—Dí lo que quieras.

—No puedo ni está en mi mano poneros ninguna condicion; pero debo preveniros que el motivo de haber aban-

donado vuestra hija la Estáncia de su tia, no es otro que el estar comprometida con un hombre á quien no ama.

—¡Dios del cielo! repitió D. Cárlos: ¿y cómo ahora me libro del compromiso que tengo con el conde?

—¿El conde? preguntó Amaro con acento amenazador; es conde, ¿eh?

—Sí, conde de Itapeby.

—El gaucho se llevó las dos manos cerradas á las sienes, cual si quisiese detener la esplosion de su ira. En seguida se volvió al anciano, que le contemplaba absorto, y añadió, poseido de un vértigo infernal:

—No puedo devolveros á Lia si no me jurais que no violentareis su voluntad.

Un relámpago iluminó á D. Cárlos: las tinieblas que envolvían su mente se disiparon; vió la verdad tal como era; adivinó que su hija estaba en poder de aquel hombre, y que él la amaba y era amado de ella.

—¡Desgraciado! esclamó: tú la has seducido; tú éres su raptor; tú has abusado de su inesperiencia y de sus pocos años. ¡Infame!

El indómito gaucho, al oirse apostrofar tan duramente, por un movimiento involuntario llevó la mano al puño de su daga; pero con la misma rapidez se detuvo, hincó una rodilla, tomó el puñal por la punta y se lo presentó á D. Cárlos, diciéndole:

—¡Sí, yo os he robado vuestra hija; soy un miserable; lavad con mi sangre vuestra afrenta!

—¡Tan niña y perdida para siempre! repetía el anciano, llorando y escondiendo la cabeza entre sus manos.

—¡Oh, no la ultrajeis; está inocente y pura como los

ángeles!....Si se halla en mi poder, es contra su voluntad.

Entonces Amaro se puso en pié, y en breves palabras, llenas de elocuencia y pasion, le contó la historia de sus malhadados amores. El abogado le escuchó en silencio, y antes que acabase su narracion, ya estaba convencido de la inocencia de Lia.

—Sin embargo, murmuró, su reputacion está gravemente comprometida. Si al menos pudieses casarte con ella....

—¡Ese es todo mi anhelo, mi única ambicion, mi mas dulce ensueño de felicidad! contestó el gaucho, radiante el rostro de placer.

D. Cárlos le miró frente á frente, y con una amarga sonrisa de desprecio, le dijo con altanería:

—¿Y quién éres tú para enlazarte con mi familia?

—Ignoro quiénes son mis padres, y nada tengo, replicó Amaro humildemente; pero siento en mí algo que me anuncia que mi estirpe es tan clara como la vuestra.

—Pues bien, continuó el buen viejo, enternecido y cediendo sin advertirlo á la mágia que ejercía el caudillo patriota sobre cuantos le rodeaban; tú éres jóven y valiente, procura averiguar quiénes son tus padres, ó conquistar con tu esfuerzo una posicion social, adquirir un nombre que valga tanto como el que la suerte te niega, y Lia será tuya.

—¡De veras! ¡No me engañareis! esclamó Amaro, anhelante, inmóvil, suspenso de la respuesta que aguardaba.

—¡Sí; te lo juro por mi honor, por la salvacion de mi patria, lo que mas amo en la tierra despues de Lia!

—Entonces, D. Cárlos....el gaucho se detuvo dudan-

do si debía ó no descubrirle aun su segundo nombre: el nombre glorioso, sinónimo de heroismo y lealtad, que todos los orientales fieles á su patria pronunciaban con respeto y admiracion.

—¿Entonces, qué?....preguntó Niser con ansiedad.

El aire distinguido del gaucho, su manera de espresarse, el misterio que le envolvía; habían herido fuertemente su imaginacion. Una vaga sospecha de quién podia ser cruzaba al mismo tiempo por su frente.

—Entonces, dadme la mano....contestó aquel porque soy....

—¿Quién?

—¡Caramurú!

—¡Abrázame, hijo mio! gritó el anciano, estrechándole contra su pecho; sí, tú mereces llamarte hijo mio; era imposible que mi Lia se hubiese enamorado de un hombre vulgar.

Largas esplicaciones se sucedieron, y de ellas resultó que D. Cárlos se convino, no en negar su consentimiento á la boda, porque entonces se espondría á la venganza de D. Alvaro, sino en dilatarla, y solo en el último trance oponerse abiertamente, hasta que, arrojados los intrusos del pátrio suelo, pudiese obrar con toda libertad, sin miedo de que le calificasen de *anarquista, conspirador,* y le confiscasen sus cuantiosos bienes.

Conformes en este punto, Amaro entabló otra animada discusion con el vaqueano, mudo espectador de las anteriores escenas; y muy importante debía ser el asunto, cuando la luz del nuevo dia vino á anunciarles que ya era hora de retirarse

D. Cárlos y su futuro yerno tornaron á abrazarse de nuevo; y como el primero se lamentase del mal éxito que podía tener la empresa de que habían hablado antes, el gefe de los montoneros le contestó con su habitual indiferencia·

—No tengais recelo alguno, amigo mio; la fortuna ayuda á los audaces. ¿No es verdad, Chirino?

—Señor, repuso el Cambueta: con vuestra gente, y los aliados que yo me encargo de proporcionaros, no digo con mil portugueses, ¡con mil demonios somos capaces de pelear!

—¡Dios proteja la buena causa! dijo el anciano alzando los ojos al cielo.

—¡O muerte, ó libertad! repitió Amaro: y cada uno de los tres personajes, pensativo y meditabundo, se encaminó por distinto sendero; el abogado á la ciudad, el vaqueano á recorrer el departamento, y Caramurú al fondo de la selva á informar á sus valientes de que había llegado el momento solemne de *vencer ó morir*.

XIII.

Las carreras.

A pocas leguas de Paysandú se estiende una dilatada planicie, desnuda de árboles, pero tapizada de menuda yerba, la cual termina al Occidente por un dilatado barranco, en cuyas profundidades corre el Uruguay encajonado, y siguiendo las ondulaciones del terreno, ora se precipita en violentos remolinos azotándose contra sus bordes, ora continúa su marcha apacible, cual pintado *iguana* que se desliza perezosamente á la caida del crepúsculo, sobre la arena humedecida con el reflujo de las olas; ó bien levanta su verdinegra espalda cubierta de hervorosa espuma, y bulle y salta, se revuelve y ondea, se esconde y reaparece, como un inmenso cetáceo que hiende los mares llevando clavado el harpon, que cuanto mas pugna por lanzar de sí mas se hunde en sus entrañas, y al fin arroja su masa inerte y ensangrentada sobre los flancos del atrevido bajel que vuela en pos de ella, ensordeciendo el espacio con sus cánticos de victoria.

Desde las doce de la mañana, inmensa muchedumbre afluía de todas partes, atraida por las famosas carreras que

debían verificarse allí á las cuatro de la tarde. Los dos propietarios mas ricos y considerados de la provincia, entre quiénes existía una antígua rivalidad, habían señalado aquel dia para correr sus corceles. La crecida suma que se atravesaba, el nombre de los dueños de los caballos, la multitud de personas que tomaba parte á favor de cada uno, las apuestas parciales, la circunstancia de ignorarse aun cuál era el parejero que el señor de Abreu pensaba oponer al renombrado Atahualpa, vencedor en todos los años anteriores, y sobre todo, ciertos misteriosos rumores que circulaban relativos á una conspiracion tramada por los patriotas, habían dado á las presentes carreras una celebridad inaudita, una celebridad americana, ya que no europea.

Desde los mas remotos confines de la Banda Oriental, lo mismo que de las provincias del Brasil y de la república argentina, fronterizas á las nuestras, los gauchos, los *estancieros* (1), y hasta indolentes habitantes de las ciudades, aficionados en estremo á esta clase de diversiones, habían acudido en tropel á malgastar allí alegremente, como es costumbre en América, siempre que hay ocasion, su tiempo y su dinero.

Ademas de los doscientos mil patacones de los dos capitalistas, se calculaban á esa hora en un millon de pesos fuertes las apuestas de los particulares.

Magnífico era el golpe de vista que ofrecía la estensa llanura, cuajada de gentes de todas edades, sexos y condiciones. Cuadro encantador que, trasladado al lienzo, mientras lo iluminaba los tíbios resplandores del sol de la tarde,

---

(1) Propietarios de la Campaña.

reflejaría una de las faces mas bellas y poéticas de la vida de nuestros campos. Variados y caprichosos trajes, indómitos bridones, adornados con régia esplendidéz ó con salvaje pompa....

Los ricos *chamales* de seda, los graciosos sombreros de *jipi-japa*, salpicados de raras y preciosas flores, cuyo hermoso colorido no igualaba á su fragancia; las lujosas vestas de grana y terciopelo; los bordados ponchos con flamante botonadura de filigrana, que descendía en triples hileras desde la garganta al pecho; los puñales, incrustados de brillante pedrería, se confundian con el grosero lienzo, con la raida bayeta, con las remendadas chupas, con los abollados sombreros y grasientos cuchillos de los *peones* y gauchos pobres. Los briosos corceles, ostentando con marcial orgullo las argentadas estrellas y cadenillas, que, eslabonadas y pendientes en el centro de un sol de oro, esmaltado de rubíes, envolvían su cabeza como una red de nácar, y sujetaban el freno y las riendas, tambien de plata, hacían resaltar mas el humilde arreo de los que por toda gala llevaban el *lazo* arrollado sobre la grupa de su caballo, y la frente y los encuentros de éste ceñidos por una banda de lucientes plumas....

Crecía la muchedumbre por instantes; do quier que se volviesen los ojos la veían agolparse en distintas direcciones, unida y compacta como un mar de centauros. La tierra desaparecía bajo sus huellas, y el murmullo, las voces, los gritos, las carcajadas, de los ginetes, el movimiento, el galope y los relinchos de los caballos, formaban un ruido sordo y prolongado, que, vibrando á la distancia, imitaba el confuso rumor que precede á la erupcion de los volcanes.

Eran ya las tres y media.

Lejano redoble de tambores, agudo son de clarines y cornetas, vinieron á distraer por un momento la impaciencia de los circunstantes.

Mil hombres de las tres armas avanzaron divididos en columnas de á cien, y se situaron á lo largo de la llanura en las posiciones mas ventajosas.

Aquella tropa era toda la que había en el departamento, y el comandante general, temiendo la intentona de que hemos hablado antes, había dispuesto que se reuniese allí antes de empezar las carreras, con el objeto de intimidar á los revolucionarios, ó castigar su audacia si se atrevian á levantar el estandarte de la rebelion.

A poco aparecieron Suarez y Abreu; pero solo el primero traia su caballo; el segundo, con una agitacion que en vano procuraba ocultar, sacaba contínuamente el reloj maldiciendo interiormente su mala estrella, y figurándose que el gaucho le jugaba una pesada burla. Sus amigos, pensativos y cabizbajos, le seguían, preguntándole á cada paso si vendría ó no. Faltaban dos minutos para las cuatro, y Amaro no parecia.

Su rival se frotaba las manos de gozo, arrojándole sarcásticas miradas que se clavaban como punzantes flechas en el corazon de Abreu.

Ya se disponia este á dar órden que ensillasen el corcel que montaba, que era el mismo con el que pensó primero sostener el desafío, cuando lejana vocería, estrepitosos bravos y palmadas le hicieron volver la cabeza, y divisó á Amaro que se encaminaba hácia él, seguido de la muchedumbre, la cual, viéndole venir en pelo, echado el sombrero

sobre la frente, y cubierto el rostro, á escepcion de los ojos, con un pañuelo de seda, adivinó que era el corredor, el únicc á quién aguardaban para empezar las carreras.

Los gauchos se agolpaban en torno suyo, y mil esclamaciones volaban de boca en boca ponderando la bella planta del corcel que montaba; los circunstantes se deshacían en elogios, y los competidores de Abreu le miraban acercarse llenos de desconfianza y sobresalto.

La gallarda presencia de Dayman y su color *pangaré* (1), muy estimado y acaso el primero, en opinion de los inteligentes, hacían formar de él, al primer golpe de vista, la idea mas ventajosa. Luego su pequeña cabeza, su cuello largo y enarcado, sus delgadas piernas, sus anchos encuentros, su escaso vientre, su descarnada grupa, el fuego que brillaba en sus ojos inteligentes, que al galopar se revolvían chispeando en sus grandes órbitas como dos esferas de hierro candente, pretendiendo dejar atrás á su propía sombra, calidad característica de los buenos parejeros, su poblada cola, la manera como erguía las orejas moviéndolas en direccion opuesta, la arrogancia con que apoyaba el casco en la tierra, tascaba el freno y sucudía sus ondeantes crines, que casi barrian el suelo, su impetuosidad y empeño en adelantarse á los demas.... todo, todo indicaba que aquel caballo, dotado de una estraordinaria ligereza, había sido adiestrado á la carrera en el desierto, sin haber encontrado todavía quién le venciera y humillara su altivéz.

—Podemos empezar, si os place, Sr. Suarez, dijo el comerciante con una satisfaccion que contrastaba con su anterior despecho y mal humor.

[1] Blanca la mitad de cara, y el resto del cuerpo colorado.

—Cuando gusteis, Sr. de Abreu, contestó aquel con frialdad.

—*Cancha* (1), *cancha,* señores, gritaron los jueces nombrados para presidir las carreras y dirimir cualquier disputa que pudiera tener lugar.

Los espectadores, al oír la frase sacramental con que generalmente empiezan estas diversiones, se abrieron á derecha é izquierda, repitiendo: *¡Cancha, cancha!* palabra que, pronunciada por mil voces distintas, producía en la apiñada muchedumbre el mismo efecto que la férrea quilla de un bergantin, que vuela dividiendo las movibles aguas del mar, acariciado por las brisas nocturnas.

En menos de diez minutos se formó una larga calle de cincuenta varas de ancho y una legua de largo. Los jueces hicieron cuatro rayas en el suelo con intérvalos de cien pasos entre cada una: los corredores de Atahualpa y Daiman se colocaron en la primera, y á una señal suya comenzaron los *bareos*, que consisten en lo que vamos á referir.

Primero marcharon ambos ginetes paso á paso hasta la segunda raya, y volvieron atrás; luego al trote hasta la tercera, y retrocedieron igualmente; despues al galope hasta la cuarta, tornando á colocarse á la primera, procurando siempre cada uno detener el ímpetu de su caballo, á fin de inspirar confianza á su adversario.

En seguida galoparon cuatro ó cinco veces desde la primera hasta la segunda, tercera y cuarta línea sucesivamente, y cuando los que presidían la carrera, viendo que pisaban juntos la última raya, gritaron *¡ahora!* respondieron

(1) Dejad libre el paso: despejad.

los jinetes *¡ahora!* y se lanzaron á toda brida seguidos de los jueces y de la multitud, que se replegaba tras ellos á medida que pasaban por delante de ella devorando el espacio, cual fugitivos planetas atraidos por el sol en medio del vacío.

Largo trecho galoparon juntos, y la victoria se mantuvo indecisa. Los dos parejeros eran escelentes, y se temia, no sin razon, que á un tiempo pisasen la meta.

Inclinados ambos jinetes sobre su cuello, anhelantes les palmoteaban frenéticos y les hablaban con voz que dominaba el tumulto ocasionado por el tropel inmenso que los seguia, sin hacer uso del látigo que reservaban para el último trance.

Daiman y Atahualpa, bañados en sudor, arrojando por sus abiertas narices una columna de humo, y mirándose con ira, redoblaban su esfuerzo á cada palabra de sus amos, cuyas largas cabelleras, confundiéndose con sus crines, ondeaban como serpientes amenazadoras que se enroscaban silvando sobre sus cabezas.

Por una ilusion óptica muy fácil de comprender en la rapidez de su carrera, en medio del torbellino de polvo y la nube vaporosa que los envolvia, los rayos del sol quebrándose y repercutiéndose velozmente, les prestaban á cada momento nueva forma y colorido. La imaginacion, asaltada de un vértigo fantástico, ora creia ver á la distancia dos fenómenos luminosos, dos de esas sombras colosales que al caer la tarde suele divisar con espanto el viajero que ignora su casa, en las cimas de la alta cordillera: ya dos enormes moles de granito bajando por el rápido declive de una montaña al fondo de un valle; tan pronto dos jigantescos condores, batiendo sus anchas alas y cerniendo su

raudo vuelo al confin de la llanura, como dos toros salvajes que salen del bosque con atronador mugido llevando encima dos tigres feroces, cuyas aceradas uñas les desgarraban la piel, clavada la boca en su cuello hecho trizas por sus afilados dientes....

No faltaban ya mas que seis cuadras para llegar á la meta; la ansiedad y la espectacion iban en aumento. Un silencio sepulcral, interrumpido únicamente por el pausado galopar de los caballos, se sucede á la animada conversacion de los circunstantes. Nadie habla, nadie pregunta nada, nadie levanta la voz ofreciendo juego: todos miran, todos suspensos y ansiosos, como si se tratase del mas grave é importante asunto, aguardan, latiéndoles el corazon, á que se decida el triunfo.

De repente Daiman pasa á su contrario, y un grito, semejante al estampido de un trueno, retumba de un estremo ā otro; Atahualpa, furioso, le alcanza y le pasa á su vez: habla el gaucho á su corcel, y este le deja de nuevo atras; torna Atahualpa á alcanzarle, y torna Daiman á adelantársele. El corredor del primero apela entonces al último recurso; se incorpora, sus talones espolean los flancos del vencido, revuelve el brazo á un lado y á otro cruzándole con el látigo las ancas y el vientre. El noble corcel, indignado, levanta la cabeza, tiembla de coraje, da un bufido, y, por vez postrera, alcanza á su rival.

Amaro imita el ejenplo de su competidor, y cierra piernas á su caballo sin castigarle.

Daiman al sentirse aguijoneado eriza la crin, irgue las orejas, tiende el cuello, alza la frente arrojando llamas por los ojos, la inclina hiriéndose los encuentros con la barbada

del freno, y mas veloz que una bala al escaparse del tubo inflamado que la contiene, hiende los aires, porque sus piés no tocan la tierra.

Atahualpa hace un último esfuerzo, se agita, alarga sus crispados miembros, aspira el aire con ardientes resoplidos, sigue con la vista empapada en lágrimas las huellas de su vencedor; pero ¡hay! ¡en vano!....en el mismo momento que este pisa la meta triunfante, cae reventado él á cincuenta pasos, arrojando un rio de sangre por la boca y las ventanas de la nariz.

Un coro de aplausos y vivas atruena la llanura; Daiman, victorioso, es aclamado hasta por sus mismos enemigos, y Amaro, olvidándose en medio de la embriaguez del triunfo de que aun no era tiempo de descubrirse, pues faltaba mas de una hora para anochecer, momento convenido para dar el golpe cuando empezasen las tropas á desfilar; cediendo á la costumbre, se sacó el sombrero y el pañuelo que le ocultaba el rostro para saludar á la multitud.

Quiso su mala estrella que entre los espectadores mas inmediatos hubiesen varios brasileros del departamento de Tacuarembó, que le conocian muy bien por haber sido prisioneros suyos, los cuales apenas le vieron comenzaron á gritar, huyendo como si hubiesen visto al diablo;

—*¡Caramurú! ¡Caramurú!*

Un escuadron de tiradores de caballería se adelantó al paraje de donde salian aquellos gritos alarmantes.

Amaro hizo una señal para que permaneciesen quietos á algunos gauchos que se hallaban á su lado iniciados en la rebelion por el *Cambucta*, volvió tranquilamente su caballo, y enderezó el rumbo hácia el barranco, en cuyas profundi-

dades corría el Uruguay, único paraje que, defendido por la propia naturaleza, no estaba guardado por las tropas enemigas.

Los tiradores corrieron tras él, y su gefe le gritó que se detuviese, si no quería que le mandase hacer fuego.

El gaucho, con aquella sonrisa irónica que tan bien cuadraba á su fisonomía varonil, volvió la cabeza sin detenerse, y se golpeó la boca, manifestándole así el caso que hacía de sus amenazas.

El gefe mandó hacer fuego: doscientos tiradores, en pelotones de á cincuenta descargaron sus tercerolas contra el fugitivo por dos veces á menos de cuarenta pasos.

El, siempre á escape, cada vez que oia gritar *¡fuego!* daba una vuelta por debajo de la barriga del caballo, con la destreza admirable de los indios *Guaycurús,* de quienes habia aprendido esta evolucion, y tan pronto como escuchaba silbar las balas se incorporaba en su potro y continuaba impávido en su carrera.

Los brasileros y los espectadores juzgaban que aquella resistencia era un solo capricho del célebre guerrillero, que prefería morir á rendirse. Suponían que viéndose obligado á costear el barranco, é imposibilitado de traspasar el cordon de soldados que guarnecia la llanura, al fin, de un modo ú otro, muerto ó vivo, caería en sus manos.

Pero con gran sorpresa suya, con espanto y asombro de todos, amigos y enemigos. Amaro al llegar cerca del barranco, sonriéndose, hechó el halda del poncho sobre los ojos de Daiman, le cerró piernas y se precipitó con él al rio desde una altura de cuarenta piés.

Cuando llegaron los tiradores y la curiosa muchedum-

bre, creyendo encontrar solo un cadáver flotando sobre las aguas, el indómito gaucho, prendido con una mano de las crines de su parejero, y nadando con la otra, llevado por la corriente, próximo á tocar la orilla opuesta, se golpeaba otra vez la boca, gritando á los brasileros por despedida:

—¡Ya nos veremos las caras!....

Semejante rasgo de audacia dejó á todos inmóviles y petrificados, y cuando los soldados, á la voz del gefe, volvían á cargar sus tercerolas, ya él salvaba la márgen del rio y galopaba hácia la selva, de donde salían á galope sus audaces montoneros, alarmados por las descargas y pensando que por alguna fatal casualidad se había empezado la lucha antes de la hora convenida.

XIV.

La montonera.

La pequeña hueste de Amaro reunida ya á su jefe, equipada y provista de armas en aquellos dias, avanzaba lentamente en órden de batalla, silenciosa, imponente, resuelta como los trescientos compañeros de Leonidas, á morir peleando. El sol, próximo á hundirse en el ocaso, hacía brillar la desnuda hoja de sus corvos sables y la fulmínea punta de sus lanzas con siniestros resplandores.

La confianza y decision con que marchaban á una muerte, al parecer inevitable, despertaba en sus enemigos un sentimiento muy parecido al miedo, hijo tal vez de la admiracion que les infundía á su pesar, aquel arrojo sobrehumano.

El nombre de Caramurú, sin embargo, bastaba para esparcir el terror en sus filas, como el caballo del Cid para poner en vergonzosa fuga á los infieles.

La multitud, previendo lo que iba á suceder, se había dispersado mas rápida que una bandada de palomas á la aproximacion de un milano.

Entre los fugitivos iban D. Cárlos y D. Nereo: el conde, arrastrado al principio por las oleadas de los que huían,

valiente y pundonoroso militar, apénas se vió libre volvió al campo, sin querer oír los ruegos de su hermano y de su futuro suegro, que le suplicaban se viniese con ellos á la ciudad, puesto que estaba desarmado; y no tenía responsabilidad ni mando en las tropas reunidas allí, las que, por otra parte, siendo muy superiores en número, y la mayor parte veteranas, no podrían menos de arrollar á los insurgentes.

—Os engañais, respondió él meneando la cabeza, Caramurú está á su frente; ese bandido, ese demonio acostumbrado á batir mil soldados nuestros con cien montoneros suyos. Y ademas, ¿creís que solo con ellos tendremos que pelear?.... ¡Mirad! por la parte opuesta, detenidos en el confin de la llanura, cerca de mil rebeldes se disponen á secundarlos. La cosa es mas séria de lo que pensais, amigos mios. Mi deber me llama allí; adios.

Y espoleó y soltó la brida á su caballo, perdiéndose muy pronto de vista.

Sobrábale razon á D. Alvaro: ochocientos gauchos, peones y esclavos, divididos en cuatro grupos, aguardaban la señal de acometer. Unos sacaban los trabucos y sables que llevaban ocultos, los primeros bajo el poncho, y los segundos bajo las *caronas* (1), otros esgrimían sus largos *facones* (2), y el mayor número blandía sus formidables *bolas* y doblaba el *lazo*, haciendo silbar por encima de su cabeza la pesada argolla de hierro que sirve de contrapeso para lanzarle hasta á cincuenta varas de distancia. Todo anun-

(1) Mandiles de cuero que se ponen bajo el *recado*, montura especial que usa la gente de campo.

(2) Cuchillos de tres cuartas de largo.

ciaba que la lucha iba á ser encarnizada, y que los brasileros, en caso de vencer, comprarían muy cara su victoria.

El comandante general, confiado en sus mil soldados y en la ventaja de su artillería é infantería, resolvió esperarlos á pié firme, y dispuso que se replegasen sus batallones y dejasen aproximarse á los rebeldes á tiro de cañon. El apóstata oriental, el traidor D. Ricardo Floridan ignoraba con quién se las había, y juzgaba tan seguro el triunfo, que solo temía que sus contrarios no se atreviesen á atacarle. Quería que no se le escapase ni uno solo.

—¡Viva la patria! gritó Amaro volviéndose á los suyos:—¡Viva la patria! gritaron estos;—¡Patria y libertad! contestaron á su frente sus amigos, y en el mismo instante, los montoneros y sus aliados, se lanzaron á toda brida sobre las huestes brasileras.

Una detonacion espantosa ensordeció la llanura: cuatro cañones preñados de metralla y quinientos fusiles estallaron á la vez, esparciendo la muerte y la desolacion entre las filas de los patriotas.

Terrible fué aquel momento; una tercera parte de los valientes mordió el polvo: una nube de negro humo los envolvió, como un ancho sudario el inmenso cadáver de un jigante, y un coro desgarrador de ayes, lamentos é imprecaciones resonó tristemente como el himno fúnebre que anunciára su derrota.

¡Viva la patria! tornó Amaro á repetir sin detenerse, con voz tremenda, que dominaba el fragor de los cañones y los lamentos de los moribundos:—¡Viva la patria! contestaron sus esforzados compañeros, siguiendo sus huellas:—¡Patria y libertad! volvieron á gritar sus aliados, ya encima

de los invasores; y unos y otros cayeron simultáneamente sobre las cuadros enemigos, rompiendo la tripe muralla de bayonetas que les cerraba el paso.

Entonces se trabó un desesperado combate á arma blanca, en el que cada patriota tenía que pelear contra diez realistas, y en el que, á pesar de su valentía, era de temer que al fin cediesen agobiados por el número.

Los portugueses huían, es verdad; pero á su retaguardia otros batallones venían en su apoyo, y mientras los rebeldes se volvían y los desbarataban, los fugitivos se rehacían y los esperaban de nuevo con las armas preparadas. La única ventaja que llevaban los orientales era que la caballería enemiga, como de costumbre, había huido cobardemente á los primeros choques, y abandonada la infantería, rota y dispersa varias veces, vagaba aquí y allí, sin poder reunirse en una sola columna, como sus gefes anhelaban. La rapidez y arrojo de los montoneros, el espanto que infundía Amaro apenas se aproximaba, hacía abortar sus mejores maniobras é inutilizaban toda su estratégia y sus esfuerzos.

Cabalgaba el intrépido gaucho sobre un arrogante potro, negro como las negras sombras que envolvían el caos antes que Dios separase la luz de las tinieblas, veloz como el *pampero* cuando el invierno desata sus álas, y blandía en su mano una poderosa lanza, cabo de ébano, que remataba en dos medias lunas. Se había sacado el poncho, empapado en agua al precipitarse en el rio: tenía descubierta la cabeza; el sombrero flotaba sobre sus robustas espaldas, sujeto á la garganta por el *barbijo* (1); descendía, hasta besar

(1) Cordon ó cinta de seda.

los hombros, su cabellera húmeda, destrenzada en lácias guedejas; el entusiasmo bélico, la sed de venganza, el estridor de los sables, la vista de la sangre, el ambiente de la pólvora contraían sus lábios, coloreaban sus mejillas, crispaban sus músculos, erizaban sus bigotes, y comunicaban á sus negras pupilas no sé qué eléctricas vibraciones, qué efluvios de luz, que producían en la muchedumbre el efecto de los magnetizadores en las personas sujetas á su influencia. Parecían dos soles rojizos, que giraban como estrellas artificiales, despidiendo un millar de chispas centelleantes.

Así, ceñido de una aureola de fuego, mas terrible que el apóstol Santiago combatiendo contra los musulmanes, revolvíase sobre el caballo, llevando la muerte donde fijaba sus ojos; la muerte, sí, porque el rayo de su mirada no era mas ligero que la punta de su lanza. El pensamiento y la accion se sucedían en él con tal velocidad, que era imposible distinguir si el primero engendraba á la segunda, ó si este era engendrado por aquella.

Empero ya el sol había desaparecido, y muy pronto el crepúsculo iba á estender su gasa de sombras por el Occidente. Era preciso, pues, antes que llegase la noche arrollar á todo trance á los que se conservaban en el campo para que se declarase una derrota general en el pequeño ejército enemigo, Amaro habia jurado clavar esa noche el estandarte azul y blanco en las trincheras de Paysandú, y cubierto de gloria devolver á Lia á su padre, ó perecer en la demanda. Su suerte estaba echada vencer ó morir.

Detuvo su corcel un momento; paseó la vista por la llanura para cerciorarse del estado en que se encontraban tanto los suyos como los enemigos, indagó si les venían refuer-

zos de alguna parte, y cuando ya se preparaba á volver sobre ellos, notó por casualidad en el horizonte lejano, encima de una montaña, un bulto blanco, la forma vaga y misteriosa de una mujer, Mirola, sintiendo acrecer su esfuerzo al contemplarla, su anhelo de triunfar ó sucumbir.

¡Ah! la voz secreta de su corazon, que nunca le engañaba, le decía que aquella mujer era Lia; Lia, que habia salido del bosque contraviniendo sus órdenes, y despues de haber rogado á sus guardianes que le acompañasen hasta la cumbre del monte, tales cosas les dijo que les obligó á avergonzarse de su inaccion y á volar en apoyo de sus compañeros, esponiéndose al enojo y acaso á la venganza de su gefe.

Su amante la había dejado custodiada por diez hombres, los cuales debían, si la suerte le era adversa, acompañarle al otro dia hasta cerca de Paysandú, y entregarla al *vaqueano* para que la pusiese en manos de su padre; pero ella, á las primeras descargas, con un valor admirable en sus pocos años y en su sexo, mandó á los gauchos que la llevasen á alguna de las montañas inmediatas que dominaban la llanura, y estos, que solo tenian órden de no separarse de ella, pero no de oponerse á su voluntad, obedecieron.

Llegaron á la cumbre en los momentos en que, rechazados los auxiliares de Amaro, huian en desórden ante un batallon realista capitaneado por el conde, los únicos que sostenian dignamente el honor de las armas brasileras.

—¡Ay! Huyen los nuestros, dijo Lia acongojada, alzando las manos al cielo: ¡todo se ha perdido!

—Todavía no; ¡ya se reharán! contestó uno de los que la acompañaban con la sombría calma peculiar de los gau-

CARAMÚRU



¡Oh! ¡El cielo le protege! replicó Lia trocando sus lágrimas de pesar en otras de gozo ......

chos cuando están muy afectados; y, ademas, mirad á la izquierda.... allí.... cerca de la artillería.... ved como corren los intrusos....

—Sí; ¡aquel es Amaro! gritó la jóven, trémula de gozo y de temor; ya rompe el segundo cuadro, y llega al pié de los cañones enemigos.... ¡Dios mio!.... ¡Protégele!.... Ya no lo veo....ha caido del caballo, ¡ay!....

—Señorita, no os asusteis: no ha nacido todavía el hombre que ha de matar á Caramurú.

—Al mismo tiempo que le apuntaban, le he visto caer; contestó ella sollozando.

—¡Já! ¡Já! ¡Já!.... ¿Caer él? Habrá dado alguna vuelta por debajo del vientre del caballo; y si no, miradlo..

En efecto, Amaro disipada la nube de humo y fuego que le envolvió algunos segundos, lanceaba en aquel instante á los artilleros al pié de los cañones, y se iba apoderando de ellos con la mayor facilidad.

¡Oh! ¡El cielo le proteje! replicó Lia trocando sus lágrimas de pesar en otras de gozo. ¡Dios da fortaleza á su brazo, y corona con el triunfo su heróico esfuerzo!

Súbita idea, hija del entusiasmo que le inspiraba su amante, coloreó su frente de marfil; un rayo de amor pátrio levantó su nevado seno, y condensándose en sus negras pupilas, se escapó de sus lábios virginales llevando la conviccion de su deber y el ánsia de la gloria al corazon de los que la rodeaban.

—Amigos mios, les dijo, para nada os necesito; dejadme sola, id allí, allí donde caen vuestros hermanos despedazados por la metralla.

Los gauchos se miraron unos á otros manifestando in-

voluntariamente su pesar de verse detenidos allí. Lia continuó:

—¡No os avergonzais de presenciar el combate en vez de participar de él! ¡Ah! ¡Si yo fuese hombre!....

—¡Por la vírgen del Pilar, señorita! esclamó el que hacía de gefe; tenemos órden espresa de no abandonaros. Nos vá en ello la vida.... mas que la vida.... el aprecio de Caramurú....

—Os juro que nada sabrá, y si lo sabe, ¿crees que me negaría vuestro perdon pidiéndoselo yo?

Los gauchos volvieron á mirarse unos á otros vacilando.

—No hay que perder tiempo, replicó Lia tomando un aire de reina ofendida que la sentaba perfectamente; ¡ea, marchad; yo os lo mando!

—No puede ser, señorita, contestó el sargento imperturbable.

—¡Eh! añadió la jóven con escarnio, sabiendo que este era el único medio de hacer que saltasen por todas las consideraciones, y se fuesen al enemigo como fieras [illegible] unos cobardes; teneis miedo, y andais buscando pretestos para disculpar vuestra flojedad! ¡Miserables! ¡No teneis una gota de sangre oriental en las venas!....

—Eso no, ¡voto al diablo! gritó el sargento dirijiéndose á sus nueve compañeros; ¿quién quiere seguirme? ¿Quién quiere venirse conmigo á hacerse matar de puro gusto, para que esta niña se retracte de sus crueles palabras?....

—¡Yo, yo! respondieron á una voz todos los gauchos.

—Es preciso que alguien se quede.

—No necesito á nadie, repitió Lia dándoles las gracias y animándolos con una mirada capaz de levantar de su tum-



ba á un cadáver; id, amigos mios, y cubríos de gloria con vuestros hermanos, ó caed á su lado. Vencidos ó vencedores, aquí me encontrareis rogando por vosotros.

Y no bien se perdieron en el declive de la montaña, la encantadora vírgen cayó de hinojos y levantó las manos al cielo orando por la salvacion de su pátria. Viva imágen de su quebranto y de sus esperanzas, idealizacion sublime del sangriento drama que á sus piés se representaba, ella simbolizaba el lóbrego presente y el espléndido porvenir de América, triste é incierto ahora, pero en el futuro rico de ventura como una promesa de Dios.

¡Y qué bella, qué hechicera, qué divina estaba sobre la alta cumbre, vestida de blanco, elevando de rodillas sus plegarias al Todo-poderoso, entre las dudosas sombras del crepúsculo y la múltiple cuanto pavorosa armonía que se remontaba de la llanura cargada con las almas de los muertos! ¡Cuánto recojimiento en su semblante! ¡Cuánta ternura en su mirada! ¡Cuánta espresion en su actitud seráfica!.. Era imposible, sí, era imposible que Dios desoyese su ruego. El ángel de la victoria, compadecido de su dolor, debía posarse sobre las banderas que ella siguiese con la vista....

Amaro penetró serpeando como una centella por enmedio de los batallones enemigos; la consternacion y el espanto se apoderaron de los brasileros; ya no le esperaban; huían desde lejos al verle venir, y no los ojos, los gemidos de los que caían derribados por su temible lanza, les indicaban su direccion.

En breve la derrota se hizo general: la carnicería fué espantosa: no se dió cuartel por espacio de tres horas.

D. Ricardo Floridan, el marido de doña Eugénia, y el

conde, cayeron prisioneros, y debieron el no ser muertos á la aparicion de Amaro, que llegó cuando los tendían en el suelo para degollarlos.

El primer rayo de la luna que brilló en el cielo á media noche, encontró clavada en las trincheras de Paisandú la bandera blanca con el sol de oro y las siete fajas azules, y á dos leguas de allí trescientos cadáveres tendidos en la llanura. ¡Magnífico festin para los buitres y *caranchos* que en muchos dias cruzaron en numerosas bandadas desde una á otra ribera del Uruguay, anunciando la catástrofe á los que todavía la ignoraban!



XV.

¡Todo por ella!

Mientras los realistas huían dispersos, acuchillados por los patriotas, Lia bajó de la montaña acompañada solamente de cuatro de sus guardianes; los demas, fieles á su palabra, habían muerto heróicamente con el sargento á su cabeza.

Cerca de las puertas de Paysandú encontraron al vaqueano, y se dirigieron juntos, segun las intrucciones de Amaro, á la comandancia general.

Casi al mismo tiempo entraba aquel por la parte opuesta con el conde y Floridan, que desarmados y silenciosos marchaban á retaguardia, seguidos de otros gefes y oficiales prisioneros.

Tanto el conde como su amigo estaban persuadidos que el gaucho, al salvarlos de los puñales de sus montoneros, había querido únicamente dilatar su muerte para gozarse luego en su suplicio, y dar á sus plebeyos secuaces el dulce espectáculo de ver morir en el cadalso á la primera autoridad de la provincia y á uno de los primeros títulos del imperio.

Delirio era imaginar que les perdonase, atendida su índole feroz y el espíritu sanguinario de que hacía alarde, segun la voz general y los heohos que se le atribuían con razon ó sin ella.

Sin embargo, existía un eslabon misterioso entre el caudillo patriota y el aristócrata realista, un secreto, secreto terrible, ignorado de Amaro, que, descubierto por el conde, desarmaría su brazo, á menos de ser un mónstruo ó una fiera.

Empero mediaban tales circunstancias, era tan vergonzosa la revelacion para el segundo, que sin duda preferiría la muerte á desplegar los lábios. Su orgullo y su aleve conducta con el gaucho, aunque desconocida de este, le prohibían hablar. Estaba resuelto á morir con la arrogancia y serenidad propias de un hombre de su ilustre linaje: lo contrario le parecía rebajarse demasiado, descender acaso inútilmente hasta el último escalon del envilecimiento.

En cuanto á Floridan, su situacion era aun peor; por ningun concepto podía esperar piedad de Amaro: su calidad de apóstata le ponía fuera de la ley. El montonero era inflexible con los que, traicionando á su pátria, en vez de romper las cadenas que la oprimían, ayudaban á sus opresores á forjarlas. No había ejemplo de que hubiese perdonado á un solo traidor. Los odiaba mas que á los brasileros, si cabe.

¡Oh! Si el desgraciado comandante hubiese sabido que su sobrina era amada con delirio por aquel hombre terrible, cuya voluntad de bronce se quebrantaba ante una mirada suya, cuyos deseos eran leyes para él antes que los



espresase, la esperanza habría vertido sobre un corazon despedazado, sobre su frente devorada por la fiebre, el bálsamo adormeciente de sus ilusiones; un rayo de salvacion hubiera disipado la negra noche que le circundaba, y su alma, sacudiendo su mortal congoja, habría confiado en la bondad divina.

Amaro entró en Paysandú á las once de la noche, en medio de los vivas y aclamaciones de toda la poblacion, que se regocijaba, como era natural, por el triunfo de sus compatriotas. Los brasileros trataban al pais como pais conquistado, y eran odiados en todas partes.

El vencedor se encaminó á la casa donde le esperaba Lia; mandó llamar á su padre, y al propio tiempo dió órden para que trajesen á su presencia al comandante general y al conde.

Cuando estos llegaron, Lia se retiró á una pieza inmediata, no sin exigir antes á Amaro que los perdonaría.

El gaucho nada respondió: había resuelto ser implacable.

Los dos prisioneros se presentaron: Floridan, abatido y trémulo como un reo en la presencia de su juez; el conde, con aire arrogante, erguida la cabeza, despreciativo y hasta insolente.

—Señores, les dijo Amaro: si teneis algo que encomendarme para vuestras familias, podeis hacerlo, porque mañana á las doce vais á ser fusilados con todos los individuos del ejército Brasilero, de teniente para arriba, que hayan caido prisioneros.

Floridan se estremeció, quiso hablar, y no pudo; la voz se le anudó en la garganta, y pálido, azorado, *con el*

frio del miedo, tiritando (1), fijó sus espantados ojos en su inexorable enemigo, demandándole piedad.

El conde, por el contrario, se sonrió con desden, y lanzó al gaucho una mirada que acabó de exasperarle.

—Sí; es preciso hacer un escarmiento, continuó Amaro: vosotros nos habeis puesto fuera de la ley; fusilais hasta á los soldados: yo, mas noble, mas generoso, me contento con la cabeza de los gefes. Vamos, ¿no teneis nada quo decirme?

—Nada, contestó D. Alvaro con arrogancia; nada, sino que éres un asesino infame, un cobarde, que libras á tus enemigos de morir en el campo de batalla para gozarte luego en su agonía.

—¡Miserable! gritó el gaucho temblando de cólera, tú no sabes el sacrificio que hago al entregarte á la muerte tanto á tí como á ese apóstata, á ese vil renegado, baldon del suelo que le vió nacer. Había pensado perdonarte para tener el gusto de arrancarte yo mismo la vida peleando frente á frente; motivos muy poderosos me obligaban á ello; ¡tu hermano, á quién debo algunos favores; el Sr. de Niser, á quién estimo como á su padre; una mujer por cuyos caprichos mas insignificantes sacrificaría mi existencia, mi reputacion, mi gloria!.... ¡Todos me pedirán de rodillas que te perdone, y no te perdonaré, no! ¡Porque si te perdono á tí, tendré que perdonar á ese traidor, y con ese á los demas, y yo antes que todo soy justo; la voz de mi conciencia, el inquebrantable juramento que he hecho de vengar á mis compañeros de Tacuarembó inmolados atrozmente

[1] García de Quevedo.



por vosotros, me obligan á arrastraros al cadalso contra mi voluntad, á labrar con vuestra muerte mi eterna desgracia!

—Pues entonces, ¿por qué, por qué no dejasteis que nos degollasen? replicó el conde.

—¿Qué sé yó? Cedí á un impulso involuntario, á un sentimiento de hidalguía del que muchas veces he tenido que arrepentirme.

D. Alvaro tornó á sonreirse con menosprecio, mirándole de arriba abajo y volviéndose de espaldas desdeñosamente, como si tuviese á menos seguir la conversacion con él.

El gaucho, lastimado en su amor propio, herido en lo mas vivo por el desprecio de aquel hombre, á quién abominaba desde que sabía que era el esposo futuro de Lia, levantó la mano para lavar su agravio con una bofetada; pero volviéndose de pronto D. Alvaro, esquivó el golpe, le cogió la muñeca, le devolvió en el rostro el golpe que le asestaba, y le rechazó con violencia.

Amaro perdió la cabeza, desnudó el puñal, y le hubiera muerto allí sin remedio, á no haberse abierto una de las puertas que comunicaba á las habitaciones interiores, y presentádose Lia, acompañada de su padre y de D. Nereo.

Los tres se interpusieron entre ellos.

Amaro, al verlos, pasando por una brusca transicion de la mas grande ira á una afectada tranquilidad, se contuvo: cualquiera diría que se avergonzaba de su arrebato con un hombre desarmado: dirijióse lentamente á la mesa, tomó una campanilla de plata, y la sacudió con mano convulsa é insegura.

No reflexionaba; estaba loco; la ira embargaba sus

potencias. Era la primera vez que un hombre se atrevía á ponerle las manos en la cara. ¡A él! ¡A Caramurú!.... ¡Al valiente ante quién temblaban los mas valientes!

Al áspero son que despedía la campanilla, agitada con frenesí, un capitan y varios soldados que habían traido á los prisioneros acudieron presurosos.

— ¡Llevad á esos dos hombres, y fusiladlos en el acto!.. gritó Amaro, lívido de coraje, y dando diente con diente.

D. Nereo se precipitó para implorar el perdon de su hermano descubriendo su secreto; pero éste, que adivinó su intencion, le cogió por el cuello, le atrajo á sí, y le dijo al oído:

—Te ahogo entre mis manos si le revelas lo que debe siempre ignorar.

Tan acostumbrado estaba el comerciante á las menores insinuaciones de D. Alvaro, que se resignó llorando á verle morir, cuando estaba convencido que le bastaría pronunciar una palabra para salvarle. Con todo, prometiéndole no tocar aquel punto, procuró recibir el mismo resultado por otros medios.

Lia y D. Cárlos se habían arrojado á los piés del ofendido, que los rechazaba sin querer oirlos. Don Nereo cayó tambien de rodillas, y uniendo sus súplicas á las de aquellos, añadió:

—¡Te daré un millon, dos, mi fortuna entera, si le perdonas!....

—Todo el oro del mundo no sería bastante para lavar la afrenta que me ha hecho, contestó Amaro, volviendo la cabeza, ya medio enternecido por los ruegos y las lágrimas de Lia.



—Perdónale, decía ella abrazando sus rodillas; perdónale en nombre de nuestro amor.

—¡Dios del cielo! esclamó D. Alvaro al escuchar las últimas palabras de la jóven, y al notar el efecto que producían en el implacable y feroz gaucho; ¡con que ese miserable es tu amante! ¡Con que ese villano ha sido el que te ha robado de la Estáncia!....

—¡Llevadlos! gritó Amaro segunda vez, enconada la herida de su ultraje por el rudo apóstrofe del despechado amante.

—¡Sí, menguado! Ahora comprendo tu conducta, dijo el conde encaminándose á la puerta; en vez de buscarme lealmente como un hombre de honor, prefieres deshacerte de mí, confiando á tus viles sayones la venganza que debieras tomar por tu mano. ¡Ah, cobarde; te conozco! Me temes, y por eso me asesinas.... Ahora siento morir, porque al ódio que te profeso hace mucho tiempo se une la desesperacion de saber que éres mi rival.... ¡Ah! ¡El infierno te ha puesto en mi camino!....

—¿Lo oyes, Lia? esclamó el gaucho entre irresoluto y furioso, ¡y tú quieres què perdone á ese hombre! ¡No, jamás! Llevadlos, repito.

—¿Y dónde se ha de hacer la ejecucion?.... preguntó el oficial.

—Fuera del pueblo, á espaldas del cementerio.

Entonces Floridan, que hasta aquel momento había permanecido apoyado contra la pared aterrado é inmóvil, al sentir que le empujaban para llevarle al suplicio, volvió de su enagenacion, y con un grito desgarrador tendió los brazos á Lia, diciéndole:

—¡Al menos pídele por mí, que soy tu tio, y nada le he hecho!....

Los soldados le arrastraron junto con D. Alvaro, á pesar de sus esfuerzos, y D. Nereo salió tambien acompañando á su hermano. Lia se desmayó en brazos de su padre, que lloraba como una criatura.

Al contemplar tan doloroso cuadro, el gaucho cruzó los brazos, y dejó caer la cabeza sobre el pecho como un hombre desesperado: un pensamiento magnánimo, digno de él, reluchaba con sus agravios, y el deseo de obedecer á los nobles impulsos de su alma, hidalga y generosa. Tres veces se encaminó á la puerta, y tres veces retrocedió....por último, quedóse clavado en el umbral, y despues de algunos instantes de indecision y angustia, se dijo: *¡Todo por ella!* y corrió en busca de los prisioneros.

Alcanzólos fuera ya de la ciudad: llamó aparte al conde, habló con él dos palabras, dió sus instrucciones al oficial que mandaba el piquete, y se volvió á la comandancia general.

Lia había vuelto de su desmayo, y lloraba amargamente: nunca se imaginó que su amante fuera tan cruel.

Por eso al verle entrar, pálido y demudado, impreso todavía en sus facciones el sello de la terrible lucha que acababa de sostener consigo mismo, apartó la vista de él con horror, y suplicó á D. Cárlos que se la llevase de allí.

El buen anciano, sin poder dominar su profunda pena, le echó en cara su barbárie.

—¡Insensato! le dijo; has abierto un abismo insuperable entre tí y ella. Nunca consentiré que dé su mano al verdugo de su familia. D. Ricardo es su tio, y vínculos muy estrechos de parentesco nos unen con el conde.

Amaro le escuchaba resignado sin mover los lábios. Diríase que reconociendo la gravedad de su culpa y arrepentido de ella, imploraba misericordia.

Y asi se pasó media hora; Lia, y su padre lamentándose y abrumándole con sus justas quejas, y él inmóvil parado delante de ellos, oyendo cuanto le decían, sin responder á nada.

Lejana descarga retumbó á lo lejos... la frente de Amaro se dilató con melancólica alegría cual si se viese libre del grave peso que le prensaba el corazon.

—¡Ay! esclamó Lia, arrojándose á los brazos de su padre bañada en llanto; ¡ya han muerto!

—¡Ya han muerto! repitió dolorosamente el anciano: gózate en tu obra, Amaro.

—¡Se han salvado! contestó pausadamente el gaucho.

—¿De veras? preguntaron á la vez el padre y la hija dominados por el tono solemne con que él se espresaba.

—Sí, continuó el generoso caudillo animándose por grados, y considera, Lia, cuánto te amo, cuánta es la ceguedad de mi pasion, cuando por tí quebranto mi juramento de ser inexorable con los traidores; me espongo á perder el prestigio que gozo entre mis parciales, perdono á ese hombre, que me ha inferido, no ya como enemigo, sino como rival, el ultraje mas grande que se puede hacer á otro hombre; y por último, mañana dejaré ir en libertad á todos los prisioneros que estaban condenados á morir....¿Estás contenta?....

Era imposible dudar de lo que Amaro decía; sus miradas, su ademan, su acento, llevaban la conviccion al ánimo mas incrédulo. Lia, en un arranque de ciego entu-

siasmo, le abrió sus brazos y le estrechó contra su pecho. Ella conocía á su amante, y valoraba el esfuerzo sobrehumano que debió haber hecho para sobreponerse á las sugestiones de su amor propio; tan cruelmente pisoteado.

—Pero esos tiros.... dijo D. Cárlos, ¿qué significan?

—Significan que Floridan y D. Alvaro, disfrazados de *chasques*, que llevan la noticia del gran triunfo obtenido por nuestras armas, han pasado ya por en medio de mis soldados que rodean el pueblo, y se encuentran libres y montados en dos de mis mejores caballos, galopando con direccion á Montevideo.

El anciano abrazó á su futuro yerno pidiéndole perdon por sus inmerecidas recriminaciones, y D. Nereo, que entró poco despues y se arrojó igualmente en sus brazos, prodigándole las mas vivas espresiones de gratitud, les contó detenidamente el hecho, con otros pormenores que la rapidéz de nuestra narracion no nos permite esplanar aquí. Séanos, pues, lícito aplazar los que lo merezcan para el siguiente capítulo, en el que esplicaremos varias cosas que en este apénas hemos enunciado, en gracia del buen efecto.

XVI.

Venganza de un gaucho.

Amaro había resuelto, segun se espresaba, hacer un escarmiento con los gefes prisioneros: su amor, mas enérgico que su voluntad, sofocó la esplosion de su venganza. A todos los perdonó sinceramente, menos á D. Alvaro, porque era imposible, aunque lo desease. Hombres de su temple no reciben una bofetada y se quedan con ella. Hay agravios que solo con sangre se lavan.

En medio del rencor y justa indignacion que le ocasionára el ultraje del conde, no podía menos de conocer que era un valiente; y esto, junto con sus sarcasmos y la mortificacion de que creyesen los demas que le mataba porque le tenía miedo, contribuyó no poco á que cediese al fin á los nobles impulsos de su corazon y á los fervorosos ruegos de las personas que mas amaba en el mundo: Lía y su padre.

D. Alvaro habia dicho que se deshacía vimente de él, porque era un cobarde, incapaz de exigirle por sí mismo la satisfaccion que estaba pronto á darle; y Amaro, vuelto de su momentánea alucinacion, comprendió que para vengar

su ofensa cual caballero, aquel era el camino y no otro: un duelo á muerte.

Tan pronto como esta idea surgió en su cabeza, salió, montó á caballo, y voló en busca de ellos.

Ya hemos indicado que afortunadamente logró alcanzarlos fuera del pueblo, á pocos pasos del lugar donde debía verificarse la ejecucion.

— ¡ Deteneos ! les gritó desde lejos, no bien los divisó ; ¡ deteneos !

Soldados y prisioneros volvieron el rostro con igual sorpresa: habían conocido la terrible voz de Caramurú.

Aproximóse este á galope, bajó de su alazan, y tomando al conde de un brazo, se alejó con él á bastante distancia para que no le oyesen los demás.

—¿Sois hombre de honor?....

— Dudo que me lo pregunteis, contestó D. Alvaro con altanería, pruebas teneis de que nadie, ni aun prisionero, me insulta impunemente.

—¿Aceptareis un duelo á muerte?

—¡Con el mayor placer!

—En ese caso.... os dejaré ir en libertad.

—Pensé que nos batiríamos ahora mismo, repuso el conde.

—Ahora no puede ser, conviene que el mas impenetrable secreto envuelva nuestro desafío.

—Entonces.... murmuró el Sr. de Itapeby perplejo.

—Os ireis á Montevideo.... dentro de seis meses, el 3 del próximo Octubre á la tarde saldreis como de paseo, y os dirigireis solo al *Pantanoso:* yo allí os espero ... en los médanos.

—¿Las armas?

—Escogedlas vos.

—Me es indiferente; pero para un duelo á muerte estoy por las pistolas.

—Sean las pistolas, respondió el gaucho lentamente; mas como son armas traidoras, y yo apenas las sé manejar, tiraremos lo mas cerca posible.

A todo estoy dispuesto, replicó D. Alvaro afectando la mas completa indiferencia para ocultar mejor el disgusto que le ocasionaba aquella proposicion; ¡á todo! siempre, cuándo y del modo que gusteis.

—Escuso advertiros, continuó Amaro, que esto debe quedar entre nosotros dos, y que no se necesitan padrinos, médicos, ni....

—¡Oh, descuidad!.... comprendo: sé de lo que se trata y tambien tengo yo mis motivos para ocultar este lance; por otra parte....

—Hemos concluido, esclamó el gaucho, sin dejarle terminar la frase; id con Dios, señor conde; disfrazaos de *chasque* con vuestro amigo, y estos mismos soldados os acompañarán hasta que salgais del rádio que vigilan mis montoneros.

—Una palabra, una sola palabra, esclamó D. Alvaro deteniéndole por el halda del poncho; decidme: ¿Lia está inocente?

—¿Y lo dudais, por ventura? ¿Lo dudais? repitió indignado su rival, á quién aquella pregunta estemporánea le producía el efecto de un dardo envenenado.

—Creía.... pues.... juzgaba ...

—¡Eh! continuó Amaro en el mismo tono; yo no podía deshonrar á la que va á ser mi esposa.

—¿Tu esposa?....

—¡Si, mi esposa!....

—Hace mucho tiempo que su madre tiene concertado el enlace entre su hija y yo.

—¡No importa!

—Su padre me ha empeñado solemnemente su palabra de honor.

—¡No importa!

—Ella misma, sin que nadie la obligase, me ha dicho que me amaba. y accedido muy gustosa á aceptar mi mano y mi nombre.

—¡Mientes! replicó el gaucho ya exasperado.

—Un miserable como tú no puede ser esposo de Lia Niser, contestó el conde, vertiendo por sus encendidos ojos la hiel de la envidia y de los celos que le abrasaban el alma.

—Yo romperé el odioso compromiso que la liga á tí, arrancándote la vida, añadió Amaro con voz seca y breve.

—¡Eso lo veremos! gritó D. Alvaro.

—¡Silencio, imbécil! murmuró aquel poniéndole la mano en la boca; no es preciso que otros se enteren de lo que tratamos....

El conde ahogó en su garganta el torrente de insultos que brotaban de su corazon, despedazado por todas las furias del infierno.

Amaro dió las órdenes oportunas á su gente, y sus instrucciones se ejecutaron al pié de la letra: Floridan y el conde llegaron á Montevideo sanos y salvos, sin que nadie les molestase en el camino.

Cuatro dias despues, D. Nereo, so pretesto de arreglar algunos asuntos de grande importancia con un banquero que acababa de quebrar, partió á la capital en compañía de doña Petra.

Había presenciado la escena entre los dos amantes, y adivinado por las últimas palabras de su hermano las condiciones bajo las cuales su rival le concedía la libertad. Deber suyo era impedir aquel duelo sacrílego, si no abiertamente, valiéndose de otros medios ocultos que surtiesen el mismo efecto.

Antes de partir entregó los cien mil patacones de la apuesta á Amaro, que mandó distribuirlos entre su gente, sin reservar ni un peso para él. Desinteresado y generoso proceder que aumentó su popularidad y disipó el general disgusto y descontento de sus feroces montoneros, á consecuencia del perdon otorgado á los oficiales Brasileros, y sobre todo al comandante D. Ricardo Floridan y al conde de Itapeby.

D. Cárlos y su hija, por razones de conveniencia, se retiraron á una Estancia que poseia el primero en los confines de la República, cerca de Ituzaingó, paraje célebre por la gran batalla que se dió en él, el 20 de Febrero de 1827.

Con las prósperas noticias que corrían, el anciano esperaba que de un momento á otro se viesen los invasores obligados á abandonar el pais; y halagado por esta esperanza, deseoso de dar tiempo á la maledicencia y á la calumnia para que se cansasen de despedazar la reputacion de Lia, y tambien á fin de no verse en el duro caso, muy amargo para él, que era en estremo pacífico y prudente, de

tener una esplicacion con el conde, esponiéndose á su venganza si le desairaba, D. Cárlos resolvió encerrarse en su Estancia y aguardar en ella el desenlace de los sucesos.

Amaro iba á verlos frecuentemente, y se pasaba las horas muertas al lado de su adorada y del viejo jurisconsulto, forjando castillos en el aire para cuando llegase el suspirado dia de su felicidad. Y si su volcánica pasion hubiera sido susceptible de aumento, sin duda creciera con las contínuas pruebas de amor que se prodigaban ambos.

Todos los domingos en la tarde Lia salia á recibirle al camino con un ramo de flores silvestres, que había cogido en el campo para él, y él le daba en cambio alguna preciosa avecilla, prisionera con no pocos afanes por sus montoneros en el fondo de los bosques: inclinábase sobre el cuello del caballo, y al ponerla en sus manos estampaba un púdico beso en la casta frente de la hermosa. D. Cárlos se sonreia; invitábale á dar un paseo por los alrededores, y él, que no deseaba otra cosa, descendia de su cabalgadura, y ofreciendo el brazo á Lia, se encaminaban juntos por la márgen del cercano rio. Contábanse lo que habian hecho en toda la semana, y sin dejar meter baza al pobre viejo, hablaban y hablaban sobre el mismo tema, sobre lo que hablan siempre los enamorados, desde que se reunian hasta que se separaban, prometiendo verse el domingo siguiente.

Amaro galopaba treinta ó cuarenta leguas sin descansar, esponiéndose á caer prisionero ó á ser muerto, solo por tener el placer de pasar dos horas á su lado, y aunque aseguraba siempre que estaba acampado por alli cerca, Lia, mejor informada, le reconvenía amistosamente, y le rogaba

que no se espusiese tan á menudo ni fuese tan imprudente y temerario: exigíale formal promesa de no volver en algun tiempo; él le prometía cuanto deseaba, y al cabo de siete ú ocho dias se presentaba como de costumbre.

Así se pasaron seis meses, seis meses de envidiable ventura, dos meses de un sueño divino, en que su alma, desprendida de los lazos terrenales por la violencia de su pasion, se nutría tan solo con la pura llama de su amor, é inundando sus corazones de esa místeriosa voluptuosidad, de esa secreta espansion de esos transportes ideales que no necesitan de los sentidos para producirse, les revelaba la felicidad perfecta, eterna, sin noches, sin límites ni horizontes, qne Dios guarda á sus escogidos en el paraiso, y gustaban de antemano sus inefables delicias....

Alguna vez, sin embargo, el recuerdo del conde venia á anublar el plácido cielo de sus esperanzas. Lia temblaba por su padre, y Amaro se acordaba con recelo que podia matarle en el duelo á muerte que tenia tratado. Probablemente aquella era la primer ocasion que se le habia ocurrido tal idea; porque él, acaso mejor que D. Juan Tenorio, estaba habilitado para decir:

"A quien quise provoqué,
con quien quiso me batí,
y nunca me imaginé
que pudo matarme á mí
aquel á quien yo maté."

Pero la felicidad enerva hasta los corazones mas intrépidos. Se teme perder el bien que nos ha costado mucho trabajo alcanzar. ¿Cómo no amar la vida?.... ¡Era tan dichoso al presente y esperaba tanto del porvenir! ¿Cómo

no desconfiar de la negra estrella que le perseguía desde la cuna?.... ¡Ay! ¡Tal vez en el momento que llevase á los lábios la copa de su ventura; tal vez el plomo de su rival la despedazaría entre sus manos cortando el hilo de su existencia!

Este doloroso pensamiento no dejaba de preocuparle á medida que se acercaba el plazo fatal: mas no por eso tembló, ni dudó de su valor, ni pensó jamás en rehuir el combate ó dilatarlo.

Resuelto á matar al conde ó á ser muerto por él, presentose en los *médanos* del *Pantanoso* en el dia y hora convenidos; un hombre le aguardaba desde por la mañana con una carta de D. Alvaro.

Grande fué la sorpresa del gaucho cuando leyó la siguiente misiva, fechada en Rio-Janeiro.

«Amaro: A los pocos dias de estar en Montevideo el gobernador me envió aquí con pliegos para S. M. Creí evacuar mi cometido y volver antes de los seis meses; pero el emperador, sordo á mis ruegos, me ha prohibido espresamente que salga de Rio-Janeiro, donde me detiene para confiarme, segun dice, el mando de algunas de las fuerzas que se están organizando en Rio-Grande y que deben en la próxima primavera reforzar á las tropas que tenemos en esa provincia, pues, como no ignorais, vamos á declarar la guerra á Buenos Aires antes que ella nos la declare.

«Yo espero de vuestra lealtad que no atribuireis á ningun motivo innoble mi involuntaria falta; y tambien espero que en cualquier tiempo y ocasion, donde quiera que nos encontremos, aunque hayan trascurrido cincuenta años, realizaremos nuestro desafío como conviene á gentes de honor;

es decir, en la forma y modo que teníamos concertado.

«No hay remedio: es preciso que uno de los dos baje á la tumba: los dos amamos á Lia, y uno solo ha de poseerla.

«EL CONDE DE ITAPEBY.»

Amaro se atusó el bigote, guardó la carta, volvió grupas á su caballo, y se alejó tranquilamente, sin querer interrogar al emisario: pensaba escribir al conde.

Creemos escusado advertir que todo había sido una intriga de D. Nereo, quién, valido de la amistad que le unia al conde de la Laguna, gobernador de Montevideo, consiguió que enviase á su hermano á la corte, á pesar de sns protestas, y hasta de la resistencia que él opuso, y allí, por medio de su influencia y relaciones con los ministros de D. Pedro, y especialmente con Francisco Gomez da Silva, alias *Chalaza*, favorito del monarca á la sazon, logró que aquel le detuviese con el pretesto que hemos dicho. D. Alvaro estaba desesperado.

Siempre con la esperanza de obtener de un dia para otro el consentimiento del emperador, se trascurrieron tres años, en los cuales el Brasil en mal hora declaró la guerra á Buenos Aires.

En mar y tierra las armas imperiales se vieron humilladas, tan humilladas, que hoy todavía tiembla el imperio delante de Rosas, sin atreverse á recoger el guante que le ha arrojado mil veces á la cara, recordando aquella época desastrosa.

Don Pedro de Braganza, no obstante, hombre de corazon y de mente elevada, antes de abandonar la joya mas hermosa de su corona, la disputada provincia *cispla-*

tina (1), reclamada por Buenos Aires como parte integrante del antiguo vireinato, y por él como su frontera natural en el Plata, hizo un postrer esfuerzo, formó un numeroso ejército en la frontera, y no pudiendo marchar el mismo á su frente, como anhelaba, confió el mando al marques de Barbacena, uno de sus cortesanos en quién mas confianza tenía. El conde obtuvo por fin permiso de incorporarse al ejército.

El general argentino D. Cárlos Maria de Alvear mandaba las fuerzas patriotas, y Amaro, con sus montoneros, un escuadron de lanceros alemanes y dos batallones de infantería formaba en el ala izquierda.

Los dos ejércitos se avistaron en la misma provincia de Rio-Grande, y despues de muchas marchas y contramarchas por parte del general enemigo, cuyo objeto aun se ignora, se detuvo una noche en los campos de Ituzaingó, en una situacion bastante ventajosa, con ánimo de presentar al dia siguiente la batalla. y Alvear, que adivinó su intencion, aceptó el reto.

Colocados casi á tiro de cañon, patriotas y realistas se veían desde sus campamentos al fuego cercano de sus respectivos vivaques, y unos y otros aguardaban con impaciencia los primeros vislumbres de la alborada para caer sobre sus contrarios y anonadarlos ó ser anonadados por ellos. El entusiasmo y el deseo de combatir era igual en ambos; pero en cuanto á táctica y disciplina, las tropas brasileñas, veteranas en gran parte, eran muy superiores á las nuestras.

Esa misma noche, cerca de la diez, recibió Amaro por

[1] Nombre con que bautizaron los intrusos á la Banda Oriental al incorpora la al imperio en 1823.



medio de un desertor del campo enemigo un billete del conde, que no contenía mas que estas breves palabras:

«Dentro de una hora os espero á la entrada del bosque que se estiende á espaldas de vuestra línea: iré solo, y sin mas compañeros que mis pistolas»

El gaucho requirió al punto las suyas, montó á caballo seguido de unos cuarenta jinetes, dió un largo rodeo como si anduviese recorriendo el campo, y por último, ordenando á los suyos que continuasen patrullando y se retirasen cuando oyesen dos ó mas tiros, se internó solo en el bosque.

Al propio tiempo llegaba el conde por la parte opuesta, disfrazado de gaucho.

Era una clara noche de primavera; la luna de febrero vertía su luz diáfana y trasparente sobre el estrecho recinto donde se habían detenido D. Alvaro y su rival, y su amarillo fulgor reflejábase de lleno en el rostro de ambos combatientes. El hacha de los leñadores había derribado los árboles que crecían al rededor, formando un anfiteatro de veinte varas de largo y pocas menos de ancho.

Los dos se saludaron con frialdad inclinando levemente la cabeza.

—Nos colocaremos á veinte pasos y tiraremos avanzando, dijo el conde amartillando sus pistolas.

—A veinte pasos es mucha distancia, contestó Amaro preparando las suyas.

—A diez.

—No: ha de ser cogidos de la mano.

—¡Eso es un asesinato estúpido! esclamó D. Alvaro con viveza.

—Caballero, respondió el gaucho contemplándole fijamente y con reconcentrada ferocidad, como si quisiera leer eu su interior; caballero: ¿teneis miedo de morir?

—¡Miedo no! pero me parece una locura y una necedad suicidarnos de ese modo: con uno de los dos que deje de existir, sobra.

—¡En buen hora! echemos suertes, y al que le toque tirará primero, á quemaropa, se entiende.

D. Alvaro se pasó la mano por la frente, y clavó la vista en el suelo, dudando si admitiría; mas esta indecision no duró dos minutos; avergonzado de su debilidad, levantó con arrogancia la cabeza, y esclamó precipitadamente:

—¡Acepto!

—En ese caso hacedme el gusto de retiraros á alguna distancia; yo me volveré de espaldas para no veros: sacad una moneda ó un objeto cualquiera; escondedlo en una mano, y dadme á escoger. Si acierto, tiraré yo; sí no, os tocará á vos matarme.

—¡Sea! murmuró el conde con voz agitada.

—¿Está ya?.... preguntó el gaucho con su impasibilidad habitual, viendo que tardaba en realizar la operacion mencionada mas de lo que parecía regular.

—Escoged, replicó D. Alvaro, presentándole las dos manos cerradas.

Amaro golpeó la izquierda con el cañon de su pistola.

Exhaló el conde un grito de feróz alegría, y abriendo ambas palmas le mostró una pieza de plata en la derecha.

—¡Encomiéndate á Dios, desgraciado! añadió sin poder ocultar su gozo! ¡Vas á espiar tus crímenes; llegó tu última hora!

—Dadme la mano, Sr. D. Alvaro, y ved bien cómo me despachais, porque todavía no estoy muerto, contestó el gaucho con una sonrisa infernal, sacándose el *poncho* y desabrochándose la chaqueta, el chaleco y hasta la camisa, para que viese que no llevaba ningun resguardo debajo de ella.

En seguida tendióle la siniestra mano, que apretó por un movimiento nervioso la de su rival, é invocó en su mente el nombre de Lia.

El conde apoyó la boca de su arma sobre la piel, encima del corazon del gaucho, y gozándose de antemano en su triunfo, con el pretesto de informarse caritativamente si tenía algo que encomendar á su cuidado, se detuvo para examinar el efecto que le ocasionaba la idea de su próximo fin.

Pero aunque Amaro debía sufrir horriblemente, su fisonomía era una máscara de bronce que nada dejaba entrever. Latía su corazon con fuerza; pero no temblaba su mano: contraíanse los músculos de su frente; pero no vacilaban sus piernas: le zumbaban los oídos; pero sus ojos de águila, clavados en los del conde, fijos y sin pestañear, lejos de traducir el miedo, revelaban la ira del valiente á quien llevan á la muerte maniatado....

D. Alvaro no pudo menos de admirarse de su sangre fría y serenidad. El verdugo, favorecido por la fortuna, estaba mas conmovido que su víctima.

—¿Tirais ó nó? le preguntó Amaro ya impaciente.

El conde apretó el gatillo, crugió la llave sobre la cazoleta, se incendió la pólvora, mas.... ¡no salió el tiro!

—¡Ahora á mí! gritó el gaucho apretándole la mano que tenía cogida con la suya.

El noble conde, acometido de súbito espanto, inclinó el cuerpo hácia atras, y procuró desasirse de aquella férrea y vigorosa mano que le tenía enclavado allí como la potente garra de un espíritu maléfico.

Aquel vértigo, aquel estupor, aquella impresion de terror involuntario, pasó como un meteoro; apenas vuelto en sí, D. Alvaro se quedó inmóvil, inclinó la frente, y dijo con voz vibrante de indignacion y despecho:

—¡Matadme!!!.....

Amaro á su vez apoyó el cañon de su pistola en el pecho de su adversario.

El conde, por mas esfuerzos que hacía para disimular su angustia, temblaba de los piés á los cabellos: anchas gotas de sudor le bañaban las fases; los ojos querían escapársele de las órbitas; se comprimían sus dedos; le flaqueaban las rodillas, y su respiracion desigual y convulsiva traicionaba el espanto escondido en su pecho.

El gaucho levantó poco á poco el arma homicida, moviendo la cabeza con una amarga sonrisa de desprecio, descargó su pistola en el tronco de una palmera inmediata.

—Podeis marcharos, Sr. de Itapeby, le dijo, señalándole el camino del campamento, á menos que querais recomenzar el combate, añadió con ironía.

D. Alvaro procuraba en vano reanimarse: había confiado mas en su valor: él no era ciertamente cobarde; lo había demostrado en cien campos de batalla y en otros lances de honor; pero en aquella ocasion perdió toda su energía. La noche, la soledad, las estrañas condiciones impuestas por Amaro, y las circunstancias que mediaban en aquel duelo singular, le intimidaron desde un principio.

Protegido y engañado por la suerte, no estaba preparado para morir cuando sus armas le traicionaron. Con todo, en medio de su turbacion, todavía tuvo bastante pundonor para exigir á su enemigo que le tirase.

—Yo no mato á un hombre que está medio muerto, fué la respuesta del valiente guerrillero; además, detesto esas armas de que os valeis vosotros los de la ciudad. No puedo, no, asesinar á nadie á sangre fria. Para que yo mate á un hombre necesito luchar con él cuerpo á cuerpo, enardecerme con los golpes que dé y con los que reciba, perder la cabeza, en una palabra, y no reflexionar. En uno de esos instantes mataría á mi propio hermano ó á mi padre, si los tuviera; pero me desdeño, me avergonzaría de ensañarme con el que inerme me entrega su vida, aunque fuese mi mayor y mas odiado enemigo, como lo sois vos, señor conde.....

Aquí se detuvo Amaro, esperando que le respondiese, pronto á ofrecer otro duelo á arma blanca á su rival si veía en él indicios de prestarse dignamente á sus deseos; pero se equivocó: en todo pensaba D. Alvaro menos en volver á batirse.

—¡Oid! continuó el gefe de los montoneros, despues de una pausa no muy corta; puesto que ahora no os place cumplirme vuestra palabra, mañana ó pasado se dará una batalla, batalla campal que debe decidir los destinos de este pais: pues bien; si quereis lavar la mancha que ha caido hoy sobre vuestro honor, buscadme en medio de la pelea, que yo tambien os buscaré para pediros cuenta otra vez del agravio que me hicisteis en Paysandú. Adios Sr. de Itapeby; hasta mañana.

Anonadado el conde por tanta generosidad, no supo qué responder. Su ódio y admiracion eran iguales: tentado estuvo de llamar al noble gaucho, estrecharlo en sus brazos y descubrirle su secreto; pero entonces, entonces sería preciso renunciar á Lia, y este sacrificio era superior á sus fuerzas. ¡Tambien él la amaba con delirio!

—¿Què hacer?.... Nada: ¡que me mate ó matarle!.... esclamó pasado su primer impulso; me avergüenzo de deberle dos veces la vida. Dios ha colocado entre nosotros un abismo con el amor de esa mujer, abismo que no puede llenarse sino con la sangre de uno de los dos. El ha podido deshacerse de mí en dos ocasiones distintas, y no lo ha hecho... ¿Será la voz de la naturaleza quién le habla?... ¡No! le ciega su vanidad.... ¡Insensato! Mañana se arrepentirá de su nécia hidalguía....

Y costeando el bosque, se encaminó paso á paso al campamento, devorando á solas su vergüenza y desesperacion. Por fortuna nadie presenció aquel nuevo oprobio grabado en su corazon con letras de fuego. El, tan orgulloso y audáz, habia temblado delante de Caramurú, que le perdonó por no degradarse *matando á un hombre medio muerto*, segun se esplicaba en su rudo lenguaje Solo el conde comprendía todo el sarcasmo, toda la ignominia envuelta en estas palabras. La venganza magnánima del gaucho sobrepujaba al ultraje que él le había inferido.

XVII.

La batalla de Ituzaingó.

Al espirar el año de 1825, el Brasil se había visto obligado á declarar la guerra á Buenos-Aires, que si no protegía abiertamente á los rebeldes, permitía que se equipasen de armas y se organizasen en sus fronteras y hasta en la misma capital. Las justas quejas y reclamaciones del gabinete imperial eran desatendidas; las notas se cruzaban sin resultado alguno; y despues de la batalla de Sarandí, ganada por los patriotas á las órdenes de los generales Rivera y Lavalleja, D. Pedro *emperador constitucional y defensor perpétuo del Brasil,* resolvió confiar á la suerte de las armas lo que no podía alcanzar por las negociaciones diplomáticas.

La lucha intestina que entónces devoraba á las provincias de la Confederacion, no permitió á Buenos-Aires prestar á los orientales todo el apoyo que era necesario para inclinar la balanza á su favor, y la lucha continuó con fortuna vária hasta principios de 1827.

En esa época, como acabamos de indicar en el anterior capítulo, D. Pedro, cansado de una guerra que parecía interminable, que diezmaba al Brasil y empobrecía su era-

rio, determinó trasladarse en persona al teatro de los sucesos y ponerse él mismo al frente del numeroso ejército que se estaba organizando en la provincia de Rio-Grande.

Sérias complicaciones en Rio Janeiro le obligaron á volver á la corte y á confiar el mando de sus tropas al marques de Barbacena, sugeto que gozaba de una alta reputacion de consumado militar, sin haberla conquistado en ningun campo de batalla.

La noticia de la llegada de D. Pedro á la frontera, produjo en Buenos Aires la mas viva sensacion; el presidente de la república dirigió una proclama á todos sus habitantes invitándoles á unirse contra el usurpador; incorporándose al ejército que pasó en seguida á la Banda Oriental; el marques por su parte, al tomar el mando de las tropas imperiales, espidió otra proclama asaz jactanciosa, prometiéndoles que en breves dias la bandera del imperio tremolaría victoriosa en la capital de la Confederacion Argentina.

Confiaba tanto el marques en la victoria, que no quiso aguardar un refuerzo de dos mil hombres que venían en su apoyo á las órdenes de Bentos Manoel, caudillo que despues se ha hecho célebre, proclamando la repúblíca en Rio-Grande y sosteniendo él solo la guerra por catorce años con dos ó tres mil insurgentes, contra todas las fuerzas reunidas de las demas provincias del imperio, que á veces ascendieron hasta veinte mil hombres.

Preciso es confesar, no obstante, que sus tropas eran escelentes, y que tal vez habrían justificado su orgullosa prediccion dirigidas por otros gefes y combatiendo con otros hombres que no estuviesen animados del santo amor de la independencia.

Al dia siguiente del que tuvo lugar el desafío entre el conde y Amaro, se libró la batalla. En la situacion en que estaban colocados ambos ejércitos, queriendo uno de ellos, era casi imposible esquivarla. El retirarse equivalía á una derrota.

En el primer ímpetu, los realistas arrollaron á los patriotas; y aunque se ha dicho que Alvear retrocedió cautelosamente para desalojarlos de las ventajosas posiciones que ocupaban, lo cierto es que rompieron su línea, envolvieron á los nuestros, y los persiguieron largo espacio, ocasionándoles pérdidas muy considerables.

Por fortuna la caballería pudo rehacerse al pié de una colina, y los atacó por el frente y por los flancos; desbandáronse los primeros escuadrones enemigos, remolinearon, volvieron grupas, y fueron á caer sobre su propia infantería. Replegóse la nuestra merced á este movimiento, y despues de un desesperado combate, que duró seis horas, la victoria se declaró á favor de los patriotas.

Entre tanto Amaro y el conde se buscaban con igual impaciencia y deseo de lavar su comun afrenta. Sobre todo el segundo, que anhelaba borrar la nota de cobarde que había caído sobre su honor.

La casualidad, el destino, ó mas bien la mano oculta de la Providencia, los separaba. Por dos ocasiones se divisaron desde lejos, y llamándose por sus nombres, cerraron espuelas á sus corceles, blandiendo el uno su formidable lanza, cabo de ébano, y el otro su bien templada hoja de Toledo: un tropel de fugitivos se interpuso entre ellos, y la lanza del gaucho, creyendo herir á su rival, se clavó en el pecho de un teniente lusitano, y la espada del conde cayó

sobre un morrion de uno de sus propios soldados, partiéndole el cráneo. Luego el tumulto y la confusion, el polvo que levantaban los caballos, la negra atmósfera, producida por la pólvora incendiada, estendían enrededor un azulado velo, que se desvanecía y condensaba en lívidas y sangrientas ráfagas al estallar de nuevo los cañones y fusiles. Los combatientes no se veían á cuatro pasos de distancia.

—¡D. Alvaro! gritaba Amaro con tronador acento, abriéndose camino por entre la apretada muchedumbre con la punta de su lanza, que destilaba sangre hasta la cuja.

—¡Caramurú! repetía el conde sin oírle, empinándose furioso sobre el arzon de la silla, atropellando y acuchillando cuanto intentaba detenerle....

¡Empeño inútil!.... Su voz se perdía en medio del bramido del cañon, el choque de los sables, el estrépito de las balas, y de los gritos; imprecaciones y lamentos que víctimas y verdugos arrojaban en la palestra, y cuando se disipaba por un instante la espesa humareda que los envolvia, ya no se encontraban.

El arrojo y valentía del conde en la ocasion presente contrastaban con su anterior debilidad. Nadie al verle impávido y audaz precipitarse ciegamente en lo mas récio de la batalla, y desafiar una y mil veces la muerte, allí donde el peligro era mas inminente, nadie hubiera creido que aquel mismo hombre la noche antes habia temblado como un niño al sentir sobre su pecho el cañon de una pistola. Pero tal es la condicion humana y tan efímeros la mayor parte de las veces los fundamentos del valor. ¡Cuántos que pasan por valientes se baten y sucumben como unos héroes cegados por las impresiones del momento, tiemblan y re-

troceden ante una muerte tranquila, segura, inevitable!

Lo que mas afligía á D. Alvaro era que su rival le creyese capaz de esquivar el duelo y huir de él; capaz de temerle allí como le había temido en el bosque. A esta idea bramaba de coraje, y hubiera dado con gusto su alma á Satanás á trueque de encontrarle.

Por satisfacer este deseo que le resecaba las entrañas, desde los primeros choques se había separado del batallon que mandaba, roto deshecho largo tiempo hacía. Y era tal su ceguedad, estaba tan dispuesto á cumplir su palabra, que cuando presenció la completa derrota de los suyos, en vez de ponerse en salvo, se bajó tranquilamente del caballo, cogió el sombrero y el poncho de un patriota muerto, se los puso, y fué á colocarse en la senda del camino por donde necesariamente tenía que pasar Amaro persiguiendo á los fugitivos.

Sus cálculos le salieron exactos; á poco apareció el intrépido gaucho, seguido á bastante distancia de algunos montoneros; al parecer, galopaba tras un gefe realista, á quien sin duda equivocaba con él.

Apenas se convenció el conde que el que avanzaba era Amaro y no otro, lanzó su caballo á escape, y le llamó por su nombre, gritándole:

—¡Caramurú, aquí estoy! ...

Renunciamos á pintar el transporte de salvaje alegría que bañó el semblante del vengativo gaucho: la pantera que herida de muerte por el cazador consigue abrazarle, hundirle sus garras en el pecho, y ensañarse en su cadáver antes de espirar, no ruge con tanto gozo como Amaro al divisar al conde.

Recogida al punto debajo del brazo, doblóse silbando la poderosa lanza en su robusta mano, y enhiesto el cuello, apretados los dientes, entreabiertos los lábios, fija y centelleante la mirada, apresurando la rápida carrera de su bridon cual si temiera que se le escapara de nuevo su adversario, fuese derecho á él, cual imantada saeta despedida con violencia y atraida al mismo tiempo por un blanco de acero.

Con idéntico brío, con igual ímpetu y satisfaccion arrancó el conde hácia su odiado rival.

No era mucha la distancia que los dividía, y sus caballos volaban; pero en su anhelo por llegar á las manos, se figuraban que había una legua de por medio, y que sus alazanes, rendidos de fatiga, no acertaban ya á galopar.

Por último se encontraron: Amaro revolvió el brazo atrás, y su lanza, describiendo un doble círculo, corrió certera entre sus dedos, recta al corazon de su enemigo.

El conde, que era un escelente tirador de toda clase de armas, la rechazó con su espada, y casi casi se la arranca de las manos. Vuelve Amaro á acometerle otra vez, y vuelve él á desviar los golpes que le dirige. Ataca D. Alvaro, y con tal velocidad y destreza, que apénas puede aquel defenderse con la lanza: arrójala enfurecido, y empuña el sable.

Chócanse, rebotan, martillean y crugen los aceros en sus potentes diestras: los dos combaten con encarnizamianto ciegos de ira, sedientos de venganza, mas no consiguen herirse.

De repente da el conde nn grito, inclina lentamente la cabeza sobre el cuello del caballo, estiende el brazo, suelta la espada, vacila, pierde los estribos, y cae al suelo.





Ancho raudal de sangre se escapa de su pecho; una traidora lanza lo ha traspasado por detras de parte á parte.

Amaro indaga con la vista quién ha sido el aleve que se ha atrevido á herirle cuando combatía cuerpo á cuerpo con él; el hierro ensangrentado de uno de sus montoneros le revela al culpable; vase á él, y le tiende á sus piés de una cuchillada,

El desgraciado creyó hacer un servicio importante á su gefe librándole de un enemigo que tan bien se defendía y atacaba.

En seguida se desmonta, examina la herida y mueve la cabeza dolorosamente. ¡La lanza que le ha traspasado estaba envenenada!

El conde no ha perdido el conocimiento, y Amaro trata de disculparse de aquel accidente imprevisto.

—No es necesario que os justifiqueis, le contesta: todo lo comprendo....

Acuden algunos soldados; el caudillo patriota les confia al conde, y corre á buscar á uno de los cirujanos del ejército: vuelve con él, y hecha la primera cura, ordena que lleven al herido á la casa mas próxima que se encuentre.

D. Alvaro le da las gracias con una melancólica sonrisa, que equivale á decir: ¡ya es inútil! le tiende la mano, pronuncia el nombre de D. Cárlos Niser, y ruega con voz apagada que le conduzcan á su estancia, que dista muy poco del lugar de la batalla. D. Cárlos es su pariente inmediato, y antes de morir quiere arreglar sus asuntos, y nombrarle albacea de sus cuantiosos bienes.

Amaro vacila, porque teme que se le atribuya aquella muerte, y se disculpa con pretestos triviales.

El conde adivina su pensamiento, y haciendo un grande esfuerzo para hablar, le tranquiliza diciéndole:

—Os he visto castigar á mi matador; y os conozco bastante para no atribuiros semejante vileza....Es la mano de Dios quien me hiere: nada sabrá Lia.

El generoso gaucho, al ver aquel cambio inesperado, y no sabiendo á qué atribuirlo, se siente tambien enternecido, y olvida sus agravios. No es ya su antiguo rival; es solo un moribundo quien le implora. Sería una crueldad y una infamia oponerse á sus últimos deseos. En consecuencia, manda colocar al herido en una camilla, y le acompaña en persona hasta cerca de la Estancia; vuélvese al campamento y cumpliendo sus postreras instruciones, espide un *chasque* á D. Nereo para que en el acto se ponga en marcha, por si aun llega á tiempo de recoger el último suspiro de su infeliz hermano....

La necesidad de enumerar, aunque sea incidentalmente, los acontecimientos políticos de alguna importancia, eslabonados con los personajes de nuestra historia, acontecimientos que pueden considerarse como el fondo del cuadro que bosquejamos, como la peana donde descansan sus principales figuras, nos obligan á consignar aquí, en pocas palabras, los resultados de esa gran batalla que decidió una lucha de doce años, y abrió una nueva era para la jóven república Oriental.

A consecuencia de ella, D. Pedro desesperado de triunfar, y cediendo despues de una porfiada resistencia á las bases presentadas por lord Ponsomby, ministro plenipotenciario de S. M. B., consintió que sus minitros, en union con los de Buenos Aires, firmasen en Rio-Janeiro el 27 de

Agosto de 1822, bajo la mediacion de la Gran-Bretaña, la célebre convencion preliminar de paz, que hoy Rosas hace valer como uno de sus títulos para intervenir en nuestros asuntos domésticos.

Ahora solo cumple á nuestro objeto decir que por los artículos primero, segundo y tercero, tanto el Brasil como Buenos-Aires, *renunciaron solemnemente* á todas sus pretensiones de dominio y soberanía sobre el pais disputado, «á fin de que se constituyera en estado *libre é independiente* de toda y cualquiera nacion, bajo la forma de gobierno que juzgase mas conveniente á sus intereses, necesidades y recursos, obligándose ambas altas partes contratantes á defender su independencia é integridad, por el tiempo y en el modo que se ajustase en el tratado definitivo de paz.»

Así recompenzó Dios la fé, la constancia y heroicidad de sus dignos hijos. El 4 de Octubre del mismo año fueron cangeadas en Montevideo las ratificaciones de ese pacto de honor y justicia, que habían alcanzado nuestros padres, merced á su indomable arrojo. ¡En aquel dia de imperecedera gloria, la mas hermosa estrella de las muchas que ostentaba el estandarte imperial, pálida y sin brillo entre ellas, arrancada por la punta de sus lanzas, inundó el horizonte con sus rayos, y las eclipsó á todas, convertida en sol esplendoroso!

XVIII.

Revelaciones.

Han pasado ocho dias desde que espiró en los campos de Ituzaingó el poder brasileño en la ribera izquierda del Plata.

En una espaciosa alcoba alumbrada por la ténue luz de una lámpara cubierta con una pantalla verde, sobre un lecho de agonía, yace un hombre como de cuarenta años, luchando con los últimos parasismos de la muerte.

Una fiebre devorante hace latir las arterias de sus sienes y comunica un movimiento convulsivo á todos sus miembros; su respiracion á intérvalos es penosa y apagada; á intérvalos estertórea y ronca; su pecho se levanta apresurado; el aire que penetra en él sale convertido en fuego de sus pulmones abrasados; sus ojos brillantes se dilatan ó comprimen segun la intensidad del dolor; ha perdido el habla, pero á veces la recobra, y entonces pronuncia, ó mejor dicho, articula palabras vagas, oscuras, incoherentes, sin sentido alguno.

Acaso una chispa de inteligencia, por instantes, viene como un relámpago á arrojar un destello de luz sobre el caos de sus ideas. ¡En vano!.... apenas intenta coordi-

narlas, el delirio con mas fuerza se apodera de su desmayado pensamiento.

No es el terror de su próximo fin lo que le abruma, no: son los fantasmas de su imaginacion que no le dejan un momento de reposo; y solo cuando la enervacion física ó moral llega á su colmo, un letargo momentáneo, efecto de los dos principios de vida y muerte que se disputan su persona, paralizando todas sus facultades sensitivas é intelectuales, da tréguas á sus crueles padecimientos.

¡Triste resultado de una vida criminal!

Cerca de la cama, cruzados los brazos, fijos los ojos en el enfermo, con aire meditabundo y preocupado, dos médicos le observan. En su mirada impasible, en sus cejas levemente arqueadas, en la espresion desdeñosa de sus lábios, se puede leer sin mucho trabajo la ninguna esperanza que tienen de salvarle.

Al borde del lecho, mirando alternativamente á los médicos y al moribundo, se ven dos jóvenes que de muy distinto modo manifiestan el dolor que les causa su pérdida.

El primero, dotado de una fisonomía afable, delicada y melancólica, ha tomado una de sus manos, y la besa delirante arrasados los ojos de lágrimas.

Este es D. Nereo Abreu de Itapeby, su hermano legítimo.

El segundo, de aspecto varonil y severo, en sus facciones pronunciadas, largos cabellos, luenga barba y formas atléticas, revela al indómito habitante de los campos, al intrépido gaucho criado en medio de los peligros y de los combates, al caudillo de los bosques, acostumbrado á dominar y á vencer en todas partes. Negra nube de tristeza

empaña ahora su altivo semblante, y vuelve á menudo la cabeza como si no quisiera dejar traslucir la compasion que le inspira su enemigo.

Este es Amaro, el aventurero cuya familia y apellido se ignoran y á quién los intrusos llamaban *Caramurú*, es decir, Satanás.

A poca distancia, sentada sobre un sofá, aquella angelical muger, bella como la esperanza, graciosa como la primera imágen de amor que cruza por la frente de un adolescente, á quién vimos en el capítulo primero tímida y ruborosa asomar su infantil cabeza al través de los barrotes de su ventana, llorando cubre ahora su rostro con un pañuelo.

Esta es Lia, la prometida esposa de D. Alvaro.

Detrás de los médicos, en actitud anhelosa, con manifiestas señales de dolor profundo, un venerable anciano contempla al enfermo. Ardientes lágrimas ruedan hilo á hilo por sus pálidas mejillas.

Este es D. Cárlos Niser, pariente inmediato del moribundo.

Durante algunos minutos todos permanecieron en silencio. Ninguno tenía fuerzas para hablar: al fin uno de los doctores, despues de haber pulsado al enfermo, murmurando entre dientes algunas palabras, que equivalían á un *no hay esperanza*, se dirigió á la pieza inmediata.

Lia, Amaro, D. Nereo, Niser, se echaron una mirada imposible de pintar....

El médico volvió con una redomita de cristal, donde había un licor negro, y derramando algunas gotas en una cuchara de plata, con gran dificultad consiguió introducirlas en la boca del paciente.

A poco rato pareció este reanimarse, é hizo algunos movimientos.

De repente su rostro se animó con un vivo encarnado, abrió los ojos, y con voz lánguida y apagada murmuró:

—¡Nereo, Amaro!

—¡Hermano mio! ¡Señor!.... contestaron ellos acercándose mas á la cabecera del lecho.

—Silencio, dijeron los médicos; silencio: cualquiera emocion demasiado fuerte le matará.

Los jóvenes enmudecieron; pero el enfermo, presa de su delirio, animado de súbita energía, incorpórose velozmente en el lecho, y gritó abriéndole sus brazos al gaucho:

—Amaro, perdóname; ¡tú éres mi hermano!

Volviéronse todos atónitos cual si dudasen de lo que oían, interrogando á D. Nereo con la vista, y su sorpresa se aumentó al notar que este afirmaba con la cabeza lo que decía el moribundo.

—Mi padre, continuó D. Alvaro, en un viaje que hizo á este pais en 1798, ya casado, sedujo á una jóven de una de las familias mas distinguidas de Paysandú, á una hermana del que era no há mucho comandante general de aquel departamento....

—¡Luisa Floridan! esclamó D. Cárlos, ¡infeliz! He ahí la causa de su misteriosa desaparicion.

—Su orgulloso hermano la confinó á la misma Estancia de donde fué robada Lia; allí dió á luz un niño y murió de dolor y vergüenza á los pocos dias, dejando escrita una carta para mi padre.

Dos lágrimas de fuego surcaron lentamente el rostro del gaucho. Nunca había conocido á su infortunada madre.

D. Alvaro se detuvo un momento como para coordinar sus ideas, suplicáronle los médicos que aplazase sus revelaciones para otra ocasion; pero él se sonrió con amargura, y los rechazó, diciéndoles:

—Dejadme en paz, ¡imbéciles! conozco que mi última hora se acerca, y antes de morir qniero espiar el mal que he hecho. Cogió una mano al gaucho que le escuchaba atónito, y continuó de esta manera:

—En aquella Estancia viviste, Amaro, confundido con los hijos de los peones, hasta que un antiguo y fiel criado de mi padre te robó de ella y te llevo á una de nuestras posesiones, sita en la provincia de Rio-Grande: entonces tenias tú seis años, y pudo conocerte por una cruz que te había hecho tu madre en el brazo izquierdo, con el zumo indeleble de esas raices con que los indios se tiñen el cuerpo.

—Sí, aquí está, repitió Amaro volviendo la manga de su vesta, y mostrando á los circunstantes sorprendidos aquella señal misteriosa; sí, miradla: aquí está.

—Diez años despues, mi padre cayó gravemente enfermo, hizo su testamento, y en sus últimos instantes nos llamó á Nereo y á mí, y nos dijo:

—«Vosotros dos sois únicamente mis hijos legítimos; pero tengo otro, á quien no he querido ver nunca. Engañé á su madre como un vil con palabra de casamiento, y he sido causa de su muerte. En estas largas noches de angustia y agonía, los remordimientos se han despertado en mi alma punzantes y devoradores, y no he podido menos de reconocerle como hijo, y dejarle toda la parte de fortuna de que las leyes me permiten disponer. Juradme que acata-

reis mi última voluntad, y os conducireis con él como verdaderos hermanos....»

Aquí D. Alvaro inclinó la frente agobiado por el peso de sus propios remordimientos; su situacion era idéntica á la del autor de sus dias.

—Nosotros, añadió con voz lenta y agitada, nosotros se lo prometimos solemnemente; pero ¡ay! apenas cerró sus ojos á la luz, la vil codicia se apoderó de mi alma; arrojé el testamento al fuego, y amenacé á mi hermano, tímido y débil, y acostumbrado desde su niñez á plegarse á todos mis caprichos, que le mataria en el momento que llegase á descubrir nuestro secreto...

—¡Por piedad, calla, calla! esclamó D. Nereo, poniéndole la mano sobre los lábios.

—No es esto todo, repuso el conde exaltándose á medida que hablaba, y dejando traslucir el desquicio completo de su razon; cuatro asesinos partieron á Rio-Grande para matarte, Amaro; junto con el antíguo y fiel servidor de mi padre. Por fortuna no estabas allí, y solo este sucumbió.

Un grito de horror se escapó de la boca de todos los circunstantes. El conde mismo, horrorizado de su crímen, escondió la cabeza entre las manos.

—Perdónale, Amaro, dijo D. Nereo echándose á sus piés; ¡perdónale!.... Si él te ha robado nombre y fortuna; si ha atentado contra tu vida; si te ha perseguido luego, yo he velado por tí secretamente, hasta que te perdí de vista hace algunos años.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró el conde, estirándose y revolviéndose en el mullido lecho; ¡me abrasa las entrañas el veneno del hierro que me ha herido!

¡Dadme agua, agua! ¡Que me muero de sed!....

Y era espantosa su agonía.

El recuerdo de su vida pasada, la idea tremenda de la eternidad, la memoria de su padre moribundo y de su fiel servidor cayendo acribillado á balazos, sin querer descubrir el paradero de Amaro, le hacían entrever mil espectros y visiones horrorosas que le amenazaban con látigos de fuego.

—¡Salvadme!.... ¡Salvadme!....decía: ahí están.... ahí.... junto á mi.... ¿no los veis?.... ¡Ah!

Y con el cabello erizado, la frente cubierta de un sudor frio, los ojos desencajados, entreabierta la boca y agitando las manos alrededor de su cabeza, como para alejar los fantasmas que lo perseguían, exhalaba ahullidos de desesperacion, imprecaciones y blasfemias que hacían estremecer de horror á la cándida cuanto afligida Lia, que se acercaba maquinalmente á su padre, y le arrastraba del brazo para que se la llevase fuera.

Es preciso haber visto morir á un hombre desesperado para formarse idea de esta escena horrorosa....

De pronto quedóse inmóvil; un *¡ay!* estertóreo se escapó de su pecho; sus dientes rechinaron como si una lima pasára por entre ellos; su mirada fija, fulgurante, se clavó en la pobre niña que le contemplaba aterrada orando en voz baja por su salvacion: al encontrarse sus miradas, el conde cerró los ojos, y dando un fuerte sacudimiento, sus miembros se dilataron estraordinariamente.

Todos creyeron que había muerto; pero no había muerto, no; era que Dios se compadecía del desgraciado, y el ángel de su guarda cernía su vuelo sobre él, atraido por las plegarias de la vírgen pura é inocente.

El sincero arrepentimiento del conde colmó la medida de la eterna justicia; disipáronse poco á poco sus atroces dolores; y la razon volvió á su mente estraviada. Así la bondad inmensa del Señor de cielos y tierra castiga en un minuto siglos de estravíos.

Dulcísimas preces, pronunciadas mas que con los lábios con el alma, sucediéronse á sus desesperados tormentos: inefable quietud inundó todo su ser, y la luz de la esperanza, la radiacion del espíritu divino que descendía sobre su frente, rodearon al moribundo con una aureola de celeste beatitud....

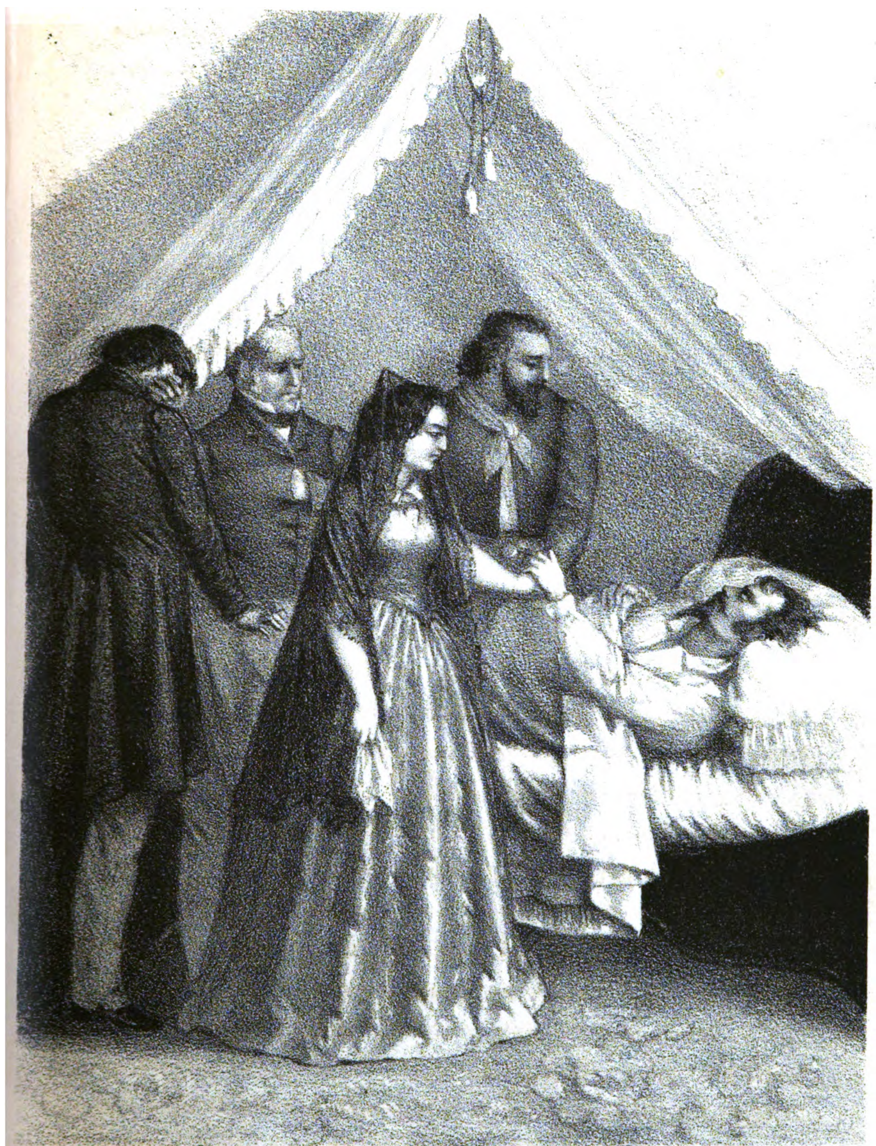
Incorpórose por vez última en su lecho: llamó á Lia y á Amaro, y uniendo sus diestras, les dijo con ese acento solemne, lleno de uncion y magestad, éco del alma que solo vibra en los que ya no pertenecen al mundo:

—Sed felices, y Dios bendiga vuestra union, Amaro, hazla muy dichosa: Lia, quiérele mucho.... Toda mi fortuna es vuestra.... Asi lo dispongo en mi testamento.... Hermano mio, Lia, ¿me perdonais ahora?....

—¡Sí, contestó Amaro sin permitirle terminar la frase y estrechándole con trasporte entre sus brazos; sí, hermano mio; sí, y vive para coronar nuestra felicidad!....

Hubiérase dicho que solo aguardaba este perdon el moribundo para romper el débil lazo que le ligaba á la tierra; tendió á Lia la siniestra mano; estrechó con la diestra la de Amaro, inclinó el cuello sobre su hombro, y en el mismo momento en que el sol tocaba en su ocaso, la tarde del 28 de Febrero de 1827 volaba ante el tribunal de Dios el alma del que fué en el mundo D. Alvaro María de Abreu, noveno conde de Itapeby.

CARAMÚRU



Elie Duteil, inv. lit. Teodomiro Real y Prado editor. Lit. "SAN MARTIN" Nº 1.

Sed felices, y Dios bendiga vuestra union.....

XIX.

Epílogo.

Amaro, reconocido como hijo del conde de Itapeby y nombrado por el gobierno provisorio general efectivo en recompensa de sus eminentes servicios, pasó á la capital, y se unió á Lia seis meses despues.....

No intentaremos profanar su ventura queriendo describirla. Dichosos cuanto es posible serlo en este miserable globo sublunar, diremos únicamente que si la felicidad existe, ellos la encontraron en la tierra sin duda.

Rodeado del prestigio y consideracion que da la gloria legítimamente conquistada; respetado, querido y admirado de sus conciudadanos, amado de una mujer jóven, bella, de talento, y dueño de una fortuna pingüe, ¿qué mas podía pedirle á Dios?....Sí en eso no consiste la felicidad, es sin disputa á todo lo que nos es dado aspirar razonablemente.

Por nuestra parte, deseamos á nuestras lectoras un marido tan apasionado, tan noble y tan digno de ser querido como Amaro, y á nuestros lectores una compañera tan bella, tan pura como Lia, y no añadimos tan rica, porque eso se sobreentiende, viviendo en un siglo tan prosáico y calculador como el nuestro.

En cambio de estos buenos deseos, al deciros *adios*, caros leyentes, solo nos atrevemos á pediros una buena dósis de indulgencia para todo lo que no os haya agradado en el curso de nuestra historia. Si en esta ocasion no hemos acertado á complaceros dignamente, tal vez en otra lo alcanzaremos. Por eso el autor confia en vuestra benevolencia.

FIN.

NOTA.—La calificacion de *histórica* dada en el título á esta novela, es puramente nuestra; pues no se encuentra en el ejemplar que nos ha servido para la reimpresion. A pedido del autor, hacemos esta advertencia.

Teodomiro Real y Prado.

INDICE DE CARAMURU.

PLANTILLA

Para la colocacion de las láminas.

LA VIDA POR UN CAPRICHO.

LA VIDA POR UN CAPRICHO.

I.

Vírgen y mártir.

Las tropas del invicto emperador habían entrado vencedoras en la ciudad eterna: la bandera de Castilla flameaba en los torreonos de Sant-Angelo. Roma había visto á una soldadesca desenfrenada profanar su sagrado recinto.

Gefes y soldados, en medio de la embriaguéz de la victoria, procuraban descansar de las duras fatigas del combate en brazos de las bellas hijas del Lacio. Al estruendo del cañon, á los gemidos de los moribundos, habíanse sucedido las dulces trovas y las tiernas pláticas de amor al rayo de la luna.

La apuesta juventud castellana, ávida de placeres, y aletargada por el plácido cielo, por la atmósfera tíbia y embalsamada de la voluptuosa Italia, se adormía al arrullo de sus caricias, y entrelazaba los mirtos y las rosas á la guirnalda de laureles que ceñía su altiva frente.

Desdeñando las conquistas vulgares, únicamente los obstáculos, los peligros, las dificultades que había que vencer conmovían su imaginacion y enardecían su pecho. Ella levantaba su pensamiento á la altura de su espada.

La proverbial galantería española, su espíritu caballeresco y apasionado, encontraban ancho campo para desarrollarse en la antígua ciudad de los Césares, reina destronada tendida sobre el manto de sus pasadas glorias, y condenada siglos hace á sofocar sus lágrimas y lamentos entre los bríndis de una eterna orgía, y á dejarse arrebatar la flor de su pureza, tan pronto por los salvajes hijos del Norte, como por sus propios hermanos.

Algunos de los principales jóvenes de los tercios españoles, los mas gallardos, los mas valientes y enamorados, habían hecho una apuesta, propia de cabezas no maduras aun por el hielo de los años, y que revelaba la escesiva confianza que tenían en sus personas y en sus medios de seduccion.

Había entonces en Roma una muger, célebre por su belleza, por los rumores que circulaban acerca de ella, y sobre todo, por su carácter escéntrico y original. Gemma di Pórtici, hija de un conde napolitano, cuyo preclaro orígen corría parejas con su colosal fortuna, y que se había fugado de la casa paterna á la edad de diez y ocho años para seguir á un capitan de húsares, del que se separó al dia siguiente sin querer aceptar su mano.

Refugióse en casa de una tia suya que estaba enemistada con su padre, y allí permaneció oculta cuatro meses, y mas tiempo hubiera permanecido, á no acontecerle una desgracia que decidió de su porvenir.

Ella, temiendo la cólera del autor de sus dias, había hecho correr la voz, y todos creían que había pasado á Francia con su raptor, el cual desapareció, obligado á ausentarse de Italia, donde era fácil le alcanzase la venganza de la po-

derosa familia de Gemma; y el conde, al saber la locura de su hija, cayó enfermo, y murió al cabo de cuatro meses.

Tanto era su cariño á Gemma, que no pudo resolverse á maldecirla ni á desheredarla, como la había amenazado en varias cartas que le escribió, exhortándola á que volviese á su lado, prometiendo perdonarla y unirla al hombre que amaba, por humilde y despreciable que fuese.

Desgraciadamente estas cartas no llegaron á manos de su hija; si las hubiera recibido, al punto habría volado á sus brazos.

Dueña de una fortuna inmensa, menos grande que su hermosura, se dirigió á Nápoles, hizo entender á su tutor que estaba casada, y una vez arreglados sus asuntos, determinó irse á otra ciudad donde no la conociesen.

¡Empeño inútil!....escogió á Roma, y cuando llegó, llegó precedida de la fama que siempre produce todo lo que preocupa fuertemente la atencion pública, sea bueno ó malo. Se instaló en un magnífico palacio, y abrió sus salones á todos los que quisieron frecuentarlos.

Jóven, rica y hermosa, al punto se granjeó las simpatías de todos: su supuesto desliz era un nuevo cebo para la multitud, y como es de suponer, numerosos adoradores acudieron en tropel á ofrecerle sus desinteresados respetos.

Gemma los recibía con la sonrisa en los lábios: dejaba que la enamorasen, hasta que se mostraban demasiado exigentes ó importunos. Entonces los desengañaba con la mejor gracia del mundo.

—Amigo mio, les decía: os habeis equivocado. No soy lo que pensais.

Sí insistía el interesado, le contestaba estas palabras

solemnes, sacramentales, que no dejaban lugar á apelacion, y convencían hasta á los mas rehacios é incrédulos:

—¡Es imposible; de todo punto imposible!

Ni el talento, ni la fortuna, ni la posicion social, ni la elevada alcurnia, ni las prendas físicas ó morales de sus amantes, pesaban nada en la balanza de sus juicios. Estravagante como no lo ha sido jamás mujer alguna, daba márgen á cada momento con sus fantasías á que la opinion le atribuyese muchas faltas que no existían sino en apariencia. Decíase que unas veces amaba por sentimiento; otras por satisfacer una necesidad de su fogosa naturaleza, no pocas por vanidad, y la mayor parte por un capricho efímero que se desvanecía tan pronto como tocaba la realidad.

Difícil sería comprender, añadían, y mas que difícil todavía, imposible, esplicar por causas naturales el verdadero motivo que la decidía de año en año, el anniversario de su primer deliz, á convertirse en cortesana.

Y siguiendo la murmuracion su tejido de fábulas, repetía que era imposible esplicarlo, porque su conducta luego era realmente incomprensible. El nuevo amante, el mortal venturoso por veinte y cuatro horas, perdía al dia siguiente todos sus derechos; era equiparado con los demas, y ni ruegos, ni protestas ni lágrimas, podían cambiar la incontrastable voluntad de Gemma.

Pero la verdad era que nadie hasta entonces había conseguido nada de ella, á pesar que ninguno creía en su virtud. Cada cual imaginaba que alguno de sus rivales era el favorecido, y como nunca faltan fátuos que se alaben y nécios que conviertan en realidad sus deseos burlados,

la pobre Gemma, sin merecerlo, tenía la reputacion de una Mesalina. Era, en una palabra, *vírgen* y *mártir*.... de la maledicencia.

Porque en su grosero materialismo, con los antecedentes que mediaban, no podían concebir los hombres, cómo aquella muger, iniciada ya en los misterios del amor, tan jóven, tan bella, tan apasionada á veces, se mostraba tan indiferente á la felicidad, tan cruel con los que la adoraban con todas las fuerzos de su alma, y se resignaba tranquilamente á pasar los años mas halagüeños de su vida en la soledad y el tédio, y á ver marchitarse su belleza y sus ilusiones sin beber en la áurea copa que la brindaba el placer, colmada hasta los bordes de fácil ventura.

Cada uno en particular, y todos en general, se perdían en conjeturas, y ninguno acertaba con la razon de sus desdenes. Gemma era un enigma, un ge roglífico mudo, que nedie alcanza á descifrar por mas que mire y torne á mirar, volviéndolos de abajo á arriba, de derecha á izquierda, de un lado y otro, los misteriosos caractéres trazados en él.

Y sin embargo, la razon era muy sencilla, tan sencilla, que de puro sencilla se escapaba á la lógica y al raciocinio comun. La hermosa napolitana había amado con delirio al hombre, orígen de su desgracia, y sufrido el mas acerbo desengaño que puede sufrir una mujer sensible, bella y amante. El infame anhelaba solo sus riquezas, y su finjido cariño había sido únicamente un vil cálculo. Era ademas villano en sus sentimientos, brutal é insoportable en su trato. Ella lo conoció en una larga conversacion que tuvieron la misma noche de su fuga, y llena de indignacion, avergonzada de haber mancillado su nombre y acibarado

los dias de su padre por un hombre semejante, se alejó al punto de él.

Entonces juró no casarse jamás ni amar á ningun hombre, y para no caer algun dia en la tentacion de quebrantar su juramento, se propuso adoptar el sistema que hemos indicado.

Perdida ya en el concepto del mundo, quiso al mismo tiempo que se rehabilitaba á sus propios ojos envilecerse mas y mas á los de aquellos que pudiesen hacerla variar de resolucion: quiso marcar su frente con un sello perdurable de infamia y sacrificar en aras de su reposo y de su independencia la incierta felicidad que acaso le guardaba aun la Providencia: quiso, para llevar adelante su propósito y no desmayar en él; para avivar las llagas mal cicatrizadas de su pecho, quiso imponerse el duro suplicio de escuchar diariamente las impertinencias de los nécios, y las lisonjeras espresiones de los discretos, y desengañarlos no bien pretendían ver realizadas sus locas esperanzas; y si se empeñaban en perseguirla, cerrarles sus puertas, arrojarlos lejos de sí, como se arroja un libro que nos ha distraido un rato, y apénas satisfecha la curiosidad, nos cansa, nos pesa haber malgastado el tiempo en su lectura.

Tal proceder no era hijo de su mal corazon: el fondo de Gemma era escelente, y por eso temía cobrarle cariño, ceder insensiblemente á su piedad, si dejaba que alguno tomase el mas leve predominio sobre sus ideas y sentimientos.

A fuerza de pensar en esto, llegó con el tiempo á ser en ella una especie de monomonía. Oculta enagenacion mental, secreta afeccion del alma que no se revelaba por signos esteriores, y que no obstante existía latente en su espíritu,

como la atraccion en el imán, como el fuego en la pólvora, como los sonidos en las cuerdas de un instrumento musical.

Ahora bien; los jóvenes de que hicimos mencion al comenzar nuestra historia, habían apostado una crecida suma á quién conquistaba primero el amor y obtenía una cita de aquella beldad tan celebrada, de la que se contaban cosas tan singulares, y á quién la voz general designaba como una cortesana, conviniendo todos en que era la muger mas rara y original que existía debajo de las estrellas....

¿No teneis curiosidad, queridísimas lectoras, de saber el resultado de esta apuesta? Francamente: ¿no os agradaría, caros lectores, averiguar si hubo alguno que la obligó á mudar de propósito?....

Si quereis salir de dudas, seguidme hasta los primeros párrafos del capítulo segundo.

II.

¿El ó yo?

Daban las doce de la noche en el reloj del Vaticano, y en un elegante gabinete de un palacio á orillas del Tíber se veía á una mujer silenciosa y meditabunda sentada en una otomana y envuelta en una capa de pieles.

La ténue luz de una bugía, cubierta con una pantalla azul, y colocada encima de una consola inmediata, argentaba las líneas artísticas de su bellísima fisonomía, que resaltaban puras y graciosas entre el claro-oscuro producido por la sombra de sus negros cabellos que caían en mil perfumados rizos sobre su seno alabastrino, orlando su rostro encantador como una guirnalda de azabache.

Reclinado el brazo sobre un estremo de la consola, apoyada la sien en la palma de la mano, la mirada distraída vagando de la alfombra á las sillas, de las sillas á las paredes, de las paredes á los cuadros, de los cuadros al techo, y del techo á la superficie de la mesa, donde había un libro abierto, que probablemente leía poco antes, parecía aguardar á alguien entregada á penosas reflexiones é impacientarse á medida que pasaba el tiempo

El ángel de la tentacion no es mas bello que aquella mujer meditando en aquella actitud y en aquel solitario retrete, á la incierta luz de aquella lámpara desmayada, que pudorosa minoraba su brillo, cual si desease prestar audacia á dos tímidos amantes para consumar su ventura.

La hermosa en tanto, mas inquieta cada vez, tornaba á pasear sus miradas en torno de sí....De repente; herida de un pensamiento doloroso, quedó inmóvil, con los ojos clavados en la alfombra.

Repentino fulgor animaba sus brillantes pupilas; alguna imperceptible arruga resbalaba en su tersa frente; sus lábios de coral se entreabrían á intérvalos y dejaban escapar un leve suspiro; veíase subir la sangre por las azules venas de su cútis trasparente, y agolparse en los graciosos hoyuelos de sus mejillas sonrosadas.

Entonces un sentimiento de orgullo y despecho comunicaba á sus grandes ojos negros, altivos y avasalladores en su estado normal, una indefinible espresion de enojo y ternura, de amor y de melancolía; estremecíase el arco perfecto de sus cejas de ébano, y corría una ardiente lágrima al través de sus largos párpados......

—¡No viene! murmuró con amargura, viendo que había trascurrido mas de media hora desde que sonaron las doce campanadas en el Vaticano; ¡no viene! ¡Sin duda me desprecia! ¡Oh! ¡Esto es atroz!

Y no pudiendo contener ya por mas tiempo su impaciencia, tomó una campanilla de plata, y la sacudió con ira.

Una viejezuela apareció en el umbral.

—¿Qué quereis, señora? dijo, echando una significa-

tiva mirada alrededor, como para esplicarse la causa del enojo de su ama.

—¿Qué he de querer? contestó Gemma precipitadamente, ¿no lo adivinas?....

—¡Ah! ... comprendo.... ¿no ha venido el capitan?

—¡No! no ha venido, Bettina, repuso la condesa, hiriendo el suelo con el pié, apoyando el codo sobre la consola, y la barba en el estremo de la mano cerrada.

—Es singular, añadió la vieja con asombro: puede ser que algun lance imprevisto, alguna ocurrencia muy grave le haya impedido venir.

—¿Tú lo crees así?

—Sería una insensatez atribuirlo á otra causa. No es posible que tan gentil caballero os hiciera un desprecio, mucho mas ignorando vuestras verdaderas intenciones. Tal vez....

—¿Qué? preguntó Gemma con ansiedad.

—Tal vez su criado no le haya entregado vuestro billete.

—En efecto.... bien puede ser... esclamó la bella ofendida titubeando; pero de todos modos, yo necesito salir de dudas al instante: sufro horriblemente: corre, anda á su casa, y procura hablar con su criado. Por fortuna vive bien cerca de aquí.

—Pero, señora, ¡ved que es mas de media noche!....

—Mejor; todavía no habrá vuelto. Aficionado como es al juego, acostumbra retirarse muy tarde.

—Pero, señora, considerad.... replicó la vieja, que tenía miedo de atravesar las calles á aquella hora.

—Yo lo quiero, Bettina, dijo la condesa con altivez· No repliques; haz lo que te mando.

La vieja salió refunfuñando, y su ama, presa de mil sentimientos encontrados, volvió á sentarse en la otomana.

No habían trascurrido veinte minutos, cuando el suave crugido de un resorte que servía para abrir una puerta secreta incrustada en el fondo del gabinete vibró agradablemente en el corazon de la hermosa; llenándola de turbacion y alegría, y haciéndola arrepentirse de su precipitacion.

Un embozado, cubierto el rostro con un antifaz, se adelantó hasta ella.

—Perdonad, señora, si no he venido antes, dijo inclinándose y quitándose el sombrero.

—¡Dios mio! esclamó la condesa azorada, al escuchar su acento, é incorporándose velozmente, como el enfermo que en el ardor de la fiebre cree ver un fantasma sentado en el borde de su lecho; ¡Dios mio, esta voz no es la suya!...

El desconocido la contemplaba en silencio con los brazos cruzados; sus ojos despedían llamas al través de las dos cóncavas hendiduras de su negro antifaz.

—¿Quién sois caballero, y con qué derecho, cómo y por qué os habeís atrevido á entrar de esa manera en mi casa?.. preguntó Gemma trémula de sorpresa é indignacion.

—¡Vos misma me habeis citado, vos misma! repitió él sacando un billete, leyendo el sobre en voz alta y mostrándoselo á la que lo había escrito.

El billete contenía lo que á continuacion copiamos:

«Puesto que mañana os vais de Roma, deseo hablaros esta noche. A las doce os aguardo: podeis entrar por la

puerta falsa del jardin, que estará cerrada solo con el pestillo. Al pié del pabellon de la derecha, en un ángulo, cerca de la glorieta, hallareis otra pepueña puerta que se abre apretando el clavo tercero de la primera fila contando desde abajo; subid una escalera de caracol que encontrareis, y al remate de ella buscad en la pared un resorte, y empujadle para adentro con fuerza.

«Os ruego que vengais con el rostro cubierto: sentiria que os conociese alguno de los muchos que suelen rondar mi palacio. Adios. ¿Faltareis?.... »

—¡Maldicion! esclamó Gemma: me he equivocado.

—Lo que quiere decir, replicó irónicamente el desconocido, que escribísteis dos cartas á la vez, y pusísteis un sobre por otro.

Gemma le miró furiosa, y nada contestó.

—Eso mismo me figuré yo, continuó él impasible; la cita no era para mí; pero como he hecho una apuesta, como os amo, y hasta ahora solo he recibido desdenes y desprecios en pago de mi síncera pasion, resolví venir, no ya como un amante sumiso, sino como un acreedor inexorable cansado de esperar. He aguardado desde el anochecer hasta ahora á ese rival afortunado, á quien no conozco, y á quien detesto sin conocerle, para tener el gusto de matarle antes de presentarme á vuestros ojos, en el caso no muy factible que os hubiéreis apercibido de vuestro engaño y variado la hora. Por fortuna suya no ha aparecido.

—¿Y qué pretendeis? ¿Qué exigís de mí? preguntó la condesa con la arrogancia de una reina ultrajada.

—Conseguir de grado ó por fuerza lo que me he propuesto.

—Caballero, retiraos, si no quereis que llame á mis criados, y os haga arrojar por un balcon.

—Sé mui bien que nada os importa el escándalo. Ahora despues de lo que he visto, creo cuanto malo se dice de vos.

—Creedlo y dejadme en paz; nada me importa.

—Por lo mismo ya no estoy obligado á guardaros consideracion alguna. ¡Mirad, habeis de ser mía esta noche, ú os asesino!

—¡Cobarde! gritó la condesa abalanzándose á la puerta con ánimo de huir; pero el aleve la cogió de un brazo, y la arrojó bruscamente al medio del aposento; desnudó la espada, se acercó á ella, y se la puso al pecho, diciéndole con voz ahogada y amenazadora:

—¡O él, ó yo!

Gemma cerró los ojos, dió un grito, y cayó desmayada sobre el respaldo de la otomana.

Al mismo tiempo crugió el resorte de la puerta secreta.

Un nuevo personaje, el amante verdadero, asomó en el oscuro hueco, y se lanzó espada en mano á castigar al vil que tan traidoramente abusaba de su fuerza con una débil mujer.

Tambien traía cubierto el rostro con su antifaz, y su traje indicaba, como el del primero, que pertenecía á la clase militar.

—Quién quiera que seais, le dijo, sois un mal caballero, un villano, un infame; yo debería atravesaros con mi espada de parte á parte sin deciros una palabra, pero no quiero mataros á traicion. ¡En guardia, miserable!....

—¡En guardia! repitió su rival, ciego de cólera, apretando el puño de su acero.

—¡Caballeros, por Diös, por la Vírgen bendita, por todos los santos del cielo, idos á otra parte á dirimir vuestra disputa! Ved el compromiso en que vais á poner á mi ama. Si alguno de vosotros muere, ¡santo Dios! ¡Qué será de nosotros! dijo Bettina, que había venido con el último, llorando, interponiéndose entre ellos y rogándoles con voz, gestos y ademanes que no se batiesen allí.

—¡Tienes razon, dijo el primer enmascarado, salgamos!

—Si; salgamos, y alejëmonos cuanto sea posible del palacio, contestó su adversario, despues de decir al oido cuatro palabras á la vieja.

—Los dos bajaron juntos la escalera de caracol, y salieron á la calle por la misma puerta por donde habían entrado.

Marcharon un buen rato en silencio, se metieron en una de las callejuelas mas solitarias, y siempre callados, desenvainaron sus tizonas.

Al chocarlas, bajó la punta de la suya el que entró primero en el gabinete, y asaltado, quién sabe si de temor ó curiosidad, dijo á su enemigo:

—Caballero, nos descubriremos el rostro si gustais.

—Lo siento en el alma; pero no me place.

—¿Por qué?

—Porqué si sois amigo mio, como sospecho, me costaría trabajo mataros, y deseo y pienso mataros.

—¿Tanto amaís a esa muger?

—Los cielos son testigos que no la amo, y que lo que siento por ella es solo un capricho; pero un capricho por el cual daría con gusto mi vida sin vacilar.

—¡La vida por un capricho!..murmuró el desconocido con desden; ¡y por una.... cortesana!

—Prescindiendo de eso, respondió el pundonoroso jóven. resentido de la dura calificacion de su contrario, y de si es ó no digna de ser tratada como lo exige, si no su conducta ni elevada cuna, su calidad de mujer, le habeis inferido un ultraje tan grande, que toda vuestra sangre no bastaría á lavarlo. Vamos, en guardia, que perdemos el tiempo.

—Ella os aguarda, ¿no es verdad?

—Sí.

—A muerte, gritó el celoso y despreciado amante.

—A muerte replicó su rival.

Las espadas se cruzaron. A poco resonó un *¡ay!* histérico, profundo, desgarrador.

Gemma estaba vengada: la espada de su amante se hundió hasta la empuñadura en el pecho del que la había ofendido, y este cayó, al parecer, cadáver.

El vencedor se alejó de allí sin querer verle la cara, temiendo encontrarse con alguno de sus amigos, y voló al palacio de la condesa, que había vuelto de su desmayo y supo con pena el resultado del duelo.

Quiso dar esplicaciones á su amante y él la rogó que guardase su secreto, pues nada quería saber tocante á aquel hombre. Estaba en la falsa creencia de que era uno de sus mejores amigos.

....

Estos puntos significan muchas cosas que la rapidéz de nuestro relato no nos permite detenernos á examinar. La imaginacion, *l'esprit* de nuestros lectores suplirá nuestra involuntaria omision....

—¿Y si te hubiera muerto? decía ella á su jóven amigo al amanecer del siguiente dia; sabes que hubieras pagado bien caro tus impertinencias; tú, que dices que solo me amas por capricho, y á quien yo por esa circunstancia, por esa franqueza que me encanta, he llegado á amar con frenesí con locura, como solo he amado una vez en mi vida.

—¡Anjel mio! contestó el feliz amante contemplándola embelezado con el embelezo con que contempla á una mujer hermosa y querida despues de toda una noche de ábandono y amor, el que tiene motivos para creerse realmente dichoso: ¡alma de mi alma! ¡Hay caprichos que valen la pena de que le sacrifiquemos nuestra existencia!

Obligado á salir de Roma con su tercio, se fingió enfermo, y dilató algunos dias su viage; hasta que faltándole ya todos los pretestos, partió á España enamorado locamente de Gemma, y lo que es mas increible, Gemma, ciega por él, dispuesta, habiendo quebrantado ya su juramento, á darle su mano y sus riquezas, oferta que él no quizo aceptar.

Idólatra del honor, noble y desinteresado hasta el esceso, á pesar de su veraz cariño, no le cegaba tanto la pasion para resolverse á unirse con una mujer mancillada por el mundo, y que al fin, como había dicho su rival, á los ojos de todos no era otra cosa que una cortesana de alta gerarquía. Luego él no tenía un maravedí, y ella era millonaria. Todos atribuirían su enlace á un mezquino y vergonzoso cálculo.

En vano Gemma procuró desde la primera noche justificarse, y le juró que él era el único por quien lo había olvidado todo; en vano descorrió á su vista el misterioso velo de su existencia: en vano le confesó que ella tambien

había tenido el capricho de entregarse á él como un medio de curarse de su loco amor, convencida, como estaba, de que la tendría en el mismo concepto que los demas; pero que luego aquel amor fatal, en vez de apagarse con la ruda prueba á que lo sujetaba, había crecido y tomado proporciones colosales. ¡Cuanto mas le conocía, mas le idolatraba!

El, sin dejar de creerla en parte, la compadecía, y trataba de persuadirla de que no pensaba como los demas; por eso ella se aventuró á ofrecerle su mano, advirtiéndole que si no quería aceptarla y la amaba, le seguiría como su manceba hasta el fin del mundo.

Muchos y violentos esfuerzos tuvo que hacer el capitan para no ceder á la irresistible mágia de sus palabras, á la vehemencia del amor que tambien se había despertado en su pecho despues de poseerla y sondear el abismo de pasion que escondía el alma de aquella mujer, tan digna de ser amada y al mismo tiempo tan infeliz; pero las sugestiones de su orgullo, la vergüenza de ser el ludríbio de sus amigos y el desdoro de su familia, le prestaron fuerzas para resistir, y prometiendo volver y complacerla, alejarse de ella para siempre, como el único medio de evitar su perdicion.

Gemma, creyendo sincera su promesa, le abrazó llorando de gozo, y el dia de su partida, al darle su retrato guarnecido de brillantes, le rogó que le llevase siempre consigo, como un talisman que le recordase á cada instante su acendrado amor.

Pero pasó un mes, un año, dos, tres.... y el capitan no volvió, ni la infortunada amante supo donde se encontraba, hasta que la inmensidad del Océano los dividía, ¡ay! para no volverse á encontrar en la tierra.

III.

Velada bajo el trópico.

El 1º. de Setiembre de 1535 salía de la barra de San-lúcar, con los primeros albores de la mañana, la mas lucida armada que hasta entonces surcára el Océano para la conquista de las Indias. Catorce buques la componían, y llevaba cerca de tres mil combatientes; entre ellos hermanos y deudos de los primeros títulos de Castilla, gentiles-hombres, mayorazgos, comendadores de San Juan y Santiago, esforzados campeones, célebres en las guerras de Flandes y de Italia y otros muchos *hidalgos de cuenta.*

Aquella magnífica espedicion, que no costaba un real al erario, iba á la conquista del *rey blanco ó plateado*, nombre que ideó la fantasia de Gaboto de vuelta de su malhadado viaje al argentino rio, descubierto por Solís en 1515.

D. Pedro de Mendoza, mayorazgo de Guadix, gentil-hombre de la real casa, caballero principal; que, segun varios historiadores, había militado en Italia y enriquecídose en el saqueo de Roma, y segun otros, adquirido consideracion é influencia merced á doña María de Mendoza, parienta suya, casada con D. Francisco de los Cobos, habiendo

obtenido del emperador el nombramiento de adelantado del Rio de la Plata y el título de marques despues que lo poblase, proyectó conquistarlo, reunido con otros particulares que á la fama de las pasmosas nuevas, ó mejor dicho, mentiras que derramaba astutamente el piloto mayor del reino, el veneciano Sebastian Gaboto, acudieron en tropel á ofrecerle con sus personas cuanto poseían «teniendo á gran dicha, segun la espresiva frase de un cronista, ser admitidos á esta empresa desgraciada como ninguna.»

Ningun contratiempo esperimentaron hasta las islas Canarias, donde el adelantado pasó revista á su galana tropa, quedando muy satisfecho, no solo de su buen porte, disciplina y entusiasmo, sí nó tambien del brillante estado en que se encontraba respecto á vestuarios, armas y municiones.

Partieron cuatro semanas despues, y el viento, próspero hasta entonces, empezó á mostrárseles contrario: cerca de la línea equinocial, una deshecha tempestad dividió á la armada, si bien con fortuna, porque ningun buque se fué á pique.

Adelantando su rumbo hácia el Mediodia, sucediéronse á los vientos desencadenados las calmas del trópico, mas terribles acaso.

La armada, inmóvil en medio del Atlántico, parecía detenida allí por la invisible mano de algun génio maléfico. El aura mas leve no rizaba la faz dormida del líquido elemento, unido y lustroso como una gran plancha de bruñido acero: no se movían las azuladas aguas ni lamían con doliente murmullo los costados de los rápidos bajeles: flojas y sin brío las pardas lonas, caian á lo largo de los mástiles

como un velo que ocultase su vergüenza é indignacion....

Calma eterna, glacial, desesperante, abrumadora; calma imágen del reposo de la tumba, estendìa sus pavorosas álas sobre la vasta estension del Océano.

El alba vertía sus inciertos vislumbres sobre el ancho círculo que en alta mar rodea siempre á los navegantes; trepaba el sol por los lejanos horizontes sacudiendo su cabellera de fuego; la tarde, confundiendo la luz con la sombra, comenzaba á desplegar por Occidente su claro-oscuro manto, y eclipsando el fulgor de las estrellas, el astro del amor y del misterio, la antorcha de la inspiracion, levantábase velozmente del seno de las olas, cual púdica vírgen que huye pálida y ruborosa del lecho nupcial.... y nunca, nunca la brisa implorada con tanto afan por los viajeros escuchaba sus férvidas plegarias. En vano, en vano la invocaban con las tintas vagorosas de la aurora, con los brillantes resplandores del rey del dia, con los fugitivos destellos del crepúsculo, con los trémulos rayos de la luna.. ¡siempre en vano!....

Calma eterna, glacial, desesperante, abrumadora, tendía sus pavorosas álas sobre la vasta estension del Océano..

Y era una plácida noche del mes de Octubre, y en la cubierta del navío del adelantado se veían hasta cuarenta caballeros que habían acudido de sus respectivos buques, y se entretenían, para matar el tiempo, en echar planes para cuando llegasen á la tierra de promision, y en contarse mútuamente las proezas y las aventuras de que habían sido actores ó testigos en media Europa, siguiendo las victoriosas banderas del potente nieto de Isabel.

D. Pedro de Mendoza, indiferente á su conversacion, á

sus carcajadas y á las chanzas con que recíprocamente se reian unos de otros, se paseaba por el puente de popa á proa con las manos detrás de la espalda, torvo el gesto y ocupada la mente por ambiciosas ideas.

—Señores, decía el capitan Martinez de Irala con un acento que traicionaba su orígen vizcaino: el alguacil mayor aquí presente, como mayordomo de D. Pedro, ya puede ir preparando los talegos para recoger el metálico que á estas horas están acopiando los indios para nosotros.

Juan de Oyolas, que era el interpelado, á esta indirecta, que se refería al anhelo con que siempre estaba hablando de las inmensas riquezas que iban á adquirir, contestó:

—Y vos, preparaos á divertiros en grande: dícen que en el pais donde vamos las indias son muy guapas: podreis por lo tanto hacer vuestro agosto; ¡oh, sátiro!

—En efecto, replicó sonriéndose Irala, cuya lascivia había llegado á ser proverbial, pues en el Paraguay tuvo hijos de siete mujeres á la vez; en efecto, soy mas aficionado á las hijas de Eva que al dinero. Tendré un serrallo, si me lo permiten.

—¡Bah! dijo el contador Juan de Cáceres; eso es muy fácil: nuestro buen amigo D. Nuñez de Silva nombrado por S. M. alcaide de la primera fortaleza que se levante, se encargará de disponeros un local á propósito....apenas sus atenciones se lo permitan.

Todos, á escepcion del futuro alcaide, soltaron una estrepitosa carcajada, lo cual, notado por su amigo D. Francisco de Mendoza, ilustre sugeto, que había sido mayordomo del emperador Maximiliano y pasaba á América

por una desgracia que le aconteció en España, dijo á sus compañeros:

—Ea: hablemos de otra cosa. Nuñez se ha picado....

—No tal, replicó este; pero hay ciertas bromas....

—Sí, continuó el sarjento mayor de la armada, D. Luis de Rojas y Sandoval; si, hablemos de otra cosa.

—Que cada uno cuente, añadió D. Cárlos de Guevara, factor de S. M., la aventura mas curiosa que le haya pasado en su vida.

—¡Bien, ¡Bravo! repitieron todos.

—¿Callando los nombres, por supuesto?

—Es claro.

—¿Quién ha de empezar?

—Eso no se pregunta, dijo el tesorero Garci-Venegas; ¿quién ha de hablar el primero?.... El mas bizarro; el mas cumplido galan; el mas feliz con las damas, segun voz general; el nunca bien ponderado capitan D. Juan de Osorio.

—No admito, señores; hable otro, porque á mi nada me ha acontecido que digno de contar sea, respondió el valiente capitan con aquella afabilidad y modestia que le conquistaban el aprecio de cuantos le trataban.

Y volviéndose al que estaba á su lado, añadió:

—Manrique, hacedme el obsequio de empezar vos....

Negóse Manrique, é igualmente el capitan flamenco Simon Jacques de Ranura, Bartolomé de Bracamonte, D. Luis Perez de Cepeda, hermano de Santa Teresa de Jesus, y otros muchos á quienes se propuso.

—Pues, señor, ya que nadie quiere tomar la palabra, hablaré yo, dijo Bernardo Centurion, cuatralvo de las gale-

ras del príncipe Andrea Doria, y célebre por su manía de forjar á cada paso cuentos y mentiras que nadie creía.

Calle el genovés trapalon, repuso gravemente D. Cárlos Dubrin, hermano de leche del emperador.

Y dirigiéndose á Osorio, añadió:

—Vamos, señor maestre de campo del adelantado; no hay que hacerse de pencas: todos os lo pedimos.

—En fin, ya que Vds. se empeñan, voy á contarles, no la aventura mas rara, pero sí la que mas me ha preocupado en toda mi vida.

Y comenzó de esta manera:

—Estando yo en una ciudad de Italia, cuyo nombre no es del caso mencionar, frecuentaba la casa de una dama, á quién sin amar decididamente, profesaba un verdadero cariño....

—¿Platónico? preguntó el capitan Martinez de Irala.

—Platónico, contestó el maestre de campo; porque, á la verdad, era tan rara y original en sus ideas, estaba rodeada de un círculo tan brillante de adoradores, que jamás imaginé, á pesar de lo que se murmuraba de ella, poder conseguir otra cosa.

—¡Si hubiera estado yo en vuestro lugar! replicó Irala interrumpiéndole:

—La estuve visitando por espacio de cuatro meses, y en una ocasion, no sé como, la dije que no la amaba, pero que por pasar veinte minutos á su lado daría con gusto mi vida.

—¡Diablo, diablo! repitió D. Luis de Rojas y Sandoval. la mujer mas hermosa no vale la vida de un hombre.

—Caprichos, amigo mio; yo siempre he sido así.

—Adelante, y no interrumpir al narrador, dijeron algunos, impacientes porque les llegase su turno.

—Nunca mas volví á decirle una palabra, si bien la veía con frecuencia, y figuraos cual sería mi sorpresa cuando una noche, la víspera del dia en que pensaba alejarme de aquella ciudad, supe que me había escrito esa misma tarde un billete, que no llegó á mi poder, dándome una cita.

—Eso es magnífico, novelesco, sublime, esclamó Garci-Venegas, frotándose las manos de gozo.

—Una maldita casualidad hizo que ella escribiese dos cartas á la vez, una para mí, y otra para uno de sus tertulianos, que la amaba como un loco, y al poner el sobre, distraida tomó una por otra.

—¿De modo, que el billete para vos fué á parar á manos del otro, y el del otro á las vuestras?

—Justamente; y lo mas original es que ninguno supo el nombre de su rival. El que yo recibí decía simplemente:

«Amigo mio: os devuelvo el libro que tuvisteis la bondad de prestarme; mil gracias.»

—¡Vaya un lance! repitieron en coro los circunstantes, soltando una carcajada tan estruendosa y espontánea, acompañada de tales esclamaciones, que D. Pedro, no obstante la preocupacion de su espíritu, entró en curiosidad, se acercó á ellos, detuvo sus pasos á poca distancia, se apoyó contra la mura del navío, y prestó el oído fingiendo contemplar el mar.

—Yo, continuó Osorio, participando involuntariamente de la hilaridad general, juzgué que sería alguna chanza suya, y me fuí esa noche, como solía, á una casa de juego, donde asistía todas las noches. Mi buena estrella quiso

que perdiese cuanto dinero llevaba, y al encaminarme á mi morada en busca de algun refuerzo, me encontré en el camino con la dueña de mi bella, que me enteró del *quid-pro-quo*.

D. Pedro, sin atinar á esplicarse la causa, frunció el ceño, y echó una mirada oblícua y furiosa al narrador; sin duda este había puesto la mano inadvertidamente sobre alguna llaga oculta de su pecho.

—Obligué á la dueña, sin dejarla concluir, á que me siguiese. Cediendo á sus ruegos, me cubrí el rostro con el antifaz, que entonces llevaba por precaucion: llegamos á la casa, entramos por el jardin; subimos por una estrecha escalera de caracol...

El adelantado respiró con fuerza, volvióse de frente, y clavó sus airados ojos en su maestre de campo, con la ferocidad del tigre cuando se prepara á despedazar su presa.

—Subimos por una estrecha escalera de caracol; oí voces como de un hombre y una mujer que disputaban acaloradamente; la vieja tocó un resorte, y me encontré en un sobérbio pabellon, alhojado con régia magnificencia....

—Eso parece un cuento árabe, esclamó el capitan Salazar, que profesaba á D. Juan un rencor miserable, hijo de la envidia, y tanto mas dañoso, cuanto se ocultaba bajo la capa de la amistad.

—Por favor, no interrumpir, señor, dijo D. Francisco de Mendoza; la aventura es á la verdad sorprendente, y merece que la escuchemos con atencion.

—Al abrirse la puerta un espectáculo que me sublevó se presentó á mis ojos. Una mujer yacía desmayada en una otomana, y un hombre enmascarado como yo la tenía

cojida por la garganta, preguntándole con voz ronca y amenazadora:

—¿El ó yo?

—¡Ira de Dios! gritó D. Pedro descargando una patada en la cubierta, rechinando los dientes y apretando los puños.

—¿Qué es eso, señor? esclamaron los circunstantes, rodeándole con visibles señales de respeto.

—¡Nada, no es nada! contestó él procurando inútilmente disfrazar su profunda emocion. ¡Estoy desesperado. Se pasan los dias y las noches sin adelantar una línea. Si continúa la calma, pronto se agotarán el agua y las escasas provisiones que nos restan.

—Señor, murmuraron respetuosamente algunos de sus compañeros: confiemos en la bondad divina que no nos desamparará.

—¡Oh! replicó D. Pedro juntando las manos y dirijiendo su anhelosa mirada á la rutilante constelacion del *Crucero* que fulguraba encima de sus cabezas. ¡Oh, daria mi alma á Satanás, porque llegásemos de una vez al término de nuestro viaje!

Sin duda el infierno oyó su ruego: una ráfaga sonora sacudió con un ruido seco, vibrante y prolongado, las arrugadas lonas; crugieron cual metálicas barras los cables y las járcias; la igual superficie del Océano comenzó á agitarse con suaves ondulaciones, semejante al seno de una vírgen fatigada por los rápidos giros de un wals precipitado; y los bergantines, roto el encanto que los tenía enclavados allí, parecían estenderse, morder las aguas con la férrea proa y afanarse por huir, balanceándose á

un lado y á otro, como las copas de los altísimos cedros de *Astoria* sacudidas por el soplo de la tormenta.

—¡La brisa! ¡La brisa! gritaron con demente alborozo en los catorce buques á la vez, pilotos y marineros, gefes y soldados: ¡la brisa! ¡la brisa! ¡Dios sea loado! ¡Viva España!

El mar pareció responder con un bramido de alegría á esta jigante esclamacion, y la luna dilatar su disco para iluminar el gozo pintado en todos los semblantes.

Los que pertenecían á los demas buques se lanzaron á sus chalupas locos de contento, y nadie se acordó de la interrumpida historia.

En medio del tumulto, acercóse el adelantado á su hermano D. Diego de Mendoza, almirante de la armada, y le dijo á media voz:

—¿Cuál es la tierra mas cercana?

—Rio Janeiro.

—Pues endereza el rumbo á Rio Janeiro.

—¡Hermano! esclamó D. Diego sorpendido, ¿qué súbita resolucion puede hacerte variar lo que teníais dispuesto?

—¡Silencio! A Rio Janeiro, y no hables una palabra mas.

Y comenzó á pasearse otra vez por el puente con los brazos detrás de la espalda, maquinando algun proyecto siniestro.

A poco, al pasar por delante de su maestre de campo que hablaba con Sandoval, le tocó en el hombro, y le dijo afectuosamente:

—Alegría, capitan: pronto conseguiremos lo que an-

helamos: con este viento, en breve divisarémos las playas indianas. ¡Voto á Cribas! No hay plazo que no se cumpla....

—¡Ni deuda que no se pague! repuso Osorio con la misma jovialidad con que se espresaba su gefe. No olvideis que en un momento de mal humor habeis ofrecido vuestra alma á Lucifer.

El adelantado se sonrió con una sonrisa diabólica, y se alejó murmurando:

—¡Si tú das tu vida por un capricho, yo doy mi alma por una venganza!

IV.

La mano de Dios.

Tras tantos afanes y penurias, la armada avistó por fin las playas del Brasil, y saludó con un grito de admiracion á su famoso *Jigante deitado*, sobérbio coloso formado por las cordilleras de montañas que rodean la pintoresca ciudad de Rio-Janeiro, y que visto en el mar desde cierta altura, parece en efecto un hombre de proporciones jigantescas tendido sobre las rocas contemplando el cielo.

Saltaron en tierra con la alegría que solo esperimentan y pueden apreciar los que no la han pisado en algunas semanas, cuando no meses, mirando siempre agua y cielo, cielo y agua.

D. Pedro, en los cortos dias que mediaron desde la noche de la velada hasta su arribo á las costas del Brasil, se había mostrado mas cariñoso y afable con Osorio que de costumbre; y este estaba muy contento de las distinciones y aprecio de su gefe.

Sus relaciones databan de muy poco tiempo: á pesar de haber estado en Italia en la misma época, no se conocían antes de la espedicion. Osorio se le había presentado como

otros muchos, sin mas recomendacion que su fama de valiente y su deseo de pasar á América á probar fortuna, y prendado él de su actividad, inteligencia, amable trato, y demas cualidades que le recomendaban, cediendo sin advertirlo, al influjo que siempre ejercen los hombres verdaderamente superiores, donde quiera que están y en cualquier situacion que la suerte los coloque, le nombró su maestre de campo, y le hizo depositario de sus esperanzas, aspiraciones y futuros planes.

No sabemos todavía, aunque lo sospechamos, qué poderoso motivo le obligó desde aquella noche maldecida á arrepentirse de la amistad y proteccion que le dispensára. Ni por qué, tendiéndole una alevosa celada, se fingió enfermo y nombró su teniente; es decir, le encargó del mando á fin de tener un prestesto plausible que disculpase el crímen que meditaba.

Una mañana paseábase Osorio por la playa acompañado de su amigo el factor D. Cárlos de Guevara: sin tener motivo en la apariencia para estar triste, su aspecto, era grave y melancólico. Algun negro presentimiento vertía su hiel gota á gota en su noble corazon.

Estrañábalo D. Cárlos, y le preguntaba la causa; D. Juan se sonreía tristemente, y paseaba sus miradas distraidas por las ligeras ondas que venían á morir á sus piés.

—Como esa espuma es nuestra vida, esclamó: el menor soplo basta para disiparla.

Guevara le contemplaba asombrado, y creía percibir algo de fatídico y lúgubre en su acento.

—No sé por qué, continuó aquel, siento hoy el corazon

oprimido; no creo en agüeros ni vaticinios, y no obstante, juraría que alguna grande desgracia me amenaza.

—¿Pero qué teneis, os sentís malo?

—Mi enfermedad no es del cuerpo, respondió el capitan; me duele el alma.

En esto divisaron á cuatro caballeros (1) que se dirijían á su encuentro con paso acelerado.

Entre ellos venían dos hombres, cuya vista sola afectó dolorosamente á Osorio, porque no ignoraba el rencor y la baja envidia que nutrían contra él.

Los primeros eran Juan Salazar, y Lázaro Salazar y Medrano, deudos inmediatos; y los otros dos Jorge Lujan y el alguacil mayor, Juan de Oyolas.

—*V. sea preso, Sr. Juan de Osorio* (2) le dijo el último, intentando ponerle la mano encima.

El valiente capitan retrocedió un paso, y desnudó su espada.

—*Téngase V.*, replicó Oyolas; que *el señor gobernador manda que vaya preso.*

Osorio echó una espresiva y dolorosa mirada á su amigo, y reflexionando un instante, confiado en su inocencia, y juzgando que acreditaría con su resistencia las calumnias de sus enemigos, le entregó su espada con la serenidad del justo y la altivez del valiente que nada teme.

—*Hágase lo que su señoría manda*, contestó; *que yo estoy presto á obedecerle.*

Lleváronle hácia la tienda de Mendoza, cercada de

[1] Los historiadores varían en el nombre de dos de ellos: seguimos á Schmidel, que, como testigo presencial, debió estar mejor informado.

[2] Las palabras en bastardilla están testuales en la Argentina de Rui-Diaz de Guzman.

gente armada; adelantóse, y entró el alguacil mayor, é inclinándose delante de él, le dijo:

—*Ya, señor, está preso: ¿qué manda V. S. que se haga?*

—*¡Hagan lo que han de hacer!* contestó el implacable D. Pedro, indicando con la mano el golpe de un puñal.

Dos minutos despues, el esforzado capitan caía acribillado de heridas, y su cadáver sangriento, colocado encima de un respostero, á la vista de todo el campo con un rótulo que decía: *por traidor y alevoso,* escitaba la compasion y las lágrimas de la multitud.

D. Pedro de Mendoza, con la satisfaccion del chacal cuando el olor de la tierra recientemente removida le indica que hay un cadáver debajo de ella, se acercó á mirarle, y soltó esta calumniosa imprecacion:

—*¡Este hombre tiene su merecido, que su sobérbia y arrogancia le han traido á este estado!*

No obstante, la opinion pública protestaba en silencio contra aquel torpe asesinato. En vano un pregon aleve, á son de cajas y clarines, anunció que Osorio había muerto porque intentó rebelarse contra su autoridad y alzarse con el mando, y que otro tanto le sucedería al que tomase su defensa ó hablase á su favor. Todos, á escepcion de los culpables, lloraron á tan bizarro y cumplido caballero; todos reprobaron la conducta del adelantado, y aunque el verdadero motivo quedó oculto en las tinieblas, no por eso dejaron de atribuirlo á una ruin é innoble venganza, hija de la envidia y de la cobardía (1). Todos los historiadores del

(1) Salazar, que con otros se ha juntado,
A Juan de Osorio dan de puñaladas;
Envidia y cobardía lo han causado
Por ser las obras de él tan señaladas.
Barco-Centenera —Poema de la conquista del Rio de la Plata—Canto IV.



Rio de la Plata desde Schmidel hasta Funes están contestes en este punto.

Al desnudar el cádaver para darle sepultura á presencia de Salazar, le encontraron sobre el corazon un medallon de oro guarnecido de brillantes, y sujeto al cuello por una cadena de pelo.

Era el retrato de Gemma salpicado de sangre y taladrado por el puñal de Medrano, el primero que se hundió en el pecho de su infeliz amante.

Salazar, que tenía órden de apoderarse de todos los papeles y efectos que pertenecían al difunto, incluyó el retrato en ellos. D. Pedro, á pesar de estar tan desfigurado, lo reconoció al punto, y lo guardó con satánico gozo para coronar con él su venganza.

Imposibilitado de remitirlo en el acto por persona de toda su confianza, temeroso de despertar alguna sospecha, y conceptuando oportuno dejar trascurrir algun tiempo, esperó con calma una coyuntura favorable, que no tardó en presentarse.

Algunos meses despues de la llegada al argentino Rio, estando acampados en *Corpus Christi* (1), llamó á dos soldados de su devocion que habían militado bajo sus órdenes en Italia, y dándoles el retrato y una suma de dinero, hizo que le pidiesen permiso para ir á esplorar la tierra, y partiesen á cumplir sus instrucciones (2).

[1] Fuerte fundado por Gaboto en el Paraná.

[2] Se ofrecieron dos soldados á D. Pedro de Mendoza de ir á ver y descubrir aquella tierra, y traer razon de ella. El cual, deseando satisfacerse, condescendió con su peticion, y salidos al efecto, nunca mas volvieron, ni se supo qué se hicieron; aunque algunos han dicho que, atravesando la tierra, y cortando la cordillera general, salieron al Perú y se fueron á Castilla. *Rui-Diaz*, Lib. I. cap. XII.



Gemma, entre tanto, presa de su malhadado amor, de aquel amor sublime que habia iluminado su vida como un meteoro celeste, sepultándola luego en las tinieblas del desengaño, se agostaba dia por dia, semejante á una flor arrancada de su tallo. Víctima de la calumnia, había escuchado con indiferencia las murmuraciones del mundo; pero el olvido, la ingratitud, el desprecio del único hombre á quien había sacrificado su virtud, la hirió en el corazon. ¡El tambien había creído que era una impura cortesana!

El delirio y la fiebre de su pasion absorbieron la sávia de su belleza y de su juventud. Ante la ardiente llama de sus recuerdos, la encantadora condesa se fué apagando lentamente como el lucero del alba á los primeros rayos del sol.

Una tarde se presentaron en su palacio dos peregrinos que venían de España; pusieron en sus manos un pliego lacrado con las armas de D. Pedro de Mendoza, y sin aguardar respuesta, desaparecieron.

Antes de abrirlo, un fatal presentimiento prensó su corazon é hizo asomar dos lágrimas á sus áridas pupilas, secas á fuerza de llorar. Sabía que D. Juan había partido á América con el adelantado.

Rasgó el sello con mano trémula, y encontró su imájen rota y ensangrentada, y estas breves líneas, que aunque no venían firmadas, traicionaban al vil que las había escrito.

«Habíamos hecho una apuesta entre varios amigos para conquistar vuestro cariño, y yo, señora, cometí la insensatez de enamorarme de vos como un loco. Una noche el destino os arrojó entre mis brazos, y vuestro amante vino á arrancaros de ellos. Luchamos, y su acero

me atravesó un costado; pero por fortuna, la herida no fué mortal; antes de un mes estaba restablecido. Luego me ví precisado á salir de Roma; mas recordareis que pasé á visitaros la víspera de mi partida, y que solo os dije estas palabras: vuestro amante me ha repetido que jugaba su vida por un capricho, y yo os juro que daré mi eternidad por una venganza. ¿Me comprendeis?

«Ahí os envío vuestro retrato: por el estado en que se encuentra podreis adivinar la suerte que ha cabido á su dueño.»

Aquel fué el golpe de gracia para la desventurada Gemma: llevó con avidez el retrato á sus lábios, y cayó en tierra exánime como herida de un rayo.

Tan infausta nueva la anonadó de repente; su alma idólatra no pudo resistir tamaño dolor, y el débil resorte de su existencia estalló como una hebra de seda ya gastada al choque de su quebranto ...

Empero aquel doble crímen no podía quedar impune: Dios consiente, pero no para siempre.

¡Impenetrables juicios del Altísimo! Todos los que directa ó indirectamente contribuyeron á él tuvieron un fin desastroso.

D. Diego de Mendoza, hermano del adelantado, en los primeros combates que sostuvieron los españoles con los indígenas, cayó del caballo herido de un golpe de *bola* (1) en el pecho, y fué degollado por los *querandies* (2). D. Jorge Lujan tuvo la misma muerte, legando su nombre

---

[1] Arma de los indios adoptada hoy por la gente de la campaña.

[2] Schmidel—*Viage al rio de la Plata*. Cap. VIII.



al rio en cuyas orillas sucumbió (1); el capitan Salazar murió de miseria,

> ....dejando muchos hijos
> Con pleitos y demandas y litijios [2.]

Su pariente Salazar y Medrano fué encontrado cosido á puñaladas en su cama, sin que se pudiese averiguar, por mas diligencias que se practicaron, quienes habían sido los asesinos (3). Oyolas, de vuelta de un viaje que emprendió desde el puerto de la *Candelaria,* en el Paraguay, con el objeto de descubir el camino del Perú, cuando lo había conseguido y tornaba cargado de oro y plata, espiró á manos de los traidores *payaguás*, con todos sus soldados, escapándose solo un indio *chané* que le acompañaba (4), y finalmente, D. Pedro de Mendoza, el principal culpable, el protagonista de este sangriento drama, postrado por una enfermedad vergonzosa (5), defraudado en sus esperanzas, arruinado y odiado de todos, se embarcó para España, y habiendo en la travesía comido, forzado por el hambre, de una perra que llevaba, la cual estaba salida, se puso y murió tan desesperado, *que parecia que rabiaba*, segun la ingénua frase del autor de la Argentina en prosa.

---

(1) Rui-Dias. Lib. I. cap XI.

[2] Barco.—Canto III.

(3) Rui-Dias. Lib. I, cap. XIII.

[4] Guevara.—Hist. del Paraguay, etc. Lib. II, cap. IV.

(5) D. Pedro en este tiempo hubo enfermado
del morbo que de Galia tiene nombre.

Barco. —Canto IV.

No en vano dice Barco, que

> ....Irritado
> Con tanta cobardía y gran malicia,
> Comenzó á castigar Dios el armada
> Con un gran flagelo y cruda espada.
> ....
> Que la sangre de Abel el inocente
> Clamando está ante Dios omnipotente.

El rayo de su ira cayó de lleno sobre aquella malhadada espedicion. Las flechas envenenadas de los infieles, el clima y el hambre mas espantosa, la diezmaron sin piedad. En breve espacio quedó reducida á doscientos hombres solamente, y empezó á esperimentar tal miseria, que, segun nos refiere un testigo y partícipe de estas calamidades, *era tanta la necesidad y hambre que pasaban, que era cosa espantosa, y que algunos de verse tan hambrientos les aconteció comer carne humana, y así se vido que fazta dos hombres que fizieron justicia, se comieron de la cintura pa abajo* (1).

En fin, la conquista del rio de la Plata ofrece en aquel período el cuadro mas desolador que podría concebir la imaginacion del poeta mas fantástico y lúgubre. Acaso en otra ocasion, amados leyentes, os le presentemos en todo su relieve, en otro episodio consagrado esclusivamente á bosquejar la faz histórica de aquella época.

Ahora, levantemos al cielo los ojos, fatigados de contemplar horrores, y cubramos esas tristes imágenes con el manto venerable de tres siglos. Víctimas y verdugos

---

(1) Carta ó informe de Francisco Villalta, fecho en la Asuncion capital del Paraguay, en 1556. Se halla en los últimos tomos de la coleccion inédita del Sr. Muñoz, existente en la biblioteca de la Academia de la Historia.

bajaron á la tumba; ya no existen; ya no queda ni el polvo de sus huesos.... ¡Paz á su memoria!

Vosotros, los que abrigais un corazon sensible, los que teneis un alma que, como un metal sonoro, vibra á todas las impresiones que vienen á herirla; si alguna vez el demonio de la tentacion cierne sus alas sobre vosotros, acordaos de Gemma y del capitan Osorio, y consagrad una lágrima y un recuerdo á la hermosa entre las hermosas, al valiente entre los valientes, que gustosos sacrificaron su VIDA POR UN CAPRICHO....

FIN.

INDICE DE LA VIDA POR UN CAPRICHO.

FARSA Y CONTRA-FARSA.

Buenos Aires, Febrero 16 de 1858.

Sr. D. Heraclio C. Fajardo.

Tiempo hace, mi querido Fajardo, que deseaba pagarle una pequeña deuda de gratitud y afecto. La voz primera que me saludó en la prensa Montevideana, al regresar de Europa despues de nueve años de ausencia, fué la de Vd. y me es grato, muy grato hoy, en que se digna pedirme mi humilde cooperacion para el ESTIMULO, remitirle la adjunta novelita que tenía empezada y he terminado espresamente para su Semanario.

Le ruego, pues, que acepte su dedicatoria y con ella la espresion sincera del aprecio y cariño que le profesa,

Su leal amigo y compatriota

A. Magariños Cervantes.

FARSA Y CONTRA-FARSA.

I.

¡¡¡ 300,000 .... !!!

Hace un hermoso dia de verano; dan las diez de la mañana del 15 de Junio de 1851, y nos encontramos en un elegante gabinete, ocupado por tres jóvenes que sostienen una viva discusion. Dos de ellos hablan acaloradamente, y el tercero los escucha en silencio con aire preocupado y meditabundo.

El gabinete está situado en el piso principal de una magnífica casa de la calle de Atocha. Los muebles que lo decoran, los armarios llenos de gruesos y pequeños volúmenes, unos nuevecitos, y otros de color dudoso y problemático, varios instrumentos esparcidos sobre una mesa de caoba, y muy especialmente dos enormes cajas, una de ellas entreabierta, dejando ver una multitud de pequeños frascos ó botes de cristal llenos de globulillos blancos, negros, amarillos, jaspeados, rojos, demuestran que aquella es la habitacion de un discípulo de Esculapio, homeopata y doctor por añadidura.

En efecto, un Doctor, uno de los médicos que con mas lustre sostienen en Madrid las doctrinas de Hanneman y á

quién llamaremos D. Eugenio Daelza, es el que permanece silencioso, mientras sus dos amigos Plácido y Manuel, examinando y releyendo un billete que tienen en la mano, continúan perorando de este modo:

—Oh! lo que es la cartita, decía Plácido, puede arder en un candil; cuanto mas la leo mas insolente y estúpida la encuentro.

—Pero, Señor, replicaba Manuel, ¿cómo D. Facundo Valletriste, ese suicida en ciernes, ese poeta no comprendido, ese nuevo *Biron Blassé*, ese hombre de mundo, en fin, filósofo consumado á los veinticinco años, que en nada encuentra placer ni distraccion y que cuenta por millares las conquistas, segun dice, comete semejante necedad y se muestra tan amartelado, tan cándido y severamente nécio con una mujer cuya mano rechazó antes sin conocerla?... ¿Qué dices á esto, Daelza?

—Verdaderamente no sé que pensar, contestó el médico; tengo para mí que esa carta no es escrita por él.

—Lo mismo había yo pensado; pero la confesion espresa de Virginia....replicó Plácido titubeando.

—¡Enmarañado está el asunto! añadió el tercer interlocutor; y lo peor es que urge tomar una resolucion definitiva.

—No debemos de ningun modo acceder á los deseos del vengativo hermano.

—Por qué? preguntó el médico con indiferencia.

—Porque ya sabeis la ferocidad del uno y la manía del otro.

—Temeis que D. Silvestre, afuer de espadachin consumado, mate de una estocada al presunto suicida?

—Eso es lo mas probable.

—A juzgar por las apariencias....

—Pues qué! no creis en la valentía del uno y en el esplin del otro?....esclamaron los dos jóvenes, sin permitirle concluir la frase empezada.

Los jóvenes insistieron en sus fundados temores.

El médico se cruzó de brazos y dejó escapar un ligero silvido que equivalía á una negativa.

—Los hombres que hablan mucho, les dijo él, valen por lo general muy poco. Nadie se alaba de las cualidades que posee. Ese es el mejor barómetro para justipreciar á cada uno. Por regla general; todos nos sentimos inclinados á vanagloriarnos de las dotes que carecemos. Nadie habla mas de honradez que los pícaros; nadie invoca tanto á la Patria como los mismos que la envilecen y saquean; nadie es mas quisquilloso que los débiles; nadie tiene menos deseos de morir que el que anda diciendo á todos que va á matarse.

—Y sin embargo, muy amenudo los pícaros se conducen como hombres honrados; los titulados patriotas prestan á la nacion servicios importantes; los débiles se baten como el mas valiente; y los que no tienen ganas de morir, se arrojan al canal ó se levantan la tapa de los sesos.

Sí, repuso el médico con irónica frialdad, por orgullo, por amor propio, por egoismo, por compromiso, y siempre por miedo á algo; unas veces á las leyes, otras á la sociedad, otras al ridículo ó al desprecio.

—¿Y juzgais que Tremedal y Valletriste se encuentren en ese caso?

—Me sobran motivos para creerlo: el primero es un



fátuo insoportable. Parece que anda siempre á caza de lances: en todo encuentra una alusion personal, una falta de respeto, un insulto. Basta mirarle al soslayo para que se crea ofendido. Siempre tiene en los lábios la palabra satisfaccion y desafio. Se permite con los demas las bromas mas groseras y pesadas, y apenas se le dirige la menor indirecta se hincha como un herizo, y provoca un verdadero agravio con sus insolencias. Por desgracia, la mayor parte de los hombres se dejan intimidar por un jesto imponente ó una palabra enérgica, y en los momentos críticos se olvidan que el hierro se rompe con otro hierro mejor templado, ó lo que viene á ser lo mismo, que el descaro se vence con la audacia, la desvergüenza con el cinismo y el arrojo con la temeridad.

—No obstante, algun motivo muy poderoso debe existir cuando todos respetan, ó al menos toleran los contínuos desmanes é inpertinencias de Tremedal.

—En los lances de honor, siempre hay que contar con el miedo (natural en el que se bate por primera vez) con la torpeza ó cobardia proverbial del contrario. Ademas, nuestro hombre sabe manejar perfectamente toda clase de armas, y tiene una táctica especial para no hacer blanco de sus tiros, sino á los que no se encuentran en el caso de luchar con él de igual á igual.

—Entonces,—dijo Manuel, íntimo amigo de Daelza, pero que no conocía al sujeto de quien se hablaba; entonces es un villano que abusa de su superioridad en el sable, en el florete y la pistola.

—No, no es un villano, es solamente la farsa del pundonor y la valentía; como el otro es la farsa del génio no

comprendido, del jóven viejo antes de tiempo y del hombre superior que no acierta á vivir en nuestra corrompida atmósfera,—menos corrompida que él! Entrambos son tipos que abundan mucho en nuestra época. Los duelos y el esplin han llegado á ser hoy una enfermedad de moda: están á la órden del dia.

—¡Siempre sarcástico y burlon!.... hasta con tus amigos!

—Digo lo que siento y creo no equivocarme; los conozco á los dos desde la infancia; y sino decidme, ¿hay motivo para desafiar á muerte á un hombre solo porque escribe una carta del género tonto, suponiendo que la carta sea suya, á una hermana nuestra?

—Según y conforme.

—Contestadme categóricamente.

—Este es un caso escepcional. La hermana del Fierabrás andaluz ha sido antes despreciada por el Werther valenciano.

—No hay tal desprecio; los padres habían arreglado esa boda allá en Granada, dejando siempre al arbitrio de sus hijos el realizarla ó no. Valletriste, atacado ya de su fatal manía, no tuvo por conveniente aceptar. Desengañado del mundo, había resuelto no casarse nunca y así se lo escribió á sus padres, quienes con gran sentimiento se lo participaron á los de la novia.

—¿E insistís en que eso no es un desprecio?....

—¿Dónde está el desprecio? contestó negativamente á una proposicion que se le hacía, y nada mas. Estaba en su derecho.

—La niña era pobre y él inmensamente rico.

—Pero la niña aguardaba una cuantiosa herencia de una tia suya.

—Que ya ha muerto, y ha dejado á su sobrina la miseria de seis millones, reales vellon ó sean trescientos mil duros, añadió Plácido.

—Ignoraba esa circunstancia, de la cual me alegro infinitamente contestó el médico.

—De todos modos fué un nécio, repuso Manuel.

—Ya lo creo!...., la niña es lindísima.... tiene unos ojos divinos, una boca que parece un pimpollo, un talle que envidiaria la Cerito en sus mejores tiempos, un piecesito y una sal y una gracia andaluza, capaces de trastornar el juicio al mismo San Antonio, aun despues de haber salido victorioso de las mil tentaciones á que le sujetó el espíritu maligno en una sola noche.

—Y hoy para dar realce á tan peregrino conjunto, prosiguió Plácido exhalando un profundo suspiro,—la recomiendan, la ensalzan, la poetizan, la divinizan y santifican los seis millones del pico.

¡Trescientos mil duros! repitió Manuel relamiéndose los lábios de puro gusto;—he ahí unas sublimes, seráficas palabras, capaces de levantar á un muerto de su tumba en los calamitosos tiempos que atravesamos; trescientos mil duros!.... Vamos Valletriste estaba loco, borracho ó dado á perros el dia que cometió la insensatez de no aceptar con los ojos cerrados los seis consabidos.... quiero decir, mujer tan recomendable.

—Entonces esa fortuna era solo una esperanza, menos que una esperanza; porque la tia no contaba mas que treinta y dos años y pensaba volverse á casar este invierno,

cuando una repentina pulmonía se la llevó en veinte y cuatro horas al otro mundo.

—*Requiescat in pace!* murmuró el Doctor.

II.

Similia Simílibus.

Dejamos en el capítulo I á nuestros interlocutores, entonando un *De profundis* á la memoria de la tia de Virginia, á quién tan oportunamente se le antojó morirse; y como nos importa muy poco la discusion en la parte que á la finada se refiere, desde que no somos sus herederos, ni legatarios siquiera, volveremos á reanudar el diálogo únicamente en lo que tiene relacion con los principales personajes de esta verídica historia.

—Yo creo añadió Plácido, y ahora con doble motivo, que la pobreza de Virginia debió influir mucho en la resolucion de D. Facundo: al menos la familia de la niña lo cree así.

—Pues tú y la familia se apresuró Daelza á contestarle, piensan muy mal. Entre las varias y buenas cualidades que posee Valletriste, y por las cuales se le quiere á pesar de sus muchos defectos, resalta la generosidad y el desinteres. Justamente entonces empezaba á sentirse atacado de su maldito esplin, y se acostaba todos los dias y veía salirse sol, esperando que el siguiente sería el último de su vida,

segun me confesó mas tarde. En una situacion de ánimo semejante, natural era que lo viese todo al través del negro velo de su melancolía. Luego, como se estravió el retrato de ella, y como tampoco su familia insistió en este enlace; como ella hace apenas dos meses que se encuentra en Madrid, y él no hace uno que regresó de su último viaje à Francia, no pudo volverla á ver ni valorar el tesoro que perdía. Yo la conocí en una escursion que hice á Granada el verano pasado, y quedé prendado de su gracia y hermosura. Varias veces he hablado á Valletriste sobre el particular, porque estoy íntimamente persuadido que esa jóven le curaría de su ridículo esplin; pero no ha querido oirme y me ha obligado á variar de conversacion, en cuanto he tocado este punto. Creo que la detesta cordialmente.

—¿Sabrá que D. Silvestre ha hablado mal de en él varias ocasiones por el supuesto desprecio que hizo á su hermana?....

—No puede ser otro el motivo de su aversion á su ex-prometida, causa inocente de las hablillas y murmuraciones del maton.

—Por eso es temible un lance entre los dos, y es preciso evitarlo á todo trance.

—Repito que no.

—Mira lo que haces Daelza!

—Yo tengo un medio que lo conciliará todo y espero surta el efecto apetecido.

—¿Cual es?

—El principio que sirve de base á nuestra doctrina.

—¿El *Similia Similibus*? preguntó Plácido con aire de burla.

—El Similia Simílibus, respondió el médico impasible.

—Tradúcelo en lenguaje vulgar, despeja esa incógnita, porque de lo contrario nos quedaremos tan enterados como del logogrifo con que pretende pagar el Sr. Bravo Murillo (1) no sé cuantos millones de deudas propias y agenas, sin recargar el presupuesto.

—Un clavo saca otro clavo, repuso el homeopata sonriéndose. Juzgas que D. Facundo desea de buena fé verse libre del peso de la existencia?

—Por qué no?.... Eso se ve todos los dias.

—Pues estás en un grande error. El que quiere matarse lo hace y no lo dice. El que sufre tanto, se muere de dolor y no se mata. Porque por otra parte, ¿qué motivos tiene él para desear la muerte? Jóven, rico, en una envidiable posicion social....

—Talvez algun secreto pesar.... algun motivo que nosotros ignoramos....

—Bien podría ser; pero como lo ignoro, persisto en creer lo que os he dicho antes.

—¿Pues cual es el orígen de su prefunda melancolía?

Una gran dósis de bílis, el abuso de los placeres, su carácter escéntrico, las detestables ideas en que está imbuido, sus pretensiones de ser lo que no puede, y el aislamiento voluntario en que vive.

Los dos jóvenes miraron al Doctor con incredulidad, y sin negar del todo la exactitud de su diagnóstico, trataron de probarle que podían existir mil causas secretas, insignificantes para los demas, pero de grande importancia para

[1] Célebre Ministro de Hacienda.

el infeliz atacado de esa manía, cuando eran bastante poderosos para arrastrarle al suicidio.

—Yo le habría curado—continuó el médico—si él hubiese querido seguir mis instrucciones. Muchas veces he pensado en los medios de salvarle contra su voluntad, porque si persiste en su ruin obcecacion, al fin acabará por morirse de veras; pero todos mis propósitos fracasaban ante su tenacidad y el temor de que descubriese la burla, é hiciese por un compromiso de amor propio lo que no ha hecho hasta aquí. Hoy una feliz casualidad me pone en el caso de realizar una esperiencia que ha mucho tiempo deseo, y Dios mediante espero llevarla á cabo y conseguir un doble objeto, ó como dice el vulgo, matar de un tiro dos pájaros.

—¿Dos nada menos?

—O tres!—por lo pronto caerán en la red el suicida en ciernes y el nuevo D. Quijote desfacedor de entuertos y agravios imaginarios. Talvez el golpe alcanze de rechazo al amante oculto, causa de todo este *imbroglio.*

—Mira, no eches la cuenta sin la huéspeda.

—Allá veremos.... todo lo mas que puede suceder, es que de tramoyistas y meros espectadores, nos convirtamos en actores....Ya os he dado á los dos mis instrucciones.... solo os recomiendo el secreto.

—¡Buen secreto! si no nos has dicho una palabra.

—Me refiero á las personas que figuran en esta farsa y en la contra-farsa que voy á preparar.

—Dínos siquiera algo de tu plan.

—Nada: *Similia Similibus.*

—Vete al demonio con tu homeopatia!

—Ea, marchaos ... los momentos son preciosos—Tú

Plácido, díle á D. Silvestre Tremedal lo que hemos convenido. Yo acepto de antemano toda la responsabilidad de lo que suceda—En cuanto á vos, Santélices, pronto nos veremos.

—¿Dónde?

—En casa de Valletriste.

—Adios.

—¡Adios!

Salieron los jóvenes, y el médico despues de dar tres ó cuatro paseos por el gabinete, como si necesitase asegurarse en su resolucion y combinar mejor sus ideas, impaciente hirió el suelo con el pié, esclamando:

—Los dos están locos, y es preciso curarlos!

En seguida se acercó á la mesa, tomó una de las cajas de que ya hemos hablado, y sacó dos botecitos de cristal.

Una idea súbita cruzó al mismo tiempo por su fisonomía grave é inteligente, y lanzando una mirada oblícua á los botes que tenía en la mano, quedóse inmóvil, presa de encontrados sentimientos.

—¿Y si el remedio es peor que la enfermedad?—se dijo vacilando y casi arrepentido de su primer impulso;—¿sí por evitar un peligro incierto, abro un precipicio á sus piés y los espongo á una muerte segura?....

Daelza pareció reflexionar, é instintivamente volvió á colocar en su puesto los pomitos de cristal.

Poco duró su incertidumbre; la conviccion del triunfo tornó á brillar en su mirada sarcástica y fría ... tendió a mano con un gesto desdeñoso, y los dos frasquitos, rechazados antes, fueron á parar al bolsillo superior de su frac, envueltos en medio pliego de papel.

¿Sería efecto su resolucion de esa insensibilidad propia de los médicos cuando se trata de hacer algun esperimento *in ánima vile*? ó sería hija de la imposibilidad en que se encontraba de retroceder, una vez comprometido con sus amigos á llevar á cabo aquella aventura, y cuando ya Plácido habría empezado á dar cumplimiento á sus órdenes, hablando á D. Silvestre en el sentido que él le indicára?

No me es posible, lectores mios, satisfacer vuestra curiosidad.... en este capítulo. Solo os diré que el Doctor requirió su chapeo, cogió su baston y bajó resueltamente la escalera, tarareando:

—*Similia, similia, simílibus, simil*.....

Como el dia está tan hermoso, y se dirije, segun parece, hácia la Puerta del sol, donde tambien nosotros vamos, le acompañaremos si gustais, y por el camino os daré algunas esplicaciones acerca de su anterior conferencia; esplicaciones que por fuerza tendrán que ser breves, casi infinitisimales, vista la rapidéz con que marcha el Doctor y la necesidad de guardar una prudente reserva tratándose de asuntos que no son nuestros. El novelista que procede de otro modo, se espone á que los sucesos le desmientan, compromete á sus personajes, y lo que es peor, se compromete á si mismo, porque ¿quién diablos ha de seguirle hasta el fin de su obra, si desde las primeras pájinas descubre su secreto? Nadie lee lo que está cansado de saber.

III.

Enigma.

Enigma es para mí todo cuanto existe debajo del Sol, sin esceptuar los mosquitos, los callos, las deudas, los dolores de muelas, las narices descomunales, las lechuzas, los ratones y otras mil perversas alimañas, irracionales ó racionales, cuya razon de ser, francamente no comprendo, á menos que no sea para recordarnos á cada paso que proscriptos de otro mundo mejor (ó peor) andamos prófugos y errantes haciendo méritos y servicios por este terráqueo globo sublunar, llamado con razon *valle de lágrimas* y espinas!

Poco, muy poco ingénio se necesita para comprender la íntima relacion que existe entre dichos fenómenos y los hechos que acabo de apuntar, pero si no la adviertes, oh lector benévolo y profundo! te confieso ingénuamente que á mi me sucede lo propio.... al menos en este instante.

Procuraré coordinar mis ideas y ponerte en camino de que me entiendas.

Puesto que salimos con el Doctor, despues de terminado el diálogo que has leído en el anterior capítulo, cúmpleme ahora referirte en este, cómo y por qué se entabló.

Esa mañana se encontraba el homeópata en su gabinete, en compañía de D. Manuel Santélices, jóven amigo suyo empleado en uno de los ministerios de la corte, que había venido á consultarle sobre las virtudes medicinales de los baños mas célebres de la península, con objeto de escoger el que creyese mas oportuno. Padecía de una afeccion al pecho, que empezaba á desarrollarse con síntomas alarmantes, y habiéndole asegurado varias personas que se restablecería solamente con los referidos baños, quería que el Doctor le indicase el mas adecuado á su complexion y al carácter de su enfermedad.

D. Eugenio le aconsejó que se fuese á los de Carratraca, en la provincia de Málaga, y mientras le hacía una prolija enumeracion de todas sus virtudes, se presentó D. Plácido Gándara, á quién profesaba el médico grande aprecio y amistad, y á quien el jóven empleado ya conocía por haberle visto en alguna de las reuniones que los dos frecuentaban.

Plácido no era gran madrugador, pues generalmente se acostaba á las tres ó las cuatro de la mañana; y su visita á aquella hora intempestiva hizo desconfiar al Doctor que tendría alguna cosa reservada que comunicarle. En consecuencia, insinuó á Santélices que pasase á la pieza inmediata, pero Plácido le evitó esta molestia diciéndole con la franqueza y cordialidad que le eran peculiares:

—No se vaya Vd., siendo amigo de Daelza, lo es tambien mio: ademas, ya nos conocemos. Puede Vd. escuchar nuestra conversacion y tal vez ayudarnos á arreglar el detestable asunto que me trae aquí.

En seguida les refirió que su amigo D. Silvestre ha-

bía sorprendido una carta dirijida á su hermana, en la que se le proponía un rapto y un matrimonio secreto, y se le prodigaban á él los epítetos de tirano, avaro, egoista y otras lindezas por el estilo.

Esta carta, segun aparecía de su firma y de la confesion espresa de la parte interesada, la hechicera Virginia, estaba escrita por D. Facundo Valletriste, antíguo prometido esposo de la hermana de D. Silvestre.

Y D. Silvestre, que como saben ya nuestros lectores, le conservaba grande rencor y ódio por el desprecio de marras, se puso hecho un tigre con el descubrimiento, imaginándose que Valletriste trataba únicamente de seducir ó burlarse de su hermana, en justa venganza de las voces que él había propalado acerca de su persona; y opinó que solo un duelo á muerte podía lavar tamaña afrenta.

Dominado por esta idea diabólica, pasó á ver á Plácido su íntimo amigo, y con el cuerpo del delito en la mano, se lo hizo leer dos veces y le exigió en nombre de su honor y antígua amistad, que fuese inmediatamente á desafiar á D. Facundo de su parte, y arreglase todo con el mayor sigilo, de manera que pudiesen batirse á muerte esa misma tarde si era posible.

Plácido se perdía en congeturas; aunque los hechos se encadenaban de tal modo para condenar á Valletriste, costábale mucho trabajo creer en su completa culpabilidad. Había algo en aquella carta, que abogaba en favor suyo: era casi imposible que él la hubiese escrito. Aquella descabellada misiva, segun la justa observacion de Daelza, parecía mas bien obra de algun imberbe polluelo, que se daba los aires de un D. Juan Tenorio, y aspiraba con una

audacia y una insolencia dignas de un sobérbio vapuleo, á ocupar por algunos dias la atencion de la corte y de los periódicos con el ruido de su aventura. Eso opinaba el médico, Santélices se adhería á su dictámen, y el mismo Plácido, al oirle, cedía á la fuerza de sus argumentos; pero la confesion espresa de la niña, y la seguridad con que D. Silvestre afirmaba que la tal carta había sido escrita por el presunto suicida, los llenaba al propio tiempo de confusion. Allí se ocultaba un misterio, un enigma que era preciso descifrar, y despues de haber puesto en tortura su imaginacion convinieron los tres, en que sus suposiciones podían ser mas ó menos verosímiles, pero, que estaban muy lejos de ser infalibles; y á fuerza de intentar cada uno que prevaleciese la suya, acabaron por no entenderse. Es sabido que de la discusion brota la luz.

Plácido admitía la hipótesis de que Valletriste, podía ser el autor de la carta, fundándose en que era un estravagante capaz de todo. En algunos de sus frecuentes accesos de melancolía con ribetes de locura, dijo, se le habrá ocurrido distraerse con Virginia. ¿Me preguntareis con qué objeto?.... No lo sé á fé mia! pero quizá la opinion de Tremedal es mas acertada de lo que juzgamos. Todo se concibe en un hombre ansioso de venganza y poseido de ideas tan singulares como D. Facundo.

Santélices se inclinaba á creer que la carta había sido escrita por algun enemigo de este último ó de D. Silvestre, con el piadoso objeto de reirse á sus espensas, de irritarlos y obligarlos á batirse, ó solamente de ponerlos en ridículo.

El médico perseveró en su primer idea, y á pesar de las protestas de Plácido que pretendía conocer á fondo á

Virginia, demostró por una série de inducciones y deducciones, que convencerían al pirroniano mas incrédulo, que algun amante secreto andaba en la danza, y que este amante, que necesariamente debía ser un pollo, se veía correspondido y estaba en connivencia con la niña.

En vano Gándara le manifestó que asistía diariamente á su casa y que nunca había visto allí de visita á ningun pollo ni gallo.

En vano le recordó que no hacía mas que dos meses que la inocente paloma se encontraba en Madrid.

En vano trajo á colacion sus diez y seis años, su candor é inesperiencia.

En vano le hizo presente que profesaba á su feroz hermano, un respetuoso cariño bastante parecido al miedo, para atreverse á engañarle de ese modo.

Daelza no se dió por vencido.

La fuerza de su conviccion le dominaba á pesar suyo y sin poder esplicarse la causa, rechazaba con la terquedad del escéptico, las pruebas mas concluyentes y perentorias.

En este punto, como en el relativo al duelo, veía ó creía ver la verdad y compadecía sinceramente la obsecacion de sus amigos.

Su convencimiento era tanto mas fuerte y espontáneo, cuanto no dimanaba del raciocinio, sino de la conciencia; no de hechos materiales que caian bajo el dominio de los sentidos, sino de esa inspiracion súbita, de esa voz íntima y profética que se levanta á veces del fondo del alma, cuando los ojos y los oídos se niegan á ver y á escuchar lo que ven y escuchan, porque en las mismas cosas y sonidos ven y escuchan lo que no existe para los demas. Por eso,

aunque Plácido y Santélices, á falta de otras razones mas poderosas, le arguyesen con la lógica inflexible de los hechos, él aceptando los hechos, los interpretaba á su manera y las consecuencias que deducía eran diametralmente opuestas á las de sus dos amigos. Por eso, aunque tuviese un momento de indecision al encontrarse solo, considerando las mil contingencias á que están espuestos todos los cálculos y combinaciones humanas, le bastó reconcentrarse dentro de sí mismo, y consultar á su corazon, para decidirse y perseverar en su propósito con doble fé y ahinco.

Daelza, pues, que juzgaba haber planteado la cuestion en su verdadero terreno, lo arregló todo á medida de su deseo. Su reputacion de honrado y filantrópico y el leal afecto que profesaba á Valletristre, desvanecía cualquier sospecha injuriosa á sus nobles sentimientos y loables intenciones. Los dos jóvenes cedieron, sin advertirlo, al ascendiente que ejercía el Doctor sobre cuantos le conocían y trataban, por su saber, por su profundo conocimiento del corazon humano y la inquebrantable firmeza de su carácter, y se comprometieron á seguir al pié de la letra sus instrucciones.

Una vez conformes, el médico parapetándose en una prudente reserva, y sin descubrirle sus baterías, ó sea los resortes de que pensaba valerse, formuló su plan de batalla en estos términos:

Existe una carta y hay un duelo pendiente. La carta ha sido escrita por un amante desconocido. El duelo ha sido provocado sin fundamento. Es preciso que este se realice y que se descubra el amante anónimo, autor de la epístola.

Plácido interrogará á Virginia sobre el particular, Santélices con pretesto de despedirse de Valletriste irá á su casa, de modo que le encuentre yo allí cuando me presente.

El primero se encarga del maton.

El segundo del pollo, si fuese necesario y el negocio se formalizase.

Y yo del monomaniaco.

Ahora escuchad vuestra consigna.

....

....

De esa manera, y aceptando la responsabilidad de lo que sucediese, logró el Doctor que Plácido y Santélices se prestasen á ser instrumentos ciegos de su soberana voluntad.

Si aquel era ó no el medio mas seguro de aclarar el misterio de la carta y de zanjar satisfactoriamente el lance de honor á que ella daba orígen, lo sabrán los que tenga la calma indispensable pará ir leyendo, sin impacientarse, lo que aun falta de esta novelita, que será muy corta, pues solo tiene primera, segunda, tercera, cuarta y quinta parte, constando cada parte de ocho á diez tomos, segun es moda y práctica corriente en los novelistas de allende el Pirineo. Lo bueno debe imitarse.

Si alguno de los suscritores, asustado con las dimensiones *eleisseguicas* (1) de este fugáz ensayo, renuncia al gusto de leerlo, considerando que la vida es corta para tamaña empresa, y sin embargo, desea saber como termina, me tomaré la libertad de rogarle que pasee sus ojos por las dos

(1) Eleisseguí es el nombre de un famoso gigante guipuzcuano que se encontraba en Madrid en 1852.

séries de puntos suspensivos colocados mas arriba. Allí está la esplicacion del *enigma,* palabra que he puesto por via de reclamo para cautivar la atencion del lector, en el frontis de este capítulo. Descífrelos, y ha leido toda la novela.

Por supuesto que no faltará quién presuma que pretendo escaparme por la tangente, y tome á burla esta franca y esplícita declaracion; ¿pero qué persona medio decente, (que haya leido el Collar de la reina) ignora hoy que con ayuda del magnetismo, se realizan ese y otros fenómenos mas incomprensibles aun?

Si mis lectores me abandonan, calificando de embolismo al sonambulismo, seguro estoy que algunas de mis lectoras, aunque no sea mas que por curiosidad, tal vez se aventuren, dormidas ó despiertas, á lanzar su fantasía por los espacios imaginarios.

Y ellas vencerán, dormidas ó despiertas, con magnetismo ó sin él, porque son todas un misterio, un logogrifo, un *enigma* insoluble, desde la punta del pié hasta la raiz de los cabellos; y es sabido que un lobo no muerde á otro. El diamante se labra con el diamante.

Les ruego únicamente que sean generosas, y que en la embriaguéz del triunfo no abusen de la victoria, divulgando mi secreto.

IV.

¡Hastiado!

Al llegar á la puerta del Sol, D. Eugenio internóse por la calle del Cofre á visitar á uno de sus clientes que se hallaba de bastante peligro; mientras su amigo, D. Manuel Santélices, que llegaba al mismo punto, por la calle de Carretas, subió por la de la Montera, se detuvo en una casa inmediata á la red de San Luis, subió la escalera, llamó al piso principal, y un criado de aspecto venerable vino á abrirle.

—Hola, Lupian! le dijo D. Manuel poniéndole afectuosamente la mano sobre el hombro; y tu amo?

—Todavía duerme.

—¡A la una del día!....¿Se acostó tarde?

—No señor, pero como dice que no cierra los ojos en toda la noche....

—Necesitaba verle.

—Pues le avisaré.

—Sí, conmigo no habla la consigna. Vamos.

El jóven seguido del criado atravesó varias piezas y se detuvo en la puerta del dormitorio, riéndose interiormente de la indecision que manifestaba aquel.

—Señorito! murmuró el anciano servidor sin atreverse á pasar el umbral.

—Qué quieres? contestóle su amo con voz estentórea; ¿no te he dicho que por ningun pretesto ni motivo me despiertes cuando esté durmiendo?

—El Sr. Santélices desea hablaros....

—Ah! es Manuel....que pase adelante.

Abrió el criado unos de los balcones, corrió las cortinas á las vidrieras, entró el jóven y despues de estrechar cordialmente la mano de su amigo, tomó una silla y sentóse al pié de la cama.

Aprovecharemos el instante en que la luz penetra de lleno en el aposento, para sacar, aunque sea al daguerreotipo, el retrato de D. Facundo Valletriste.

Es D. Facundo uno de esos jóvenes de la alta sociedad madrileña, gastados prematuramente por los escesos y placeres. Apenas tenía veinte y cinco años y sin embargo su fisonomía representaba cuarenta. Un círculo lívido amortiguaba el resplandor de su mirada, que en otro tiempo debió ser enérgica y espresiva. Sus rasgados ojos, de color indefinible, carecían de esta atmósfera magnética y brillante que baña las pupilas de las personas jóvenes que gozan de buena salud, y muy especialmente las del bello sexo. Cuando se sonreía, su sonrisa causaba una sensacion penosa; porque no solo dejaba ver mas de una hendidura en sus pálidas encías, por la falta de algunos dientes y muelas, sino que tambien dibujaba profundos surcos en su rostro nervioso y seco. Diríase que los músculos y tendones maxilares habían perdido su primitiva elasticidad, á fuerza de estar en contínua tension y rigidez.

El aspecto enfermizo de aquel jóven, viejo en su juventud, hacía daño al corazon. Pródiga y liberal la naturaleza le había dotado de una estatura atlética y de una complexion privilejiada; pero los escesos, como un virus déletereo, gastaron prematuramente sus poderosos resortes.

Por la postracion de su cuerpo se adivinaba la de su alma: Dios ha unido tan estrechamente el espíritu con la materia, que siempre que esta se vé afectada, siente aquel el golpe de rechazo. Siempre el malestar moral vá acompañado de alguna grave perturbacion en la economia animal.

La degradacion ó el embotamiento perpétuo ó momentáneo de las facultades intelectuales, no reconoce otro orígen que la falta de armonia ó la debilidad de los órganos sensitivos.

Toda sobreescitacion demasiado violenta acaba por afectar el sistema nervioso, y despues de un período mas ó menos largo, nos conduce á la atonía, á la estupidéz ó á la demencia,—puentes por donde nos lleva á atravesar el piélago insondable de la muerte.

Valletriste se encontraba en el primero de estos tres casos; todo indicaba en él, mas que el embrutecimiento del idiota ó la fébril energía del demente, el cansancio, la fuerza de inercia, el marasmo fisico-moral del que sucumbe, no porque lo desee, sino porque falta algo á las condiciones de su existencia. El leon númida, la serpiente del Indo y el cóndor americano, que tomados pequeños y criados lejos de las selvas, se acostumbran á la servidumbre y van perdiendo sus hábitos, sus instintos, su agilidad, su hermosura y tamaño hasta degradarse completamente, ofrecen una imájen bastante exacta de lo que les pasa á los hombres

entregados desde niños á sus malas pasiones. Y si considerais á esos mismos animales prisioneros en sus jaulas, débiles y raquíticos, no podreis menos de conocer que se mueren porque les falta la inmensidad del desierto, el aire cálido, aromado y vivificante de sus bosques y montañas, el agua bullente y cristalina de sus cañaverales, rios y quebradas, y la presa acechada, perseguida y cogida con mil afanes...

Así el hombre á quien el abuso de los placeres le quita la libertad de desearlos, preso entre las redes de sus propios vicios, empieza á sentir un vacío que nada alcanza á llenar. Semejante á una lámpara privada de combustible, se va consumiendo lentamente. El fastidio le persigue, y para libertarse de él, se encenaga mas y mas en el lodazal en que se encuentra; pero ¡ay! en vano. Encerrado en un círculo de hierro que no tiene mas salida que la virtud ó la muerte; sus ojos se embotan en el mezquino horizonte de la realidad, sin que ninguna brisa consoladora venga á refrescar su abrasada sien, sin que ninguna aspiracion legítima ensanche su pecho y levante su ánimo abatido, sin que ningun ensueño de felicidad cubra de flores el árido yermo de su vida. La realidad es la roca Tarpeya de los que la proclaman como su Dios, y en cuerpo y alma se entregan á ella como Fausto á Mefistófeles. La realidad es la tumba de la esperanza, y quién acierta á vivir en la tierra sin esperanzas, sin móvil, sin norte, sin deseos de ninguna especie?

¡Dichosos los que en la mitad de esa pendiente fatal logran detenerse, y volviendo sobre sí luchan brazo á brazo con su ángel malo hasta que lo vencen, y redimen con su energía y perseverancia su juventud marchita, su perdida ventura y sus muertas ilusiones!

—Y bien, dijo Manuel á su amigo, dando así principio á la conversacion;—¿cómo habeis pasado la noche?

—Mal, muy mal.

—Ya se vé! no quereis seguir los consejos de vuestro médico.... os obstinais en que no estais enfermo.

—Mi enfermedad no es del cuerpo sino del alma,—contestó el jóven con displicencia,—y el alma, mi amigo, no se cura con yerbas medicinales.

—Daelza afirma de la manera mas formal, repitió Manuel acentuando las palabras,—que estais gravemente enfermo de las dos cosas.

—Estoy hastiado y nada mas, repuso Valletriste con acritud. Los médicos no comprenden lo que está fuera del alcance de su ciencia y todo lo atribuyen al estado de los humores. La vida me abruma y cada dia me parece mas insoportable. Hé ahí el secreto de mi supuesta dolencia.

El tono áspero y desdeñoso con que se espresaba D. Facundo, no era el mas apropósito para atraerse una respuesta benévola, mucho mas de un hombre que hacía alarde de franqueza como Santélices y que iba dispuesto á exacerbarle á fin de traerle al terreno que deseaba.

—¡Hastiado! esclamó con una sonrisa irónica que hirió en lo mas vivo la susceptibilidad de su interlocutor;—¡hastiado! ¿y de qué?....

—De todo.... de la sociedad, de mis queridas, de mis amigos, de mi médico y hasta de mí.

—Gracias por la parte que le toca á nuestro pobre Doctor.

—Soy franco y no sé disfrazar la verdad: sus enfadosos sermones, y el empeño que pone en contrariarme siempre

que le hablo de esto, me van ya exasperando, y si no fuera por....

—El cariño que le profesaba vuestro difunto padre, y los servicios que en su última enfermedad tuvo la satisfaccion de prestarle en cambio de lo mucho que hizo por él.... le cerraríais vuestras puertas?....

—Vos lo habeis dicho.... respondió el jóven con cierto empacho.

Santélices empujó con desden el lábio inferior hácia adelante y movió la cabeza como compadecido de la obcecacion del irritado mancebo.

—Daelza tiene el penoso, pero imprescindible deber de aconsejaros y apartaros de la peligrosa senda en que os vé, añadió Manuel con acento grave y pausado;—bien sabeis lo que le encargó vuestro padre al morir. El se cerró los ojos mientras vos malgastabais alegremente vuestra juventud y dinero en la capital de Francia. Eugenio, le dijo, aunque ya me has pagado con usura lo que he hecho por tí facilitándote los medios de concluir tu carrera, yo te pido que veles por mi hijo, y puesto que eres algunos años mayor que él, te ruego, te suplico que le sirvas de segundo padre. Se lo prometió en aquel momento solemne, y Daelza no es hombre que falte nunca á su palabra.

—Por eso le tolero, que sinó....

Rumor de cercanos pasos anunció que alguno se aproximaba.

—Silencio! dijo Manuel, alguien viene y hasta me parece que he oido la voz del Doctor.

En efecto él era el que entraba.

V.

Una apuesta.

El médico saludó cordialmente á los dos jóvenes, y dió gracias á Santélices de su exactitud con una inteligente y rápida sonrisa. El objeto de Daelza al hacerle comparecer en casa de Valletriste, no era otro que comprometer á este mas y mas teniendo un testigo de la conversacion que iba á entablar con él.

--Aseguraría, esclamó, dirigiéndose á Manuel, que mi enfermo no hacía de mi las mejores ausencias.

--¡Bah! contestó Manuel--es tan dulce el placer de la murmuracion!

Daelza entre sério y risueño miró fijamente al jóven misántropo, y con un acento cariñoso que contrastaba con su aire adusto, estendió la mano para tomarle el pulso, añadiendo:

--Creed que no teneis en todo Madrid un amigo como yo.

--¡Mi amigo! repitió el enfermo desdeñosamente.

--Si vuestro amigo, vuestro mas sincero y leal amigo.

--¡La pretension no deja de ser original!

—¿Por ventura dudais de mi amistad?

—Me asisten muy poderosas razones.

—Deseo, exijo que me las digais.

—Las sabeis mejor que yo.

Daelza se llevó la mano á la frente como queriendo recordar los pretendidos motivos de queja que podía tener D. Facundo para dudar de su amistad: finjió recapacitar por espacio de cinco ó seis minutos, y por último se alzó de hombros y dijo con el acento de la conviccion y la verdad:

—Estoy íntimamente persuadido que he hecho por vos cuanto puede hacer el mejor amigo, es decir, cuanto estaba en mi mano.

Sonrióse el jóven, pero con una de aquellas sonrisas amargas y burlonas que tan mal efecto producían, y en vez de contestarle se limitó á dirigirle las siguientes indirectas.

—En las grandes ocasiones se prueban los amigos ¿no es cierto?—preguntó volviendo el rostro hácia donde estaba Santélices.

—¿Quién lo duda? respondió este.

—Y el amigo que sabe lo que significa ese sagrado nombre, no tiene mayor placer que servir al que llama su amigo?

—Es muy cierto.

—¿Creeis que el verdadero amigo sacrificaría con gusto su fortuna, su vida y hasta su honra en áras de la amistad?

—En los tiempos primitivos: hoy no se realiza semejante fenómeno.

—Pues bien, sin necesidad de llevar la abnegacion hasta ese estremo confiando en esa amistad de que tanto

blasona, yo he acudido al Dr. tres ó cuatro veces desesperado, pidiéndole un favor casi insignificante, y me lo ha negado, mas todavía, *no me ha comprendido*, y casi, casi se ha burlado de mí.

El *casi* está demas pensó D. Eujenio; pero lejos de manifestarlo, inclinó el cuerpo hácia atras con un gesto de sorpresa, como si no hubiese estado preparado para aquel brusco ataque, que él mismo había provocado.

—Me pediais un veneno, contestóle friamente y no he debido ceder á vuestro culpable capricho.

—Y sin embargo, yo sufría y sufro horriblemente.

—Hay puñales, sables, pistolas....murmuró el médico con aire zumbon.

—Profeso un horror instintivo á las armas blancas y de fuego.......... se apresuró á decir el paciente.

—Los fósforos, los cordeles, el humo del carbon....

—Me da náuseas solo el pensarlo.

—El canal es grande, espacioso, profundo....

—Hay mucho fango, se hincha uno como un corcho, sobrenada, y dentro y fuera se vé espuesto á las miradas del público. Ademas, es un medio muy esplotado, y por lo vulgar, me indigna.

—Los malecones de palacio son bastante altos, continuó el implacable burlon.

—Sí, pero debe uno desfigurarse horriblemente al caer y estrellarse contra las piedras, y corre el riesgo de sobrevivir á su caida, como le ha sucedido cinco ó seis veces á cierto vecino de esta corte, que se ha tirado á la calle desde los balcones de su casa. (1)

[1] Histórico.

—Entonces.... ¿qué diablos quereis?

—Ya os lo he dicho.... un veneno, activo, pronto, eficaz, que no me haga padecer, que me mate, si es posible, cuando menos lo espere ... La idea de la muerte no me asusta; me he familiarizado con ella; pero decae mi valor ante el suplicio de una lenta y prolongada agonía.

—Ercilla dice;

«*Que ningun mal hay grande, si es postrero,*» y yo añado, prosiguió el Doctor—que el que quiere el fin quiere los medios, y el que acepta las premisas acepta las consecuencias.

—Es una debilidad, lo sé, replicó el jóven con aspecto abatido; pero ese temor, es lo único que hasta ahora me ha hecho desistir de mi criminal propósito.... os lo confieso, el arma homicida se me ha caído de las manos mas de una vez, no ante la perspectiva de la muerte, sino de los padecimientos consiguientes á ella: pero acaso no esté lejos el dia en que la tortura moral me preste valor para sobreponerme á tan pueriles aprensiones!

Al oir estas palabras, Daelza, vuelto á su primitiva idea de que ya se iba olvidando en el calor de la discusion, y abandonando el tono festivo con que le hablára hasta aquel instante, respondió á su amigo:

—Vamos, dejaos de niñerías, sujetaos al régimen que os señale, y os apuesto lo que gusteis á que antes de un mes estais radicalmente curado de vuestro maldito *esplin*.

Necesariamente el médico deseaba irritarle, porque aquella afectuosa insinuacion, lejos de encontrar en el paciente la benévola acogida que merecía, le produjo el efecto, no de un dardo envenenado, esa metáfora es muy débil para

espresar lo que sintió, le produjo el efecto de la mordedura de un perro atacado de hidrofóbia.

—¡Con mil de á caballo! gritó incorporándose en el lecho, ¿cómo quereis que os diga que estoy sano, completamente sano, y que no tengo nada, absolutamente nada?....

—Mas que fastidio de la vida, hastío del mundo, repuso el Doctor volviendo á sonreirse irónicamente;—ya se vé, esa es una enfermedad incurable!

El enfermo nada contestó: la ira y el despecho le anudaban las palabras en la garganta.

—Ea! hablemos como dos personas formales por la última vez, replicó D. Eugenio con marcada intencion y hagamos una apuesta.

Tampoco respondió nada Valletriste: probablemente estaba dispuesto á seguir al pié de la letra el adagio vulgar, que nos manda tener cerrado los oídos á lo que no queremos ó no nos acomoda oir.

—Si yo logro convenceros, prosiguió el médido, vos os pondreis bajo mis órdenes, y si no lo consigo, yo seré el que obedezca y vos quién mande.

—¿De veras?.... preguntó el enfermo inundado el rostro de súbita alegría.

—De veras, repitió el médico; desde nuestra última entrevista no pienso en otra cosa. Anhelo probaros á todo trance que soy realmente vuestro mejor amigo: pero antes de abandonaros á vuestro destino, quiero profundizar el orígen del mal que os aqueja, quiero examinar una á una las llagas de vuestro corazon, y si las juzgo incurables, si lograis convencerme, vengo dispuesto á acceder al punto á vuestro deseo.

—Hablad pues.

—¿Aceptais?

- Acepto.

El jóven se incorporó de nuevo en el lecho, anhelante y suspenso de los lábios de su amigo.

Parecíale imposible que Daelza conociéndole á fondo le hiciera formalmente una proposicion semejante, y casi seguro del triunfo, y saboreando de antemano el dulce placer de la venganza, puesto que si no le convencía, como era mas que probable, empeñado él en no dejarse convencer, su antagonista se vería obligado á declararse vencido, á reconocer la injusticia de su conducta y la inutilidad de sus sermones y á entregarle el veneno tantas veces pedido y negado. Valletriste le provocaba con sus orgullosas miradas, y no bastando estas, le instaba de viva voz á que rompiese su estudiado silencio.

El Doctor hizo una seña de inteligencia á Santélices, y este que estaba ya de mas, se puso en pié y tomó su sombrero

—No os vayais, le dijo D. Facundo, sois de los íntimos y para vos no tengo yo secretos.

—Gracias, contestó Manuel; pero he venido solo á despedirme, porque salgo mañana para los baños de Carratraca, y no he querido irme sin apretaros antes la mano. A mi regreso Daelza me contará lo que ocurra.

—No olvideis, añadió el médico, la singular apuesta que hemos hecho el señor y yo.

—Espero que el resultado corresponda á la magnitud del propósito—Adios!

—Adios!

—Adios!

VI.

Anverso y Reverso.

Apenas se quedaron solos Daelza y Valletriste, el médico se revistió de toda la gravedad de que era capaz: arrastró su silla basta el borde de la cama, y le habló en estos términos:

—Jóven, rico, en una envidiable posicion social, ¿qué motivos teneis para odiar la vida?

—La pérdida de todas mis ilusiones, el desencauto de una sociedad que no me comprende, la conviccion de que no existe la felicidad en la tierra, y que el reposo de la tumba es preferible á las brillantes miserias de la vida.

—¿No es mas que eso?

—Nada mas.

—¿No teneís algun otro motivo secreto?

El jóven miró fijamente á su interlocutor, como si hubiese querido penetrar con aquella mirada hasta el fondo de su alma, y despues de una ligera pausa, contestóle secamente: No.

La poca resolucion con que lo dijo y el tiempo que tardóen pronunciarlo, escitaron las sospechas del médico.

D. Facundo tenía, ademas de los que no ocultaba, otro motivo secreto, tal vez innoble, que se avergonzaba de confesar. ¿Cuál podía ser?

El doctor con toda su perspicacia no acertaba á adivinarlo. Presentía vagamente su existencia, pero en la imposibilidad de obtener una confesion franca y esplícita de parte del interesado, creyó oportuno esperar á que él mismo se traicionase en el calor de la polémica. con alguna palabra ó indicacion que le pusiese en camino de averiguar la verdad.

—Luego, segun eso, le dijo refiriéndose á su anterior respuesta—¿no creeis en el amor, en la virtud, en los dulces afectos del hogar doméstico, en los nobles sentimientos que emanan del corazon,—flores divinas que perfuman el santuario de la conciencia, y cuyo bendecido aroma ensancha el alma en la próspera fortuna y la vigoriza en la adversa prestándole doble aliento para sufrir con resignacion cristiana las injusticias de la suerte?

—No, no creo en nada. Los hombres son malos; las mugeres peores.

Los amigos y la virtud son el Fénix de los bien-aventurados (vulgo, tontos,) entes fabulosos que no existen sino en nuestra imaginacion.

Los dulces afectos del hogar doméstico estriban en tan frágiles cimientos, que basta la mas pequeña nubecilla, para que de ligeros y suaves lazos, se conviertan en cadenas insoportables.

Los padres con la vejez se vuelven uraños, enfadosos y atrabiliarios; los hijos nos pagan con la mas negra ingratitud los cuidados de su infancia y los sacrificios de sueducacion

cacion; los hermanos y parientes se arrogan el derecho de imponernos sus caprichos, de publicar nuestros defectos y deshonrar nuestro apellido con sus necedades ó malas acciones; las esposas, mansas corderas durante los primeros meses ó dias del matrimonio, se transforman luego en harpías, en tigres, en demonios coronados, que tambien nos coronan.... de espinas y otras yerbas....

Finalmente, esos hidalgos sentimientos á los que dais tanta importancia, en último resultado se reducen, en hombres y mujeres, á una cuestion de temperamento, de egoismo ó de conveniencia, y nada mas. Practican el bien por que no pueden ó temen hacer el mal. Facilitadles el medio de que lo realizen impunemente, ponedlos en el caso y quitadles todo temor acerca de sus consecuencias, y veremos como se conducen...

El hombre es todo egoismo, orgullo y miseria, y la muger vanidad, capricho y envidia. Entrambos son dos bellas estátuas, dos lindísimas urnas vaciadas en un metal precioso, pero llenas de una materia despreciable, peor que el fango. Brillante es la superficie, pero cuán negro y y asqueroso el fondo! Si quereis saber lo que contiene, id y levantad la tapa de una tumba cuando la corrupcion haya empezado á apoderarse de los fríos restos en ella depositados. El cadáver entonces no es mas que el reflejo pálido del ser á quien sirvió de vestidura en la mundanal comparsa; y tal vez y sin tal vez, la podredumbre que exhala y los gusanos que le roen no son tan inmundos ni repugnantes como las bastardas pasiones, los malos deseos y viles torpezas que en vida albergó su corazon: pasiones, deseos y torpezas que no bien rompen el frágil vaso que

las contenía, parecen reanimarse y bullir debajo de aquel puñado de fétida escoria, convertido en barro animado, que al fin se devora á sí mismo, no teniendo ya á quién devorar!

El médico escuchó impasible aquel trozo de elocuencia romántico-diabólica, no sin admirarse del calor y energía con que se espresaba el jóven filosofastro.

—En efecto, respondióle, raciocinando como vos lo haceis, no puede darse cosa mas mala que la sociedad. Erijís los casos particulares en sistema y tomais las escepciones por la regla general.

—Es que la regla general para mì, son las que vos llamais escepciones: indudablemente los males y los malos están en mayoría.

—No lo creo yo así, y aun cuando así fuese, la vida, tal como es, todavía tiene bastantes atractivos, bastantes dulzuras y placeres para que la consideremos como un beneficio de la Providencia. No es culpa suya si nosotros convertimos la triaca en veneno, si nos mostramos sordos á los consejos de la razon, si cegamos con nuestras propias manos la fuente del bien y trocamos en cieno sus límpidos raudales.

—Quimeras!... ilusiones para engañar á los bobos!... replicó Valletriste con desden; no habeis leído la famosa composicion de mi ilustre amigo el insigne y gran poeta oriental.... (la modestia me impide trazar aquí mi propio nombre) titulada *Habla el Jerez*? ...

El cruel y prosaico homeopata movió secamente la cabeza y frunció los lábios con un gesto avinagrado, como quien se ofende de tan descomunal elogio, creyendo, como el que estas líneas escribe, que ni la tal composicion era famosa, ni el autor ilustre, ni insigne y gran poeta.

Pero D. Facundo imperturbable, desde que se trataba de un amigo suyo, cuya importancia y supuesta fama le convenia poner en los cuernos de la luna para dar peso á sus palabras y usurpar él mismo fama é importancia, puesto que en literatura como en todo, es exactísimo el refran: «*peíname tú, y yo te haré el jopo*;» D. Facundo desentendièndose de la espresiva mueca de su médico, tosió, escupió y clavando los ojos en el cielo.... raso, con tono inspirado y trágico recitó las siguientes estrofas:

Todo cansa en la vida! todo al cabo
El alma llena de mortal hastío,
Y tras un velo de color sombrío
Se oculta la mas fúlgida ilusion.
Sí, todo cansa!.. de la dicha humana
Hasta la flor mas bella y peregrina,
Tiene oculta en sus hojas una espina
Que al fin hiere y desgarra el corazon
....
Ay! todo es farsa, decepcion, mentira!
Todo es engaño, vanidad, locura!
Todo tiene una gota de amargura
Y en sí lleva un gusano roedor!
La copa del placer, no bien exhausta,
Sin apagar la sed, el lábio quema,
Y refleja en su fondo el anatema
Que lanzó á nuestra estirpe el Hacedor!
Maldicion! Maldicion!.... el mundo impío....

—Basta! basta!.... esclamó D. Eugenio perdiendo ya la paciencia: eso lo habré leido con distintas palabras unas

doscientas veces nada mas. Dejemos los versos y volvamos á la prosa.

¿Hablais del amor.... ¿y cuáles han sido vuestros amores?.... Por qué en vez de buscar la felicidad al lado de una esposa, jóven, bella, amante y amada, habeis malgastado estérilmente vuestra juventud en seducir á las agenas, ó en comprar á peso de oro los favores de envilecidas cortesanas?

Os burlais del cariño paternal, y sin embargo os atrevereis á negar el escesivo amor de vuestros padres que no tuvieron jamás otro anhelo que satisfacer todas vuestras fantasías y caprichos á trueque de veros feliz? El autor de vuestros dias murió dandoos su bendicion, y vuestra anciana y virtuosa madre, desde el modesto retiro á que voluntariamente se ha condenado, solo porque vivais con mas libertad y esplendidéz en la corte, no os sigue dando contínuas pruebas de su entrañable y puro afecto? No trabaja en estos momentos para asegurar vuestra eleccion de diputado?

Una melancólica espresion de tristeza se difundió en el rostro del jóven: era tan vehemente y sincero el cariño que su madre le profesaba, que al pensar en él no podía menos de sentirse profundamente afectado. Daelza había herido aquella cuerda escondida de su pecho y notado con satisfaccion alguna lágrima furtiva que comprimida al nacer, pugnaba por escaparse de sus párpados y abrillantaba las órbitas secas de sus ojos áridos y enrojecidos por la fiebre.

—Pretendeis que solo desprecio os inspiran la virtud, la gloria y los nobles sentimientos del corazon humano, y

no obstante, cediendo al torrente de la época habeis aspirado á conquistar un laurel de los que ciñen la frente de Zorrilla y Espronceda. Esto, como era natural, os ha producido amargos desengaños, porque francamente, careceis del talento necesario para descollar donde tantos ingenios muy superiores á vos apenas obtienen una mirada de benevolencia. Habeis llegado á Madrid infatuado con los fáciles triunfos conseguidos en una obscura capital de provincia, y dandoos los aires de un génio, habeis querido sostener aquí vuestra alta reputacion de poeta, aquí donde los literatos, buenos y malos, perdonan todo menos las pretensiones; aquí donde se burlan y tratan con el mas soberano desden al que sin tener título alguno que justifique su audacia, se atreve á traspasar el círculo de hierro que ellos forman entre sí, reclaman un puesto á su lado y los trata de igual á igual. Esto no se le perdonan al principio ni á los qne tienen un mérito verdadero, cuanto mas á inteligencias problemáticas, ó á medianías despreciables.

D. Facundo hacía violentos esfuerzos para contenerse: la tempestad bramaba sordamente dentro de su corazon; y el médico con encubierta alegría observaba sus rápidos progresos.

—Habeis lastimado el orgullo de este, herido la susceptibilidad de aquel, despertado la envidia de algunos imbéciles, y habeis concluido por enajenaros el aprecio y las simpatías de todos ó de casi todos. Los habeis honrado con vuestra amistad sin que ellos os concediesen la suya, y luego habeis considerado como una traicion á esa amistad su retraimiento, sus burlas é invectivas. Hé ahí vuestros amigos!

Las heridas del amor propio son mas sensibles que las ocasionadas por el hierro ó el fuego. Valletriste no pudo sufrir por mas tiempo el rudo exámen anatómico del Doctor, que con bárbara destreza se complacía en profundizar con su escalpelo las llagas mas secretas y recónditas de su pecho.

—Y bien,—esclamó, dividiendo en un abceso de ira el encáje de la sábana que tenía cojido; ¿qué significa todo eso? Acabad.... pronto!.... no os escucharé un minuto mas.... decid vuestra última palabra.

—Mi última pnlabra, replicó Daelza levantándose, se reduce á proponeros que os caseis á la mayor brevedad. Es el único remedio que tiene vuestro mal.

Una estruendosa carcajada retumbó en el aposento.

—¡Casarme!... y con quién?

—Con vuestra antígua prometida.

—¿Con Virginia?

—Sí.

—Esa boda es ya imposible!

—Ved que su hermano....

—Sé que está muy resentido conmigo, pero nada me importa. Así se lo acabo de decir á Santélices que me vino con la misma música.

—Ah! sabeis....

—Sé que estoy libre de todo compromiso con su familis, y esto me basta. Ahora, si sois caballero, cumplidme vuestra palabra.

—Decididamente ¿lo quereis?

—Lo exijo: he ganado la apuesta.

Daelza fingió vacilar, hasta que cediendo á las vivas

instancias de D. Facundo, sacó los dos botes que llevaba de prevencion, echó algunos globulillos en dos papeles distintos y despues de haberlos numerado, con mano trémula se los entregó, diciéndole:

—Veo que vuestra enfermedad no tiene cura y os abandono á vuestro destino.... venía preparado para esta entrevista.... Aquí teneis el veneno que tantas veces me habeis pedido; pero como podría acontecer que en el momento solemne os arrepintieseis de vuestra resolucion, os doy tambien un contraveneno: lo conocereis por el número 2 con que está rotulado.

—Y este veneno....¿es activo?.... preguntó el jóven, apoderándose con avidéz de los dos papelitos;—obra instantáneamente?

—No: tarda dos horas en producir su efecto. La combustion interior....

Valletriste hizo un gesto de sorpresa tan cómico que por poco da en tierra con la gravedad del Doctor. La risa le retozaba en los lábios y tuvo que volver los ojos á otra parte para no estallar.

—Obra por combustion, es decir, por incendio! se decía el jóven con una candidéz, verdaderamente comprometedora para el discípulo de Hanneman.

—Cuando menos lo espereis, sin que precedan dolores ni ningun otro síntoma alarmante, sentireis una ligera evolucion en el esófago; arrojareis una pequeña llamarada por la boca ó por los conductos nasales, auditivos ect. y.... plaf!....estallareis como un cohete á la congreve.

El jóven se pasó la mano por la frente y contempló los papeles con ojos despavoridos.

—Creis ahora en mi amistad? añadió el médico tendiéndole la mano en ademan de retirarse.

—Sí! respondió el desventurado suicida, oprimiendo débilmente aquella mano que hubiese querido convertir en polvo.

—Mis enfermos me llaman.... adios, si me necesitais para algo contad conmigo.

—Desearía veros esta tarde.... pienso escribir una carta á mi madre que os entregaré para que se la envieis, y esta noche.... será la última de mi vida!

—Ah! no me lo digais! repitió el homeopata volviendo la cabeza como horrorizado.

Y salió enjugándose las lágrimas.

D. Facundo desdobló los papelitos, y se puso á examinar su contenido con una escrupulosidad digna del mas severo alquimista. Luego volvió á doblarlos con mucho cuidado, los colocó sobre un velador inmediato, saltó de la cama y comenzó á vestirse apresuradamente.

VII.

Una letra pagadera á la vista.

No habían transcurrido quince minutos desde la salida del Doctor, cuando Lupían volvió á presentarse de nuevo, anunciando la llegada de otra persona.

—¿Quién es? le preguntó su amo.

El viejo se alzó de hombros y murmuró entre dientes:

—No le conozco.

—¿Te ha dicho su nombre?

—No señor.

—¿Le has indicado que no estaba visible?

—Sí señor, pero ha insistido, y....

—¿Y qué?

—No he podido menos de obedecerle.

—Lupian, eres....un béstia!

—Sin duda algun asunto de grande importancia que no admite dilacion.....

—Sí, algun importuno, algun imbécil provinciano que trae cartas de recomendacion, y le falta tiempo para venir á incomodarme; contestó Valletriste, acercándose al espejo y componiéndose el cabello y la corbata; esa gente se figu-

ra que en la corte no tiene uno otra cosa que hacer, que servirles de Mecenas ó Ciceroni.

Lupian movió la cabeza como dando á entender á su amo que se equivocaba.

—Pues entonces, prosiguió este, ¿será alguno de mis acreedores?

Lupian, no atreviéndose á contradecirle de palabra, se contentó con mover otra vez la cabeza.

—¿Algun escritorzuelo que viene á dedicarme alguna de sus perversas producciones, á fin de que le haga algun regalo y le pague los gastos de impresion? Pues está fresco! No seré yo el que dé márgen para que la *España* ú otro cualquier periódico, repitan que la esplotacion de un tonto, por otro mas tonto aun, sería un bellísimo argumento para una pieza en un acto. ¡Que se vaya con la música á otra parte!

Por tercera vez la blanca cabeza del anciano se balanceó á derecha é izquierda, á guisa de diputado que en la imposibilidad de contestar á su adversario, desaprueba con sus gestos y ademanes lo que va diciendo.

La paciencia de Valletriste no era grande, y los movimientos acompasados y el laconismo de su viejo mayordomo, que desempeñaba á la vez las funciones de ayuda de cámara, le sacaban de quicio con harta frecuencia. D. Facundo, fiel á su nombre, hablaba hasta por los codos, y Lupian, ora por costumbre, ora por su avanzada edad, ora por espíritu de contradiccion, nunca hablaba mas que lo estrictamente indispensable. Esto dió orígen á que su amo le bautizase en una ocasion con el epíteto de *logogrifo*, palabra que furioso le arrojaba al rostro cada vez que se reproducía una escena semejante, y que tenía la maravillo-

sa virtud de convertirle en el hombre mas espansivo y locuaz del mundo.

El pobre viejo ignoraba el significado de aquella palabra fatídica y no podía oírla sin estremecerse. Se imaginaba que debía ser una cosa muy mala cuando su amo se incomodaba tanto al decírsela.

D. Facundo irritado ya con sus tres evoluciones óccipitales, pronunció la palabra tremenda, y el buen Lupian aterrado y confundido, se apresuró á contestarle :

—Lo que es ese caballero.... por que es un caballero, debe ser duque, capitan general ó ministro, segun se espresa. Su lenguaje y sus maneras imponen. No me parece recomendado, poeta ni acreedor....En vez de mendigar proteccion cualquiera diría quo se encuentra en el caso de otorgarla. Tanta arrogancia hay en su porte, en su acento, y sobre todo en sus miradas. ¡Qué miradas! Dios mio! se asemejan á las de un gato furioso!

—¿Quién diablos, será ese hombre?.... se dijo Valletriste con recelosa inquietud.

—Le he hecho pasar á la sala y os aguarda, añadió Lupian; y de seguro no se marchará sin veros.

Encaminóse D. Facundo al sitio donde le esperaba el desconocido, y al entrar, no sin gran sorpresa notó que permanecía sentado y con el sombrero puesto.

Detúvose un instante en el umbral con toda intencion y viendo que no se movía, tosió como para anunciarle su llegada.

El agreste ciudadano no se dió por aludido, y continuó sentado y con el sombrero puesto, hasta que Valletriste distaba dos ó tres pasos de su asiento.

Entonces se sacó el sombrero y lo arrojó sobre el sofá sin levantarse.

El dueño de la casa, sorprendido por tan inusitado proceder, fijó sus ojos llenos de asombro en el insolente y artículó con voz enronquecida por la indignacion:—¡Caballero!

—Servidor de Vd., respondió secamente el intruso.

Y los dos se miraron de hito en hito como dos sabuesos prontos á precipitarse el uno sobre el otro.

El desconocido se puso en pié: su actitud y la espresion de su semblante nada bueno auguraban. Valletriste retrocedió maquinalmente, sintiendo que su indignacion y su ira se desvanecían para dar lugar á sentimientos mas pacíficos, á medida que el incógnito se adelantaba hácia él.

¿Quién era aquel hombre? ¿qué quería? por qué clavaba sus ojos en los suyos con tal ánsia y reconcentrada cólera?....

D. Facundo tenía una idea confusa de haber visto en otra ocasion aquella cara, animada de la misma espresion siniestra y amenazadora; pero no recordaba el menor incidente que justificase su estraño capricho de venir á provocarle, sin razon ni motivo, á su propia casa.

A fuer de historiadores, imparciales debemos declarar que el poeta no comprendido, empezaba á sentir una cosa vaga é indefinible, que si no era miedo, se le parecía mucho.

Y sin embargo, aparte de la mirada del desconocido que en efecto era terrible é imponente, como dijo Lupian, y del enorme y retorcido bigote que cubría el lábio supe-

rior de su boca, nada había en él digno de inspirar otra cosa que compasion á un atleta como D. Facundo.

Representaba la misma edad que tenía este; pero su pequeña estatura y sus formas diminutas estaban muy lejos de revelar la misma fuerza y virilidad; y si bien es cierto que el valor nada tiene que ver con el tamaño de las personas, habiéndose observado que los hombres pequeños, son en general mas valientes que los de talla gigantesca, el aire de suficiencia de nuestro héroe, sus modales groseros, el tono afectado de su voz y la destreza con que abria desmesuradamente y giraba sus grandes ojos negros, que tenían el brillo de los de la serpiente y la ferocidad de los de la hiena, cual si quisiese ejercer en los que miraba la fascinacion que se atribuye á estos animales, deponían desde luego en contra suya.

Ningun hombre de corazon se vale de semejantes medios para intimidar á sus adversarios: ningun hombre que tiene la conciencia de su valor, exagera ó abusa á cada paso de las ventajas que debe á la naturaleza ó al arte. Tal vez existen latentes en su espíritu sin que él mismo conozca su estension, hasta que las situaciones en que se encuentra las ponen de relieve; como la electricidad al rayo, la inspiracion al génio, los obstáculos vencidos al poder que los quebranta.

Desgraciadamente D. Facundo, que no era ningun Aquiles, se había dejado sorprender por la audacia y la pantomima de aquel farsante, y en vez de votarle á empellones de su casa como merecía, le preguntó muy cortesmente quien era y que se le ofrecía.

El interrogado sacó una cartita y la puso en sus manos, diciéndole:

—Vengo únicamente á presentaros esta letra pagadera á la vista.

Al saber que era un acreedor el que le hablaba, recobró Valletriste su altanería habitual, y sin rogarle que tomase asiento, cojió bruscamente la carta y la abrió buscando la letra que suponía dentro.

No encontrando documento alguno que acreditase la deuda, pasó á enterarse del contenido de la epístola, y figuraos cual sería su sorpresa cuando leyó lo que sigue:

«¡Idolo mio!

Puesto que me amas, puesto que yo soy para tí el universo entero como tú lo éres para mí, accede, Sol de mi vida! á mis deseos. Corona mi ardiente y acendrado amor con una prueba digna de él. Nada te importe la sociedad, nada las murmuraciones de la calumnia y de la envidia. El mundo doblará al fin la rodilla ante tu belleza y si el presente es ingrato, el porvenir cubrirá de flores el camino que juntos cruzaremos para no separarnos ni en las puertas de la muerte!.... Creedme, luz de mis ojos! huye conmigo de la tiranía de ese hermano, á quien tanto temes, de ese hermano que no merece el nombre de tal, porque es un déspota, un avaro, y solo desea que permanezcas siempre bajo su dominio, á fin de no entregar á tu marido la fortuna que te pertenece. Ya sabes los poderosos motivos que me asisten para creer que nunca consentirá en nuestra union. ¡Miserable! le desprecio tanto como él me aborrece!.... Un rapto y un matrimonio secreto es lo que te propongo para obviar á todos los inconvenientes que se opongan á nuestra ventura. Cuando la bendicion de un sacerdote me conceda con tu ansiada posesion, los

derechos de un esposo, tu hermano, de grado ó por fuerza, tendrá que sujetarse á lo que determinen los Tribunales. Resuélvete, pues, alma de mi alma! y vive segura de que nunca tendrás porque arrepentirte de tu noble abnegacion y de la confianza que en mí deposites. Vive segura de que te haré feliz, muy feliz, que mi mayor placer será complacerte en todo y para todo, y que ni en la tumba se apagará el amor volcánico, inestinguible, inmenso que siento por tí! Tuyo hasta la muerte.

F. Valletriste.

—Y bien, caballero, que significa esto?.... dijo D. Facundo, volviéndose á su supuesto deudor, que con los brazos cruzados esperaba, no una pregunta, sino una respuesta.

—¿No lo adivinais?

—No; por vida mia!.... Hablasteis de una letra....

—Sí, de una letra pagadera á la vista, pero no con oro sinó con sangre!

Juzguen nuestros lectores de la sorpresa de D. Facundo.... en realidad ella fué tal, que no acertando nosotros á describirla dignamente, cerraremos aquí el capítulo, dejándole algunos minutos para que se reponga y no vaya á cometer algun desatino.

La caridad ordena dar tréguas al que se asusta, á fin de que salga del mal paso en que se encuentra como Dios le ayude, aunque á veces no es Dios sino el espíritu maligno quien anuda y desata las mas graves peripecias de la comedia humana.

VIII.

Un millon de bofetones.

Mudo silencio siguióse á la escena que acabamos de referir.

El hombrecillo continuaba mirando á D. Facundo con ojos centelleantes y encrespados bigotes, en los cuales sin duda estribaba su fuerza, como la de Sanson en su cabellera.

El futuro suicida, aterrado volvió atras la cabeza, creyendo que se las había con un loco. El desconocido hizo un movimiento para arrebatarle la carta, y se imaginó que iba á sacar un puñal.

—¡Asesino! balbuceó dando un lijero salto hácia atras.

La insolencia de su adversario aumentaba en razon directa del cuadrado de la distancia que el pobre D. Facundo pretendía interponer entre ambos, cada vez mas convencido del lamentable estado de enagenacion mental en que se encontraba aquel.

—Por los clavos de Jesu-Cristo, no os escapareis! esclamó el primero asegurándole de un brazo. Mal que os pese me habeis de escuchar.

Empalideció Valletriste y procuró desasirse de las garras de aquel energúmeno; pero sus músculos y sus nérvios, dolorosamente contraidos, se negaron á obedecer á su voluntad.

Parecía imposible que la débil mano del insolente que de tal modo le provocaba, hubiese podido resistir á una sola presion de su robusto brazo; y con todo, fué bastante poderosa para detenerle allí, fijo é inmóvil,—como un verdugo á su víctima pronta á escapársele entre las convulsiones de la agonía,—en el mismo lugar y en la misma postura en que le sorprendiera.

El desdichado misántropo cedía en aquel momento á la influencia moral que desde un principio habían ejercido sobre su alma, los groseros modales, las palabras anfibológicas y el rostro amenazador de aquel hombre estravagante. Sin el mas leve antecedente que le esplicára su conducta, sobrábanle motivos para suponerle privado de razon, y cualquiera en su lugar habría opinado del mismo modo.

El hombrecillo le tenía cojido y le oprimía fuertemente el brazo con la siniestra mano, mientras le enseñaba con la otra el maldito billete, que él en su endiablado lenguage llamaba letra de cambio pagadera á la vista, no con oro sino con sangre.

Al traves de sus largas pestañas chispeaban sus grandes ojos, como dos esferas de pepernal girando sobre una hoja de acero, y á cada vibracion uníase y desplegábase en una curva serpeadora el áspero entrecejo de su espaciosa frente, sombreada por alguna guedeja perdida de sus negros y relucientes cabellos; é hinchada la nariz, herizado el bigote, notábase que sus lábios entreabiertos daban paso

con dificultad al vahoso aliento que, apresurado, se escapaba de sus pulmones, convertido en hálito de fuego.

D. Facundo observaba con ansiedad creciente todos sus movimientos, sin atreverse á llamar á sus criados ni decirle que se equivocaba, temiendo aumentar su irritacion. Es sabido que no hay cosa peor que contradecir á los locos.

—¿No os llamais D. Facundo Valletriste? le dijo por fin el incógnito.

—Sí.

—Me comprendeís ahora?

—No.

—¡Cobarde! gritó el energúmeno sacudiéndole del brazo y empujándole con desprecio, como para despertarle del paroxismo ó terror pánico en que parecía sumerjido:—¿retrocedeís ante las consecuencias de vuestra villana accion?....Sabed que yo soy D. Silvestre Tremedal, el hermano de Virginia, y que vengo á exigiros el desagravio de la doble injuria que nos haheis hecho. Qué! ¿no os bastaba haber rehusado su mano? quisisteis, imbécil! añadir la burla al insulto, la infamia al desprecio?.... Habeis intentado seducirla sin acordaros que yo estaba aquí para pediros estrecha cuenta de vuestro ruin proceder!

El viajero que en las cuestas volcánicas de los Andes, oye de pronto un rugido sordo, parecido al fragor de una catarata subterránea, y antes que pueda cerciorarse de donde proviene, siente vacilar la tierra bajo su planta y vé entreabrirse con el estruendo de cien cañones que estallasen á la vez, alguna montaña vecina, y asomar en su cúspide una columna de humo y fuego que baja con la velocidad del rayo por el estrecho sendero donde él se encuentra,

no se queda mas sorprendido y atónito que Valletriste, al oír las palabras de D. Silvestre, al saber quién era y el objeto de su visita.

Ya no vió en él un loco: cayó de sus ojos la venda que los cubría, esplicóse fácilmente su lenguaje procáz y la causa de su violento enojo, y disculpando casi sus arrebatos, en vista de la falsa creencia en que estaba, se apresuró á darle algunas francas esplicaciones por las cuales viniese en conocimiento de que él no era el autor de la carta ó letra, y que por lo tanto fuese á cobrársela al que la había girado.

—Los dos somos víctimas de alguna intriga maquiavélica, le dijo con un metal de voz que pretendía ser grave y firme; pero que no pasaba de muy respetuoso.

El espadachin se atusó el bigote, y abrió y cerró los ojos sin contestarle.

—Algun mal intencionado, algun vil ha abusado de vuestra credulidad.

D. Silvestre apretó los lábios y ejecutó una segunda evolucion visnal poniendo en blanco los ojos y frunciendo ademas la boca de una manera *ad-hoc,* característica, especialísima, original suya, y que no nos atrevemos á describir, por temor de asustar á nuestros lectores.

—Hay muchos pillos en Madrid, prosiguió el desventurado D. Facundo, muchos nécios é intrigantes que no tienen mayor placer que enemistar á sus amigos y á los que no lo son con chismes y enredos propios de mugercillas de mala vida, para reirse luego á sus espensas.

—Eh! basta de farsa, Señor mio! esclamó D. Silvestre estallando; el mal intencionado, el nécio, el intrigante, el

vil y el pillo sois vos. No en vano, me habían dicho que negariais vuestra indigna y torpe accion. No importa! nos batiremos, y nos batiremos á muerte!

—Permitidme....

—Ni una palabra! Dentro de una hora os enviarè á mi padrino D. Plácido Gándara: aquí teneis las señas de mi casa.

D. Facundo tomó la tarjeta que el hermano de Virginia le ofrecía; pero ya por que estuviese resuelto á suicidarse esa misma noche, como manifestó al médico, ó bien porque recordase la conocida destreza del maton en toda clase de armas, respondióle animado de súbita energía:

—Ese duelo.... es insensato, y.... no debo aceptarlo.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque no me place, y en segundo, porque no he sido yo quién ha escrito esa carta. Informaos mejor, y si despues de esclarecida la verdad, persistís todavía en vuestro capricho, estoy resuelto á daros la satisfaccion que gusteis.

Esta sencilla respuesta que nada tenía de indecorosa, puesto que no rehusaba el combate sino que lo aplazaba, parecióle al quisquilloso duelista, una evasiva indigna de un hombre de honor, despues de los insultos que intencionalmente le había prodigado. Gándara, por insinuacion de Daelza, le había asegurado que Valletriste no se batiría, y prevenido ya contra él, atribuía á miedo lo que quizá no era mas que esceso de prudencia.

—En suma, le preguntó, rehusais batiros?

—Sí, hasta que no se descubra el verdadero autor de la carta.

—Sois un cobarde! replicó Tremedal, haciendo ademan de arrojarle el billete á la cara.

—Caballero!

—Un villano!

—D. Silvestre!

—Un miserable!

Valletriste lanzó una mirada á su alrededor, como para asegurarse de que nadie los veía ni escuchaba, y con una entereza y dignidad que contrastaban con su anterior mansedumbre, señaló la puerta á su adversario diciéndole por despedida:

—Basta ya! no pongais mas á prueba mi paciencia y marchaos cuanto antes, si no quereis que llame á mis criados y os haga arrojar por un balcon.

¡Nunca tal dijera! Tremedal se abalanzó traidoramente á él, como un pequeño perro de presa al vigoroso novillo, que le reventaría solo con ponerle encima uno de sus piés, y le descargó en el rostro la mas ruda y sonora bofetáda de que se conserva tradicion en los siglos pasados y presentes.

Sorprendido Valletriste por tan feroz é inesperado argumento, y temiendo otro ú otros por vía de comentario ó apéndice, inclinóse maquinalmente á un lado, le flaquearon las piernas, buscó un punto de apoyo, y fué á caer de bruces contra uno de los bordes del sofá.

El agresor tomó velozmente el sombrero y salió de la sala mas que de prisa, no sin mirar dos ó tres veces á retaguardia; y á pesar de la hazaña que acababa de hacer y de su pretendido arrojo, no respiró tranquilo hasta que se encontró en la calle.

La sorpresa, mas que el golpe, dejó á Valletriste in-

móvil por espacio de algunos instantes; pero no bien obró la refleccion, avergonzado de haber sufrido tamaño ultraje, sin ahogar á aquel arlequin entre sus manos, levantóse furioso y corrió á la puerta de la escalera.

Al levantar el pestillo, Lupian le detuvo haciéndole reparar en su traje matinal: D. Facundo recordó que el aleve ya estaría en la calle, retrocedió y se precipitó al balcon con ánimo de llamarle si le veía.

Por su desgracia ó fortuna, no alcanzó á divisarle entre el tropel de gente que á todas horas cruza por la calle de la Montera. Cuando abrió el balcon, D. Silvestre trasponía esta calle y entraba en la del Caballero de Gracia.

—Pues bien—se dijo el agraviado—baldon por baldon! él ha venido á ultrajarme á mi propia casa, iré yo á la suya y le pagaré con la misma moneda. El me ha dado un bofeton, yo le daré diez, cien, mil, un millon de bofetones!!!..

D. Facundo requirió la tarjeta que le diera Tremedal, y enterado de las señas de su casa, sostituyó á la bata un elegante frac, y sin pérdida de tiempo lanzóse á la calle tras las huellas de su enemigo.

IX.

Virginia.

En tanto que el agraviado se dirige á casa de D. Silvestre, trazaremos el retrato de Virginia acentuando algunos perfiles que nos darán á conocer mejor su carácter y sentimientos.

Apenas cuenta nuestra heroina diez y seis abriles; la edad de los sueños poéticos, de las emociones castas y de los delirios celestiales. La edad de los ángeles!

No es muy elevada su estatura; pero la esbeltez de sus formas, la nobleza de su porte, la elegancia de su aéreo talle comunican á toda su persona ese aire distinguido é imponente, que en algunas mugeres es el signo infalible de una verdadera superioridad.

Y Virginia, sin embargo, no es orgullosa; tan buena como hermosa, se atrae sin pretenderlo las simpatías y los homenajes de todos: sus amigas la quieren sin envidia, y los hombres cuando pasa delante de ellos se paran, y vuelven el rostro para contemplarla.

Hermana de los ángeles trazados por Rubens, brilla en sus negros y rasgados ojos no sé qué indescribible espresion

de altivez y mansedumbre; y cuando sus pupilas, redondas y brillantes, se clavan fijamente en alguno, un ligero estremecimiento involuntario como el choque de una chispa eléctrica, sacude todas las fibras del corazon, y el alma se dilata de placer como si bajase del cielo y la iluminase un rayo desprendido de la corona de los serafines!

El pimpollo de los valles de Jericó, que, apenas entreabierto por el aura de la mañana, vierte á raudales el aroma que esconde en su seno, no es mas lozano, mas fresco y purpurino que su pequeña y rosada boca.

Ardientes suspiros no han apagado todavía el carmin encendido de sus lábios, cuya encantadora sonrisa dibuja un hoyuclo en sus tersas megillas y deja entreveer su dentadura de marfil como una doble ilera de perlas.

Griega la nariz, despejada la frente, ancho y túrgido el pecho.... doquiera que la vista se dirige, admira nuevas perfecciones.

Ora caiga en flotantes rizos su negra cabellera alrededor de su seno alabastrino, velado con tal primor que ocultando sus encantos los hace resaltar mas; ora recojido en trenzas el cabello, corone su alba frente como una guirnalda de azabache.

Todo en ella encanta y seduce.... hasta su pequeño pié, que asoma entre la revuelta falda, prestando álas al deseo y á la imaginacion:

> Que allá penetra en la belleza interna
> Tras la pulida descubierta pierna; [1]

como su leve y torneada mano, que convida á ser estrecha-

[1] Espronceda.



da con delirio y á estampar en ella tímida y respetuosamente los lábios en señal de vasallage.

Y buena, cariñosa, complaciente, capaz de inspirar y sentir una de esas grandes pasiones que transformarían la tierra en un Eden, si el Eden pudiese existir en el mundo, Virginia revela al pintor y al poeta el tipo acabado de sus mas sublimes idealizaciones.

Basta contemplarla, aunque sea un momento, para admirarla.

Basta conversar cou ella una noche para consagrarla un recuerdo eterno.

Basta hablarla de amor, de artes, de poesia, de sentimientos hidalgos y generosos, para despertar la celeste mágia de sus hechiceros ojos, el dulcísimo éco de su voz de ángel; y al verla y oírla delirar llena de entusiasmo por todo lo grande, noble y bello, basta una palabra, un ademan, una mirada suya para caer á sus plantas y ceder al irresistible impulso de adorarla como á una criatura de orígen superior!

Con estos antecedentes, comprenderá el lector sin mucha dificultad la profunda y rápida impresion que tan peregrino conjunto debía causar á nuestro protagonista.

Quiso su buena estrella que el feroz hermano no se encontrase en casa cuando él se presentó.

Recibióle Virginia, y al momento los dos á la primera ojeada, se reconocieron.

—Vos, señorita, sereis la hermana de D. Silvestre, preguntóle con aire que pretendia ser adusto y no era mas que humilde. Sus ojos traicionaban la admiracion que á su despecho la angélica belleza de Virginia le inspiraba.

Ella se limitó á inclinar la cabeza en señal de asentimiento y ofreció con la mano una silla á Vallestriste.

—Puesto señorita, que sois Virginia, prosiguió él, tendreís la bondad de esplicarme....

—El *quid-pro-quo* que ha motivado la cólera de Silvestre?

—Justamente, y en verdad nadie creería al veros que pudiéseis haberlo ocasionado.

Virginia bajó la frente teñida de púdicos sonrojos, y una lágrima, mal comprimida, corrió á lo largo de sus megillas.

—No me condeneis sin oirme, esclamó, tal vez os parezca muy culpable, pero cuando sepais....

D. Facundo desarmado tanto por su candor y el timbre conmovido de su voz, como por las lágrimas que enturbiaban el claro resplandor de su mirada, se apresuró á decirla con creciente interes:

—Virginia, perdonadme, si os ofendí ha sido sin querer.... Habladme con franqueza, con ingenuidad, como me hablabais hace diez años, — lo recordaís? — bajo los álamos de la quinta de mi madre....

—Entonces señor os quería yo como á un hermano.

—La fatalidad me alejó de vos, y mi ángel malo me inspiró luego la idea de rechazar vuestra mano. Vuestra familia, y muy particularmente vuestro hermano, atribuyeron mi repulsa á la codicia.

—Yo sin embargo—añadió Virginia con un acento de verdad que no dejaba lugar á dudas; —yo que creía conoceros á fondo por las cartas que escribíais á vuestra madre que ella me enseñaba porque me queria y me quiere como á una

hija; yo que á fuerza de hablar de vos con esa escelente señora, me había formado una idea muy distinta de vuestras cualidades personales, os hice desde luego la justicia que merecíais.

D. Facundo la escuchaba admirado, y en su sorpresa apenas se atrevía á dar crédito á lo que oía.

—Lejos de atribuir á un víl cálculo vuestro proceder—continuó la encantadora niña,—pensé que no habiéndome visto en tantos años, os habríais olvidado de mi, y quizá otra muger mas dichosa....

—Todas me han engañado!

—Y no obstante, si he de hablaros con franqueza, os confesaré que sentí en el alma vuestra repulsa....

—¿De veras?....

—Si; vos habíais llegado á inspirarme un sentimiento que no se definir; pero que no me habría hecho retroceder ante ningun sacrificie en aquella época por veros feliz....

La hermana de D. Silvestre pronunció las palabras *en aquella época* con una intencion que no escapó á la sagacidad de su ex-prometido.

—De modo qne ahora....dijo este sin atreverse á concluir la frase.

—Al ver la tristeza,—prosiguió Virginia como si no le hubiese comprendido,—el desaliento, el precoz desencanto y la falta de creencias que traslucían en todas vuestras cartas, yo me imaginaba ¡pobre de mí! que á fuerza de amor y abnegacion, lograría talvez reconciliaros con la existencia y con el mundo. Consagraré mi vida entera á su felicidad, me decía, y si consigo que vuelvan á vibrar todas las cuerdas nobles de su pecho, él á su vez me querrá entra-

ñablemente....Mi vanidad de mujer encontraba algo de divino y providencial en arrancaros del fango del vicio, y conquistaros á la virtud, á la dicha, al porvenír de vuestra familia y de vuestra patria!

El futuro suicida no volvía de su sorpresa; cada palabra de Virjinia descorría ante sus ojos nuevos horizontes de un cielo preparado para él, y en el que él no quiso entrar acompañado por ella, prefiriendo hundirse solo en el abismo de las eternas tinieblas.

—Ah! Virginia sois un ángel, esclamó visiblemente conmovido;—nadie me ha hablado como vos hasta ahora... y solo ahora comprendo mi torpeza y el tesoro que he perdido!

—Justamente un año despues de vuestra repulsa, murió mi madre y á poco mi madrina, legándome toda su fortuna.

—Y quedateis por consiguiente bajo la tutela de vuestro hermano?

—Que me trajo á Madrid hace tres meses. Nos instalamos en esta casa, que, como habreís notado, tiene dos compartimientos en cada piso. En el de la derecha, que es casa de huéspedes, vive un caballero, que........

—Se atrevió á enemoraros?

—Siempre que salía al balcon.

—¡Atrevido!

—Muy atrevido, en efecto, porque conociéndome apenas, me escribió á los pocos dias, manifestándome que me había visto en el Retiro y locamente enamorado de mí, el amor le había inspirado el ardid de mudarse á esta casa con un nombre supuesto.

—Habrá tuno!

—Figuraos cual sería mi sorpresa cuando reconocí vuestra letra y vuestra firma al pié de su carta!

—Es posible?....

—Llena de alegría, aunque algo recelosa de su conducta singular y tambien porqué estrañaba su fisonomía, aunque no tenía yo siete años cuando nos separamos, cometí la debilidad de contestarle; y los pormenores que me dió luego, tan exactos y minuciosos, acabaron de alucinarme. Insistió en que ocultaba su verdadero nombre para librarse de la saña de mi hermano.

—Y cómo descubristeis el engaño?

—Por una carta en que se atrevía á proponerme un rapto y una boda secreta; carta que Silvestre, no sé como, sorprendió ayer cuando me la traía la criada; y Gándara que acaba de irse no hace mucho, me ha dado nuevos informes cuya exactitud confirma ahora vuestra presencia. Apenas os ví, os reconocí; lo que no me sucedió con vuestro amigo, porque necesariamente ese farsante debe ser muy amigo vuestro.

—Decidme—esclamó Valletriste despues de recapacitar un momento,—cual es el nombre con que aquí le conocen?

—Augusto Riolirios.

—Voy á verle.

—Es inútil—dijo Virginia tocando el cordon de una campanilla;—vendrá aquí. Deseo confundirle y que escucheis nuestra conversacion.

Presentóse una camarera, á quién la bella resentida dió la órden de decir al Sr. Riolirios que se presentase en el momento.

El feliz amante, que hacía largo tiempo que estaba en acecho, acudió presuroso creyendo que se trataba de llevar á efecto el rapto, y Virginia sintiendo que se aproximaba, ordenó á Valletriste se ocultase en la pieza inmediata, y á la criada que se pusiese de atalaya en el balcon é hiciera la señal convenida apenas divisase al espantable D. Silvestre, *terror do mundo é do inferno!*

X.

Un caballero......de industria.

Si las mugeres sospechasen solamente el efecto que produce la promesa de una cita en los hombres nerviosos é impresionables; si pudiesen valorar la turbacion y congoja que se apodera de los infelices, al acercarse á ellas, hasta el punto que á veces, sea por vergüenza ó miedo, no aciertan á balbucear una palabra, teniendo acaso los pobres que valerse de las manos.... para apoyarse en la pared y no caerse; estamos seguros que no querrían ocasionar á sus amantes tan gran disgusto, ni esponerse ellas á un conflicto ó *casus belli* (rompimiento de hostilidades) con menoscabo de los tratados preexistentes y á despecho de su antes dulcísima *entente cordiale.*

Es muy peligroso *jugar con fuego*, como lo saben prefectamente las que hayan participado de las emociones que despierta (la preciosa zarzuela que lleva ese título;) y como la ocasion hace al ladron, está mandado que entre santa y santo haya una pared de cal y canto....

Pascal afirma que el hombre no es ángel ni béstia, sinó las dos cosas á la vez, y que su principal desgracia

consiste en que cuando quiere remedar al ángel, desciende y se confunde con la béstia. Así traducimos su famosa frase: *quand'il veut faire l'ange, il fait la béte.*

No de otra manera el pretendido D. Augusto Riolirios, se presentó á los ojos de Virginia, anhelante, radioso, mudo por la satisfaccion que le rebosaba en el alma.

Lástima que al traspasar el umbral, la realidad amarga le hiciese descender mas que á galope del fúlgido cielo de sus ilusiones!

Virginia le apostrofó duramente tratándole de fementido y de usurpador de un nombre que no le pertenecía. Le acusó de haber abusado como un vil de su inesperiencia y del antíguo afecto que sabía profesaba ella al verdadero Valletriste.

—Me habeis engañado como à una criatura,—añadió—y prescindiendo de vuestra aleve conducta y de vuestra última injuriosa proposicion, la benevolencia con que os escuchaba ha empezado á cambiarse en desprecio. Al prestaros oídos y mostrarme dispuesta á corresponder á vuestro amor, creía que hablaba con Valletriste, y por lo tanto no siendo vos ese caballero todo ha concluido entre nosotros.

Al pronto, el *titulado* Riolirios, como diría Rosas, sufrió en silencio con aire imbécil y alelado, aquella descarga de agravios que producía el efecto de un violento granizo en su volcánico cerebro; pero recobrado un tanto de su primera impresion, protestó enérgicamente que algun vil le habría calumniado, algun miserable comprado por el oro de D. Silvestre. Trató de patentizarle, que aquello era una farsa indigna, puesto que él tenía pruebas irrefragables para evidenciar su identidad; y por último, cerró su vehe-

mente filípica hiriendo el suelo con el pié y manifestando el pesar de que no se encontrase allí presente el infame autor de la calumnia para confundirle, anonadarle, aplastarle como á un insecto venenoso!

Así se espresaba el calabaceado amante, de espaldas al gabinete donde estaba oculto su homónimo, quien sin duda cansado ya de tanto cinismo y audacia, salió rápidamente de su escondite y le descargó un fiero golpe en el hombro, diciéndole con voz trémula de ira é indignacion:

—¡Guevara!!!

—¡Valletriste!!! contestó el interpelado sin poderse contener; pero apercibiéndose al punto de su torpeza, añadió precipitadamente como dominado de súbita cólera.

—¿Quién sois caballero? No os conozco á fé mia!

—Eso ahora lo veremos, replicó D. Facundo; señorita, tened la bondad de dejarnos solos cinco minutos.

Virginia obedeció, pero al pasar al lado de Valletriste le dijo á media voz:

—Despreciadle y no os vayais á comprometer.... os lo suplico.... Ya está desenmascarado.

La joven salió por una puerta y volvióse á escuchar por otra.—Su curiosidad, como es natural estaba escitada hasta el último punto; ademas que muy poca cosa se necesita para despertar la curiosidad de la gente que gasta faldas, segun dicen malas lenguas.

Valletriste cruzó los brazos y midiendo de arriba abajo al impostor con una mirada sardónica, le dijo con un metal de voz en que vibraban á la vez la amargura, el desden, la rabia y el encono largo tiempo comprimidos:

—Fingir que no me conoceis!.... Ese solo rasgo re-

vela vuestro carácter señor Guevara.... No me conoceis, eh?.... A mí, que os encontré en Paris hundido en la mas profunda miseria y os tendí una mano salvadora! A mí, que os franqueé mi casa y mi mesa, honrandoos con el título de mi secretario! A mí, á quién habeis traicionado...

Valletriste se detuvo, paseó en derredor sus ojos como para cerciorarse de que nadie le escuchaba, y con voz tan débil que apenas pudo percibirla Virginia, repitió:

—A mí, á quién habeis traicionado robándome el resto de mi fortuna!

—Las jugadas de bolsa—contestó Guevara, no sin que el carmin de la vergüenza le subiera al rostro,—fueron legales, y no es culpa mia si no os favoreció la suerte.

—Mentís! replicó el impetuoso jóven estallando, mentís!....¿Creís que ignoro vuestros sucios manejos?.... Estabais de acuerdo con otro pillo aquién luego engañasteis tambien....Tal para cual!.... Me habeis estafado en regla, y no puedo quejarme ante ningun Tribunal....

—Vos me autorizasteis para jugar en vuestro nombre....

—Y lo habeis hecho tan bien que me habeis dejado por puertas, enriqueciéndoos á costa mia!

—Rechazo semejante calumnia y os exijo una satisfaccion.

—La tendreis cumplida, vive Dios! Entretanto sabed que estoy arruinado, completamente arruinado; que en la próxima semana, vencen las letras que firmé en Paris, letras que obran aquí en poder de la casa de Weisveller y compañía. Sabed que no pudiendo pagarlas no me queda otro recurso para salvarme de la ignominia que me aguar-

da, que morir como hombre honrado—Nadie duda del que se levanta la tapa de los sesos por salvar su honor!

—Todavía os quedan algunas valiosas posesiones....

—Lo que me queda no alcanza á cubrir ni la mitad de mis deudas.

—Una fortuna tan grande!....

—Muy grande era, pero la disipacion, el juego, los caprichos de mis queridas, han reducido en menos de tres años á la cuarta parte la pingüe herencia que me legó mi padre al morir.

—En verdad, se decía el estafador hablando mentalmente consigo mismo, y muy impresionado por las palabras de su víctima,—no creía que estuviese tan mal; tornándose mas y mas pensativo á medida que Valletriste continuaba desarrollando el cuadro de su ruina.

—Vuestra traicion fué el último golpe, la última gota de hiel que ha acabado de llenar el cáliz de mi sufrimiento!....Enervado por los placeres y acostumbrado á ellos, no tengo valor para luchar brazo á brazo con mi destino adverso, y crearme de nuevo una fortuna ó una posicion social á fuerza de trabajo y perseverancia. La fatalidad me cierra todas las puertas ...ya ni diputado puedo ser!.... Mi madre me escribió que se necesitaba dinero, mucho dinero! para asegurar mi eleccion, y yo no lo tengo, ni me atrevo á pedirle, temiendo que se descubra mas pronto mi ruina! Estoy perdido!.... perdido para siempre!

Algun pensamiento generoso cruzó por la mente de Guevara, porque sus ojos se humedecieron, y se reflejó en su fisonomía la lucha sorda de encontrados sentimientos.

—Si vos quereis, yo puedo salvaros, le dijo con cierta

desconfianza, hija sin duda de la segunda intencion que envolvían sus palabras.

D. Facundo le contempló fijamente añadiendo con acento breve y pausado:

—Salvarme!.... y de qué manera?

—Pagando en el acto parte de vuestras deudas, y obteniendo una moratoria de vuestros acreedores por el resto.

—Luego, teneis dinero?

—Tengo amigos, y basta.

—Esplicadme ese milagro, dijo Valletriste con aire de incredulidad.

—Amo á Virginia.

—A ella ó á su dote?....

—Ambas cosas. La casualidad la trajo á vivir cerca de mí. Recordareis que en los frecuentes paseos que solíamos dar por los Campos Eliseos, en Paris, me habíais referido todos los pormenores de vuestra infancia y de vuestro proyectado enlace; y yo que conozco la ventaja de las primeras impresiones y la propension invencible de las mujeres á todo lo estraordinario y novelesco, me propuse enamorarla valiéndome de vuestro nombre, y como os es notoria mi gran facilidad para imitar toda clase de letra.....

—El resultado sobrepujó á vuestras esperanzas?....

—Tanto que ya estaba á punto de lograr mi deseo, reservándome descubrirla mi estratajema despues que estuviésemos casados; pero no sé como ha descubierto ella la verdad antes de tiempo, y su naciente amor se ha cambiado en ódio.

Burlona sonrisa comunicó un ligero temblor imper-

ceptible á los descoloridos lábios del primitivo amante de Virginia.

—Francamente, dijo á su rival, no veo qué relacion haya entre eso y mis deudas.

Conoció Guevara que había llegado el instante crítico de descubrir sin disfraz su pensamiento, y se apresuró á contestarle:

—A grandes favores, grandes sacrificios....

—Veamos....

—El todo por el todo.

—Esplicaos.

—Declarad delante de Virginia que yo soy el verdadero Valletriste, y que habeis obrado de acuerdo con D. Silvestre para perderme en su concepto, y yo, mediante una hipoteca sobre vuestras fincas me comprometo á pagar la mitad de vuestras deudas en el acto y la otra mitad cuando me case. Entonces romperé la escritura y quedareis libre.

Renunciamos á pintar el efecto que esta villana proposicion hízo en D. Facundo quien logró contenerse no sin un violento esfuerzo. Decididamente Guevara ponía á prueba su paciencia.

—Caballero, si es que tal dictado os corresponde, le dijo con el mas soberano desprecio,—solo me queda ya un nombre, esclusivo y sin mancha, y ese nombre, orgullo de mis gloriosos ascendientes, puro é inmaculado bajará conmigo á la tumba! Prefiero la pobreza, la miseria, la misma muerte á cometer una villanía! Este último ultraje no quedará impune....os lo aseguro. Recojo el guante que antes me habeis arrojado al rostro!

La vehemencia de este apóstrofe desconcertó á Guevara; pero estaba ya muy comprometido para poder retroceder.

—Me duele en el alma, contestó; no obstante, sí persistís en vuestro propósito, yo me aferro en el mio. Señalad dia, hora, sítio y armas.

—Mañana, á las ocho de la mañana, en las afueras de la puerta de Santa Bárbara, con pistola, á veinte pasos avanzando.

—Está bien!

—Espero que no faltareis, máxime cuando nuestro duelo no ha de ser una de esas farsas cuotidianas, hoy tan en voga, que se reducen á disparar cuatro tiros al aire, el irse luego á comer juntos á la fonda los combatientes y sus padrinos. No! uno de los dos ha de quedar en el campo.

—Pretendeis asustarme?.....

—Os lo prevengo para que obreis en consecuencia.

—Sé lo que el honor me ordena y no os quejareis de mi.

—El honor! esclamó Valletriste dolorosamente, el honor!.... Crees que por que yo os mate, ó porque vos me mateis, recobraré yo mi fortuna ó tendreis vos razon?.... Yo me quedaré arruinado y vos coronareis vuestra infame accion con un homicidio ó un asesinato, segun vuestra destreza ó sangre fria.

—Entonces, respondió Guevara en tono de pesar y de reproche,—por qué habeis aceptado mi reto?

—Porque hay ocasiones en que no le queda otro recurso á un hombre honrado y pundonoroso. Cuando las leyes son ineficaces y no pueden alcanzar al criminal; sino la razon, el natural deseo de venganza, la propia defensa,

el ludíbrio que nos espera, el atentado de que somos víctimas, nos autorizan para apelar al juicio de Dios.

Siento haberos puesto en ese duro trance, y si mis proposiciones son la causa, las retiro.

Valletriste le señaló la puerta y le volvió la espalda diciéndole:

—Hasta mañana.

Guevara resignado se alzó de hombros y contestó lacónicamente volviéndole á su vez la espalda:

—A las ocho!

XI.

Estrangulacion homeopática.

Al levantar D. Facundo la cabeza, encontró á su lado á Virginia, que escondída tras de la puerta del gabinete había oído toda la conversacion.

Las primeras palabras que ella pronunció fueron una queja, en la que se traslucía el temor de que sucumbiese en el desafio; y Valletriste lejos de disipar ese temor, insistió en que no podía declinarlo y hasta lo veía con placer puesto que se encontraba completamente arruinado.

—¿No es mas que eso? dijo Virginia con viveza: oh amigo mio! yo soy rica, muy rica! y consideraríame feliz, si me permitieseis demostraros con algo mas que buenos deseos, el vivo interes que me inspira vuestra desgracia.

---Jamas! Vuestra fortuna desaparecería en el abismo de mis deudas!

---Y que importa si era para salvaros?....

—Criatura noble y generosa! esclamó el desdichado jóven enternecido y con las lágrimas en los ojos; qué espíritu infernal me cegaba cuando rechazé, tu mano?.... tú hubieras sido mi ángel salvador, tú hubieras abierto mis

ojos á la luz, mi pecho á la esperanza, mí alma á la virtud!

—Todavía es tiempo, Valletriste.

—No! ahora un océano nos divide, replicó él soltando su mano con ira.

—No os entiendo....

—Vuestro hermano....

—Mejor informado os devolverá su amistad.

—Ya es tarde....me ha inferido un ultraje que solo con sangre se borra!

—De modo que con este son dos desafios, dos? preguntó Virginia llena de ansiedad.

—Dos....repitió dolorosamente el ofendido.

Indudablemente á no hallarse tan preocupado por las negras ideas que le dominaban, D. Facundo se habría apercíbido de la rápida oscilacion con que se ensanchaba y deprimía el blanco seno de Virginia, cuyas graciosas ondulaciones marcaba, como un barómetro, el semi-círculo de dos nacientes globos que se dibujaban tentadores al través del corpiño de seda que los envolvía.

La pobre niña no pudiendo hacerle desistir del duelo con Guevara, trató al menos de persuadirle que no debía batirse con su hermano, cuya destreza en toda clase de armas era notoria.

Don Silvestre en efecto gozaba la reputacion de ser uno de los primeros tiradores de sable, pistola y florete, de modo que ni aun elijiendo el arma su adversario, tenía, segun ella, probabilidades de vencer.—Ademas, estaba cierta de que examinando con calma la cuestion, cualquiera que fuese, se le encontraría con el raciosinio mejor solucion, que la de horadarse el cráneo con una onza de plomo, ú abrirse el

esófago de una cuchillada.—La hermosa é inofensiva criatura, no podía comprender el despotismo de esa bárbara ley social, que á menudo ordena á los hombres quitarse la vida hasta por cosas insignificantes. Ignoraba que cuanto mas trivial es el motivo, tanto mayores son la saña ó necedad de los contendientes y las exigencias de el *buen tono*.

Por desgracia en el presente caso fallaban las reglas comunes, y la naturaleza de la ofensa, probablemente divulgada ya por D. Silvestre, exijía un pronto y ejemplar castigo. Allá en su foro interno podía el agraviado perdonar al ofensor; pero la sociedad mas severa y vengatíva que él, no perdonaría al buen cristiano que habiendo recibido una bofetada en la megilla izquierda, presentase la derecha.

Dominado por estas consideraciones, D. Facundo cuya tristeza contrastaba con la energía de su resolucion, se limitó á decir resueltamente á su bella catequizadora.

—Creedme....este duelo tiene que llevarse á cabo y yo sería un infame si retrocediese.

—Por que?

—Por que sin él, es imposible toda reconciliacion entre nosotros.

—De manera que si él vence, será mi hermano el asesino del amigo de mi infancia, del hijo de mi generosa, protectora.. .y si por el contrario la suerte os favorece, me veré forzada á aborreceros como verdugo de mi sangre!....

Al hablar así, Virginia lloraba y un ligero estremecimiento nervioso comunicaba á su brazo estendido, el terror que se había apoderado de su alma.

Contemplábala embelesado D. Facundo....talvez con mas placer del que la situacion consentía.

¿Admiraba aquel tesoro de sensibilidad y ternura?

¿Sospechaba que un sentimiento mas dulce que la piedad, revivía, como el fuego entre cenizas, en el puro corazon de Virginia?

¿Sentía él latir su pecho con el encanto misterioso é indefinible de un nuevo amor que nos asalta y nos subyuga de improviso, insinuándose hasta el fondo del alma y abriendo á la mas yerta y aletargada fantasía un oasis de placeres, de voluptuosidades, de venturas terrestres y divinas?

Quién sabe!....Valletriste al fin era hombre, y Virginia tan hermosa, tan interesante, que bien podían admitirse estas y otras hipótesis mas aventuradas aun.

El la contemplaba en silencio, y al contemplarla un noble y generoso pensamiento germinaba en su cabeza. Pensaba batirse y defenderse; pero de ningun modo atentar á los dias de D. Silvestre, lo que equivalía á aceptar la muerte de antemano.

Virginia como si leyese al través de su frente, le dijo con voz tiernísima y juntando las manos en ademan de súplica:

—Por vez última, os ruego que desistais de tal próposito, amigo mio!

—Virginia! Virginia!....contestó el jóven haciendo un violento esfuerzo; pedidme la vida, pero no que deje creer al miserable que se ha aprovechado de un momento de descuido para darme una bofetada, que soy digno de tal afrenta!

Avergonzado Valletriste, cubrióse el rostro con las manos, y Virginia imitando su accion, dejóse caer en una butaca esclamando:

—Una bofetada, ah!

En el mismo momento, por una de esas singulares coincidencias tan comunes en el trato diario, cuando se nos aparece derrepente como endriago ó fantasma, alguna visita inoportuna y fastidiosa, abrióse la puerta de la sala y una criada anunció con la entonacion y la prosoptopeya peculiar de los gallegos, al Dr. homeopata D. Eugenio Daelza.

El futuro suicida sobresaltado volvió la cabeza apresuradamente, y se encaminó á la puerta como aturdido por el ininteligible sonsonete de la gallega; pero al encontrarse con D. Eugenio, dejó traslucir en su fisonomía el temor de que hubiera oido las últimas palabras de Virginia.

El médico le sacó de dudas, diciéndole á media voz:

—Sé el motivo que os ha traido aquí....Lupian me lo ha contado todo y por eso he venido.

—Infame viejo! murmuró entre dientes D. Facundo.

Daelza saludó á Virginia, que se puso en pié con ánimo de retirarse para ocultar su dolor, y tambien porque la doncella, saliendo del balcon la previno que su hermano se acercaba.

El Dr. le ofreció la mano para acompañarla, y ya en el umbral, ella le dijo despacio, pero de modo que Valletriste pudiese oirla:

—Por lo que mas ameis en el mundo, Dr., impedid que ese duelo insensato se realice.

Prometióselo Daelza con los lábios, haciendo las debidas restricciones mentales; y si la desconsolada niña hubiese podido penetrar en su corazon, de seguro que le habria maldecido. El cruel homeopata se bañaba en agua de

rosas, al ver el sesgo antiflogístico que iba tomando la cuestion.

—Asi me gusta!... fibra!....esclamó volviendo hácia donde estaba D. Facundo, que triste y abatido había vuelto á hundirse en sus tenebrosas cavilaciones; fibra!... ya no necesitais acudir á las dósis infinitisimales....La casualidad os favorece mas allá de vuestros deseos,...ya teneis quién os refrende, *gratis et amore,* el pasaporte para el otro mundo....Buen viaje!

—De buena gana te mandaría yo en mi lugar....pensó en sus adentros el paciente.

—La cosa es séria, eh?....preguntó el inflexible burlon cada vez mas risueño.

—Muy séria!....replicó el amigo *no comprendido* dejando traslucir su despecho y el mal humor.

D. Eujenio era para él una especie de pájaro de mal agüero, que siempre en las situaciones mas críticas y comprometedoras, se le aparecía para agobiarle con sus sermones y sus sarcasmos.

—En ese caso—prosiguió solemnemente el médico, la circunstancia de ser vuestro mas antíguo amigo, me constituye *ipso facto*, desde este momento en vuestro padrino. Tomo á mi cargo el pronto y satisfactorio arreglo de este asunto.

Con mil amores habría declinado el pobre D. Facundo el honor que se le hacía; pero temiendo que se atribuyese á miedo, y mas que todo, recelando las pullas envenenadas de su Esculapio, aceptó y se apresuró á darle las gracias con el placer del infeliz recluta que asiste por primera vez al fuego y á quién su gefe en un asalto, por cariño sin duda,

envía en comision justamente al mismo paraje donde debe reventar una mina, ó llueva la metralla como gragea.

—Allons, enfants de la patrie,
Le jour de gloire est arrivé....

Tarareó el médico cada vez mas entusiasmado· *coraggio é avanti!* si caeis en la contienda, no faltará algun inspirado poeta melenudo, compinche vuestro, que os cante en versos dignos de Homero: Gloria y prez al valiente que supo morir en su puesto sin pestañear! y eterno loor al ínclito amigo que le empujó á la senda y le abrió las puertas de la inmortalidad! Si, caro amigo, si:

Sean eternos los laureles
Que supimos conquistar!

El aludido agitó las mandíbulas y se rascó prosaicamente la nariz clavando la vista en el techo, con un gesto desdeñoso que equivalía á una renuncia esplícita de la gloria que se le brindaba y á la sublime compensacion de ser inmortalizado (ó hundido en el purgatorio) por un centenar de versos mas ó menos ramplones. El bardo *no comprendido* hacía completa justicia al estro poético de sus apolineos (y no *pollinos* como escriben algunos) amigos, y como él, sin falsa modestia, (como le sucede á cada hijo de vecino) se consideraba un Goethe ó un Calderon á su lado, era natural que viese con cierto estoicismo filosófico las armonías que pudiesen aquellos consagrar á su memoria.

—Supongo que no habrá transaccion posible? añadió Daelza frotándose las manos de gusto.

Miróle el interpelado como el recluta de que hablamos mas arriba miraría á su gefe, al ir haciendo gambetas por el aire.

—Os autorizo, contestó con mal disfrazada ira, para que propongais y acepteis las condiciones que mejor os parezca....Solo se muere una vez en la vida. Tengo ademas otro desafio....

Entonces le refirió la superchería de Guevara.

Se hallaba en lo mejor de su relato, cuando Daelza prestó el oído y apuntó con la mano hácia la escalera.

—Ya está aquí mi hombre, dijo, gràcias á Dios!

Y antes que D. Facundo pudiese reanudar el hilo de su interrumpido discurso, la puerta giró sobre sus goznes y dió paso á la grave, imponente y terrífica figura del insigne y nunca bien ponderado D. Silvestre Tremedal, Centellas, Rayos, Trompeta y Cabeza de chancho.

En honor de la verdad, debemos declarar que los cuatro últimos apelativos no le pertenecían, sino por habérselos aplicado algunos imbéciles, que temblaban ante el brillo de su tizona, mas terrible que la del Cid, segun vociferaba el mismo interesado á cuantos tenían la paciencia de oírlo.

Entró como quién entra en su casa....con aire resuelto y desenfadado, mirando por encima del hombro á los que allí estaban.

Al verle sintió Valletriste agitarse en sus entrañas el veneno de la venganza: la huella que dejáran los dedos del maton en sus megillas, parecía reanimarse y brotar por sus ojos convertida en ascuas de fuego.

El recuerdo de Virginia lo contuvo: en dos horas sus ideas habían sufrido una modificacion completa, y en obsequio á *ella,* había formado el noble propósito de caer sin vida á los pies de su ofensor antes que tocarle con la punta de su espada. Quería defenderse; pero no matar.



Sin embargo, tanto para justificar su visita como para perderle de vista cuanto antes, le dirijió la palabra en estos términos:

—Venía á pagaros con la misma moneda el ultraje que me habeis hecho en mí casa. Consideraciones que no es del caso especificar ahora, me obligan á desistir de mi propósito. Mi amigo el Dr. D. Eugenio Daelza se entenderá con vos.

—Perfectamente, respondió Tremedal acariciándose el bigote; os dejo la eleccion de las armas.

—Me es indiferente....debo advertiros que mañana á las ocho tengo otro desafio....

—Si? preguntó el espadachin con aire de mofa.

—Con el aleve que ha usurpado mi nombre....en fin, es inútil que entre ahora en mas pormenores.—Buenas tardes!

Saltó el jóven acompañado de Daelza que volvió en seguida, y D. Silvestre con la impertinencia que le era característica, dijo á este último:

—Podreis darme, caballero, algunas esplicaciones sobre esta nueva farsa?

—Pues no! señor mio! si á eso he venido, contestó él médico dirijiéndose á la puerta y dando dos vueltas á la llave.

—Qué significa esto? esclamó el valiente badulaque, entre sorprendido y asustado por el brusco exórdio de sus contrincantes y las precauciones que tomaba.

—No me habeis pedido esplicaciones?—añadió el Dr. arrastrándole hácia el sofá y haciéndole sentar de un envion;—pues vais á oírlas.

El hombrecillo quiso levantarse; pero mas rápido el

homeopata le echó mano al pescuezo amagando estrangularle.

—Quieto! le dijo, quieto! ó no respondo de vuestra traquiartería!

Entonces, oh lectores mios, hizo D. Silvestre un gesto tan feroz, se le herizó el bigote de una manera tan insólita y coruscante, que yo al figurármelo no mas, me quedo boqui-abierto y suelto aquí la pluma horripilado....

—Qué cara! Dios mio, qué *cara*!....cuesta mantener siempre viva y creciente la curiosidad del lector....hasta ceder al capricho de estrangular á un personage tan importante!....Veré si puedo sacarlo en el próximo capítulo, de esa violenta y nada agradable posicion.

XII.

La horma de su zapato.

En los grandes caminos hay ladrones que solo roban, y ladrones que roban y matan á la vez, como en el océano de las letras, piratas que uñatean, y piratas mas feroces, que no se contentan con uñatear, sino que ademas abren eterna sepultura al despojado.

Es evidente que el plagio hecho por un hombre de talento, despoja de su gloria á un autor obscuro, y para fin de fiesta, le relega á perpétuo olvido lo que equivale á asesinarle moralmente.

¿Pretendía hacer otro tanto el médico homeopata con el insigne D. Silvestre, en la farsa que vamos narrando?

¿Cuál era su objeto al abandonarse al capricho de oprímirle mas que suavemente los conductos de la laringe, de la laringe! ese órgano precioso de la voz, que sirve para dar paso al aire que respiramos, como saben ó ignoran nuestros lectores?....

¿Por ventura el Doctor había estudiado su curso de anatomía en las madrigueras de Sierra Morena, para entregarse sin mas ni mas al placer de acariciar con sus

uñas (á falta de cuchillo,) el cerviguillo de sus opositores?

Las repetuosas y nada francas relaciones sociales que existían entre él y D. Silvestre, le autorizaban acaso para tan insólito abuso de confianza?

Las espansiones del cariño tienen sus límites, y á nadie es permitido, al entablar una discusion grave, enternecerse hasta el punto de aferrarse á la garganta de su *ad latere ó vis á vis*, como arrebatado por el entusiasmo, ó vencido por el esceso de la emocion.

No mil veces, no! ...ni Daelza deseaba atajar para siempre el resuello al perdona-vidas, ni tenía el menor empeño en proporcionarse alguna *lonja* de su tostado pellejo, ni obraba bajo la salvagurdia de la amistad, que todo lo autoriza y disculpa, ya que el título de amigo suele imponer esas y otras *cargas* mas insoportables aun á los desdichados mártires de la amistad.

El atroz discípulo de Hannémam, quería simplemente probar al intrépido duelista, desde el principio de la conferencia, que había encontrado la *horma de su zapato*.

Para eso había imitado sus modales, sus gestos, sus arrebatos de gitano, que levanta ó baja la voz, segun le contestan temblando ó á gritos, y por consigniente, los golpes traicioneros y *ex-abrupto* (á lo bruto) cuando se cree seguro de la impunidad.

Con tanta maestría había remedado D. Eugenio á su modelo, que en realidad, le sobrepujó y le dejó tamañito bajo la impresion de su inmensa superioridad, como el pirata literario, que roba y mata, al pobre y obscuro autor de que hablamos mas arriba.

Así fué que al soltarle, temiendo una reaccion, é imi-

tando siempre sus malas mañas, le clavó fijamente los ojos, como el domador de fieras á un lobo medio magnetizado, y que pretende en vano substraerse á la influencia que le convierte en payaso y hazme-reir de los espectadores.

—Señor Doctor!....no comprendo este proceder, por vida mia! esclamó D. Silvestre, alejándose instintivamente del estrangulador: la broma me parece muy pesada.

—He sido un poco brusco, eh?....contestó Daelza; pero caballero, habeis cometido antes una tropelía incalificable con mi amigo D. Facundo, y he debido entablar el diálogo en la misma forma. *Similia similibus*....

Tremedal se mordió los lábios, diciéndose interiormente:

—Me revienta este hombre, y quisiera poder ahogarle entre mis manos y echarle á mis perros de presa, ó mandarle tirar al redondel para que le *recojiese* un toro de Jarama!!!

Mejor sería, añadió en voz alta y con bastante mesura, que saltásemos por encima de los preliminares.

—Está bien, ¿os convenis en pedir perdon al Sr. Valletriste.

El hermano de Virginia contempló al médico con aire imbécil y turulato; pero con ira, con la ira del idiota que desea y no se atreve á ser insolente. Por último hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Prevalido de vuestra destreza en el manejo de las armas, y de la notoria cobardía de la mayor parte de los hombres, insultais á quien os parece conveniente.

—Yo hago lo que se me antoja! replicó D. Silvestre, rompiendo su silencio y retirándose cuanto era posible al estremo opuesto del sofá.

—Os advierto que me escucheis con paciencia: á mí no me imponen vuestros floretes ní vuestras pistolas....mí génio es tan fosfórico tan terrible, tan feroz, ó mas que el vuestro, y en un momento de exasperacion sería capaz, sí, sería capaz de haceros echar aquí mismo los bofes por la boca á puntapiés y á bofetadas!

Académica era la actitud de Daelza, sublime la tension de su cuello enarcado y su brazo estendido, como el de la estátua de Espartaco, al despedír á los líctores romanos, amenazando á la señora del mundo con sus cien mil esclavos sublevados.

El guapeton se encomendó á las benditas almas del purgatorio, cuyas dulzuras saboreaba ya de antemano.

—Sois un baladron y nada mas, Sr. D. Tremendo, tan largo en palabras como escaso en obras, audaz con los débiles, y villano y rastrero con los fuertes. Uno de esos fantasmones que inspiran pavor á las gentes hasta que un hombre de corazon los derriba de un punta pié y los apalea con los mismos zancos con que asustaban á los que creen en duendes y aparecidos.

El despecho hacía tragar saliva á D. Silvestre, pero no se atrevió á replicar. Daelza ejercía sobre su espíritu la misma fascinacion que él ejerciera sobre D. Facundo. No obstante, balbuceó entre dientes como un perro amedrantado, que gruñe en un rincon.

—Mi paciencia se va agotando!....

—No se agotará tan pronto, contestó el médico, asegurándole de un brazo con aspecto siniestro; estamos solos, nadie nos escucha, y sois bastante maula para no conduciros aquí como en público. Entre cuatro paredes, donde

falta teatro y espectadores á la vanidad, á el amor propio herido y á esa ridícula manía de fijar la atencion de los demas, que aqueja á los valientes como vos D. Tremendo, dos héroes del *puff* y de la farsa se encojen y se humillan como ratones ante el gato marrullero, que ha sabido buscarles la vuelta, ó sea ganarles el agujero de su guarida.

Tantos y tan sangrientos agravios exasperaron al fin al asendereado D. Silvestre, y sobreponiéndose por un instante al terror pánico que le embargaba, se atrevió á formular virilmente esta protesta.

—Acabad de una vez, oooo!....

—O qué?....preguntó Daelza esperando alguna amenaza proporcionada á la grandeza de sus insultos, y preparándose ya para rebatirla con argumentos *ad hominem*, es decir, con la punta de su bota.

Tremedal le miró al soslayo, y adivinando quizá las perversas intenciones del homeopata, que había jurado vengar dignamente à su amigo se rascó la oreja como un mico enfurecido á quien azotan, y contestó humildemente:

—O me marcho.

Al oír esta cómica respuesta, sintió Daelza un violento escozor de risa que le retozaba por todo el cuerpo; sin embargo, á fuer de buen actor, para no comprometer el éxito de la comedia que representaba, apretó las mandíbulas y los lábios....mas ay! el aliento comprimido, naturalmente buscó salida por otro lado, y su honesto propósito, su noble intencion, fracasaron completamente....Miserias humanas!

Hubo fracaso, si, lo confesamos con las lágrimas en los ojos, y el pañuelo en las narices. Se entiende, que las lágrimas son arrancadas por la risa, y el uso del pañuelo

se esplica por la terquedad de de la *grippe* dominante en el invierno, época, en la cual escribimos esta novela hisórica mas verídica que muchas historias novelescas.

No tenemos la culpa de estar *agrípados*, y mucho menos de que, en vez de una estruendosa y franca carcajada, se abriese paso, no sabemos que discorde y traidor murmullo, llenando el aire de notas tan inarmónicas como la voz de falsete de un tercero en discordia.

D. Silvestre que no esperaba que un nuevo interlocutor tomase la palabra, sin pedirla siquiera préviamente, di- un brinco zig-zag sobre-cojido de espanto.

¡Tan enérgico y retumbante fué el estornudo!

En su turbacion la primer idea que se le ocurrió, era que su contrincante traía á prevencion armas de fuego ocultas; pero en breve la calidad del humo le hizo rectificar su juicio erróneo.

Iba D. Silvestre á interpelarle furioso, cuando el médico mas vivo, le ganó de mano, y estrujándole contra el borde del sofá! le gritó:

—Esto ya pasa de castaño oscuro!..... hasta aquí podían llegar las bromas, señor mio!....Le juro por la desollacion de San Bartolomé, que ese ultraje tendrá un castigo *ejemplar y tremendo*!....

Rayos y centellas! venirme á mi, que abomino los instrumentos de viento con semejante música!....He de mandar fabricar un violin, sirviéndome de cuerdas vuestras tripas, y de empuñadura del arco vuestro hueso sacro!....

D. Silvestre aterrado, quiso formular algunas escusas tartamudeando; le pareció que la razon del Doctor corría parejas con sus dósis infinitisimales.

—Silencio! vil insecto, ahulló el ofensor ofendido, descargándole un fiero manoton en la nuca, silencio!.... El vejámen inaudito que me has hecho sufrir, exije que uno de los dos desaparezca del mapa terráqueo! Nos batiremos, si, nos batiremos como dos hienas, como dos serpientes de cascabel, como dos demonios escapados de los profundos infiernos!!!

—Vamos, está loco y de remate, se dijo D. Silvestre pidiendo fervorosamente á Dios, realizase algun milagro en su favor, pues no veía medio de escapar á las garras de aquel energúmeno.

—Pero es preciso igualar las condiciones del combate, y como la lucha ha de ser á muerte, nos ligaremos pié con pié y pelearemos á macana, y á chuza!....Si señor!.... con macanas claveteadas y chuzas envenenadas!

D. Silvestre empezó á tiritar y á dar diente con diente, mientras su implacable enemigo le contemplaba moviendo los brazos como un telégrafo, y haciendo espantosos visajes.

—Responded, le dijo al cabo de algunos minutos, y no abuseis de mi escesiva bondad.—Temblad si me acomete uno de los abcesos epilépticos á que estoy sujeto. Me dá por morder y...

—Santa Bárbara!....esclamó Tremedal, si padecerá de hidrofobia!....y tendiéndole las manos juntas en ademan de pedir misericordia, casi lagrimeando, le rogó por todos los santos de la corte celestial que se aplacase, que él nada le había hecho, que si alguno tenía motivos para quejarse era él, y en fin, que el duelo que le proponía era injusto y descabellado á todas luces.

—Bien está: admito vuestras escusas, dijo el médico



pero se entiende que me concedeis la mano de Virginia....

—Un tiro por la boca! iba á responder D. Silvestre; pero se contuvo, y fingiendo gran sorpresa añadió: os chanceais? Ni ella os ha tratado ni os ama bastante para eso....

—Eso no es cuenta vuestra, ni tampoco saber si pido su mano para mí ó para otro.

—Lo siento mucho, pero no puede ser....está comprometida.

—No mintais.... porque me sacareis de mi mansedumbre habitual!

—Os repito que es la pura verdad.

—Cobarde y embustero?.... basta, ni una palabra mas!....mañana á las ocho asistireis conmigo al desafío de Valletriste con vuestro vecino Guevara; y luego, á las diez de la noche, os espero en casa de D. Facundo... allí arreglaré definitivamente las condiciones del combate con él y conmigo. Cuidado con faltar, D. Silvestre, porque mi venganza será espantosa! No digo mas!

D. Eujenio se caló el sombrero, abrió la puerta y salió con la gravedad de un mandarin chinesco.

Siguióle con la vista el imtrépito batallador, inmóvil y sin atreverse á salir del rincon donde estaba acurrucado, pero cuando le creyó lejos, avalanzóse gallardamente hasta el umbral de la puerta, y con el puño cerrado apostrofó á su sombra en estos términos:

—Mal rayo te confunda á tí y á tu homeopatía!.... ojalá que tus enfermos te comuniquen la fiebre amarilla, el mal de San Lázaro, la tísis, el escorbuto y la tiña!.... ojalá....

No pudo concluir, porque se presentó Virgínia, que venía á darle algunas esplicaciones, á pedirle perdon por el mal rato que involuntariamente le ocasionaba, y á interceder por Valletriste, descubriéndole la miserable intriga de Guevara.

Bella é interesante como una Magdalena arrepentida, la encantadora niña se arrojó á las plantas de su hermano, trémulo y palpitante el seno, húmedos los ojos, crispadas las manos por la vehemencia de su dolor.

La vista de una muger que sufre, y mas si es hermosa, conmueve y sensibiliza; pero esta regla no habla probablemente con los hermanos que acaban de ser víctimas de un esceso de ternura de parte de algun furioso monomaniaco.

D. Silvestre sintió un secreto impulso de alegría al verla, porque asi tenía en quien descargar su ira y vengarse estrepitosamente de los insultos que se había visto forzado á devorar en silencio.

—Satánica criatura! mujer maldita! reptil infame!— gritó girando los ojos y parpadeando como una foca mal herida que el reflujo ha dejado en seco sobre un peñasco, espuesta á los rayos del sol;—Vívora venenosa que yo calenté á mi seno, para que me lo desgarrases con tu aguijon emponzoñado! ...quítate de mí presencia, sí no quieres que te estrelle contra la pared ó te aplaste como á un gusano!

Nunca Virgínia le había visto tan furioso, y como nada hay mas cobarde que una mala conciencia, quiero decir, como la conviccion de haber delinquido; la reina de los salones, la estrella de Andalucía, el iman, la sílfide y la diosa, como la apellidaban sus admiradores, asustada por

los gritos de su amable hermano, tuvo por conveniente levantarse mas que de prisa y tomar el paso largo, luego el trote y en seguida el galope hasta refugiarse en sus habitaciones, é interponer entre ella y D. Silvestre la puerta de su alcoba á guisa de barricada.

El terror do mundo é do inferno á falta de personas continuó insultando á los cuadros colgados en las paredes, y paseándose de un estremo á otro del salon repitiendo de cuando en cuando como el portugues famélico y celoso, obligado á partir con un abominable *casteçao* su mesa y su lecho;

Si nao bufo revento!!!

XIII.

La imaginacion y la realidad.

¿Quién en su vida no ha pasado muchas veces lo que se llama una *mala noche*?

¿Quién desvelado, inquieto, sin poder cerrar los ojos, no ha sentido las mil impresiones que entonces nos asaltan?

Imágenes y recuerdos singulares se agolpan á la mente... á veces se figura uno que no está solo....se imagina que alguien le mira; un ser indefinible que se le acerca le habla al oído, le pone la mano sobre el pecho, ó cruza los brazos y le contempla con aire amenazador y sombrío.

La sangre congelada refluye al corazon con violencia, y un estraño escalofrío se desparrama por el cuerpo.

Para rechazar las penosas ideas que nos dominan, evocamos entonces otros pensamientos mas gratos; pero *poseidos* ya de algo que pertenece al mundo sobre-natural, nos sorprendemos á cada paso haciendo reflecciones mas negras que la noche, ó entablando con nosotros mismos sin abrír los lábios, pavoroso diálogo, nada lisonjero, que en vez de ayudarnos á conciliar el sueño, nos obliga á

incorporarnos súbito en el lecho, oprimiéndonos las sienes como si al tocarlas el génio del insomnío con sus garras de bronce candente nos las hubiese despedazado!....

Tal era la situacion de Valletriste, la noche que precedió á los dos desafíos pendientes.

La proximidad del peligro, la multitud de sucesos y emociones porque había pasado en veinte y cuatro horas, y mas que todo la agitacion, de su espíritu avasallaban su voluntad. Quería dormir, y el sueño rebelde huía de sus párpados, la fiebre abrasaba su frente, y à las horribles diabólicas, sucedíanse apacibles ideas, ensueños virginales, embriagadoras y dulcísimas imágenes de amor y felicidad. Giraban en tropel al rededor de su lecho, mostràndole agrupadas como en un panorama fantástico, todas las venturas y delicias del mundo que iba á dejar.

La sangre hervía en sus venas; dilatábase su pecho como abrumado por un esceso de vida que apenas podía contener, entreabríanse sus lábios para aspirar con ánsia el aire que le rodeaba; sus ojos, vagando indecisos, ávidos de luz y movimiento, se clavaban fijamente en algunos puntos brillantes que le parecía ver jirar en la oscuridad.... Prestaba el oído para percibir las veloces pulsaciones de su corazon que latía á golpes redoblados; y su espíritu, libre y audaz como el águila que rompe los hierros de su prision, remontábase á un cielo purísimo, en cuya atmósfera serena, se respiraba la paz y la esperanza, el placer y la dicha.. Todo lo veía bajo un aspecto distinto, por un prisma color de rosa, y se sentía rejuvenecido, fuerte, lleno de fé, de entusiasmo é ilusiones como cuando tenía diez y seis años, y se separó de Virginia.

Deteniase embelesado en esta idea, como el viajero que en hórrido desierto encuentra una roca donde guarecerse del *simoun* desencadenado; pero la realidad, como el huracan de arena al viajero, venía á hundirle otra vez en el abismo de la desesperacion, y sentía las punzadas glaciales del veneno, la fría mordedura del acero, ó la centellante vibracion del plomo, taladrar sus carnes y sus huesos, y romper fibra á fibra, nérvio á nérvio, el tejido de su vida!

Desvanecíase el dolor físico, y el dolor moral le torturaba con mas vehemencia aun....Contemplaba á su anciana madre llorando al pié de su féretro y en pos de su venerable imágen, se agolpaban los recuerdos de su infancia, revivían sus muertas creencias, y un torcedor secreto, una voz misteriosa hablaba dentro de él echándole en rostro sus pasados estravíos y el crímen que iba á cometer....Quería lanzar sus ojos mas allá de la tumba, y temiendo la venganza de Dios, le negaba frenético y ciego; no, no hay nada mas allá, se decía todo acaba en el sepúlcro; el polvo vuelve al polvo....y un horror invencible herizaba sus cabellos y hacía correr por sus venas el soplo helado que traspira la descarnada boca de un esqueleto...... Diríase que al invocar aquel infeliz la nada, el ángel de la muerte acudiendo á su reclamo, le había puesto su fría diestra sobre la frente, y su alma llena de espanto, se refugiaba á lo mas recóndito del corazon, huyendo de su infernal contacto.

Presa ya de aquella estraña alucinacion, hubo un instante en que creyó volverse loco, y para escapar á aquel vértigo, á aquel suplicio, que solo tiene nombre en el infierno, levantóse, hizo encender luces, y se puso á escribir á su madre despidiéndose de ella hasta la eternidad, y vo-

gándola que le perdonase su delito y no le maldijese....

La luz del nuevo dia le sorprendió escribiendo, y eran ya las siete cuando entró el médico.

—He venido antes de la hora, le dijo; á preveniros que ya esta todo allanado para el otro desafío.

—Os doy las gracias, Doctor, contestó el jóven cerrando su carta.

—Tendrá lugar en vuestra misma sala, y yo seré el único testigo y padrino de los dos.

—No concibo....lo que os proponeis.

—Nada, lo que me parece mas adecuado; igualar el combate.

—Y para eso....

—Os pondré en situacion de que logreis satisfacer cumplidamente vuestros deseos. No anhelais vos suicidaros de una manera pronta, fácil y suave, y no anda él buscando ocasiones de lucir su esfuerzo y valentía?....Pues yo proporcionaré á entrambos la satisfaccion que tanto desean... Y entre paréntesis, ¿habeis arreglado vuestros asuntos?

—Sí, esta noche: y en la conviccion de que me espera la muerte de un modo ú otro, he escrito á mi buena y querida madre esta larga carta.

—Apruebo el sentimiento que os la ha dictado.

—Yo aunque quisiera, no puedo retroceder. Lo creereis, Doctor?..al ver aproximarse la muerte paso á paso, yo que ayer la invocaba con frenesí empezaba á tener miedo.

—Eso le pasa á todos.... la mademisela tiene muy mala catadura.

—Y para no desistir de mi propósito, para tener el valor de matarme si por una casualidad, que no es de espe-

rar, salía ileso de los dos lances pendientes, me puse á escribir á mi madre, juzgando que comprometido ya, me vería obligado á hacer por una especie de empeño moral con ella, con vos y conmigo mismo, lo que de otro modo podría ocurrírseme tal vez....

—Darlo por hecho, dijo el médico con ironía, y como en ciertos casos basta con la intencion....

—No señor, aplazarlo para otro dia, replicó Valletríste exasperado.

—Esas cosas cuanto mas pronto mejor.

El llanto sobre el difunto, prosiguió D. Eugenio, confiado en que la carta no llegaría á su destino, pues Lupian seducido por él, en vez de echarla al correo se la entregaría;—la mayor parte de los suicidas son unas maulas que á lo mejor se arrepienten. Esa es la razon porque muchos se comprometen, escribiendo como vos lo habeis hecho, á fin de no poder luego retroceder. Papeles cortan, amigo mio, y despues de haber puesto su firma al pié, quien por rubor no se pega un tiro? Quién al llegar el momento solemne tiene la poca vergüenza de....aplazarlo para otro dia?....

Punzante era el epígrama, y D. Facundo cuya conciencia le acusaba de merecerlo, volvió los ojos á otra parte. Se le hacía muy duro no atribuirlo á la fría insensibilidad propia de los médicos; pero la idea de que Daelza se gozaba en atormentarle y que acaso podría tener algun interés en perderle, y se alegraba de su muerte, le contristó sobre manera.

—No os daré yo ese disgusto, contestóle con frialdad.. el corazon me anuncia que moriré á manos de D. Silvestre.

El desdichado recordaba el juramento que había hecho á su hermana de defenderse y nada mas.

Tal vez D. Eujenio deseaba ponerle en ese estado de escitacion moral que transforma en valiente y arrojado al mas cobarde.

—Voy á ver á mi enfermo de la calle del Cofre, y vuelvo en seguida, añadió con el mismo tono zumbon é implacable; no sea que Guevara tenga que aguardarnos. Entre tanto, leed algunas pájinas de *Werther* de Goethe, aunque yo preferiría la *imitacion de Jesu-Cristo*, y no penseis en lo demas.... Asunto de que yo me encargo, sale. siempre á pedir de boca, y este terminará como debe....

—Es decir?....preguntó tímidamente D. Facundo.

—Con la muerte de uno, de los dos, ó de los tres! respondió con voz cavernosa y fatídica el digno sectario del bisturí y la lanceta.

Valletriste perdió el color y murmuró entre dientes: Asesino!

—Como buen médico....añadió el aludido, quiero estirpar el mal de raiz. La letra con sangre entra. Nada de paños calientes!.... No hay ya trasaccion posible ni otra alternativa que matar ó ser muerto!....La eleccion es libre.

Y dejando á su amigo desarrollar á su gusto el programa de esterminio comprendido en los anteriores refranes y sentencias, se aproximó á la puerta diciéndole por despedida:

—Hasta dentro de media hora....pasarlo bien.

—Con una lanza te pasaría yo de parte á parte si pudiera, infame desollador, anatomista carnicero que te imaginas que los hombres vivos son los yertos cadáveres que despedazas en tu inmundo anfiteatro!....esclamó Valletriste dando escape á la cólera que le ahogaba, cuando el Doctor ya al fin de la escalera no podía oírle.

Luego comenzó á pasearse á largos pasos por el cuarto, discutiendo el siguiente monólogo:

—Guevara! Tremedal!....hombres funestos arrojados en mi camino para labrar mi eterna desgracia! Dice el matador con privilegio: no hay transaccion posible....sobre todo con el último....no obstante, si el consintiese en pedirme perdon....entonces....¿podría yo perdonarle sin méngua?....Su hermana es tan linda, tan virtuosa y angelical, que por ella, solo por ella....pero no, no....Sería una bajeza dejar impune tamaño insulto ...Cuando se sepa que estoy arruinado, se atribuiría mi conducta á un vil cálculo, y todos me despreciarían....Luego, él es demasiado altanero y vano para rebajarse á pedirme perdon, y yo tengo demasiada dignidad y orgullo, para resignarme á olvidar una injuria que á estas horas, sabrá todo Madrid... ¿y para qué?..Mejoraría eso mi posicion? ...Consentiría él en dar la mano de su hermana, dueña de una fortuna pingüe áu n hombre, á quien detesta hundido en la miseria?...No, no....No hay para mi salvacion ni esperanza....es preciso que él me mate, ó que yo me mate...Asi lo qaiere mi negra estrella, y nadie puede luchar con su destino....Cúmplase la voluntad de Dios!....

La vuelta del médico le arrancó á sus meditaciones. Bajaron en silencio la escalera, y subieron al coche, tomando la direccion de la puerta de Santa Bárbara.

Cuando llegaron al sitio designado para el combate, Guevara y sus dos padrinos ya estaban allí. Tambien se paseaba con ellos D. Silvestre.

Cargadas las pistolas, y medida la distancia los contendientes se colocaron á veinte pasos, quedando á su eleccion,

á la señal convenida, avanzar sobre el contrario y disparar su arma á quince, á diez, á dos varas, à boca de jarro si tal era su gusto.

Sonaron las dos palmadas de ordenanza, y Valletriste firme y sereno adelantóse con su pistola en la mano, Guevara dió dos pasos y se detuvo.

Tendió el brazo, y una bala pasó silbando por entre los cabellos de D. Facundo.

Este, sin inmutarse, continuó marchando tranquilamente, y le puso el cañon de su pistola sobre el pecho á su enemigo.

No había esperanza para Guevara: era hombre muerto.

Las rodillas le flaqueaban; una contraccion dolorosa desfiguró su rostro y la ansiedad se pintó en el de los testigos.

Pero Valletriste contra la creencia general, levantó el arma homicida y le dijo:

—Antes del duelo deseaba mataros, y ahora que os miro trémulo y sin aliento, ahora que tengo vuestra vida en mis manos, solo me inspirais lástima y desprecio!

Luego añadió en voz tan baja que solo pudo oírlo el interesado.

—Que esta leccion, infeliz os sirva el menos de escarmiento. No olvideis que despues de haberos enriquecido, despojando á vuestro bienhechor, habeis querido matarle, y para coronar vuestra obra, le vereis caer indiferente en el abismo de la desesperacion y de la miseria á que lo habeis arrastrado. Sois un miserable, y por toda venganza quiero legaros el remordimiento de haber causado mi muerte y deberme la vida, como me debeis ya vuestra mal adquirida fortuna.

El mal amigo y peor caballero, anonadado por la fuerza moral de estas razones, apenas acertó á balbucear algunas palabras ininteligibles. Su adversario descargó al aire la pistola encaminándose á su punto y diciéndole con entereza.

—Podemos volver á empezar si gustais.

Un murmullo de admiracion se elevó entre los padrinos y testigos en cuyo número se encontraba como ya hemos dicho, el insigne D. Silvestre. Daelza mismo estaba conmovido, y al feroz maton se le encojía el bigote á su despecho, por mas que con disimulo procurase encrespárselo en actitud eréctil y amenazante.

Guevara se escusó lo mejor que pudo, y vino hácia Valletriste ofrediéndole la mano, que el jóven no admitió volviéndole en silencio la espalda.

Algunos minutos despues los dcs coches, con los duelistas y su séquito entraban en Madrid por rumbos distintos.

Sin saber porque D. Facundo, apesar del nuevo y mas formidable peligro que le amenazaba, sentía ese bienestar, esa calma interior que á veces en medio de los mayores contrastes, suele enviarnos la Providencia compadecida de nuestros afanes.

Encontraban ya en la mitad de esa montaña del sufrimiento, que abultada por la fiebre del insomnio, le había parecido la noche anterior inaccesible. Su imaginacion abatida y enferma había ido mas lejos que la realidad.

Por fortuna Dios ha querido que en el bien como en el mal, no siempre la realidad revista todas las galas que la fantasía le presta. Con harta frecuencia, redúcese á uno de esos brillantes globitos de jabon, que los niños soplan con un canutillo y que encantan la vista reflejando todos los

colores del íris, hasta que la mas lijera brisa ó el mas leve choque vienen á patentizar la poca consistencia de su frágil bóveda tornasolada.

¿Qué queda entonces de tanto brillo y hermosura?.... Un átomo de agua y cenizas esparcidas por el aire!

Asi son, en la vida nuestras penas y alegrías, nuestros goces y tormentos, nuestras ilusiones y desengaños!

XIV.

De los arrepentidos se sirve Dios.

¡Triste momento de la vida es aquel en que nos apercebimos que nos hemos estraviado, y al detenernos faltos ya de aliento, y echar una ojeada al rededor, vemos que lejos de encontrarnos en la senda de la felicidad que pensábamos seguir, empujados por la férrea mano del destino y atraidos por una engañosa luz, vamos caminando por el callejon sin salida de la desgracia!

¡Amarga y dolorosa reaccion la que esperimenta el alma cuando comprende que ha prodigado sus mejores dias y malgastado su fuerza en el vacío persiguiendo una sombra, un ideal fantástico que dá un paso atrás, y se nos escapa, cada vez que nos parece tenerlo prisionero en nuestros brazos!

¡Desesperacion terrible, duda infernal la que asalta el ánimo, que interroga á Dios frenético y ciego, y blasfema acaso no pudiendo comprenderle, cuando al borde del abismo, sondeando su profundidad, queremos retroceder y una voz secreta nos grita: "Ya es tarde!... prosigue tu *via dolorosa* con la cruz acuesta que tu negra estrella, ó el crímen de otros, arrojó sobre tus espaldas.

"Redime tus culpas ó espía las agenas. No hay para tí misericordia en el mundo! inclina la cerviz ante la saña del destino, calla, y sufre, y muere como un perro sumiso bajò el látigo de su implacable amo!"

Así habla el hombre desgraciado: tigre ó leon que muerde su cadena sin poder romperla; ser indefinible alternativamente bueno ó malo, víctima ó verdugo, mezcla confusa de luz y tinieblas, de cieno y oro; ya resignado, ya rebelde, y que pasa con la misma felicidad de la calma al furor, de la esperanza á la desesperacion, y de la fè cristiana al ateismo filosófico!

Pocas horas antes, Valletriste sentía acariciar sus sienes una brisa consoladora.....su pecho sin que él atinase á esplicarse la causa, se abría á la esperanza....¿qué motivo ahora anubla su frente, arranca maldiciones á sus lábios, y enciende sus ojos con el sombrío resplandor de la fiebre?

Despues del desafio admitió la proposicion que le hacía Daelza de ír á almorzar con él y Plácido, y no pudo zafarse de sus importunos amigos hasta las tres de la tarde.

Entró en su casa todavía bajo el risueño influjo de los vapores del Champagne; pero al penetrar en el escritorio, encontró encima de su bufete dos cartas traidas hacía un instante por un correo especial: ganando horas. Abre la primera que pertenecía á su madre, y los cuatro primeros renglones le producen la dolorosa reaccion que acabamos de describir.

"Mi querido hijo, le decía la buena señora, anticipándome á la posta, te envío un *propio* para participarte la fausta nueva de tu eleccion de diputado. A fuerza de fuerzas hemos triunfado. En tu lista ha salido tambien D.

Norberto Guevara (a) *Uñate*, recomendando por el ministerio idem.

—Ira de Dios! esclamó Valletriste estrujando la carta; al fin se cumplió uno de mi mas ardientes deseos, uno de mis sueños que creía irrealizable....¿pero cuándo se cumple?....cuando tal vez este dia es el último de mi vida.... cuando se abre para mí la tumba, al mismo tiempo que mì estafador estúpido é infame sube á la tribuna reservada á la virtud y al talento!....Amarga decepcion! horrible sarcasmo que me reservaba la providencia al despedirme del mundo, esa providencia paternal y previsora en que tanto confian los nécios!....esa providencia que, pudiendo evitarlo, deja perpetrar el mal para tener luego que castigar á los culpables; si es que lo castiga, sí es que no los presenta en apoteósis á sus víctimas, añadiendo la burla al escándalo, el opróbio al sacrilejio!

El pobre jóven olvidaba en su exasperacion, que su desdicha era obra de sus propias manos, y que aun concediendo que no lo fuese, Dios tenía la *eternidad* para remediarla; aun concediendo que no castigase al autor de su desgracia dentro del *minuto* transitorio que se llama vida, otorgado en el tiempo y en el espacio á los mayores mónstruos y á los mas grandes crímenes.

Comparaba el infeliz su menguado entendimiento y sus medios de accion con la sabiduría, la inmensidad y el poder infinitos del Altísimo, para la recompensa ó el castigo, en este mundo ó en el otro!

La continuacion de la lectura de la carta calmó un tanto al irritado mancebo.

«Algunos sacrificios me ha costado tu eleccion, pero

«todos me parecerán insignificantes, si consigues lo que «deseas, si se llenan tus aspiraciones y logro verte contento y dichoso, única satisfaccion que le pide á Dios antes «de morir: tu amante madre.—María.»

Enternecido el hijo pródigo llevó el papel á sus lábios y se le saltaron las lágrimas repitiendo:

—Oh madre mia! madre mia! cuán culpable é ingrato soy contigo!

Abrió la segunda carta, que era del cura del pueblo, y antes de terminarla, rompió á llorar amargamente.

«Vuestra madre, Señor, le decía el respetable sacerdo-«te, llevada del escesivo cariño que os profesa, con el objeto «de asegurar vuestra eleccion, ha vendido la única finca «que le quedaba, siendo vos rico he creido de mi deber...»

Valletriste arrojó la carta sobre la mesa, y sollozando escondió el rostro avergonzado entre sus manos, y dejó correr sus lágrimas libremente.

!Qué contraste entre su conducta y la de su madre!... Cómo no ceder á las dolorosas comparaciones que despertaba?... El corazon maternal de la noble matrona había adivinado instintivamente la ruina de su hijo, y con abnegacion sublime sacrificaba en áras de su reposo y porvenir, el último asilo de su vejez, lo único que ya le quedaba de la inmensa fortuna de ella y de su esposo, torpemente disipada por un calavera, que al verse arruinado ni aun tenía valor para sufrir las consecuencias de su locura! un hijo ingrato que en vez de ser el báculo y consuelo de su vejez, reagravaba su delito dejándola hundida en la miseria!

Un hijo sin corazon ni entrañas que la abandonaba en los últimos dias de su existencia, huía de sus amantes bra-

zos para arrojarse en los del suicidio, legándola en pago de tanto amor, el suplicio de llorar el resto de su vida una muerte prematura y desastrosa, condenada á la vez por la religion, por la sociedad y por la naturaleza!

Se ha dicho mil veces que el dolor levanta, purifica y ennoblece al hombre, y que este solo es grande por el dolor: yo añadiré que el llanto es el riego misterioso del alma que hace revivir las mústias flores de la virtud y el sentimiento.

El criminal que llora, ya está arrepentido. . .. la *gracia* divina ha empezado á obrar en él.

Lloraba á lágrima viva nuestro héroe, y formulaba los mas nobles propósitos. Si la providencia de quien no ha mucho blasfemaba, le protejía de nuevo en el lance con D. Silvestre, como le había favorecido con Guevara, estaba resuelto á no usar del presente griego de los polvos fulminantes que le hiciera el traidor homeopata, y á resignarse á vivir para pagar á su madre la deuda inmensa de gratitud y amor que había contraido con ella; á trabajar para ella, y si era preciso, huír de la corte y aceptar en el oscuro rincon de una provincia la pobreza y hasta la miseria, en espiacion de sus pasados errores y estravíos....

La voz de Lupian que combatía y cerraba el paso á alguno que pretendía llegar hasta él, apesar de las protestas del viejo mayordomo, le arrancó á sus meditaciones.

Don Facundo salió del gabinete con ánimo de cortar aquella disputa y echar á la calle al insolente que así violaba la consigna, y se encontró de manos á boca con Guevara, que sin lograr desasirse de Lupian, se le acercaba trayendo al viejo á remolque prendido de los faldones de su levita.

—No ganamos para sustos, decía Lupian, los locos andan sueltos desde ayer.... atrás! ó le rompo la levita y la crisma!

Lo que mas intrigaba al cancerbero-logogrifo era un abultado pliego que el caballero de industria traía en la mano, y con el cual, entre ofendido y risueño, le aplicaba sendos capirotazos en su respetable nariz.

Lupian movía rápidamente á babor y á estribor su temblorosa efigie, pero no soltaba su presa.

La presencia de Valletriste puso término á la lucha, y á una señal suya el fiel criado abandonó al presunto loco, á quien preocupado por los sucesos de la víspera suponía equivocadamente hermano de D. Silvestre. Así fué que se retiró refunfuñando y agitando mas que nunca á derecha é izquierda su oscilante cabeza.

—Me pasma vuestra audacia, Señor mio, dijo Don Facundo á su ex-rival, con tono amenazante; despues de lo que habeis hecho, ¿os atreveis todavía á presentaros en mi casa, atropellais á mis criados, y....

—Sed indulgente, Señor, contestó el interpelado, por que me era indispensable veros y hablaros hoy mismo.... Vencido por vuestra grandeza de alma no he querido ser menos.

Entonces Guevara entró en estensos pormenores que la rapidez de nuestro relato nos obliga á reasumir en breves palabras.

La pobreza, esa ruin consejera segun se esplicaba él, tenía la culpa de su desaguisado. Obedeciendo á sujestiones estrañas, creyendo á Valletriste mas rico de lo que en efecto era, y cegado por un vértigo al que pocos hubieran

resistido encontrándose como él en el caso de hacerse ricos de repente, sin peligro de poder ser responsabilizados por su crímen, cedió á la tentacion.... que era terrible y superior á su virtud. La confianza ilimitada de D. Facundo, el espectáculo de esas fortunas improvisadas en la bolsa, su juventud, la sed de goces y placeres en una capital como Paris... todo se había complotado para ofuscarle y perderle.

Sin embargo, una vez dueño de una suma considerable, adquirida á costa del naufragio de la fortuna entera de su protector, la reaccion moral no se hizo esperar. El gusano del remordimiento brotó en su corazon emponzoñando todas sus alegrías, porque si es permitido al hombre sobreponerse al grito de la conciencia, no hay poder en la tierra que le haga invulnerable á las sordas punzadas con que ella le recuerda á cada momento su delito.

No obstante, como su interés mal entendido se oponía al cumplimiento del *deber*, que le ordenaba restituir inmediatamente á su lejítimo dueño cuanto le tenía usurpado contra su voluntad, para conciliar ambos estremos, resolvió Guevara conquistar una posicion y una fortuna con el dinero de Valletriste, y devolverle en cuanto le fuera posible, toda ó la mayor parte de la suma que le había escamoteado. No era otro el objeto de la transacion que le propuso en su inesperada entrevista en casa de Virgínia.

El resultado de esta entrevista, y la conducta caballeresca y generosa de D. Facundo en el duelo provocado por el estafador, á quien pudiendo matar se contentó con ponerle su pistola en el pecho dirijiéndole una imprecacion que le llegó al alma, conmovieron profundamente á Guevara.

Incomprensibles arcanos! ley misteriosa de las compensaciones, encadenamiento y generacion espontánea del bien por el bien y del mal por el mal!.... Valletriste, creyéndose próximo á comparecer ante el tribunal de Dios, no había querido mancharse con un crímen inútil, y perdonó al causante de su desgracia, legándole por todo castigo el remordimiento de haber ocasionado la muerte á su bienhechor, y deberle ademas la vida, como le debía ya su mal adquirida fortuna.... y el culpable, confundido y anonadado por tanta generosidad, acertando apenas á balbucear algunas palabras, confesó delante de todos su villana superchería respecto del nombre que había usurpado; salió de allí y llegó á su casa en un estado difícil de esplicar, y cuando se encontró solo frente á frente con su conciencia, trabóse una desesperada lucha entre su corazon y su cabeza, entre sus buenos sentimientos y el interés. Aquí dejaremos tomar la palabra al mismo reo, que terminó asi su alegato de bien probado:

—Vacilaba todavía, cuando se abrió la puerta de mi cuarto, y una persona cuyo nombre no me es dado revelar, vino en vuestro auxilio.

—Era Daelza?.... preguntó Valletriste.

—No.

—Plácido Gándara?

—Tampoco.

—Quién podría ser?.... se dijo el jóven lleno de curiosidad.

—Habló, instó, suplicó con tanto ahinco, con tanta persuacion é interés, que logró convencerme. Saqué todo el dinero que tenía en oro y billetes de banco, llevé al

monte de piedad todas las alhajas que ella me traía...

Sorprendido Valletriste, dióse un golpe en la frente, y como iluminado por una súbita revelacion, esclamó:

—*Ella?*... sus alhajas!.. Entonces era una mujer?... ya sé quién es!....

—No, no era una mujer.

—Para qué me lo ocultais?... Despues de mi madre, solo conozco una criatura en el mundo capaz de semejante accion: Virgínia! esa mujer sublime que se venga de mi desprecio y de mis miserias de hombre como se vengan los serafines!

—Me recomendó el secreto; pero ya que por mi torpeza lo habeis sorprendido, no quiero ni debo ocultároslo. Sí, era ella, ella que con sus razones, con sus ruegos, con sus lágrimas, me hizo conocer toda la enormidad de mi culpa, y llevó el arrepentimiento á mi alma.

—Es un ángel.... y yo un miserable que no merezco besar el polvo de sus plantas!

—Para acabar de decidirme, tuvo la generosidad de ofrecerme que me reintegraría religiosamente la cantidad que pagase por vos, no bien pudiera disponer de su fortuna.

—Y vos.... ¿aceptasteis?....

—Vacilé un momento....pero cedí al generoso impulso que me arrastraba, y ofrecíla cumplir mi deber sin condicion alguna.

—Guevara, ese proceder os reeoncilia conmigo.... esta es mi mano!

Y esta mi respuesta, contestó el arrepentido estrechando la mano que le presentaba su rival y ofreciéndole en cambio el pliego lacrado que le traía.

Valletriste rompió la cubierta, y esclamó con un grito de alegría y de sorpresa:—Las letras!

—Que debían presentaros en la semana próxima. He satisfecho en vuestro nombre á los señores Weiweller y Compañía, los ciento veinte mil duros que representan, y á escepcion de cuarenta mil que se deben á Virgínia, lo demas yo lo he pagado.

—Gracias, Dios mio! gracias! repitió el hijo pródigo con vehemencia; ya mi pobre madre podrá recobrar el asilo de su vejez, ya puedo poner á cubierto de la miseria su venerable ancianidad....

D. Facundo, con las lágrimas en los ojos abrió sus brazos á Guevara y este se precipitó en ellos.

XV.

Sinfonía ó campanilleo á grande orquesta.

Axioma vulgar es, que para ser dos individuos francos y buenos amigos, necesitan tener alguna récia pelotera, á lo menos una vez en su vida.

Hay quien añade que el *una vez en la vida*, debe entenderse una vez cada año, y tratándose del bello sexo, una vez cada semana ó cada dia.

Sea de esto lo que fuere, á nadie se oculta el placer de la reconciliacion, que no existiría sin el enojo, particularmente si la paz queda sellada con prendas mútuas de estimacion y cariño. No me refiero ahora al bello sexo, y ruego al lector *malévolo* que refrene los ímpetus de su malicia, y no me atribuya intenciones que no tengo.

Valletriste estrechó en sus brazos sin rencor y con el mas síncero placer al que veinte y cuatro horas antes consideraba como al ser mas infame y despreciable del universo. Fíese V. luego del amor ó el ódio de los hombres!

Lo mismo le sucedía á Guevara.

—No, decía el mal aconsejado jóven participando de la emocion de su protector, no, la virtud no es un fantasma. Ahora concibo el precio de una buena accion.

—Vivid tranquilo, contestóle D. Facundo, sea cual fuere mi destino, no os arrepentireis de haber vuelto á la senda del honor y del deber. Nadie está exento de cometer una primera falta, pero un sincero arrepentimiento y la enmienda hacen olvidar cualquier desliz.

—Espero que no olvidaré jamas esta terrible leccion.

—Tanto mas, cuanto ya empezais á recibir el prémio de vuestra hidalga conducta. Sabed que habeis salido electo diputado.

Valletriste leyó á Guevara la carta de su madre, suprimiendo el apelativo injurioso con que la buena Señora, enterada de su ruin proceder, le calificaba; y despues de felicitarse mútuamente, los dos jóvenes se separaron como si su íntima y cordial amistad no hubiera sufrido nunca el menor eclipse.

Cuando se quedó solo el futuro suicida, volvió á examinar las letras con avidéz... parecíale un sueño lo que le pasaba....todo conspiraba para ligarle mas y mas á la existencia. ¡Qué cambio tan repentino en su posicion!....Hacía un momento pobre, cansado de la vida, dudando de todo....Ahora rico otra vez, ébrio de ilusiones, sediento de felicidad, libre y despejado el camino de la gloria, de la opulencia y el poder!....Recordaba la exactitud de las observaciones de Daelza, cuando se empeñaba en demostrarle que por mas iufeliz que sea nuestra suerte, jamás debemos apelar al suicidio, porque nadie sabe la parte de felicidad que, en las mil combinaciones de los sucesos humanos, todavía puede reservarle el porvenir....

De pronto D. Facundo inclinó los ojos al suelo, y quedóse inmóvil con el puño cerrado sobre la punta de la barba

en actitud meditabunda....El recuerdo del implàcable duelista había venido á ahuyentar su .eutusiasmo, como á un pintado jilguerillo que va á posarse en un rosal, el dardo de una víbora que, oculta entre las hojas, de repente asoma silvando la cabeza.

—Lupian! gritó al cabo de algunos minutos sacudiendo su preocupacion: Lupian! Lupian!

—Señor, voy volando, contestó el veloz ayuda de cámara, acudiendo tan lijero como una tortuga.

—Qué horas son?

—Las seis, repitió el criado describiendo con el cráneo igual número de parábolas irregulares.

—Enciende luces, y cualquiera que venga antes de las nueve, sea quien fuese, le dirás que no estoy en casa.

– Y si se empeña en entrar y aguardaros?

—Le das con la puerta en los hocicos.

Lupian aprobó este temperamento conciliador y fusionista, con tres rápidas evoluciones del occiput.

—A las nueve y media ó diez prosiguió su amo, vendrán Daelza y D. Silvestre: ábreles; pero á ellos dos no mas, lo entiendes?....podría dar la casualidad que viniese algun importuno, y acaso creerían que yo le había hecho llamar ex-profeso.

Tranquilo por este lado, el jóven se encerró en su gabinete para arreglar sus papeles y escribir á su madre.

Mas ay! había echado la cuenta sin la huéspeda, como suele decirse.

Una hora escasa habría transcurrido, cuando llamaron de nuevo, y al travéz del ventanillo se entabló á puerta cerrada un original y animadísimo diálogo, que sin duda

cortado bruscamente por Lupian, dió márgen á una escena mas que tormentosa.

No queriendo abrir el criado, fiel á su consigna, fué creciendo el rumor de los campanillazos y á los primeros suaves golpes, sucedióse el mas violento, estrepitoso, infernal, é insoportable repiqueteo, sinfonía ó solo de campanilla, capaz de volver epilécticos aun á los gatos enamorados, entes inarmónicos y cacofónicos por escelencia.

D. Facundo se aguantó algunos minutos; pero perdiendo al fin la paciencia, arrojó la pluma y salió bufando del gabinete, resuelto á hacer un escarmiento.

En la antesala encontró á Lupian estupefacto, sentado en un rincon, agarrándose las piernas con las manos, y golpeándose maquinalmente la cabeza contra las rodillas.

Qué había sucedido?

La cosa es séria y merece un capítulo aparte.

Capítulo magno, porque será el último, y del que este no es mas que el preludio ó sinfonia á grande orquesta, mientras se traslada el lector al teatro, se arreglan las decoraciones, y calzo yo á mí musa el coturno trágico y á la vez le ajusto la careta cómica, pasando bruscamente por un capricho de mi soberana fantasía de la forma narrativa á la dramática.

XVI.

El Purgatorio y la Gloria.

(Rasgo trági-cómico.)

ESCENA I.

(Al levantarse el telon, Virginia acompañada de su doncella Paquita se encuentra en la plataforma de la escalera de D. Facundo en la actitud impaciente y recelosa de una persona que espera y teme algo. Es de noche.)

PAQUITA—*(agitando el cordon de la campanilla.)* Si abrirá este maldito viejo?.... Al vernos, como un imbécil ha cerrado el ventanillo, pretendiendo que su amo no está en casa. Infame!.... He de romperle el tímpano hasta que abra!

VIRG.—Quiera el cielo que Valletriste nos oiga y que acuda pronto: puede venir mi hermano por casualidad, y encontrarme aquí; ¿estás segura de que la cita era á las diez?

PAQ.—Como que se lo oí repetir tres veces al Doctor, escondida tras la puerta de la sala por órden vuestra.

VIRG.—Y estás cierta de las condiciones del desafio?

PAQ.—Os repito que será á muerte, á menos que D. Silvestre se resigne á pedir perdon al ofendido.

VIRG.—Ilusion!.... mi hermano confiado en su valor y destreza, aunque reconozca su falta, preferirá batirse á confesarla.... pero aquí viene Valletriste.... Oigo su voz.... manda á Lupian que abra.

ESCENA II.

Virginia, D. Facundo, Paquita.

VIRG.—Caballero.... *(saluda y entra.)*

FAC.—Vos aquí?

VIRG.—Este paso debe llenaros de sorpresa...lo comprendo.

FAC.—*(ofreciéndola la mano.)* Permitidme.... *(la acompaña hasta la sala.)*

VIR.—*(á Paquita)* Espérame ahí, y escóndete si llega mi hermano.

ESCENA III.

Virginia, D. Facundo.

FAC.—*(presentándole una silla.)* Cuánto honor y dicha!

VIRG.—Sois muy galante; pero dejemos ahora las galanterías, y hablemos de cosas mas formales. Hace diez minutos que mi hermano salió de casa, y deseando veros y hablaros, he cerrado los ojos á toda consideracion y... he venido.

FAC.—*(con efusion.)* Gracias, Virginia, mil gracias! Justamente en este instante os estaba escribiendo para manifestaros mi.... aprecio y eterna gratitud, por

el señalado servicio y por la eficacia y delicadeza con que os habeis conducido en esta ocasion.

VIRG.—Muy mal ha hecho Guevara en deciros lo que no debía.

FAC.—Guevara nada me ha dicho: mi propio corazon lo ha adivinado. ¿Quién sino vos hubiera sido capaz de una accion tan bella y magnánima?....

VIRG.—Cualquiera muger sensible, cnalquiera amiga dotada de hidalgos sentimientos.

FAC.—Lo dudo.

VIRG.—¿Y podeis dudarlo?.... vos que cuando quereis nadie os aventaja en nobleza é hidalguía?...vos que habeís sabido perdonar al ingrato amigo, al insolente impostor que acababa de asestar una pistola contra vuestro pecho, despues de haberos usurpado nombre y hacienda?

FAC.—No, ya no dudo de nada.... Los estraños acontecimientos de estos dos últimos dias, y mas que todo vuestras palabras y acciones han realizado una revolucion completa en mis ideas y sentimientos. Yo mismo no me conozco!

VIRG.—Pues bien, si lo poco que he hecho por vos, si el interés que os he demostrado faltando à todas las consideraciones que mi sexo, mi edad y estado exijen, valen alguna cosa à vuestros ojos, concededme un favor que voy à pediros.

FAC.—Hablad.... mi sangre, mi vida!....

VIRG.—Guardadlas para vuestra madre y para la muger que ameis, *(con marcada intencion.)* En cuanto à mí que solo soy vuestra amiga ....

FAC.—(Cielos! si amará à otro?....)

VIRG.—Me contentaré con que me prometais no batiros con mi hermano y salir hoy mismo de Madrid.

FAC.—No puedo!

VIRG.—¿Tanto rencor conservais à vuestro enemigo?

FAC.—Saben los cielos que me alegraría de poder hacer con él lo que he hecho con Guevara!

VIRG.—Reflexionadlo, señor: Daelza que pretende mi mano....

FAC.—*(sorprendido)* De veras?

VIRG.—Así me lo ha asegurado Silvestre.

FAC.—(Ah! traidor!.... ahora comprendo el motivo de su inaudita ferocidad.)

VIRG.—Daelza me parece que no es tan amigo vuestro como aparenta. Conociendo la superioridad de mi hermano en toda clase de armas, no debía consentir en este duelo.

FAC.—El honor....

VIRG.—El honor no puede nunca autorizar un asesinato, porque à eso equivale un desafío en que todas las ventajas estàn de parte del contrario. Vos ya habeis probado que no sois cobarde, y por consiguiente, no necesitais batiros.

FAC.—¿Y el vituperio de las gentes; las pullas de los amigos, las murmuraciones de la sociedad?....

VIRG.—Mirad con desden esas vanas preocupaciones y no imiteis à los que se sacrifican néciamente por obtener la aprobacion de los mismos que desprecian.

FAC.—¡No puedo, Virginia, no puedo!

VIRG.—Hacedlo al menos por vuestra madre!

FAC.—Ella, idolatrando en mí, preferiría verme antes muerto que deshonrado.

VIRG.—*(con ansiedad)* No amais à ninguna mujer?

FAC.—*(la mira fijamente y despues de una breve pausa, dice)* Sí, amo.

VIRG.—(¡Ingrato!) ¿y ella?.... os ama?

FAC.—Lo ignoro.

VIRG.—¿Nunca le habeis declarado vuestra pasion?

FAC.—Nunca! pero si tuviese la seguridad de que podría amarme algun dia, acaso ....

VIRG.—Seguiríais mi consejo?

FAC.—No sé.... pero....

VIRG.—Quién es ella?....Es amiga mia?...la conozco yo?

FAC.—Mucho!

VIRG.—Por la Vírgen! hablad.... quién es?

(Valletriste vacila irresoluto, vuelve el rostro dos ó tres veces, y por último se decide, y cae lentamente de rodillas con las manos juntas:)

FAC.—Sois vos, Virginia, sois vos!

VIRG.—*(poniéndose la mano sobre el corazon)* (Ah! lo sospechaba!)

FAC.—Sois vos, Virginia, á quien es imposible conocer y no adorar! vos, en quien no sé que admirar mas, sí la belleza, el talento ó la bondad!

VIRG.—*(le tiende la mano y le levanta)* Facundo!

FAC.—Una palabra....por piedad!

VIRG.—Sí me amais como decis, huíd al momento, ocultaos, salid de Madrid hoy mismo, y delante de Dios que nos escucha, os juro conservaros pura mi fé hasta

que mi hermano, de grado ó por fuerza me permita ratificar mi juramento al pié de los altares.

FAC.—No, Virginia, no! No debo enajenarme la estimacion de D. Silvestre, no debo autorizarle para que mire con desprecio mi alianza. Lucharemos y él me matará si quiere ó puede ...yo, os lo repito, no atentaré contra su vida: me defenderé únicamente.

VIRG.—Amigo mio!... se trata de un duelo á muerte! *(le toma una mano y la estrecha entre las suyas)* por vuestra madre, por mí, por lo que mas ameis en la tierra y en el cielo, no os espongais á una muerte segura!

FAC.—*(con el delirio de la fiebre)* terrible ansiedad....oh! el cielo es justo y me castiga por donde mas he pecado....He dudado, he blasfemado de todos los nobles sentimientos del corazon humano, del amor, de la virtud, de la amistad, de todo lo que constituye la dicha en la tierra, en fin! y cuando la suerte me brinda de esa dicha tan anhelada, y la pone delante de mis ojos y al alcance de mi diestra, entonces, para hacer mas horrible mi agonía, ¡oh sarcasmo y castigo providencial! siento la descarnada mano de la muerte que se aferra á mi garganta y me lleva arrastrando hasta el sepúlcro....quiero desasirme de su helada presion que me sofoca, quiero romper el dogal de fuego que me abrasa, quiero huir, y una fuerza superior á mi voluntad, me detiene clavado aquí, como al reo en el banquillo del suplicio donde ha de ejecutarse su sentencia!

VIRG.—Aquí debe realizarse el duelo?

FAC.—Aquí solos, y sin mas testigos que el Doctor.

VIRG.—*(aterrorizada)* (Le salvaré á pesar suyo.) Yo te amo, y te he amado siempre, Valletriste, y no quiero que te maten! ven conmigo! *(le coje de un brazo y le arrastra con violencia.)*

FAC.—*(resistiéndose débilmente)* Virginia! *(Al llegar cerca de la puerta, se detiene, presta el oido, y retrocede velozmente como avergonzado de su debilidad)* Ya es tarde!....no oyes?....siento pasos....son ellos!

VIRG.—Quiénes?

FAC.—Tu hermano y el Doctor.

VIRG.—Dios del cielo! Donde me oculto?

FAC.—*(llevándola al gabinete)* Aquí....pero prométeme que veas lo que veas, oigas lo que oigas no saldrás. Gemidos, ruegos y lágrimas serán inútiles. Nuestra resolucion es irrevocable.

VIRG.—*(entrando)* Protéjele Señor!

ESCENA IV.

Virginia ***(oculta en el gabinete)*** **D. Facundo, Daelza,** ***acompañado de Lupian, que trae en la cabeza un manojo de sables, lanzas, espadas y rifles; en la mano izquierda uua caja de pistolas y en la derecha otra idem de homeopatia.***

DAEL.—*(estrechando la mano á Valletriste y sentándose)*—Ha venido?

FAC.—Todavía no.

(Lupian pone su arsenal sobre la mesa y se retira.)

DAEL.—En casos como el presente, es costumbre acudir á la cita con algunos minutos de anticipacion.

FAC.—(Está impaciente por deshacerse de mí...Veamos)... Quizá no venga.

DAEL.—Vendrá... esto y yo de por medio....El leon para los que no le conocen, es mansa oveja para mi que he sabido domesticarle. Si faltais, le dije; en la calle, en el café, en el teatro, en cualquier sitio público donde os encuentre, os daré de bofetadas... Fuerte con los débiles y débil con los fuertes, D. Tremendo, como todos los duelistas de profesion, no es capaz de habérselas con nadie qne tenga mas valor ó mas audacia que él.

FAC.—Cualquiera diría al ver el calor con que os espresais, que teneis alguna ofensa particular que vengar.

DAEL.—Friolera! el infame me ha negado la mano de su hermana!....

FAC.—*(con mal reprimida ira)* Hola! con que vos queriais casaros, y con Virginia, nada menos.

DAEL.—Si, amigo mio, y feliz, mil veces feliz, el hombre que alcance tal tesoro!

FAC.—(La rábia me ahoga!) D. Eujénio, sois... si, sois un falso amigo!

DAEL.—(Ya respiró por la herida!) *con finjido asombro)* Ahora salimos con esas? En qué he podido ofenderos, dejándome arrastrar de la natural simpatía que esa inapreciable jóven inspira á cuantos la conocen? ...De un carácter angelical, instruida, llena de gracia y candor, y ademas inmensamente rica ¿qué estraño es que tenga los pretendientes por docenas? ¿Qué estraño es que yo haya cedido como Guevara al vértigo general? Creis que hoy se en-

cuentra con facilidad mugeres que reunan sus dotes y circunstancias?

FAC.—Es cierto....pero, amigo mio, yo tambien la amo, la amo como un loco, y no puedo conformarme con que otro hombre me la arrebate.

DAEL. —Bah! no la habeis despreciado antes?

FAC.—Pero ahora la idolatro!

DAEL.—Ahora que la veis solicitada por otros, ahora que hay un obstáculo insuperable entre vos y ella. ¡Miserable corazon humano!....

FAC.—Ah! si supiéseis cuánto la debo, si supiéseis que yo estaba arruinado, y que ella me ha salvado!

DAEL.—¡Arruinado! (esta no estaba en mis libros) con que estabais arruinado? *(golpeándose la frente,)* y yo que ni lo sospeché siquiera!... Hé ahí el motivo secreto que no alcanzaba á comprender: hé ahí el resorte de vuestro finjido menosprecio á la vida y del ódio á los hombres y á la sociedad! Como otros se matan por caprichos mas ó menos triviales, y siempre por egoismo, ¿queríais mataros porque os faltaba dinero, por un móvil tan mezquino, como la privacion de los goces materiales que trae consigo la riqueza?... ¿Tanto pesaban en la balanza algunas miserables talegas de dinero?...

FAC.—El dinero....

DAEL.—*(con indignacion)* Es el Dios del siglo, lo sé....el minotauro que devora anualmente en las áras del suicidio á muchos que no pueden conformarse con la pobreza, ó no saben enriquecerse de nuevo conquistando una posicion social, y luego alegan frívolos

pretestos para cohonestar su *desinteresado* sacrificio!

FAC.—En cuanto á mí, lo confieso...., aunque abrigaba otros motivos, ese era el principal....no podía resignarme á vivir sin mi antígua opulencia.

DAEL.—D. Facundo, siempre yo hubiera partido con vos mi fortuna.

FAC.—(Este hombre es incomprensible.) Gracias....Ahora podreis conocer si me asisten motivos para amar á Virgínia... Talvez conociendo mi anterior manera de pensar, juzgueis hija mi pasion de un capricho....

DAEL.—No, amigo mio, Virgínia pertenece al corto número de esos seres privilejiados que traen al mundo impreso en la frente el sello de su orígen divino, y, si el amor, como todas las grandes pasiones, no es, otra ocsa que una modificacion del alma, ó en otros términos, una fiebre intermitente mas ó menos intensa, puede haber circunstancias en la vida que nos preocupen, nos dominen y electrizen de tal modo que lo hagan nacer y desarrollarse en breves instantes. Ademas, vos ya la conocíais....

FAC.—Silencio! viene alguien....

ESCENA V.

Dichos, D. Silvestre.

DAEL.—Os esperábamos, señor, con impaciencia.

SILV.—Ya estoy aquí.

DAEL.—¿Persistís en no concederme las dos cosas que os he pedido?

SILV.—Sí, señor.

DAEL.—Pues bien, siéntense Vdes. á esa mesa y escriban. *(Se dirije á la puerta del frente y echa la llave: D. Facundo y D. Silvestre se sientan.)*

SILV.—Sepamos antes....

DAEL.—Escriban Vdes.

(D. Silvestre se alza de hombros, y mira á Valletriste como interrogándole; este vá á hablar y se detiene; toma papel y pluma y hace un gesto desdeñoso á su adversario para que imíte su ejemplo.)

DAEL.—*(dictando)* "A nadie se acuse de mi muerte; cansado de la vida yo mismo me la he arrebatado."

SILV.—*(vacilando)* (Diantre! esto es grave.)

DAEL.—No quereis escribir, señor D. Silvestre?

SILV.—Sí, señor. (Escribiré lo que quiera; pero lo que es hacerlo....)

FAC.—(Está visto....ha resuelto libertarse de un rival peligroso.)

DAEL.—*(Se aproxima y examina lo escrito.)* Bien, muy bien!

SILV.—(Mal, muy mal, digo yo.)

DAEL.—Firmen Vdes.

SILV. Y FAC.—Ya está.

DAEL.—Ahora me toca á mí. *(Escribe.)* "A nadie se acuse....

SILV.—¿Y esta receta?

DAEL.—Es un pasaporte en regla para el otro mundo.

SILV.—¡Ya!....

Daelza rompe el pliego por la mitad, dobla lo escrito y se lo mete en el bolsillo del chaleco.) Pueden Vdes. hacer lo mismo.

SILV.—Señor Doctor, por la vírgen de Atocha, qué significa esto?

DAEL.—Significa que la suerte va á decidir quién de Vds. dos será cadáver dentro de cinco minutos. (*Toma la caja de homeopatia.*) Hay aquí un filtro tan activo y eficaz que basta aspirarlo para caer muerto en el acto.

SILV. (*echándose atras*)—Zape! y lo dice con una frescura!)

FAC.—(Corazon, valor!)

DAEL.—No hay que asustarse....El Señor (*señala á D. Facundo*) me ha pedido un veneno distintas veces por que desea suicidarse, y yo cediendo á sus vivas instancias le dí antiayer unos polvos fulminantes: hoy la casualidad ó el destino me habilitan para brindarle algo mejor, mas rápido, mas eficaz y decisivo, sin faltar á mis deberes de amigo y médico....y estoy seguro que me agradecerá el obsequio....

FAC.—Oh! mucho!....(Mal rayo te parta!)

DAEL. (*á D. Silvestre*)—En cuanto á vos, que sois un valiente en toda la estencion de la palabra, acostumbrado á jugar su vida á cada minuto, tampoco debe sorprenderos esta clase de envite, y creo que lo aceptareis con júbilo, puesto que os proporciona una ocasion brillantísima de probarnos vuestro heroismo.

(*D. Silvestre hace un gesto negativo.*)

DAEL.—Batirse á la claridad del dia, delante de ocho ó diez personas, con la inseguridad del éxito y el temor del ridículo que puede caer sobre nosotros, si no nos conducimos como el pundonor ó la costumbre exijen,

eso lo hace cualquier imberbe polluelo.... pero provocar y aceptar una muerte cierta, obscura y voluntaria.... eso solo está reservado para las almas grandes y los corazones de temple espartano, como el vuestro señor D. Silvestre!

SILV.—Si, señor, lo comprendo, pero.... sería mejor de otro modo. Hay allí sables, rifles, lanzas, pistolas y espadas...

DAEL—La lucha sería muy desigual y vos triunfaríais. Valletriste, hoy por primera vez ha tomado un arma en sus manos, y ya habeis visto el uso que ha hecho de ella.

SILV.—(Ilumíname, vírgen de los desamparados!)—Yo creía que esas armas....

DAEL.—A su tiempo maduran las brevas....He calculado todas las contingencias del lance.

SILV.—En fin....(Tengo el alma en un hilo!)

DAEL.—Vamos, aceptais, si ó no? Aquí traígo dados; (*los saca y abre la caja*) y este es el frasco homeopático. (*Se los muestra*).

SILV.—(Asi reventára y homeopáticamente nos librára de tí!)

DAEL.—Vais á esperimentar la maravillosa virtud de las dócis infinitisimales.

SILV.—Sí?.... (Buen provecho!....No sé como salir de este pantano, vive Dios! ¿en qué casa de orates, entre qué gente escomulgada me he metido?....)

FAC. (*que ha permanecido absorto en sus meditaciones*—(Morir á los veinte y ocho años, cuando el fantasma de la dicha iba á convertirse para mí en realidad!

«Sarcasmo ruin de la suerte
«Para el alma dolorida,
«No ver hermosa la vida
«Sino al dintel de la muerte!)

E. F. Sanz.

DAEL.—(A D. Silvestre.) Por ventura temblais y retrocedeis?

SILV.—(Hagamos de tripas corazon.) No señor, tiraremos, y si él gana....

DAEL.—¿Qué?

SILV.—Tomaré el veneno, (la puerta ó la ventana ó daré voces y llamaré á los vecinos.)

DAEL.—Vamos, quien haga el punto menor, ese se aproximará este pomo á las narices. Si sois vos, Valletriste, el que sucumbe, nada tenemos que hablar.... quedais en vuestra casa....pero si es el señor, le meteremos en mi carruage á la madrugada, y le arrojaremos en làs afueras de Madrid.

SILV.—(Pues! como á un perro á quien dan estrignina!) Gracias, Doctor por la fineza.

DAEL.—Puedo, si gustais, disecaros en mi gabinete anatómico; y conservar como recuerdo vuestro esqueleto.

SILV.—No señor, echadme en un muladar. (No te verás en ese espejo!)

DAEL.—Quién tira primero?

SILV. (*á D. Facundo*)—Os cedo la mano....(*á Daelza*)—La política nunca está de mas....

DAEL.—(*en tono de burla*)—Ni lo cortés quita lo valiente.

Valletriste toma los dados, se acerca lentamente á la mesa, vuelve los ojos hácia la puerta donde se oculta Virginia, agi-

ta los dados y los arroja. D. Silvestre y el Doctor se precipitan sobre la mesa y esclaman á un tiempo: Diez y seis!!....)

DAEL.—Buen punto! (*á Silvestre*). Ahora á vos.

SILV.—(*Revuelve los dados con mano trémula y pasea al rededor sus ojos despavoridos*:—todo está cerrado.... no podré escaparme!)

DAEL. (*impaciente*)—Vamos, hombre, eso se tira de una vez!

SILV.—De una vez, eh?....yo os la daría en veinte.

DAEL.—¿Tirais ó no?

SILV.—Voy.

DAEL.—Acabemos!

(*D. Silvestre tira, y vuelve el rostro para no ver los dados. Daelza va á decir el punto, y D. Facundo le pone la mano en la boca.*

FAC.—Silencio!

DAEL.—(Comprendo....no quiere que ella lo oiga.)

FAC. (*á D. Silvestre en voz baja*)—Diez y siete, habeis ganado.

SILV.—Dios sea loado! (Ya iba á desmayarme....) *con fanfarronería.* Me alegro!

FAC.—Hablad mas despacio... podrían oírnos los criados.

DAEL.—Sí.

FAC.—D. Silvestre, os perdono mi muerte, (*lleva á Daelza aparte.*) Si os casais con ella hacedla muy feliz.... está allí oculta.....

DAEL.—(Ya me lo había dicho Lupian.)

FAC.—No bien se aleje su hermano procurad sacarla de aquí sin que vea mi cadáver (*le dá una carta*). Estas son mis últimas disposiciones ...desempeñad unas

alhajas que están en el monte de piedad y entregadlas á su dueña.....lo que sobre de mi fortuna, la mitad para mi madre y la otra mitad para Guevara... Adios!....*Estrecha la mano al Doctor, enjúgase algunas lágrimas, le arrebata el pomo, y lo aspira, diciendo:* —Estaba de Dios! (*Vacila y cae sin sentido en brazos de Daelza que le coloca en un sillon.*)

(*Pausa,—el médico enternecido y lleno de cólera á la vez se cruza de brazos y contempla alternativamente á Valletriste y á D. Silvestre en cuya fisonomía se pinta el terror y el miedo.*

DAEL. (*á media voz*)—Víctima del honor y de su esforzado corazon ha muerto, y vos no habeis sabido perdonarle, no habeis sabido impedir con una palabra, que pusiera término á su existencia....Sois un miserable D. Silvestre! y yo voy á daros la satisfaccion que ayer os atrevisteis á pedirme. Necesito vengar á mi amigo.

SILV.—Hombre, vos quereis matar á todo el mundo!

DAEL.—¿No preguntábais qué destino tenían esas armas? Eran para este caso....(*Se acerca á la mesa y abre la caja de las pistolas*)—Hay las teneis ...pistolas, sables, lanzas, rifles, espadas....escojed la que mas os guste.

SILV.—Sí, sí, ya me avergüenzo de tanta cobardía, (*toma un sable, el Doctor esgrime otro.*)

DAEL.—En guardia! y defendeos con brío porque estoy resuelto á mataros ó á que me mateis!....

SILV.—(No puedo con este hombre, me fascina y aterroriza.)

(*Crúzanse los sables; al tercer ó cuarto mandoble, Daelza desarma á su enemigo. Ábrese la puerta del gabinete y Virginia con las facciones desencajadas y apoyándose en el marco para no caer, se detiene en el umbral.*

ESCENA VI.

Dichos, Virginia.

VIRG.—(No puedo soportar por mas tiempo esta angustia é incertidumbre....)

DAEL.—Ahora, encomendaos á Dios! (*Levanta el sable y amaga herirle*)

SILV. (*temblando*)—Doctor... os concedo la mano de mi hermana....

DAEL.—Eso no basta....pedid perdon á vuestra víctima!.. (*Le agarra de un brazo y le obliga caer de rodillas delante del sillon donde está Valletriste.*)

SILV.—Perdon, Valletriste, perdon!

VIRG.—(*precipitándose al sillon y tomando una mano á Valletriste*) Muerto! Dios mio, muerto!....(*le pone la mano sobre el corazon*) pero no,....vive....todavía vive!... Facundo! Facundo!....Vírgen santa!.... no contesta....

FAC.—(*vuelve en sí y se pone velozmente en pié*) Virginia! D. Silvestre!

VIRG.—Salvadle, Doctor, y mi gratitud no tendrá límites.

DAEL.—No es necesario el auxilio de mi ciencia: el pretendido veneno era un poco de cloroformo en dósis homeopática.

VIRG.—Gracias, Doctor, gracias!

DAEL.—Solo quise con esta doble farsa dar una severa leccion al suicida insensato y al infatuado pendenciero, y la casualidad, ó la mano oculta de la Providencia me ha servido mas allá de mis deseos. (*á Valletriste*) Ya estais radicalmente curado de vuestra ridícula manía, y á D. Silvestre confío que no le quedarán ganas de volver á insultar ni desafiar á nadie. Espontáneamente os ha pedido perdon, y en justo desagravio de su ofensa, os concede la mano de su hermana. (*toma la de Virginia y la coloca entre las de D. Facundo.*)

FAC.—Dios del cielo! tanta felicidad en un dia!.... Ah! Daelza, que mal os he juzgado! cómo os he podido desconocer, modelo de los buenos amigos, de la honradez y la lealtad! (*Se arrodilla*).

DAEL.—(*levantándole*) Creeis ahora por esperiencia, que no todos los hombres son perversos y egoistas, y que la vida vale algo?

FAC.—(*pasando el brazo por la cintura de Virginia y oprimiéndola suavemente contra su pecho.*) Si, es una gran cosa!

DAEL.—(*á D. Silvestre*) Miradlos, señor, y si todavía vacilais...

SILV.—No, cuando todos rivalizan en nobleza y generosidad, yo no quiero ser menos. Valletriste, vuelvo á pediros perdon por la injusta ofensa que os hice....

FAC.—Basta.

SILV.—Esta es mi mano....

FAC.—(*abriéndole los brazos*) Aquí.... sobre mi corazon!.. de hoy mas seremos hermanos!

VIRG.—¡Ojalá todos los suicidios y desafíos tuviesen tan feliz desenlace!

DAEL.—Contribuir al menos á que se disminuyan lanzando sobre sus autores, el anatema, el ridículo y el desprecio que merecen, es una tarea digna de toda persona inteligente, y de todo corazon bien puesto en estos calamitosos tiempos, en que abundan tanto las farsas de todo género: hoy que la *mentira* bajo todas las formas imaginables, lacera y corroe las entrañas de la sociedad. He dicho.

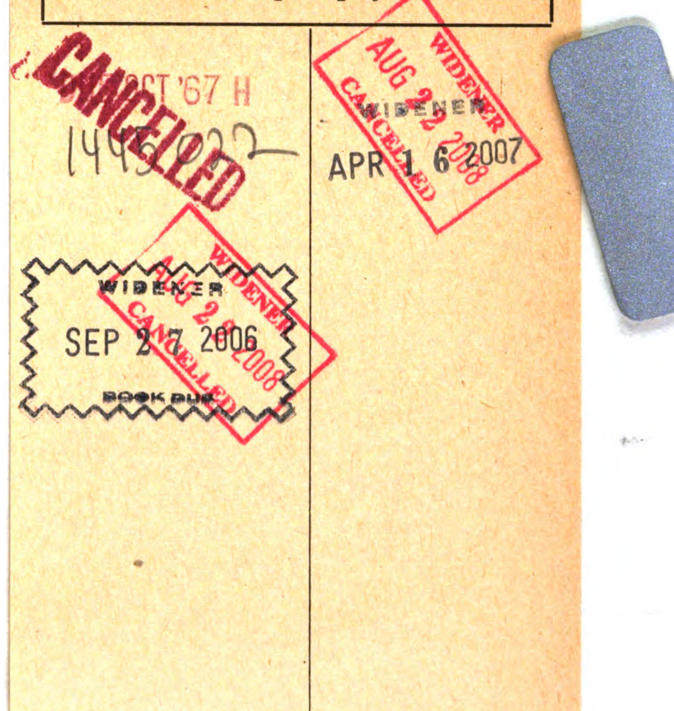
Estruendosos aplausos. Cae el telon, y el público entusiasmado pide á gritos al autor, es decir á Daelza, padre de esta comedia; pero el *indino* homeopata, no por modestia, sino para no quitar la ilusion á las espectadoras con su fea cara ni dejar ciegos à los espectadores con los rayos que vibra su calva frente, aplica á su curiosidad el sistema de Hanneman, se obstina en no salir, y acariciando una dulcísima esperanza, huye donde le aguarda ... oh hermosas lectoras!.... no sabeis quién?.... pues yo tampoco.

Voy á averiguarlo, y si lo consigo, me comprometo á ponerlo en vuestra noticia, en otra novela que escribiré *ad hoc*. Por hoy está completo el volúmen y no me es dado añadir una línea mas. Adiosito!

Buenos Aires, Mayo de 1858.

FIN.

INDICE DE FARSA Y CONTRA-FARSA.


This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.
A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.
Please return promptly.
10¢
CANCELLED
OCT '67 H
1445022
WIDENER
SEP 27 2006
BOOK DUE
WIDENER
AUG 22 2008
CANCELLED
WIDENER
APR 16 2007
WIDENER
AUG 22 2008
CANCELLED



